

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

Tradujo MANUEL LÓPEZ ANDRÉS
de la segunda edición
publicada por la Theosophical Publishing House
Adyar, Madras.—India 1930.

Derechos reservados conforme a la ley.

Printed in Mexico
Impreso en México
por EDITORIAL FRATERNIDAD UNIVERSAL.
Iturbide 28, México, D. F.

ANNIE BESANT, D. L. y
REV. C. W. LEADBEATER

PLATICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

Comentarios sobre "A LOS PIES DEL
MAESTRO", "LA VOZ DEL SILENCIO" y
"LUZ EN EL SENDERO".

TOMO I

"A LOS PIES DEL MAESTRO"



EDITORIAL FRATERNIDAD UNIVERSAL
MEXICO, D. F.
1950

NOTA DE LOS EDITORES

Con la idea de lograr una forma más manejable; hemos dividido el libro "PLÁTICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO", en tres partes que se publican separadamente. La numeración de las páginas de los tres volúmenes, sin embargo, sigue consecutiva hasta el último y el índice de toda la obra aparece impreso en el tercer volumen.

AL LECTOR:

Este libro no es más que una recopilación de las pláticas que dimos el Sr. C. W. Leadbeater —actualmente Monseñor Leadbeater— y yo sobre tres libros famosos; tres libros de tamaño pequeño, pero de gran contenido.

Esperamos que este libro sea de utilidad para los aspirantes y aun para algunos que ya hayan trascendido ese grado, ya que los autores de esas pláticas eran de mayor edad que los oyentes, y contaban con mayor experiencia en la vida del discipulado.

Esas pláticas no fueron dadas en un solo lugar; hablamos ante nuestros amigos en diversas ocasiones y lugares, principalmente en Adyar, Londres y Sidney. Un gran número de notas fueron tomadas por los oyentes. Estas se coleccionaron y se arreglaron; se condensó su contenido eliminando todas las repeticiones.

Desgraciadamente las anotaciones que se ha-

llaron sobre "La Voz del Silencio", fragmento I, fueron muy pocas, por lo cual utilizamos algunos apuntes hechos en una clase que dió nuestro buen colega Sr. Ernesto Wood en Sidney y las incorporamos con las pláticas de Monseñor Leadbeater en la sección correspondiente. De mis comentarios sobre este libro no se encontraron anotaciones; aun cuando hablé mucho sobre él, de esas pláticas mías nada se ha podido reconstruir.

Ninguna de estas pláticas ha sido publicada con anterioridad, excepción hecha de algunas alocuciones de Monseñor Leadbeater ante un selecto grupo de estudiantes, sobre el libro "A los pies del Maestro". Hace algunos años se publicó un libro con el título de "Pláticas sobre "A los Pies del Maestro" con referencias incompletas de algunas de estas pláticas. Este libro no volverá ya a editarse; lo que en él hay de substancial encuentra aquí su lugar correspondiente y aparece aquí cuidadosamente condensado y editado.

Sirva este libro de ayuda a algunos de nuestros hermanos más jóvenes para que puedan entender mejor estas enseñanzas de valor inapreciable. Mientras más se estudien y se *vivan* más será lo que en ellas se encuentre.

ANNIE BESANT.

SECCION I

"A LOS PIES DEL MAESTRO"

PARTE I

INTRODUCCION

CAPITULO I

EL SENDERO OCULTO Y LOS INTERESES MUNDANOS

C. W. L.—“A LOS PIES DEL MAESTRO” es uno de los tres libros (los otros dos son “La Voz del Silencio” y “Luz en el Sendero”) cuya tendencia especial es dar ayuda a las personas que se propongan poner los pies en el Sendero. Por el momento es el de mayor valor para nosotros, por su extrema sencillez, y porque lleva de manera muy especial el sello y la aprobación del Instructor del Mundo que está próximo a venir. Consiste en la enseñanza que de su Maestro recibió el joven discípulo J. Krishnamurti (llamado Alcione en la serie de sus vidas pasadas publicada recientemente en el año de 1909, cuando contaba sólo trece años de edad). Su conocimiento del inglés no era entonces perfecto y, como la instrucción fué transmitida en esa lengua, tanto la enseñanza como el lenguaje tenían que ser sumamente claros. El Maestro Kuthumí, con su maravilloso poder de adaptabilidad, puso todo lo que es necesario para obtener la primera inicia-

ción, en aquel estilo sorprendentemente sencillo que constituye una de las mayores recomendaciones de este librito.

"Luz en el Sendero" apareció en 1885 y "La Voz del Silencio" en 1889. Cada uno de estos libros de moral tiene sus peculiaridades características. Los dos más antiguos son más poéticos que "A los Pies del Maestro", aun cuando en este último se encuentran también algunas expresiones bellísimas, como no podía menos de suceder, ya que el libro es del maestro Kuthumí. "Luz en el Sendero" —dice Swami T. Subba Rao— tiene significados de diversas profundidades, siendo el más hondo de todos el relativo a la Iniciación en que se alcanza el nivel de Mahachohan, etapa a la que nuestros maestros no han llegado aún. "La Voz del Silencio" nos conduce hasta la Iniciación de Arhat. "A los Pies del Maestro" se refiere especialmente a la Primera Iniciación y, por lo tanto, la comentaremos en primer lugar.

Todos hemos oído hablar con frecuencia de los requisitos para el Sendero; pero continuaremos oyendo hablar de ellos, mientras no logremos poner en práctica todo lo que hay escrito en libros como éste. No hay ninguna dificultad en saber exactamente lo que se debe hacer y no hay ningún obstáculo en el camino que no haya sido puesto por nosotros mismos. Sin embargo, es comparativamente reducido el número de personas que logran seguir estas instrucciones, porque la personalidad frecuentemente se interpone en nuestros propósitos. Lo que aparece escrito en estos libros deberá ser aplicado por cada quien a sí mismo de una

manera minuciosa. El Maestro puede explicar; puede ilustrar en diversas formas lo que hay que hacer; pero es uno mismo el que tiene que andar el camino. Tiene esto semejanza con el entrenamiento para una carrera o con la práctica de la cultura física; puede haber un entrenador que dé una dirección cuidadosa; pero es indispensable que el candidato ejercite sus propios músculos; no es posible que haya alguien que pueda hacer esto por él.

Millones de personas de las que nos rodean suponen vivir de acuerdo con sus preceptos religiosos; pero, en realidad, muy contadas son las que lo hacen. Aun aquellos que viven bien y santamente no siempre siguen estrictamente los preceptos que deben seguir; en algunos casos las enseñanzas de las religiones exotéricas no son apropiadas y en otros no son esenciales; pero en ocultismo no se da ningún precepto que no sea necesario y se requiere apegarse al precepto con absoluta exactitud. Esto no significa que debamos de adquirir todos los requisitos con perfección absoluta, para poder ser aceptados por un Maestro, ya que esto significaría la obtención del Adeptado; pero esos requisitos deben de poseerse en grado razonable y deben de ser reales y no nada más ficciones convencionales. Cuando un profesor de química nos indica que si mezclamos ciertas sustancias en una forma determinada obtenemos tales y cuales resultados, sabemos que a tales resultados tenemos que llegar y que si alteramos las proporciones no obtendremos lo que buscamos, sino algo diferente. En materia religiosa se tiene la idea de que es suficiente seguir las instruccio-

nes con una cierta vaga aproximación; pero en ocultismo es todo lo contrario: debe tomarse como una ciencia; y aun cuando hemos oído hablar muchas veces de estos requisitos, debemos esperar que examinándolos con todo cuidado y haciendo esfuerzos por entenderlos y por seguirlos con precisión científica, muchos de los que no hayan logrado éxito en sus esfuerzos puedan capacitarse para poner los pies en el Sendero.

Las cosas internas no son cosas vagas ni inciertas. Hasta hace algunos años todavía, lo relativo a las cosas internas se juzgaba como cosa remota porque eran muy pocas las personas que conocíamos que habían podido ponerse en contacto directo con los Maestros y era natural que un estudiante se dijera a sí mismo: "Sí, puede ser que dos o tres personas, dotadas de manera especial o muy afortunadas en cierto sentido logren éxito; pero no es de creerse que todo esto sea para personas comunes y corrientes". Pero ahora que bastantes personas se han puesto en contacto directo razonablemente puede uno decirse a sí mismo: "Si estas personas lo han conseguido, ¿por qué no he de poder hacer yo lo mismo?" La causa del fracaso debe estar dentro; no fuera de nosotros mismos. Con seguridad que no es falta de los maestros, quienes se encuentran siempre dispuestos cuando el aspirante está ya listo. En algunos hay cierto defecto que obstruye; en otros puede ser una falta de desarrollo en general; pero de seguro que si no hubiese alguna deficiencia, todos lograríamos nuestro propósito. Bien vale la pena hacer un esfuerzo definido para aclarar qué es lo

que nos imposibilita, lo que nos falta y remediar ese defecto.

Hay un mundo interno real que sobrepasa en importancia a todo este mundo externo que de una manera incesante está haciendo presión sobre nosotros. En todas partes hay personas que se consideran muy ocupadas y muy sabias en la persecución de sus respectivas actividades, sin embargo, la verdad es que todas ellas están trabajando en lo irreal y lo externo, y pocas son las que se dan cuenta que hay un mundo interno, espiritual, interior, que es de una importancia enormemente mayor en todos sentidos que lo que es el externo.

En el Sendero tenemos que desempeñar nuestro papel en el mundo; pero lo hacemos solamente porque la vida interna es lo verdadero. Un actor trabaja en la escena porque tiene otra vida que vivir: una vida coherente y consecutiva. Puede desempeñar diferentes papeles en diversas ocasiones, de la misma manera que nosotros, en nuestras diversas encarnaciones, usamos otras clases de cuerpos; pero todo el tiempo el actor tiene su verdadera vida como hombre, y como artista y porque tiene una vida verdadera como hombre, es por lo que necesita desempeñar bien su temporal vida de la escena. De una manera semejante, nosotros deseamos conducirnos bien en esta vida física temporal, por razón de la gran realidad oculta tras de ella, de la cual la física no es más que una pequeña parte. Bien entendido esto, comprenderemos la relativa importancia de esta vida externa; nos daremos cuenta de que su único valor para nosotros consiste en des-

empeñar bien nuestro papel cualquiera que éste sea; qué clase de papel nos toque representar y qué nos pueda pasar en esta existencia de comedia, son cosas que muy poco deben importarnos. Puede tocar a un actor representar un papel en que aparezca agobiado por toda clase de penas y dificultades supuestas; pero todo ello no le causará la menor inquietud. Puede ser, por ejemplo, que tenga que morir noche a noche, en un duelo; ¿qué puede importarle esta ficticia muerte? Lo único que puede importarle es representarla bien.

No debería sernos difícil el advertir que el mundo que nos rodea es solamente un mundo de comedia y que en realidad no tienen ninguna importancia las experiencias que tengamos que afrontar. Todo lo que al hombre le sobreviene es el resultado de su karma. Las causas fueron puestas en juego hace ya mucho tiempo en vidas pasadas y ya no pueden ahora alterarse. Por lo tanto es inútil inquietarse por lo que nos sucede. No es más que el resultado del pasado y debe de conllevarse filosóficamente. Muchos son los que torpemente permiten que lo que les sucede se traduzca para ellos en dolor, sufrimiento e inquietud. La actitud correcta es sacar la lección que nuestras experiencias traen consigo y luego alejarlas de la mente hasta donde sea posible; como la abeja y la flor, según dicen nuestros hermanos de la India. La forma en que soportemos todas estas cosas moldea nuestro carácter para el futuro, lo cual es lo único importante. Debemos emplear el karma para desarrollar nuestro ánimo, nuestro valor ante el dolor y varias otras cualidades y luego desecharlo todo de la mente.

Es difícil lograr este propósito porque estamos rodeados de millares de personas que toman la comedia en serio, como si fuera la vida real. Lo que dicen y nos hacen obstruye el camino hasta cierto punto, pero el mayor obstáculo que nos ponen (aun cuando nosotros nunca pensemos en ello) es la inmensa e incesante presión de la opinión pública. La fuerza de esa opinión es sencillamente estupenda, por cuanto que hay millares de ignorantes por cada uno de los que saben la verdad. El mundo piensa: "Debemos apresurarnos para obtener posesiones y riquezas; lo que los demás piensen de nosotros es lo único que nos importa en esta vida".

Sobre nosotros gravita la incesante presión de aquellos que se afanan por lograr posición social y honores, por obtener invitaciones a comidas y bailes, por lograr que aparezca un conde o un duque en la lista de sus visitantes y por cosas así por el estilo. También en materias religiosas hay un enorme mar de engaño que no deja de influir constantemente sobre nosotros, pues son pocos los liberales y millones los que no lo son. También los engaños sociales abundan como por ejemplo la mojigatería que prevalece en Inglaterra, donde se considera pecaminoso el sólo hablar de cuestiones sexuales, lo que hace que por falta de un poco de conocimiento de las cosas crezca la juventud en constante peligro de un desastre inesperado, ya que hay una corriente de vicio en la cual puede caer fácilmente el ignorante. Se juzgan indecentes en muy diversas formas las costumbres de los tiempos clásicos de Grecia y Roma; pero podría asegurar

que esos tiempos clásicos fueron menos impuros en pensamientos que la Europa actual.

Los que sabemos del aspecto interno de las cosas soportamos esa presión continua y debemos decirnos: "No, esto no es así; todo esto es irreal y nosotros pedimos ser llevados de lo irreal a lo real". Lo real es la vida inmanente, la vida que persiste; la vida que, como dicen las Escrituras, está escondida con Cristo en Dios. Vivir en esa realización constantemente y constantemente considerar lo externo como de importancia no esencial, no es cosa fácil pero es esto exactamente lo que hay que hacer. Ha dicho uno de los Maestros: "El que quiera seguirnos debe dejar su mundo y venir al nuestro". Esto no significa que uno debiera abandonar la vida diaria y vivir la de un ermitaño. Esto implica, por el contrario, que más aún que antes, debemos desempeñar cordialmente todos nuestros deberes en este extraño juego de la vida; pero no quiere decir que el aspirante deba abandonar su actitud y adoptar la de los Maestros.

Aquellos que logren triunfar en sus esfuerzos llegarán algún día a ser aceptados como discípulos por uno u otro de los Maestros. Cuando el pensamiento del hombre llega a ser parte del pensamiento de su Maestro, el discípulo puede comparar su pensamiento con el del Maestro, el cual nunca sufre la influencia de la multitud, y puede ver con toda exactitud lo que el Maestro piensa sobre cualquier asunto. De esta manera el discípulo puede fácilmente colocarse en el camino del Maestro y hacer suyo su punto de vista, aun cuando al principio estará constantemente desconcer-

tado. Lo que antes juzgaba de enorme importancia lo hallará ahora desprovisto de ella y cosas que antes le pasaban inadvertidas por considerarlas no importantes, aparecerán ahora ante él como de gran significación, porque ya sea de una manera o de otra, grande o pequeña, afectan su capacidad de ser útil y cualquier cosa que afecte nuestra capacidad de ser útiles es importante, porque es en este punto donde nos ponemos en contacto con la realidad de las cosas.

La presión que el mundo externo ejerce sobre la mente, tanto en el plano astral, como en el mental, no es nunca de condición elevada. Debemos de cerrar nuestros oídos a todo ello y tenerlos solamente abiertos a los sonidos que vienen de arriba; a la voz y al pensamiento del Maestro. No es nada extraño que antiguamente en la India y en otros países, cuando el hombre se proponía seguir la vida espiritual, lo primero que hacía era retirarse de la vida ordinaria, reclusándose en un campamento, en una cueva o en la selva. Obtenían la ventaja de colocarse fuera de la presión de la opinión ignorante y quedaban en mayor libertad de seguir su camino. Muchos de los santos de la cristiandad se retiraban de la vida mundana y se hacían monjes o ermitaños o se asociaban con personas que pensaban en la misma forma que ellos.

Esta ventaja de la reclusión aumenta aun para aquellos que tienen el privilegio de estar en el aura de un Maestro o de alguno de sus discípulos adelantados. Las vibraciones de esa aura están actuando constantemente sobre los cuerpos del discípulo, entonándolos, des-

pojándolos de calidades de materia indeseable y proporcionándoles lo que quieren. El estudiante deberá esforzarse constantemente por desarrollar en sí mismo alguna virtud: amor, por ejemplo. Si queda abandonado a sí mismo su esfuerzo será intermitente, pues constantemente se olvidará de que debe sostenerlo; pero el aura de su superior lo sujetará siempre a la más alta calidad de pensamiento y sentimiento que él desea establecer en sí mismo de una manera permanente. El resultado que se obtiene es muy semejante al que se consigue cuando hay que corregir un miembro mal formado de una criatura y se entabla el miembro para obligarlo a crecer en la forma debida.

Mientras el discípulo está bajo el aura del Maestro, advierte que no puede tener un mal pensamiento, aun cuando lo quisiera, pues bajo la acción de esa influencia, esto le parece imposible. En tal situación sonreímos al recordar nuestros pensamientos de ayer y decimos: "Yo no podría tener tal sentimiento nuevamente; todo éso se ha esfumado como un sueño". Pero al día siguiente, cuando estamos lejos del Maestro, nos hallamos de nuevo luchando rudamente por conservar una actitud elevada, cosa que nos parecía tan fácil al estar en su presencia.

Aquellos que actualmente se están encaminando al sendero, deben de esforzarse por conservar la misma actitud en las actividades de la vida diaria, porque no sólo deben ayudar al mundo por medio de la meditación y el pensamiento exclusivamente —como de seguro lo hacen el monje y el ermitaño— sino también actuando en las diversas actividades mundanas. Es esto

una cosa bellísima; un gran privilegio; pero es difícil, muy difícil de realizar.

Es por esta dificultad por lo que han sido muy pocos los que han logrado triunfar. Muchos se han limitado a tomar la enseñanza teosófica, como el término medio de los cristianos toman su religión, considerándola solamente como un bonito tema de conversación para el domingo, pero no como una enseñanza que se debe de poner en práctica durante todo el día y todos los días sin interrupción. El estudiante fervoroso de la vida interna no puede apartarse así de la realidad; debe ser práctico y firme y debe de aplicar constantemente sus ideales en la vida diaria. Obtener tal cosa es difícil; no es que a las personas les falte voluntad por hacer un gran esfuerzo en favor de la idea teosófica. Si pudieran ayudar a un Maestro, si pudieran hacer algún trabajo directamente en su servicio, no vacilarían hacerlo aun a costa de su propia vida. Recordemos lo que dice San Agustín: "Muchos son los que morirán por Cristo; pocos son los que vivirán por El". Ser mártir es magnífico, heroico; es una gran acción. Pero quien llega al martirio tiene el sentimiento de estar haciendo un gran esfuerzo, y la conciencia de ello le da ánimos y valor para soportar el dolor, el sufrimiento. En ese momento está en tensión para ese gran acto de heroísmo. Pero lo que tiene que hacer ahora es mucho más difícil que aquéllo. No es posible conservarse siempre en este grado de tensión heroica, ante las pequeñas dificultades diarias que constantemente nos acosan. Es muy difícil sostener esa ecuanimidad mental al tratar día tras día

con la misma gente tediosa que jamás procede en la forma que nosotros desearíamos. Vivir por Cristo en todas esas pequeneces, éso es lo difícil. Y precisamente porque todas esas cosas parecen comparativamente pequeñas es por lo que es sumamente difícil seguir el Sendero.

Examinemos, pues, estos tres libros; sigamos sus instrucciones y veamos hasta dónde es posible aplicarlas. Otros lo han hecho así y han logrado entrar en el sendero; ¿por qué nosotros no? Triunfar significa conquistarse a sí mismo; significa que debemos controlarnos, afrontar las cosas y, al hallar malezas, arrancarlas. No importa cuán hondamente estén enraizadas ni cuánto sea el sufrimiento que todo esto implique. ¡Fuera con ellas! Tarea dura en verdad; pero aquellos que ya han logrado entrar en algún estado superior nos aseguran que bien vale la pena cualquier esfuerzo, grande o pequeño, sea de una vez por todas o muchas veces si es necesario.

CAPITULO II

LA INICIACION Y COMO LLEGAR A ELLA

C. W. L. EL NOMBRE DE ESTE LIBRO FUÉ elegido por nuestra Presidenta entre unos treinta o cuarenta que le fueron sometidos y a ella se debe también la dedicatoria

A LOS QUE LLAMAN

cuyo simbolismo es obvio: "Llamad y se os abrirá; buscad y hallaréis". En el prefacio del libro dice la Dra. Besant:

Por ser un hermano de más edad, se me ha concedido el privilegio de escribir algunas palabras como prefacio de este pequeño libro, el primero que ha escrito un hermano más joven de cuerpo, ciertamente, pero no de alma.

He aquí un punto de gran importancia. En la vida ordinaria, considerando solamente este mundo y una

sola encarnación, determinamos la edad de una persona por la de su cuerpo físico; pero en el progreso oculto consideramos la edad del Ego, del alma interna. Debemos precavernos de juzgar solamente por los accidentes externos, como se hace por casi todos en el mundo. El alma crece sin interrupción y cuando alcanza un alto desarrollo, comienza a dejar ver su avance en inteligencia, emoción y poderes ocultos, aun cuando el cuerpo físico sea todavía joven. Alcione ciertamente dió muestra de que esto es así, por la extrema rapidez de su progreso. Respondió a las enseñanzas de una manera tan plena, que pudo obtener en unos cuantos meses lo que por lo general hubiera necesitado muchos años, pues para la mayoría de los hombres hubiera esto requerido un cambio fundamental de carácter.

Los casos de esta clase aumentarán constantemente en estos días, debido a la cercana venida del Maestro del mundo. Sus principales discípulos deberán ser personas en la plenitud de su vida y fuerza; la mayoría de ellos no mucho mayores que El, en lo que al cuerpo físico se refiere, y pues El está próximo a venir, los que habrán de ser sus discípulos deben ser ahora jóvenes. Es sumamente probable que algunos de los que entre nosotros son ahora niños, puedan ser en el futuro prominentes en el trabajo, pues es de creerse que la mayoría de los que tengan tan afortunado destino nazcan donde puedan obtener la enseñanza que los capacite para ello, o sea en familias teosóficas.

Debemos, por lo tanto, estar pendientes de tales posibilidades y procurar que todo niño que encontremos en nuestro camino sepa de la próxima venida del Maes-

tro del Mundo, para que todos sepan de la posibilidad que está abierta a ellos. Debe dejárseles hacer uso por sí mismos de la oportunidad, pero, cuando menos, debemos brindárselas. Sería muy triste para un padre el escuchar de su hijo o hija este reproche: "Si me hubieses hablado de estas cosas cuando fui joven, hubiera quedado en condiciones de aprovechar la oportunidad; pero me dejaste crecer sin saber nada de esto; seguí en la vida mundana y por lo tanto cuando se presentó la oportunidad, no la tomé". Debemos dar la oportunidad; pero una vez que lo hayamos hecho, nuestro deber está cumplido, porque no debemos forzar a nadie en ningún sentido, ni formular un plan futuro pretendiendo que otras personas, posiblemente de mayor desarrollo espiritual, se circunscriban a él.

Las enseñanzas en él contenidas le fueron dadas por su Maestro al prepararlo para la Iniciación.

La palabra Iniciación se ha venido usando en un sentido muy general; pero tiene un significado técnicamente definido. La señora Blavatsky en los primeros días de sus trabajos usó ese término de una manera muy vaga; pero como nuestra terminología se ha venido precisando más y más, el significado de esta palabra debe limitarse a las grandes Iniciaciones, a los cinco pasos en el Sendero propiamente dicho, para usar los términos antiguos. En las antiguas escrituras se habla del Sendero Probatorio, del Sendero propiamente dicho y del Período Oficial, como de las tres etapas

del desarrollo humano avanzado. El Sendero Probatorio significa el período de prueba para la Iniciación; el Sendero propiamente dicho es el Sendero de la Santidad que principia con la primera de las grandes Iniciaciones (en el cual el hombre "entra en la corriente") y termina con la obtención del Adeptado. Hace cuarenta años se solía hablar de la "Iniciación en la Sociedad Teosófica" y la palabra se usa aún en relación con las ceremonias masónicas y de otras clases; debemos, pues, no confundir estas ideas con las grandes Iniciaciones del Sendero Oculto.

En los primeros días de nuestro movimiento, el período de prueba para la Iniciación se consideraba dividido en estados que corresponden a los cuatro requisitos de que trata este libro: discernimiento, ausencia de deseo, recta conducta y amor.

No es correcto dar a estos requisitos el nombre de estados, ni hablar de iniciaciones entre ellos. Estos requisitos no se van adquiriendo forzosamente en el orden anotado. En los antiguos libros orientales aparecen reseñados en ese orden; pero probablemente estamos adquiriéndolos en forma simultánea. Cada quien va haciendo lo que le es posible, y para algunos, la adquisición de uno de ellos puede ser más fácil que para otros.

El discernimiento ocupa su lugar como el primero de estos requisitos, porque es lo que hace al hombre resolverse a entrar en el Sendero. El nombre budista de este requisito es *manodvaravajjana*, "La apertura de las puertas de la mente", lo que significa que la mente del hombre se abre por primera vez para ver que

las cosas espirituales son las únicas reales y que la vida mundana ordinaria no es más que pérdida de tiempo. Los indúes la llaman *viveka*, que significa discernimiento. Los cristianos llaman a este requisito "conversión", palabra que también es muy expresiva, porque conversión significa la acción de dar la vuelta y reunirse; se deriva del supino de *verto* y de *con*, que significa junto.

Quiere decir que el hombre que ha venido siguiendo su propia vida, sin pensar para nada en la voluntad Divina, ha comprendido ya la dirección en que esa Divina voluntad quiere que fluya la corriente de la evolución y da la vuelta para ponerse acorde con esa corriente. En muchas sectas cristianas la palabra ha degenerado y entraña ahora una cierta condición espasmódica o histérica; pero aun así implica todavía la idea de volverse para ponerse en concordancia con la divina voluntad. Mucho de esto fué expresado por el apóstol cuando dijo: "Pon tus afectos en las cosas de arriba y no en las cosas de la tierra".

En la misma forma en que hay etapas en el Sendero hay también otras etapas que marcan los grados en que se encuentran las relaciones personales entre el discípulo y el Maestro que lo prepara para la Iniciación. Las Iniciaciones se otorgan por la Gran Fraternidad Blanca, en nombre del Iniciador Uno que es su cabeza, y solamente por su mandato. Pero las relaciones entre el Maestro y Su discípulo corresponden a los asuntos personales de éste. Se puede ser, primero, un aspirante en prueba, segundo, un discípulo aceptado; tercero, lo que se llama un hijo del Maestro; todo esto concierne a las relaciones

privadas y no debe confundirse con las Iniciaciones, que sólo son dadas por la Gran Jerarquía.

La primera Iniciación es la etapa que hace a un hombre miembro de la Gran Fraternidad Blanca. Antes de obtenerla, el hombre no está aún en realidad en el Sendero, pero se está entrenando como preparación para ello. No se otorga de una manera arbitraria, sino en reconocimiento de haberse logrado un cierto grado de evolución lo que se llamaba anteriormente la unión del yo superior con el yo inferior, en la unión del ego con la personalidad. Un hombre que desee capacitarse para candidato a la Primera Gran Iniciación debe adquirir los requisitos que se describen en este libro y hacer que su personalidad sea una expresión del ego; no debe existir ya una personalidad inferior que se proyecte hacia adelante y que tenga deseos propios opuestos a los del ego reencarnante.

El cambio que entonces tiene lugar se muestra en las ilustraciones que aparecen en "*El hombre Visible e Invisible*". El cuerpo astral del salvaje está lleno de colores que indican toda clase de bajas pasiones y es de un diseño irregular, porque el hombre no domina aún su cuerpo astral; no hay ninguna relación entre los cuerpos astral y mental. El cuerpo causal está aparentemente en blanco; el cuerpo mental tiene sólo muy poco desarrollo y muy poca conexión con el astral. En el cuerpo astral del salvaje se hallan toda clase de emociones y pasiones que nada tienen que ver con la mente. El no piensa en ellas; no sabe aún cómo pensar; las pasiones simplemente están ahí y hacen del hombre salvaje lo que quieren.

En el hombre avanzado, por lo contrario, todos los vehículos están íntimamente ligados. El cuerpo causal está lleno en lugar de estar vacío; están ya plenamente desarrollados todos los diferentes colores que expresan las altas virtudes y comienzan a fluir hacia afuera en diversas direcciones para impartir su ayuda a los demás. El cuerpo mental contiene los mismos colores, si bien un poco más densos, pero de cualquier manera los más finos de su clase y representan el cuerpo causal en un nivel más bajo. El cuerpo astral, a su vez, viene siendo un espejo en que se refleja el mental; ahí están los mismos colores, sólo que un poco más oscuros y densos, por hallarse en un plano más bajo.

El yo del salvaje se expresa a sí mismo en toda clase de emociones y pasiones las que el Ego no puede aprobar; pero en el hombre desarrollado no hay más emociones que las que el Ego escoje manifestar. En lugar de ser movido por sus emociones y arrollado por ellas, el ego las selecciona. Dice: "El amor es bueno; me permitiré sentir amor; la devoción es buena; me permitiré sentir devoción; la simpatía es hermosa; me permitiré sentir simpatía". Y esto lo hace con los ojos abiertos, esto es, procede así de manera deliberada. Las emociones quedan bajo el dominio de la mente; de la mente que es una expresión del cuerpo causal; y así es como nos vamos acercando a la condición de la unión completa del ego superior con el inferior.

No se debería imaginar que en cada hombre haya dos entidades. No hay nunca un ego inferior como ser separado, sino que el Ego hace descender un pequeñísimo fragmento de sí mismo hasta la personalidad, con

el fin de poder experimentar las vibraciones de los planos inferiores. La personalidad adquiere así una manifestación mucho más vívida que la del ego, porque está en un estado en el que puede responder a tales vibraciones; de aquí que con frecuencia olvide que pertenece al ego y comience a actuar en los asuntos de la vida por su propia cuenta, haciendo lo que le viene en gana sin tomar en cuenta el parecer del ego. Al correr de muchas encarnaciones, sin embargo, el ego se va fortaleciendo y el hombre puede ya reconocer que la personalidad no es sino una expresinó de sí mismo, el ego reencarnante, y que cuando la personalidad trate de ser el amo en lugar del siervo, las cosas andan mal y es necesario ejercer control sobre la personalidad. Aquí es cuando debemos ordenar las cosas en forma tal que la personalidad exprese al ego y nada más. Es esto lo que el Sr. Sinnett llama dar acatamiento al ser superior. En "*La Voz del Silencio*" se nos dice que el discípulo debe asesinar la forma lunar. Esto se refiere al cuerpo astral. No quiere decir que debemos cometer un asesinato astral; significa que el cuerpo astral no debe tener existencia sino como expresión de la parte superior. Que en lugar de tener sus propias pasiones y emociones debe reflejar solamente las que el ego elija.

Tal es la condición que debe obtenerse antes de ser presentado para la Primera Iniciación. El hombre debe controlar sus cuerpos físico, astral y mental. Todos ellos deben ser servidores del ego. Lograr ese dominio requiere muchísimo trabajo para el hombre de tipo ordinario y muchos hay que podrían decir: "Yo no puedo hacer eso; no hay para qué hablar de ello". Ciertamente

es este un ideal demasiado elevado para presentarlo ante todo mundo intempestivamente; pero no parecería ser una solicitud excesiva para todos aquellos que han estado meditando y pensando en estas cosas durante muchos años. Ciertamente que no es cosa fácil arrancar una a una todas las pasiones y uno a uno todos los deseos y el dominar los cuerpos astral y mental; cierto que todo esto es difícil; pero bien vale la pena hacer todos los esfuerzos necesarios ya que los resultados que se obtienen son incomparables en proporción con los esfuerzos requeridos. El pensamiento de hacernos capaces de ser de mayor utilidad al Maestro del Mundo es un incentivo adicional que debe de alentarnos para llevar a cabo tan ardua empresa. Aquellos que obtienen las Iniciaciones no las consiguen para sí mismos; para escapar de las tristezas y de los sufrimientos del mundo; sino para poder ser útiles en el grandioso plan.

Hay en la existencia humana ciertos cambios definidos que superan todos los demás. El primero de ellos es la individualización; la entrada al reino humano, cuando el hombre, que viene del estado animal, comienza su carrera como ego. Su obtención del Adeptado en la Quinta Iniciación es el otro; marca la salida del hombre del reino humano, entrándose luego en un estado supra-humano. Tal es el destino que corresponde a toda la humanidad; es el grado que debemos de esforzarnos por obtener en esta cadena de mundos. Al finalizar este período el hombre que ha logrado lo que Dios desea para la humanidad; que ha llevado a cabo el designio divino en lo que a él corresponde, trasciende ya el reino humano y muchos de nosotros po-

dremos lograr ésto mucho antes de que el período concluya.

Entre estos dos cambios hay otro punto de quizás tan grande importancia: la definitiva "entrada en la corriente", la Primera Grande Gran Iniciación. Las palabras que se pronuncian al admitir al candidato en la Fraternidad incluyen lo siguiente: "Estás a salvo para siempre; has entrado ya en la corriente; que pronto logres llegar a la otra playa". El cristiano dice en tal caso que el hombre se ha "salvado". Esto significa que él está enteramente seguro de proseguir dentro de la actual corriente de evolución; que no saldrá de ella el Día del Juicio, en la próxima Ronda, como un niño de escuela que está muy atrasado para seguir con el resto de su clase.

El Iniciado tiene que obtener la segunda, tercera y cuarta iniciaciones antes de lograr el adeptado, que es la quinta. Cuando alcanza ese estado une la mónada y el ego en la misma forma en que con anterioridad ha unido el ego y la personalidad. Cuando el hombre ha logrado consumir en sí la unión de su parte superior con su parte inferior, la personalidad no existe ya, excepto como una expresión del ego; tiene entonces que empezar de nuevo este proceso, digamos, y hacer al ego una expresión de la mónada. Si más allá existe un estado de semejante condición, no lo sabemos, pero sí es cierto, por lo menos, que cuando el hombre alcanza el adeptado, se abren ante él las más gloriosas perspectivas de progreso.

Con frecuencia se pregunta cuál será el fin de esta evolución que ante nosotros se presenta. Yo, por lo

que a mí toca, no puedo decir si tiene fin o no. Un gran filósofo dijo una vez: "Es igualmente inconcebible que haya fin y que no haya fin y sin embargo, una u otra de estas dos proposiciones tiene que ser verdadera". Hay quienes hablan de absorción en lo Supremo; pero de esto nada sabemos. Sí sabemos que nuestra conciencia continúa ampliándose; que ante nosotros se encuentra una continua ampliación hacia adelante y para los lados. Sabemos que nos es posible obtener el nivel búdico y obtener así una enorme expansión de conciencia, en forma tal que, además de ser uno mismo, es otra y más grande persona.

Al sentir esto no perdemos en ninguna manera nuestra individualidad, sino sentimos que al ampliarse nuestra conciencia somos capaces de sentir a través de otros como ahora sentimos a través de nosotros. Todos los que puedan alcanzar esto en la meditación deben continuar en sus prácticas y explayar su conciencia hasta que ésta abarque más y más cada vez: no alcanzando solamente aquellos que están arriba de nosotros, sino también a aquellos que están debajo, aun cuando aquellos que están arriba se incluyan primero porque son mucho más fuertes; de una fuerza mucho más tremenda. Tal expansión se verifica en forma gradual, haciendo el hombre su camino de uno a otro sub-plano de la conciencia búdica, hasta que logra ya desarrollar un vehículo búdico —un cuerpo que puede usar en una altura estupenda desde la cual todas las esferas parecen una sola y pueda trasladarse en el espacio sin pasar por él en el sentido que damos nosotros a estas palabras.

Ahora bien: puesto que tales experiencias las hemos obtenido varios de nosotros, podemos presumir con justificación que las ulteriores ampliaciones de conciencia serán de naturaleza semejante. Cuando hemos obtenido esa unidad sin perder en lo más mínimo nuestro sentido de individualidad, sin sentirnos sumergidos en un brillante mar, como dice el poeta, sino antes bien, sintiendo que el brillante mar ha fluído todo en la gota, podemos presumir que el progreso ulterior siga en la misma forma.

Podría juzgarse paradójico; pero tal es la sensación: la conciencia de la gota se amplía hasta absorber la conciencia del mar. Siendo esto así, hasta donde nosotros sabemos, estamos justificados para presumir que no habrá un cambio repentino en este método. No se puede concebir que nos sumerjamos en algo perdiendo al hacerlo una conciencia que hemos tardado tanto tiempo en desarrollar. Yo entiendo que la conciencia se ampliará en una forma en que nos volvamos uno con Dios, pero solamente en el sentido en que habló Cristo cuando dijo: "Todos vosotros sois dioses; todos vosotros sois hijos del Altísimo". Podemos mirar muy lejos para atrás en la evolución y muy lejos también para adelante. Podemos estar seguros de un futuro de millones de años de útil actividad, en niveles espléndidos cuya gloria, poder, amor y desarrollo son ahora imposibles de concebir; pero lo que hay más adelante, no lo sabemos. Si consideramos este punto con sentido común, no podemos en realidad pretender desentrañarlo. Si el último fin de todo esto estuviera al alcance de nuestra comprensión, sería un final

bien pobre, del todo desproporcionado a los grados que a él conducen.

Nuestro intelecto es una cosa estrecha. Sus limitaciones no puede comprenderlas el hombre hasta que alcanza sus más altos desarrollos. Es entonces cuando empieza a darse cuenta de que este intelecto de que tanto alardeamos es en realidad una cosa insignificante; un principio nada más; una semilla del árbol futuro. En comparación con el futuro el hombre sólo cuenta con un intelecto infantil, aun cuando sea el de un niño de muchas promesas, ya que ha hecho mucho hasta ahora y ofrece más aún. Pero comparado con el intelecto de los grandes seres, es aún sólo un intelecto muy infantil. Por ello es que no puede alcanzar ni grandes elevaciones ni grandes profundidades, y no nos es posible comprender ni el principio ni el fin. Yo, por lo menos, admito con toda franqueza que no sé cuál es el destino que existe en la Mente Suprema; yo nada sé acerca del Supremo, excepto que es.

El metafísico y el filósofo especulan sobre todas estas cosas y obtienen de sus esfuerzos un considerable desarrollo de su mente y de su cuerpo causal. Aquellos que se sienten atraídos por tales especulaciones no hacen mal en entregarse a ellas; pero creo que deben entender con toda claridad que todo eso no pasa de imaginaciones. El filósofo no debe esperar que aceptemos las teorías que ha pretendido erigir en sistemas, pues es sumamente probable que haya dejado de tomar en cuenta algunos de los factores más importantes. Por lo que a mí toca, no especulo. Siento que el esplendor y la gloria que incuestionablemente se extienden

ante nosotros son más que suficientes para dar satisfacción a todas nuestras aspiraciones. "Ni el ojo ha visto, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre ha podido concebir las cosas que Dios ha preparado para aquellos que lo aman". Esto es tan cierto hoy como hace dos mil años.

CAPITULO III

DE COMO FUE ESCRITO ESTE LIBRO

C. W. L.—En su prefacio (fechado en diciembre de 1910), la doctora Besant sigue explicando cómo escribió Alcione este libro:

Y él las ha transcrito de memoria, lenta y laboriosamente, porque el año anterior sabía mucho menos inglés que ahora; la mayor parte de esta obra es una reproducción de las propias palabras del Maestro y lo que no sea reproducción verbal, es el pensamiento del Maestro revestido de las palabras de su discípulo. El Maestro suplió dos frases omitidas. En otros dos casos fué agregada una palabra que faltaba. Aparte de esto, la obra es enteramente de Alcione; es su primera dádiva al mundo.

En el libro "Los Maestros y el Sendero" aparece la siguiente narración sobre lo que aconteció:

"La historia de cómo se escribió este librito es relativamente sencilla. Todas las noches tenía que conducir a este niño, en su cuerpo astral, hasta la casa del Maestro, donde había de recibir su instrucción. El Maestro dedicaba cosa de quince minutos cada noche a hablarle y al final de cada conversación, resumía los principales puntos tratados en una sola frase o en unas cuantas frases, haciendo así un pequeño resumen que era repetido al niño para que éste lo aprendiera de memoria. Al amanecer recordaba éste el resumen y lo escribía. El libro, pues, contiene todas esas frases; es un epítome de las enseñanzas del Maestro, hecho por él mismo y en sus propias palabras. El niño las escribía laboriosamente por cuanto que su inglés no era muy bueno por entonces. Sabía él todas estas cosas de memoria y no dió una particular atención a las anotaciones que había hecho. Más tarde fué él a Benarés con nuestra Presidenta. Estando ahí me escribió a Adyar donde yo estaba y me pidió que coleccionara todas las anotaciones que él había hecho de lo que le había dicho el Maestro y que se las enviara. Arreglé sus anotaciones en la forma que pude y las copié a máquina".

"Pensé luego que como todas estas anotaciones eran casi exclusivamente las palabras del Maestro, era conveniente contar con la seguridad de que no había habido ningún error al transcribirlas. Por lo tanto, llevé al Maestro Kuthumí la copia que había sacado y le pedí que tuviera la bondad de leerla. La leyó, cambió una o dos palabras aquí y allá, añadió algunas notas

de conexión y de explicación y puso otras cuantas frases que yo recordaba haber oído a El decir al señor Krishnamurti. Luego dijo: "Sí; parece correcto; está bien" pero añadió: "Mostraremos esto al señor Maitreya". Y nos fuimos juntos. El llevando el manuscrito que fué mostrado al Maestro del Mundo que lo leyó y aprobó. Fué éste último quien dijo: "Debéis hacer un hermoso librito de este trabajo para introducir a Alcione al mundo". No habíamos intentado introducirlo al mundo, no nos parecía conveniente que tan grandes pensamientos apareciesen como de un muchacho de trece años, que aún tenía que completar su educación. Pero en el mundo oculto hacemos lo que se nos dice y por ello fué que el libro se dió a la publicación lo más pronto posible.

Se presentaron todos los inconvenientes que esperábamos por la prematura publicidad; pero lo cierto es que el señor Maitreya tenía razón y que nosotros estábamos equivocados, pues el bien que ha hecho el libro supera con creces las molestias que nos trajo. Innumerables personas, millares literalmente de personas, nos han escrito para decirnos cómo han cambiado sus vidas por la lectura de este libro; cómo hallan diferentes todas las cosas por haberlo leído. Ha sido traducido a veintisiete lenguas. Se han hecho de él cuarenta ediciones o más, habiéndose impreso más de cien mil ejemplares. Ahora mismo se está haciendo en América una edición de un millón de ejemplares. Maravilloso trabajo ha hecho este libro. Sobre todo, lleva impreso el sello del Maestro del Mundo que está por venir y es esto lo que lo hace

más valioso para nosotros: el hecho de que nos muestra —hasta cierto grado— cuáles habrán de ser Sus enseñanzas.¹

¹ P. cit. pp. 76-78. Segunda edición, 1927.

N. del T.—Estos datos aparecen en la edición de Adyar, fechada en 1930; pero ahora las ediciones deben ser, naturalmente, mucho mayores.

CAPITULO IV

LA ORACION PRELIMINAR

C. W. L.—Concluye la doctora Besant con un buen deseo para todos:

Que este libro pueda ayudar a otros, así como la enseñanza oral de ayudó a él. Con tal esperanza nos lo da. Pero las enseñanzas tan sólo pueden ser fructíferas si las vivimos, como él las ha vivido desde que brotaron de los labios de su Maestro. Si el ejemplo es seguido a la par que el precepto, entonces la Gran Puerta que se abrió al escritor, se abrirá para el lector y sus pies hollarán el Sendero.

Al principio del libro, antes aún de llegar al Prefacio de Alcione, aparece una antigua plegaria, traducida del sánscrito:

*De lo irreal condúceme a lo Real
De las tinieblas condúceme a la Luz
De la muerte condúceme a la Inmortalidad.*

El uso de la palabra "real" en el presente caso puede ser causa de alguna confusión. Cuando decimos "real" e "irreal", la idea que llega a nuestra mente es que una cosa tiene existencia definida y la otra no. Lo irreal, para nosotros, es lo puramente imaginario. Pero no es esto precisamente lo que el indú entiende en esta frase. Tal vez nos acercáramos más a su contenido si dijésemos: "De lo impermanente condúceme a lo Permanente."

La afirmación de que los planos inferiores, físico, astral y mental son irreales ocasiona con frecuencia serias confusiones. Estos planos, en sus propios niveles, no son irreales mientras duran. Los objetos físicos nos parecen perfectamente reales mientras estamos en el plano físico; pero cuando el cuerpo queda dormido y nosotros usamos nuestra conciencia astral en lugar de la física, esos objetos no son ya visibles para nosotros, porque ya hemos pasado a un plano superior. De aquí que se suele decir que tales planos son irreales. Pero la misma razón habría para afirmar que el plano astral es irreal por el hecho de que nosotros no vemos sus objetos cuando nos hallamos en el plano físico. Pero tanto los objetos astrales como los físicos están todo el tiempo en sus respectivos planos; permanecen visibles para todos aquellos que tienen su conciencia en tales respectivos planos.

Hasta donde sabemos, toda manifestación es impermanente; sólo lo Inmanifestado es absolutamente y siempre el mismo. Toda manifestación, aun la de los planos más elevados volverá algún día a lo Inmutable; por lo cual la diferencia que existe entre lo que llama-

mos impermanente o transitorio y los planos superiores, es nada más cuestión de tiempo, el que en relación con la eternidad es como nada. El plano físico, por lo tanto, es tan real como el plano nirvánico y una expresión igualmente real de la Deidad y por esto no debemos de formarnos la idea de que unas de estas cosas son reales y las otras simples sueños o fantasmagorías.

Otra idea común es la de que la materia es mala; pero esto no es así en absoluto. La materia es una expresión de la Divinidad lo mismo que el Espíritu; ambos son uno en El —dos fases de El—. La materia con frecuencia actúa en forma de obstaculizar nuestro progreso; pero sólo cuando la empleamos en forma que nos detenga en el camino; de la misma manera, un hombre que se corta con una navaja, podría afirmar que las navajas son cosas malas. Considerando, pues, la flexibilidad de los términos sánscritos, podríamos igualmente traducir la primera línea "De lo falso condúceme a lo Verdadero". "Verdadero", "permanente", "real": todas estas palabras parecen quedar incluidas en el significado de la frase; así pues, lo que estamos pidiendo es más bien ser conducidos de lo externo, donde la ilusión es mayor, a lo interno, que está más próximo a la absoluta verdad.

La segunda petición es "De la obscuridad condúceme a la Luz", lo que significa, por supuesto, que de la obscuridad de la ignorancia seamos llevados a la Luz del conocimiento. Esta oración la dirigimos al Maestro; le pedimos que nos alumbré con Su sabiduría. En la India esta petición lleva implícito un significado secundario, pues en estas palabras se supone que se pide tam-

bién al Maestro ser conducido al conocimiento de los planos superiores y aquí se encuentra un bello pensamiento que se encuentra en algunos de los libros antiguos; que la luz de los planos inferiores es la obscuridad de los superiores. Esto es maravillosamente cierto. Lo que aquí se considera como luz es sombra y obscuridad comparado con la luz del plano astral y a su vez esto es pobre en relación con lo mental. Es muy difícil establecer estas distinciones en palabras, porque cada vez que se eleva la conciencia un plano, se tiene la impresión de algo estupendamente superior a lo que hasta entonces se conoce: mayor poder, mayor luz, mayor felicidad.

Cuando un hombre logra un definido avance en su conciencia, piensa: "Ahora sé por primera vez lo que es la vida real, lo que es la felicidad y cuán espléndidas son todas estas cosas." Así es que cada plano es superior fuera de toda proporción al inmediatamente anterior. Por ejemplo, descender del plano astral al plano inmediato inferior, el físico, es como entrar a un calabozo viniendo de gozar la luz del sol. Cuando un hombre puede funcionar conscientemente en el plano mental advierte una expansión en muchas direcciones absolutamente más allá de todo lo que se conoce en el astral. Cuando por primera vez llega a tocar la conciencia búdica, siente un poquito la forma en que Dios ve las cosas. El hombre está entonces poniéndose en contacto con la Divinidad y comenzando a conocer como El, que es en todo, siente a través de todo. Se dice que "en él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser"

y que "de El y por El son todas las cosas"¹ y todo esto no son simplemente expresiones bellas y poéticas, sino que realmente representan hechos verdaderos. Hay una gloriosa unidad —no solamente una fraternidad, sino una unidad de hecho— y cuando podemos alcanzar la franja más inferior de esta unidad comenzamos por primera vez, de una manera muy confusa, a comprender cómo siente Dios cuando observa Su universo y dice: "Esto es bueno". Y así, de la obscuridad de los planos inferiores pedimos ser conducidos a la luz más elevada de conciencia. No hay fraseología más apropiada —y es en efecto la luz cuando se compara con la obscuridad—; no hay expresiones que mejor correspondan a lo que se siente.

Luego decimos: "De la muerte condúceme a la Inmortalidad". Esto no significa lo que a primera vista pudieran interpretar las personas comúnmente religiosas, pues la actitud del teósofo ante la muerte debe ser muy diferente de la que tiene la persona que no ha estudiado estas cosas. De hecho debe ser radicalmente opuesta. La muerte no es un horror; no es el reino del terror, sino más bien un ángel que, con una llave de oro, viene a abrirnos las puertas de una vida más plena y más elevada. Por supuesto nosotros siempre sentimos a los que mueren; pero nuestras lamentaciones son por "no tocar ya la mano desvanecida y por no oír la voz ya callada". Y cuando pedimos que nos conduzca de la muerte a la inmortalidad no entendemos de ninguna manera lo que entendería la mente de un cristiano, esto

¹ Romanos XI, 36.

es, que queremos seguir viviendo en nuestra presente personalidad eternamente en una o en otra forma. Tenemos, sin embargo el definido deseo de escapar de la muerte y de su inseparable compañero el nacimiento. Lo que el hombre tiene ante sí es la cadena que el budista llama *sansara*, la rueda de la vida. La plegaria es, pues: de este ciclo de nacimientos y muertes condúcenos a la inmortalidad; a la vida que está por encima del nacimiento y la muerte; que no necesita ya sumergirse en los planos inferiores porque la humana evolución ha dado fin y porque se ha ganado ya todo lo que la materia puede enseñar. Aunque la gente no parezca advertirlo, esta idea es predominante también en las escrituras cristianas. La Cristiandad moderna sufre de ciertas obsesiones (no me es posible calificarlas de otra manera) y una de ellas es la terrible idea de un infierno eterno. Esta creencia ha causado una nube de confusión también sobre otras doctrinas. Toda la teoría de la salvación ha venido a significar la salvación de un infierno que no existe; un infierno eterno, siendo así que no significa eso para nada y todos los pasajes que se supone se refieren a esto, que parecen incomprensibles, se vuelven claros y luminosos cuando se comprende que es realmente el nacimiento de Cristo en el corazón del hombre lo que salva.

El Cristo habló con frecuencia del ancho camino que conduce a la muerte y a la destrucción y de los muchos que por él transitan. Sus discípulos se acercaron a El y le preguntaron: "Señor, ¿son unos cuantos los que se salvan?" A lo que respondió: "Estrecha es la puerta y angosto es el camino que conduce a la vida y pocos se-

rán los que lo encuentren." En la actualidad esas palabras, hermosas y perfectamente verdaderas se interpretan en el sentido de que la mayoría de la humanidad será arrojada al infierno eterno; que serán muy pocos en verdad los que alcancen el cielo pero es absolutamente ridículo el atribuir tal idea al Cristo. Lo que El quiso indicar está perfectamente claro. Los discípulos le preguntaban cuántos entraban en el sendero de la Iniciación y El dijo: "Pocos", lo que es tan verdadero en nuestros días como lo fué entonces. Cuando dijo "ancho es el camino que conduce a la muerte y muchos son los que lo transitan", hizo referencia al camino que conduce al ciclo de muertes y nacimientos. Ciertamente es, por supuesto, que ese camino es ancho y fácil; no hay ninguna molestia cuando se sigue ese camino de desenvolvimiento y quienes lo sigan llegarán a su destino con facilidad, más o menos al fin de la séptima ronda.

Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la Iniciación; al reino del cielo. Cuando Cristo habla del reino del cielo nunca se refiere al mundo celestial, al estado después de la muerte; al devachán; alude siempre al cuerpo de los que han sido salvados, a la compañía de los elegidos, o sea, a la Gran Fraternidad. Cuando se refiere a las condiciones de la vida en el lapso entre la muerte y el nacimiento, encontramos palabras muy diferentes. Recordemos el pasaje de San Juan: "Y he aquí una gran muchedumbre, la cual nadie podría contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas, de pie delante del Trono y delante del Cordero vestidos de blanca vestidura hasta

los pies y con palmas en las manos".² Cuando trataron de esa condición hablaron de una vasta multitud que no había hombre que pudiera contar, no de unos cuantos que hallaron su camino con dificultad.

² Apocalipsis VII.

CAPITULO V

EL ESPIRITU DEL DISCIPULO

C. W. L.—Nos encontramos ahora con el Prefacio de Alcione:

Estas no son palabras mías, son las palabras del Maestro que me enseñó. Sin El nada hubiera yo podido hacer. Mas con Su ayuda he puesto los pies en el Sendero.

Atribuye plenamente todo su progreso a la influencia y a la ayuda del Maestro. Nosotros contamos con mucha de la ayuda que él recibió, porque tenemos las palabras de este libro, que son las palabras del Maestro; y la enorme ayuda de Su presencia y de Su personal dirección está también esperando a cada uno de nosotros. Esto debe penetrar en nuestras mentes como una realidad; podemos tener confianza en esto como en un hecho absolutamente cierto. Como Alcione recibió ayuda, así seremos ayudados todos los que nos proponemos prepararnos para recibirla.

Tú también deseas hollar el mismo Sendero y así las palabras que El pronunció para mí, te servirán para lograrlo si las obedeces. No basta decir que son bellas y verdaderas; aquel que quiera triunfar deberá hacer exactamente cuanto ellas prescriben. Un hambriento no se satisface mirando la comida y diciéndolo que está buena; preciso es que extienda la mano y coma. De igual modo, no basta que tú escuches la palabra del Maestro, debes poner en práctica cuanto El dice, atento a cada palabra, cumpliendo cada indicación.

No basta con decir: "Haré todo lo que está escrito en el libro"; las enseñanzas deben penetrar todos los hechos de nuestra vida. Hay que estar pendientes de todas las oportunidades. Al final del libro hay unas líneas poéticas que expresan esto muy bien:

*Quien la palabra del Maestro anhele,
de Sus mandatos póngase en escucho
entre el fragor de la terrena lucha;
y la escondida Luz, atento cele.*

*Sobre el inquieto y mundanal gentío,
del Maestro atisbe la señal más leve
y oiga el susurro que Su Voz eleve,
del mundo entre el rugiente griterío.*

En medio del tumulto, del ajetreo y de la excitación de la vida, debemos escuchar constantemente, si aspi-

ramos a ser discípulos del Maestro. Debemos estar constantemente ansiosos de hallar oportunidades, para llevar a la práctica cualesquiera de estas enseñanzas. Esto, después de todo, no es muy difícil, porque es más bien cuestión de costumbre. *Ce n'est que le premier pas qui coûte.*¹ Cuando se ha formado la costumbre, es tan fácil estar pendiente de cualquier oportunidad, como lo es para el hombre de negocios estar pendiente de oportunidades para ganar dinero. Es correcta, por parte del hombre de negocios, esta constante actitud de acecho de oportunidades de hacer dinero, pues si a ello se dedica, debe de hacerlo bien. Pero si a él le es posible estar ansioso de obtener cosas temporales, con seguridad que nosotros también podemos hacer constante la búsqueda de las cosas de la vida superior.

Es muy importante, para los que quieren llegar a los pies del Maestro, comprender bien su actitud. Es ésta la misma a que nos induce el estudio de la Teosofía. Es en realidad a lo que nos encamina el estudio, pues la Teosofía es una enseñanza que debe vivirse, no simplemente un sistema que hay que aprender. Debemos tratar, por tanto, de poner nuestros puntos de vista en armonía con los suyos, pero sin forzarlos para nada. No sería prueba de sabiduría el adoptar un punto de vista simplemente porque éste sea el del Maestro, sin saber en que forma el Maestro llegó a él. Seguramente que su punto de vista es el correcto, porque El sabe mucho más que nosotros; pero no es esta actitud de nuestra parte la que El desea. Su pensa-

¹ El primer paso es el que cuesta.

miento debe convencer a nuestro intelecto; no solamente influenciar nuestros sentimientos.

Lo que más se requiere es que tengamos la certeza mental de que estas cosas son las más reales, las más permanentes y las más importantes. La generalidad de los cristianos ciertamente dicen que las cosas invisibles son las más importantes; que las cosas visibles son solamente temporales; pero no proceden en forma que demuestre que creen realmente lo que dicen. ¿Por qué? Porque no están ciertos de ello. Están seguros en el plano físico de que el dinero es una cosa buena y de que mientras más dinero puedan obtener mejor será para ellos; pero no están igualmente convencidos de que las cosas espirituales son cosas reales. Todo esto pertenece a lo que califican con el título de "religión" y no hay en ello nada de lo cierto, de lo práctico, de la cuestión de hecho que encuentran en los asuntos de la vida ordinaria. Los que estamos tratando de hacer progresos en esta línea, debemos de imbuir en nuestra mente esa definida y absoluta certeza; esa condición de hechos reales que corresponde a los mundos invisibles. El Sr. Sinnett dijo en su primer libro de Teosofía: "Estas cosas deben ser tan reales para nosotros como la 'Charing Cross'.² Esto es verdad, deben ser tan familiares como las cosas que diariamente vemos.

Pueden hacérsenos familiares ya sea por medio del

² La Charing Cross es una zona de la Ciudad de Londres, al Oeste del Strand; la principal sección comercial de la capital británica. Es como si dijéramos: "Esas cosas deben ser tan reales para nosotros como el 'Zócalo de México'". (N. del T.).

razonamiento; o por la intuición, o mejor aún, por la experiencia directa. Cuando por medio de un proceso intelectual nos convencemos completamente de que una cosa debe ser así, acaba esto por convertirse en un hecho. Esta es probablemente una de las ventajas que los estudiantes antiguos tienen sobre los nuevos. Por muy entusiastas que puedan ser los estudiantes nuevos, los más antiguos han tenido ya tiempo de vivir estas cosas y de ir haciéndolas parte de ellos mismos; poco a poco, grano a grano, como si dijéramos. El conocimiento crece cada vez más, como dice el poeta. Hay algunos que tan pronto como oyen hablar de las cosas superiores, llegan repentinamente a una absoluta certeza sobre ellas, por una feliz intuición que en realidad no es otra cosa que su buen karma de vidas pasadas. Pero para la mayoría de nosotros, cuyo karma no es tan favorable, el crecimiento paulatino significa mucho. Por supuesto hay personas que pueden pertenecer a la Sociedad durante treinta años y no saber más, después de todo este tiempo, que al principio. Esto es lamentable porque significa un desperdicio de oportunidades. Pero aquellos que constantemente han estado pensando en la Teosofía y viviéndola, llegan a un sentimiento de certeza que ha ido creciendo en ellos gradualmente. Las experiencias de vida y de pensamiento en estas cosas se han ido acumulando en nosotros prueba sobre prueba, hasta que vemos que tienen que ser así.

En muchos casos las ideas teosóficas parecen intrincadas y difíciles al principio; pero más tarde se van volviendo simples y sencillas; constituyen ya una

parte de nosotros. Un niño copia un escrito y se muestra muy satisfecho de no haber cometido ningún error; más tarde volverá a hacer otra copia sin pensar para nada en su trabajo. Ha adquirido ya un poder. Mientras estemos haciendo esfuerzos para entender, no hemos realizado aún el valor de las verdades teosóficas; posteriormente llegarán a ser un valor en nuestras vidas.

Más fácil y más rápido es el sendero del hombre que adquiere alguna experiencia personal. Pocos hay entre nosotros que no tengamos alguna y aun cuando nuestro conocimiento directo sea muy pequeño, nos mostrará, no ya que todo lo demás es cierto, pero sí, al menos, que es eminentemente probable. Hemos visto por nosotros mismos que una parte de lo que se nos enseñó es verdad; reconocemos, pues, que lo demás es cierto también probablemente, ya que todo el sistema de nuestra filosofía es coherente; y esta probabilidad es tan fuerte que se convierte prácticamente en una certeza.

Si alguna indicación no fuese seguida; si pasare desapercibida una palabra, estarán perdidas para siempre, porque El no habla dos veces.

A. B.—Mucha gente no comprende que aquellos que están oyendo hablar constantemente de estas cosas una y otra vez, y no tratan de vivirlas, no están en mejores condiciones que la gente del mundo a quien nunca ha llegado este mensaje. Nótese bien, no digo

que si no las viven; digo que si no *tratan de vivirlas*. Lo necesario es un tremendo esfuerzo y es esto lo que con mucha frecuencia olvidamos. Es cierto que el Maestro nunca habla dos veces: hace una sugestión; si no se la atiende, no insiste; nunca repite lo que ha dicho. Solamente sus discípulos, enfrentándose a las condiciones del mundo, repiten una y otra vez lo que hay que decir, hasta producir alguna impresión. Si vosotros fueseis discípulos aceptados, vuestro Maestro nunca os diría que hicieseis una cosa si ésta no fuera posible. Si vosotros no tomáis un consejo que El os ofrece, no volverá a dároslo. Esto no es porque no sea bondadoso, sino porque no puede permitirse el desperdiciar nada de su tiempo; tiene mucho que hacer. Toda esta enseñanza fué dada a Alcione porque él se esforzó mucho durante todo el tiempo. Sólo aquellos que están esforzándose constantemente pueden ponerse en contacto con el Maestro. Comprendo bien que es precisamente este constante e ininterrumpido esfuerzo lo que os parece tan difícil; pero es esto lo que se necesita y sin ello no se puede entrar en el Sendero.

C. W. L.—Nosotros que estamos siguiendo al Maestro y que tratamos de hacer algo de su trabajo en el mundo externo, tenemos que repetir constantemente; de ahí que tengamos que decir una y otra vez las cosas que se nos confían, porque la gente no suele prestar toda su atención; pero quien se ha puesto ya en contacto con el Maestro no debe adolecer de esa falta de atención. De aquí en adelante una simple sugestión debe ser suficiente y en verdad que si no se

atiende, no se volverá a repetir, no porque el Maestro sea un profesor orgulloso, sino porque el discípulo no está listo aún.

Debe entenderse el método que emplea el Maestro para entrenar a sus discípulos. Es sumamente raro en verdad que el Maestro dicte una orden directa. Cuando fui tomado a prueba hace ya muchos años, mi primera pregunta era casi siempre, "¿qué puedo hacer yo?" El Maestro respondía: "Tú debes averiguarlo". Luego añadía: "Sé perfectamente que si te digo que hagas alguna cosa, la harás inmediatamente, pero en tal caso tú tendrás sólo el karma de la pronta e instantánea obediencia y yo tendré el karma de la acción. Y yo quiero que tú lo tengas. Quiero que por ti mismo hagas cosas buenas y que tú recibas el buen karma. Debes de ser tú quien origine la idea; no yo". Los grandes seres casi nunca dan órdenes directas; generalmente uno juzga si el Maestro aprueba o desaprueba alguna cosa, por algo que El dice o por la mirada de sus ojos; y aquellos que están cerca del Maestro, especialmente en el caso del señor Kuthumí, pronto aprenden a advertir estas señales; siempre están al acecho de cualquier cosa que pueda ser una sugestión para ellos.

El Maestro Morya fué un rey al principio de su presente encarnación y habla con la autoridad de un rey. Con más frecuencia da órdenes directas y si algo desaprueba, lo dice así con claridad. El Maestro Kuthumí casi nunca ha expresado su desaprobación. Sus discípulos han aprendido a interpretar su mirada, pues casi nunca dice palabras de censura. Por lo tanto, es-

tán pendientes siempre de cualquier indicio que pueda parecer una sugestión. Cuando la obtienen se esfuerzan en seguirla, porque saben que si la desatienden, esa particular sugestión ya no volverán a recibirla. Ningún reproche ni ninguna pérdida se le seguirá al discípulo como consecuencia de no haber atendido una sugestión; pero sí tendrá menos probabilidades de recibirlas en otras ocasiones.

En "*Los Maestros y el Sendero*" se ha expuesto que los diversos Maestros entrenan a sus discípulos en formas diferentes, de acuerdo con los rayos a que pertenecen y con la clase de trabajo a que se les destina. En la línea del Manú y del Maestro Morya hay personas de la clase *kshatriya* —hombres de gobierno, jueces, legisladores, soldados, estadistas. En la línea del Bodhisattva y del Maestro Kuthumí, hallamos a los del tipo Brahmana —profesores, predicadores, reformadores. Además de éstos, hay otros cinco rayos con sus características especiales. Un Chohan que ha alcanzado por lo menos la sexta Iniciación, se encuentra a la cabeza de cada tipo, teniendo bajo su dirección varios Maestros. Así que, en el segundo rayo, por ejemplo, un discípulo no pertenece necesariamente al Maestro Kuthumí; puede pertenecer al Maestro Djwal Kul.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

CAPITULO VI

LAS CUATRO VIAS DE ACERCAMIENTO

C. W. L.—Nos dicen los libros del oriente que hay cuatro caminos principales por donde el hombre puede llegar al principio del Sendero Probatorio. Indican que el método más frecuente para alcanzar esa conversión es la compañía de los que ya están en el Sendero. Esta compañía permite advertir la gloria y la belleza del Sendero y la necesidad de seguirlo. La influencia de un discípulo adelantado no se limita a lo que dice; son las vibraciones que irradian de la vida de esa persona las que son poderosas. Este hecho está plenamente reconocido en la India, donde hay muchos maestros de diferentes clases, de diversos niveles y de varios grados de poder a quienes se denomina *gurús*. Cada uno de ellos tiene un grupo de prosélitos a quienes enseña sus ideas sobre filosofía y algunas veces les da *mantras* para recitar, formas de meditación y prácticas de yoga. Pero no es en esta forma como les imparte la principal ayuda. Lo más importante es que los que lo siguen estén con él. Si es peripatético

y va de un lugar a otro, todos lo siguen, en la misma forma en que los discípulos de Jesús lo siguieron por Palestina. Si el gurú vive en lugar fijo, todos sus discípulos viven a su lado, se sientan a sus pies y escuchan las palabras de sabiduría que pueda pronunciar; pero el beneficio que obtienen no es tanto debido a su enseñanza cuanto a lo que en ellos influye su presencia.

Este proceso es enteramente científico. Los vehículos superiores del *gurú* tienen una vibración más elevada que los de los discípulos, que han salido más recientemente de la vida mundana, en la cual las vibraciones son de más bajo nivel. No han abandonado ellos completamente el lado egoísta de las cosas, como él. Les es preciso controlarse, advertir sus faltas y resolver libertarse de ellas, desarrollando ciertas virtudes, cambiar, en una palabra, sus caracteres, lo que constituye un proceso largo y tedioso. Estando en contacto con el *gurú*, que ya ha adquirido esas virtudes y extinguido esos vicios, pueden, en ese proceso, recibir una ayuda inmensa. La presión de las vibraciones elevadas es constante, ya sea que duerman o que estén despiertos y ellos, al absorberlas, se ponen en contacto con ellas constantemente. El principio de esto es bien conocido en física. Si se colocan uno junto a otro dos relojes que no se mueven con perfecta armonía, el más fuerte irá poco a poco dominando al más débil hasta armonizarlo con él, o bien lo parará completamente.

El segundo camino para entrar en el Sendero Probatorio consiste en leer u oír enseñanzas de esta

clase. Un hombre que se interesa en esta materia, adquiere alguna enseñanza en estas líneas más altas; se encomienda a su intuición e inmediatamente busca satisfacer sus deseos de encontrar algo más sobre la materia. Tal fué mi propia experiencia. Cayó en mis manos un libro, "El Mundo Oculto" e inmediatamente tuve esta idea: "Si esto es así —y así tiene que ser evidentemente—; si hay seres superiores y si estos seres desean aceptar servicios de nosotros y darnos en cambio algo de su invaluable conocimiento, seré uno de los que los sirvan. Recogeré todas las migajas que pueda y lo único que de hoy en adelante valdrá para mí la pena, será trabajar para poder ser de utilidad en alguna forma". Por supuesto que hay millares que oyen y que leen esta materia y que no reciben con ello ningún impulso. Esto es el resultado de las experiencias del hombre en vidas anteriores. Sólo aquel que se ha puesto en contacto con la verdad y se ha convencido de su realidad y belleza en vidas anteriores, siente al instante que esto es verdad en cuanto se pone en contacto con ella en esta vida.

A muchos de nosotros nos parece inexplicable que todo aquel que conoce un libro de Teosofía no quede convertido. La Teosofía es una enseñanza maravillosa que resuelve un gran número de problemas y, sin embargo, cuando prestamos libros de Teosofía a algunos de nuestros amigos, la mitad de ellos, al devolvérselos, nos dicen: "Sí. Ciertamente esto es muy interesante"; pero lo cierto es que no los han entendido para nada. Nuestra presente comprensión no es sino el buen karma de haber estudiado estas cosas antes;

mientras más haya uno sabido de estas cosas, más podrá encontrar ahora en ellas. Esta es nuestra experiencia con cualquier buen libro que hayamos leído, veinte años atrás, por ejemplo. Leámoslo otra vez y veamos cuánto más encontraremos en él ahora que antes. Podéis ver en él de acuerdo con el poder que lleveis a él.

El tercer medio por el cual el hombre alcanza a veces el principio del Sendero Probatorio es el llamado "reflexión iluminada". Esto significa que por un pensamiento intenso y concentrado, el hombre puede llegar a intuir que existe un plan de evolución; que deben existir quienes conozcan todo esto —Hombres evolucionados y perfectos— y que tiene que haber un Sendero por el cual podamos llegar a ellos. El hombre que a través del pensar llega a esa deducción, se dedica en seguida a buscar el Sendero. Los que transitan por ese camino de la "reflexión iluminada" probablemente sean pocos.

En cierto sentido, el camino más notable de todos, es el cuarto. La práctica de la virtud. Esta idea está muy acorde con las del cristiano en general, pues su creencia es que todo lo que se necesita es ser bueno. Pero el teósofo hace advertir que en los primeros días del cristianismo, la purificación o santidad que actualmente consideran los cristianos como su máxima aspiración, se consideró solamente como el primer paso. San Clemente dice al respecto, con cierta rudeza, que la pureza no es nada más que una virtud negativa, valiosa especialmente como condición para lograr la visión interna. Habiéndola adquirido, se queda ya en condición de aprender, de prepararse para la ilumina-

ción, que era el segundo estado, para después, pasar al tercero llamado perfección. Recordemos lo que dice San Pablo al respecto: "Hablamos de sabiduría entre los que son perfectos; no a los demás". Esta virtud conduce al principio del Sendero porque, aun cuando el hombre que ha llevado una buena vida en muchas encarnaciones, puede no haber desarrollado su intelecto, sí adquirirá la intuición suficiente para ponerse en contacto con personas que sí sepan, por cuyo conducto puede ir hasta los pies de algún servidor del Maestro. Se reconoce, no obstante, que este método requiere millares de años y muchas vidas. El hombre que practica la virtud y no desarrolla su mente, podrá finalmente llegar hasta el Sendero; pero el proceso es muy lento. Ahorrará mucho tiempo el que siga el consejo de San Pedro y aspire a la vez a adquirir conocimiento.

CAPITULO VII

LOS CUATRO REQUISITOS

Cuatro son los requisitos para este Sendero:

Discernimiento.
Ausencia de deseo.
Recta conducta.
Amor.

C. W. L.—Todos los sistemas religiosos tratan con frecuencia de estos requisitos; pero esta traducción difiere en algo de todas las que se han usado con anterioridad. En el caso de la primera —discernimiento— poca es la variación. Ya se ha explicado cuáles son los términos hindúes y budistas que le corresponden y que equivalen al concepto de conversión de los cristianos, y en qué forma el discípulo debe unir el ego y la personalidad. En el Sendero propiamente dicho hay que repetir el proceso uniendo esta vez la Mónada con el ego. El ego es un fragmento de la Mónada que desciende a la parte superior del plano mental; baja para recibir y responder a vibraciones que en su propio plano no puede per-

cibir. Por su parte el ego, a su vez, tiene que aprender que él es una parte de la Mónada, que existe solamente para esa Mónada, y cuando esto ha sido comprendido plenamente, el hombre está listo para recibir la Quinta Iniciación y llegar así al Adeptado.

Estas son las definiciones actuales del estado en que el hombre se halla listo para esas dos Iniciaciones; para la primera, que el ego y la personalidad se hayan unificado; que ya no haya otra cosa que el ego actuando en la personalidad; y para la Quinta, que no quede nada en el ego que no esté aprobado o inspirado por la Mónada. Cuando la Mónada llega hasta nuestras vidas, desciende como un dios. En todos los casos de Iniciación, la Mónada imparte sus fulgores y, por un momento, se unifica con el ego, en la forma en que lo hará permanentemente al ser obtenido el adeptado. En algunas otras ocasiones desciende la Mónada como en el caso que se refiere en "Las Vidas de Alcione", cuando hace éste sus votos ante el Señor Buda. Por cualesquiera de los medios referidos, el hombre llega a obtener el discernimiento o sea el conocimiento de lo que debe buscarse y de lo que no debe buscarse. Luego advierte que tiene que desarrollar el segundo requisito al cual el Maestro da el nombre de ausencia de deseo. La doctora Besant tradujo originalmente este requisito con las palabras carencia de pasión o indiferencia. Tal es la idea que contiene la palabra hindú *vairagya*, que quiere decir indiferencia con relación al resultado de nuestras acciones. Un tanto diferente es lo que el Señor Buda trata sobre este punto. Para este segundo requisito emplea el la palabra *parikamma*, término pali, Karma

o *kamma* siempre significan acto o acción, y *parikamma* significa preparación para la acción; así, pues, el Señor Buda llama a este segundo estado, preparación para la acción, un grado en el cual el énfasis se pone en aprender a hacer el bien, por el bien mismo, no por los resultados personales que para él puedan derivarse de su forma de proceder. Esto debe entenderse bien. Hay quien cree que la indiferencia al fruto de la acción consiste en cumplir con los deberes sin tomar en cuenta el resultado que nuestras acciones tengan sobre los demás. En este libro encontramos más adelante estas palabras: "lo recto es lo que debes hacer; lo que no es recto no lo debes hacer", sean cuales fueren las consecuencias; pero esto no quiere decir que hagamos lo que se nos antoje sin considerar las consecuencias de nuestros actos sobre los demás. En realidad, es precisamente ese efecto sobre los demás lo que determina si la acción es recta o equivocada. El discípulo del Maestro no piensa en los efectos de sus acciones sobre sí mismo; pero sí pone gran atención sobre el efecto que sus acciones causan en los demás.

El tercer requisito que denominamos Recta conducta, incluye las seis reglas que en hindú se llaman *Shatsampatti*. En la forma pali, tal como la expone el Señor Buda, este requisito tiene el nombre de *upacharo*, que significa "atención", más bien que "conducta"; debemos de prestar atención a la conducta en la forma que prescriben esas seis joyas, como se las llama. Ya llegaremos a las traducciones del Maestro Kuthumí, siguiendo las páginas de este libro. La nomenclatura del Buda es la siguiente: *samo*, "quietud", o sea control de la

mente; *damo*, "subyugación", o sea control del cuerpo; luego *uparati*, *titikka*, *samadhana* y *saddha*, que significan "cesación, paciencia, diligencia y fe". Consulté cuidadosamente los principales diccionarios y obtuve estas traducciones del Gran Sacerdote Hikkaduwe Sumangala Thero, quien fué Jefe de la Iglesia Budista del Sur. Estas palabras representan también la creencia común de esa iglesia.

Entre esas palabras y las que se emplean en el librito que comentamos hay algunas diferencias. "Cesación" aparece en el libro como "tolerancia", porque lo que debe hacerse es cesar en el fanatismo y la superstición, alejar la idea de que el camino que uno sigue es mejor que el que siguen los demás y la idea de que es indispensable cualquier rito o ceremonia. Paciencia es simplemente alegría en otra forma. Diligencia es unidad de propósito y equilibrio; es actuar siempre con una finalidad única, y por lo tanto, constancia; y fe es confianza en el Maestro y en uno mismo.

Los requisitos son exactamente los mismos en ambos casos, sólo que el Señor Buda las trata desde el punto de vista de la necesidad de sabiduría y el Señor Maitreya y el Maestro Kuthumí ponen mayor énfasis en la necesidad de amor. El Maestro, al dar Su enseñanza a Alcione, tuvo más bien en cuenta el significado real que la traducción literal de las palabras.

El último requisito se llama amor. Es la palabra sánscrita *mumukshatva* que quiere decir "intenso deseo de liberación de la rueda de muertes y nacimientos para la unión con el Supremo". El Señor Buda en su prédica lo llama *anuloma*, que significa "orden directa"

o sucesión, significando que cuando el hombre ha desarrollado los otros requisitos, debe sentir el deseo de liberarse de las bajas limitaciones y unificarse con el Supremo para poder dar servicio.

Alcione continúa diciendo:

Trataré de explicarte cuanto el Maestro me ha dicho acerca de cada uno.

Y con esto comienza propiamente el libro.

SEGUNDA PARTE
DISCERNIMIENTO

CAPITULO VIII

FINES VERDADEROS Y FINES FALSOS

C. W. L.—Llegamos ahora a la Sección I de este libro.

El primero de estos requisitos es el discernimiento; por lo cual entendemos, generalmente, el discernimiento entre lo real y lo irreal que conduce a los hombres a entrar en el Sendero. Es esto y mucho más aún, y debe practicarse no sólo al comienzo del Sendero sino a cada paso que en él se diere; cada día, hasta el fin.

Estas últimas palabras dejan ver con toda precisión las dificultades que tienen que afrontar todos aquellos que, habiendo visto la gloria y la belleza del Sendero, tratan de entrar en él y de llegar hasta los pies del Maestro. Son buenas personas, capaces de esfuerzos serios; pero la personalidad obstaculiza sus propósitos, y es necesario soportar la enorme presión de la opinión pública, como ya lo he explicado. Existe, además, la circunstancia de que la humanidad está actualmente só-

lo un poco más allá de la mitad de la cuarta ronda y los que tratan de entrar en el Sendero se proponen hacer en ella lo que será muy fácil al final de la séptima. Al llegar a esa etapa, tendrá el hombre en sus vehículos físico, astral y mental, materias mucho más desarrolladas que las actuales, con todas sus espiras en actividad, en vez de únicamente la mitad, y todas las fuerzas circundantes serán no ya adversas como ahora, sino favorables.

Los Maestros están de nuestro lado y Sus fuerzas nos ayudan. La fuerza de la evolución, aun cuando lenta, está también de nuestra parte y el futuro es nuestro; pero en la actualidad es muy difícil hacer estas cosas. En la mitad de la quinta ronda, todas aquellas personas cuya influencia está ahora operando en contra nuestra, habrán sido ya desechadas y sólo quedarán las que siguen nuestro camino. En la séptima ronda todo será sumamente fácil. Se podrá vivir entonces en el mundo con todas las ventajas que hoy solamente se podrían obtener en un monasterio bajo la dirección de un hombre espiritualmente evolucionado. No faltará quien pregunte: ¿Por qué, siendo así, no esperamos hasta la séptima ronda? Muchos de nosotros hemos venido viviendo alegre y plácidamente durante los últimos veinte o treinta mil años y todos los que no sientan un intenso deseo de progresar o de ayudar al mundo, podrán continuar así por otro millón de años, y no cabe duda que sería muy cómodo seguir así, hasta el final; pero los que desde ahora hagan frente a las dificultades, tendrán el enorme privilegio de haber ayudado a impulsar la evolución y obtendrán la corona de la cooperación. Re-

cordemos el viejo himno cristiano que refiere cómo un hombre que llegó al cielo y miró en su derredor, se halló a sí mismo algo diferente a los demás y preguntó cuál era la causa. Por fin, habiendo encontrado a Cristo le preguntó por qué era esto así, y el Cristo le dió esta respuesta:

Yo sé que has creído en Mí
y la vida Mía es tuya
pero, ¿dónde están las gloriosas estrellas
que deben brillar en tu corona?
Ves allá gozosas multitudes
adornadas con profusas gemas.
Por cada alma que hacia Mí condujeron
llevan ahora una joya.

En las Escrituras cristianas se asienta que los sabios resplandecerán con el brillo del firmamento, con la luz del cielo; pero aquellos que convirtieron muchas almas a la justicia, serán como las estrellas por siempre jamás —grandiosos soles luminosos que derramarán sus rayos de luz y calor y fuerza a millares de vidas. Tal es la diferencia entre hacer ahora el trabajo o dejarnos llevar por la corriente hasta llegar a la séptima ronda.

Entras tú al Sendero porque has aprendido que solamente en él pueden encontrarse aquellas cosas que merecen ser alcanzadas. Los hombres que no saben, trabajan por conquistar riquezas y poder, pero éstos duran a lo sumo, una sola vida, y por tanto son irreales. Hay

cosas más grandes que esas, cosas que son reales y duraderas, y una vez descubiertas se extingue el deseo por las otras.

A. B.—Esta cuestión de lo real y de lo irreal es profundamente metafísica; pero esto no nos concierne por ahora, pues el Maestro dió esta enseñanza a Alcione como a un niño que era, y más aún, la enseñanza fué dada en el plano astral.

En casos tales el Maestro se dirige tanto a la mente inferior como al Ego y en esta ocasión el Maestro dió la enseñanza en una forma adecuada para la mente inferior de un niño muy distante aún de lograr su completo desarrollo. Por muy viejo que el ego haya podido ser, los cuerpos eran muy jóvenes, por lo que la enseñanza fué expuesta de una manera sencilla, para que al regresar el niño a su cuerpo físico pudiese entenderla en estado de vigilia.

Por irreal entendemos aquí todo aquello que no es divino; todo aquello que acontece en el mundo fenomenal; todo lo que pertenece a la personalidad, incluyendo aun las cosas más elevadas que busca el hombre en su lucha por los bienes materiales. Siguiendo el pensamiento del Maestro, podríamos decir que todo es irreal, excepto lo que forma parte de la Voluntad Divina. Aquellos que discernen conocen cuáles son las cosas reales, por lo que actúan como agentes de Dios, haciendo Su voluntad, siendo El quien verdaderamente actúa. No es ésta una sugestión en el sentido de que debamos abandonar la actividad material. El hombre debe hacer su trabajo mejor, no peor, pues es el agente de

Dios que ejecuta Sus acciones en el mundo externo. "Yoga es acción" dice el *Gita*, y yoga es unión con lo Divino. En el caso del hombre que tiene esa unión, la acción debe ser experta, pues no es él quien hace el trabajo, sino Dios en él. Cuando Arjuna preguntó a Shri Krishna acerca de la lucha, el Señor le replicó que El Mismo había dado ya muerte al enemigo, y añadió: "Pelea, por tanto, ¡oh, Arjuna!"

Cuando se han visto las cosas elevadas, dijo el Maestro, las otras ya no se desean. Esta idea es familiar a los estudiantes del *Gita*, en el que se dice: "Los objetos de sentido, pero no el gusto por ellos, abandonan al abstinencia morador del cuerpo; y aun el gusto lo abandona después de que ha visto al Supremo." Cuando el hombre ha visto al Uno, verdaderamente se extingue en él el deseo por las cosas de los sentidos.

C. W. L.—Es un hecho que cuando se han visto las cosas grandes, no se siente ya ningún deseo por las cosas bajas y debe ser precisamente ese hecho el que nos induzca a refrenar nuestros deseos por estas últimas. Es muy frecuente confundir la causa con el efecto y creer que con aspirar a no desear ya las cosas bajas (que aun cuando muy buenas en su lugar correspondiente, las llamamos así para distinguirlas de las altas, o sean las cosas espirituales) el hombre alcanza ya un alto nivel. No hay tal cosa. Es ésta otra forma del engaño muy común respecto al ascetismo. Muchas personas practican lo que llaman ascetismo, como un fin en sí mismo y equivocadamente piensan que abstenerse de los placeres ordinarios de la vida y causarse molestias y penalidades en diversas formas es altamente meritorio. Esto es un resi-

duo del puritanismo que en cierta época dominó en Inglaterra y en una gran parte de Europa. Era una idea esencial de ese puritanismo el que para ser bueno era necesario sufrir las mayores penalidades físicas. Cuando algún hombre se sentía feliz en alguna forma, era cosa segura que estaba infringiendo las leyes divinas, pues no había sido creado para alcanzar la felicidad aquí abajo; su cuerpo era una cosa vil que debía ser reprimida en todas las formas, y, si en alguna ocasión el cuerpo sentía una delicia al hacer cualquier cosa, el hombre podía tener la seguridad de que estaba obrando mal. Todo esto es tonto y proviene de la perversión de la verdad y la verdad es que todas aquellas cosas que estima la mayoría de los mundanos como grandes placeres, dejan de ser considerados como tales por el hombre que, elevado ya a más alto nivel, tiene a su vista placeres superiores, que con ventaja substituyen a los primeros.

La gente del mundo halla gran placer en muchas cosas que no tienen interés para aquellos que aspiran a una vida más elevada; las carreras de caballos, por ejemplo, la bebida, los juegos de azar y otras formas de diversión, tales como el baile y la baraja, que no son necesariamente perjudiciales, pero que pudieran compararse a los juegos de los niños. Un niño, conforme va creciendo, va abandonando sus juguetes. A los tres años le gustan los cubitos de madera y las muñecas; crece un poco y prefiere los soldados, los cometas y las canicas; crece algo más y ya no se ocupa de ninguna de estas cosas, sino que se dedica al cricket o al fútbol o a algún otro deporte semejante que requiera actividad

física al aire libre. Todos éstos son grados que va alcanzando el niño y cada cual está apropiado a su edad. Al crecer aún más, abandona todas estas cosas que tanto le han divertido, no porque piense que debe hacerlo así; sino simplemente porque ya les ha perdido el interés; ha encontrado ya algo más apropiado para su grado de desarrollo. Pero es bien notorio que un chiquillo de tres años no se transformará en un muchacho por el simple hecho de pretender perder el interés por todas las cosas de la infancia y sustituirlas por el cricket y el fútbol.

El hombre de desarrollo avanzado no se preocupa por innumerables cosas que la gente considera necesarias y el hombre de mundo probablemente encontraría la vida del discípulo intolerablemente fastidiosa, si tratara de llevar la vida que llevamos muchos de nosotros, sin interesarnos por ninguna otra cosa que no sea la Teosofía y los profundos problemas de la vida. El hombre del mundo diría que nosotros siempre estamos haciendo lo mismo y le parecería que no nos ocupamos de nada más: lo que es perfectamente cierto, porque en las cosas que nos interesan quedan incluidas todas las demás. Pero ese hombre mundano no se convertiría en un hombre avanzado por el solo hecho de pretender o simular que ya no tenía interés por sus cosas, mientras está constantemente deseándolas en su corazón.

Solamente dos clases de seres existen en todo el mundo: los que conocen y los que no conocen; y este conocimiento es lo que importa.

La religión que un hombre profese, la raza a que pertenezca, no son cosas importantes.

A. B.—El Maestro traza aquí una distinción verdaderamente luminosa. Divide a los hombres en dos clases: los que conocen y los que no conocen. Tal es la gran división desde el punto de vista oculto y cada quien debe preguntarse a sí mismo a cuál de estas dos clases pertenece. Ambas clases incluyen una gran variedad de personas, pues las diferencias y las distinciones del mundo no tienen ninguna importancia. Los que no conocen trabajan por aquellas cosas que sólo duran una vida nada más; pero quien ha visto claramente las cosas reales sólo tiene el único deseo de trabajar para el Logos, de armonizarse con Su plan estupendo y de ayudar en el desarrollo del mismo, aun cuando sea sólo en parte muy pequeña. Esta es la forma de medir nuestro conocimiento. El simple conocimiento cerebral que nos capacita para expresarnos inteligentemente y para enseñar a los demás, es todo irreal; el único conocimiento real es aquel que ha trascendido a nuestra vida. Hay muchas personas que tienen la costumbre de pasar revista al trabajo que han hecho durante el día reclusándose unos minutos por la noche antes de acostarse. Esta es una costumbre utilísima; pero el que la practique debe examinar no sólo lo que ha hecho, lo que ha sentido y lo que ha pensado, sino también cuál ha sido su actitud. Quien en todo lo que ha hecho ha procedido pensando únicamente en sí, ha perdido el tiempo en gran parte; pero quien todo lo ha hecho como parte del tra-

bajo divino —como actos de sacrificio— obtendrá ayuda y no dificultades.

Lo único que realmente importa es este conocimiento; el conocimiento del plan de Dios para los hombres. Porque Dios tiene un plan, y tal plan es la Evolución. En cuanto el hombre ha comprendido este Plan y lo conoce realmente, no puede menos que colaborar en él e identificarse con sus designios; tan gloriosos son como bellos.

C. W. L.—El espíritu que impulsa a los hombres a agremiarse en asociaciones políticas y de temperancia de diversas clases con la idea de cooperación por el bien general, surge en su más alta manifestación en el momento mismo en que el hombre ve el plan real del Logos para Su sistema. Ve el hombre que este plan habrá de consumarse algún día y que el plazo para que llegue tan feliz término depende del número de personas dispuestas a trabajar por él. Si todo el mundo pudiese ser inducido, en unas cuantas semanas o años, a ver el plan divino y a cooperar en él, todo lo que el Logos desea para los humanos se obtendría muy rápidamente. Es precisamente porque el hombre no tiene aún el suficiente desarrollo para ver eso, por lo que aún estamos tan lejos de tales resultados y por lo que tantas tristezas, errores y perversidad existen sobre la faz de la tierra.

Muchos estudiantes de Teosofía conocen algo del Plan. No quiero decir que lo hayan visto; pero sí que

han estado en contacto con quienes lo han visto, y saben, por tanto, qué es y cuál es la forma de asociarse para trabajar por él. Cuando llega el momento de ver realmente ese Plan, se comprende que todo cuanto se nos ha dicho con entusiasmo es cierto. En el mundo se acometen con frecuencia buenas causas y reformas con entusiasmo y vigor, pero a menos que se conozca algo del vasto Plan de Evolución en general, para ver si tales trabajos colaboran en dicho Plan, es muy fácil equivocarse. El hombre se adhiere a esos movimientos benéficos porque los estima urgentes y de utilidad. Sea un ejemplo el movimiento en pro de la temperancia, tendiente a suprimir el mal tremendo que causa el vicio de la bebida y a mejorar las condiciones del mundo si se puede conseguir el desterrar esta costumbre. Se ha tratado de combatir este vicio, no convenciendo al hombre de lo estúpido y maligno de la embriaguez; sino prohibiendo la venta de licores y obligando a la gente a la sobriedad —plan éste que en ninguna forma extingue el deseo de la bebida, sino que solamente imposibilita satisfacerlo. No combato aquí la ley de prohibición; mucho se puede decir en su favor. Si estimamos conveniente poner una restricción a la venta de arsénico o de ácido prúsico, ¿por qué no hacer lo mismo con un veneno que causa mayores males que los dos anteriores? Sólo trato de hacer ver que este remedio no llega a la raíz del mal; pretende reformar por coacción; no por persuasión.

En forma exactamente igual los que han advertido el horrible sufrimiento de los "*submerged tenth*"¹ buscan

¹ The Submerged tenth. (Literalmente la décima parte su-

en todas formas la manera de remediar este grande y vergonzoso crimen; es de lamentar que se haya llegado a creer que el remedio está en el radicalismo y aun en el anarquismo. No debemos censurar a nadie que trate en forma inegoísta de remediar los dolores de sus prójimos. Es su cabeza la que falla en casos como éste, no su corazón, que les acarrea pérdidas personales y sacrificios, en su afán de mejorar las condiciones públicas. Es indispensable que se den cuenta de que hay un plan de evolución humana, para que lo estudien, y puedan actuar en forma inteligente a la vez que altruista. Es el discernimiento el que hace falta; el hombre ve solamente una parte del problema y en su afán de buscarle solución procede en una forma que conduce a mayores inconvenientes que los que se trataba de corregir.

Así, pues, en virtud de este conocimiento, se hallará de parte de Dios, erigiéndose en sustentador del bien y opositor del mal, trabajando por la Evolución y no por el interés propio.

C. W. L.—Tal es la piedra de toque que nos permite reconocer a los que saben: no por su religión o por su raza, sino sola y únicamente por el hecho de que luchan por el bien y en contra del mal. Siempre que encuentre-

mergida). Esto alude a la porción más baja de las clases sociales inglesas que jamás han tenido oportunidad de mejorarse o elevarse por sí mismas tal porcentaje podrá ser mayor en otras naciones; se les llama así por hallarse "sumergidos" en el propio fondo del océano de la vida. (N. del T.)

mos un hombre que sea leal a sus más elevados conocimientos y que lucha por lo que estima que es bueno y en contra de lo que considera malo, debemos ver en él a un hermano que se ha alineado en el lado de Dios, aun cuando no podamos aprobar algo de su trabajo ni juzgar si sea satisfactorio a Dios. Hay infinidad de personas que son completamente buenas y leales a sus convicciones; pero que tienen lamentables limitaciones. Estas personas, devotas y fervorosas, sacrifican su energía y su tiempo con el fin de salvar almas para Cristo, como dicen: pero adolecen de las ideas más limitadas y fanáticas. En muchos casos padecen un sentimiento de franca antipatía, que prácticamente llega a ser de odio, hacia aquellas personas cuyas creencias difieren en cierta forma de las suyas.

Una de las características más notables del trabajo de la gran Jerarquía consiste en que en tales casos sus miembros extraen el bien y desechan el mal. Toman la fuerza que ese fervor y esa devoción engendran y la usan sin desperdicio, haciendo a un lado todo el mal que, en este plano por lo menos, impide en gran parte que el bien se manifieste. El fanatismo de muchas comunidades cristianas obscurece y opaca en muchas ocasiones al amor y la bondad, en forma tal que producen una impresión amarga. Los Hermanos de la Jerarquía deploran el fanatismo y advierten más aún que otros muchos el mal que ese fanatismo causa; pero, sin embargo, extraen toda la fuerza de amorosa bondad, devoción y buena intención, la utilizan y reconocen su mérito a los que la hacen fluir; y todos y cada uno de ellos obtendrán los beneficios correspondientes a su bondad, aun cuan-

do a la vez, por su fanatismo y por su cólera, obtendrán exactamente los resultados correspondientes, de acuerdo con la ley kármica.

Por tanto, a nosotros nos corresponde ser caritativos en nuestras relaciones con tales personas y tratar siempre de fijar nuestros pensamientos en las cosas buenas; "hacer brillar las perlas", como dice el Maestro, en vez de estar constantemente atisbando defectos como muchos suelen hacer.

Si está de parte de Dios es uno de los nuestros y nada importa que se llame Hinduista, Budista, Cristiano o Mahometano; que sea indio, inglés, chino o ruso.

A. B.—Esta es una cosa que los aspirantes al Sendero nunca deben olvidar, pues a menos de que el hombre la viva, estará aún muy lejos del Portal. Ahí nadie nos preguntará cuál es nuestra raza, cuál es nuestra creencia, sino solamente qué es lo que hemos añadido a nuestro carácter en lo que a cualidades concierne. Todos nosotros pasamos sucesivamente, a través de diferentes razas. Nos hallamos ahora en una determinada sub-raza de una determinada raza raíz, porque necesitamos adquirir las buenas cualidades que a esta raza corresponden y porque es ella la que nos las puede proporcionar, sean las que fueren; sin embargo, hay muchas personas muy ocupadas en desarrollar las debilidades de esa determinada sub-raza. Probablemente sería muy correcto decir: "En ninguna otra raza podría yo corregir mis defectos y perfeccionar mi carácter",

pero no debemos estimar que las prácticas y las virtudes inglesas, por ejemplo, son las únicas buenas y ensalzarlas y glorificarlas con exclusión de las demás. Cada raza tiene su determinado papel en el drama evolutivo, cada una contribuye con su parte al grandioso todo. En cualquier raza en que nos encontremos, la nota que a esta raza corresponda en la armonía general es, por el momento, la que nos permite trabajar de la manera más fácil y más natural. Pero trascenderemos esta raza y nos tocará después desempeñar nuevos papeles en las otras. Si esto se comprendiera, el hombre sería menos propenso al torpe orgullo racial y a la crítica de las demás razas.

Cuando advierto que alguien censura a otro y cuando tal crítica lleva implícita la idea de que la falta censurada se debe a que se trata de un inglés o de un hindú, inmediatamente comprendo que la persona autora de tales reproches está todavía muy engañada por lo irreal. Lo mismo ocurre cuando alguien trata de disculpar sus defectos aduciendo que son los que pertenecen a su raza. Nos es preciso adquirir las mejores cualidades de nuestra raza y sub-raza; no sus deficiencias. El hindú por ejemplo, debe tratar de adquirir espiritualidad, inofensividad, tolerancia y capacidad de acción sin mira a sus resultados, pues tales son las cualidades que corresponde mostrar a la primera familia de la raza aria.

Hallamos en ocasiones que la capacidad de acción sin mira a los resultados, participa de descuido y atolondramiento en el trabajo, de donde sigue la errónea idea de que si el hombre debe ser indiferente a los frutos de la acción, la acción carece de importancia; siendo

así que lo que verdaderamente debemos buscar es la acción perfecta con indiferencia a sus frutos. Con el inglés acontece muy frecuentemente lo inverso. Por lo general es muy competente y cuidadoso en la acción; pero es muy propenso a dar gran importancia a los resultados de la misma, debido a que carece de la cualidad de la indiferencia. El trabajo de cada quien consiste en buscar lo que le falta: el hindú debe tratar de practicar la acción; el inglés la indiferencia, sin perder las cualidades que ya posee. Si tal se hiciese las diferencias entre las razas servirían para el enriquecimiento de todas ellas, pues cada una podría adquirir de las otras aquello que le hace falta.

C. W. L.—Ser patriota, admirar a nuestra raza, sentir que algo le debemos y estar listos para servirla, son cosas muy buenas. Pero hay que precaverse, no sea que la admiración por nuestra raza surja del desprecio a las demás. Estamos relacionados permanentemente con la humanidad como un todo. Somos ciudadanos del mundo, no de una raza en particular. Ciertamente el patriotismo es bueno, lo mismo que es bueno el amor a la familia; en ambos casos, sin embargo, no debemos llevar nuestra virtud hasta el extremo de poner el mal en lugar del bien. Ciertamente el afecto familiar es una cosa espléndida; pero el que profesaban los barones de la Edad Media que los llevaba hasta el grado de asesinar a otras personas con el propósito de enriquecer a sus familias, no es sino un exceso de virtud que se convertía ya en vicio. En la misma forma el patriotismo es bueno; pero si nos lleva hasta agredir a otros pueblos, es malo. Si podemos hacer algo en favor de nuestra raza, sin

dañar a las demás; si podemos demostrar que somos dignos miembros de ella, en forma de que mejore algo a consecuencia de nuestro tránsito por ella, bien podemos tener alguna causa de satisfacción. Lo mismo sucede, exactamente, con las religiones. Todos nosotros hemos pasado por varias de las grandes religiones. Cada una de ellas hace hincapié en ciertas virtudes; pero todas son necesarias para el progreso de la humanidad.

Quienes están de Su parte, saben por qué están allí y qué deberían hacer y están tratando de hacerlo; todos los demás ignoran aún lo que deben hacer y por consiguiente a menudo actúan neciamente.

C. W. L.—Nos hallamos aquí con un reflejo de la enseñanza del Señor Gautama Buddha, de que todo mal procede de la ignorancia. El hecho de que aquellos que no saben, procedan torpemente nos hace ver que el hombre malvado merece siempre nuestra compasión, no nuestro desprecio ni nuestro odio. Lo que más impresionan a la generalidad de la gente es que el malvado procede siempre en forma egoísta: en beneficio de sus propios intereses, según él, y de aquí nuestra tendencia a no tomar en consideración su ignorancia de las cosas. Pondremos un ejemplo: el de algunos millonarios que llegaron a su transitoria prosperidad imposibilitando sus negocios a muchas personas pobres a las que condujeron a la mendicidad. Esos millonarios son execrados por aquellas gentes a quienes arrebataron sus medios de vida y son considerados como egoístas y brutales

Ciertamente: pero cuando ellos procedieron en tal forma lo hicieron por su ignorancia. Hicieron exactamente lo mismo que planearon: arruinaron a los demás creyendo hacer un buen negocio. Tal vez les hubiera sido posible acumular sus fortunas sin necesidad de causar la ruina ajena y nunca hubieran procedido así si hubieran sabido que con tal actuación estaban creando un karma infinitamente peor que aquel de las personas arruinadas. En lugar de sentir execración hacia tales personas, sería sensato tenerles piedad por su ignorancia.

Y tratan de inventar procedimientos que creen pueden serles agradables, sin darse cuenta de que todos somos UNO y de que, por tanto, sólo aquello que el UNO quiere, puede en realidad ser placentero para cualquiera.

C. W. L.—Es la finalidad del utilitarismo perseguir el mayor bien para el mayor número. Esto significa un gran progreso sobre la idea previa de tomar sólo en cuenta el bien de unos cuantos, considerando a los demás como cantidad despreciable. Pero no se debe dejar de tomar en cuenta la minoría; en verdad todos y cada uno deben ser tomados en cuenta, porque todos somos uno. Esto no lo podremos entender sino hasta que hayamos desarrollado la conciencia del plano búdico, hasta cierto grado por lo menos, y aun ya entonces, solamente muy poco a poco podremos comprender en qué forma tan total somos todos uno. Consideramos como un deber religioso el creer que esto es así o como una espe-

cie de aspiración piadosa el aceptar que algún día todos seremos uno. Decimos: "Todos procedemos del mismo Padre Celestial y por tanto todos somos hermanos y todos somos uno". Sin embargo, no comprenderemos la realidad y la profundidad de ello hasta que lo experimentemos en la conciencia búdica.

No obstante, podemos hacer algunas sugerencias al decir que todas las conciencias son una; que todo el mundo es uno; que todo el amor que hay en él es el Amor Divino; que toda la belleza que hay en él es la Belleza Divina y que toda la Santidad del mundo es la Santidad de Dios. Esto lo expresó el Cristo cuando un hombre se acercó a El y le llamó "buen Maestro", a lo que el Cristo dijo: "¿Por qué me llamas bueno? No hay sino Uno que es bueno y ese es Dios." La bondad de cada hombre es la bondad de Dios que a través de El se muestra; y la belleza y la gloria del mundo, tal como las vemos, en la tierra y en el mar y en el cielo, no son sino parte de la Divina Belleza. Y al ir alcanzando los diferentes sub-planos, nivel tras nivel, más y más vamos viendo la belleza que se abre ante nosotros, hasta que aprendemos a ver toda la belleza a través de cada cosa bella. Todo es uno.

Cuando comprendamos esto la gloria Divina será vista en todas las cosas y todas sus otras glorias a través de cada una de ellas de modo que, al contemplar un bello panorama, no sólo admiraremos la grandiosa escena, sino también todo cuanto ello sugiere; el todo infinito del cual lo que tenemos delante es sólo una pequeña parte. Y entonces la vida será para nosotros maravillosamente feliz y llena de amor. A través de

esta felicidad experimentaremos algo de la Felicidad Eterna y a través de ese Amor seremos conscientes del Eterno Amor. Sólo de esta manera puede lograrse un gran progreso; sólo entonces cuando nuestra conciencia esté en condiciones de sumergirse en la Suya, en forma tal que a través de nosotros pueda El ver toda su belleza y nosotros, en El, podamos ser también conscientes de ella.

Van ellos en pos de lo irreal y no de lo real; hasta que hayan aprendido a distinguir entre los dos, no podrán inclinarse hacia la parte de Dios. Por tanto, este discernimiento es el primer paso.

Mas, aun después de hecha la elección, debes recordar que de lo real y de lo ilusorio hay muchas variedades; y que se debe discernir todavía entre lo recto y lo erróneo; entre lo que tiene importancia y lo que no la tiene; entre lo útil y lo inútil; entre lo verdadero y lo falso; lo egoísta y lo desinteresado.

C. W. L.—Todas estas son subdivisiones de la gran distinción entre lo real y lo irreal y su enumeración nos deja ver en qué forma debe el discernimiento ramificarse de arriba a abajo hasta llegar a las pequeñeces de nuestra actividad en la vida, si es que aspiramos a llegar al Sendero. Constantemente nos vemos obligados a decidir en una forma o en otra sobre pequeñas cosas, por lo cual nos es necesario tener de continuo en la mente la idea del discernimiento y guardar constante

vigilancia. Detenerse y pensar a cada rato es proceso fatigoso. Muchos se cansan al intentarlo; la constante tensión que esto implica es demasiado para ellos. Esto es natural; pero el que no pueda sostener ese esfuerzo fracasará en su propósito; por tanto, aun cuando esto sea muy cansado, debemos seguir ejerciendo esa continua vigilancia.

No debería ser difícil la elección entre lo recto y lo erróneo, puesto que aquellos que quieren seguir al Maestro, han decidido practicar el bien a toda costa.

A. B.—Quien siente vacilaciones entre actuar bien y actuar mal, no desea realmente seguir al Maestro. Quien decida seguirlo, pues, debe resolverse a proceder bien en todas las ocasiones y a cualquier costo, grande o pequeño, sin tomar en cuenta las consecuencias que le puedan sobrevenir. En los "Yoga Sutras" se habla de las cinco grandes cualidades denominadas *yama* y que incluyen inofensividad, verdad, honestidad, y otras virtudes que se prescriben precisamente al comienzo del Sendero y de las que se dice que reciben el nombre de "los grandes votos que son universales", lo que significa que deben recibir cumplimiento en *todas* las circunstancias y que ninguna ventaja para sí u otros justificaría que el discípulo quebrante alguna. El hombre que ha llegado a este grado nunca hablará o procederá con falsedad, por grande que pueda ser la aparente ventaja que esto le produzca. Y esto deberá hacerse no sólo en cuestiones de dinero, sino en todo lo demás; nunca

buscará el hombre, por ejemplo, una alabanza que no le pertenezca. Debe el hombre preguntarse a sí mismo si siempre escoge la verdad *instintivamente*, pues hasta que esto no sea así, estará aún muy lejos del primer Portal. Sobre este punto el Maestro estima que no es necesario decir más; es bien claro y palpable.

C. W. L.—Esta idea no se refiere tan sólo a las cuestiones de conducta, sino también al hecho de que siempre hay una forma correcta y otra incorrecta de llevar a cabo cualquier cosa que haya que hacer. Quien no sea estricto en seguir esta regla, no desea realmente, en su interior, tener éxito. Con frecuencia oímos decir: "¡Cómo desearía ser clarividente!; ¡cómo desearía tener visión astral!; ¿cuál es el primer paso?" El primer paso es la purificación de todos los vehículos; hay que cuidar de no dar al cuerpo físico sino los alimentos más adecuados. Muchos desearían la visión astral, pero cuando llega el caso prefieren una buena comida. Sienten esa necesidad como resultado de la costumbre y llegado el momento olvidan todos sus deseos de visión astral. Esta tendencia, sin embargo, se debe simplemente a un hábito y cuando conocemos esta peculiaridad del cuerpo, podemos ya emprender confiados la fatigosa tarea de desarraigar los hábitos malos o impropios y formarnos otros nuevos. Es alentador considerar que es posible convertir la fuerza del hábito en un aliado nuestro, aun cuando al principio sea fuerza contraria a nosotros, pues cuando hayamos logrado formarnos nuevos hábitos harán su labor automáticamente y nosotros podemos ya olvidarlos para dedicar nuestra atención a otras cosas.

En lo que a conducta respecta no hay ningún problema de elección entre proceder bien o mal. Todo aquel que se interese en este libro o que quiera llegar a los pies del Maestro, no debe vacilar en proceder bien, al darse cuenta de esto. Confiemos en que ninguno de nosotros trate de defraudar a su prójimo (creo que todos hemos trascendido ya este punto); en que ninguno de nosotros sea culpable de la más ligera falta de veracidad aun cuando fuere para conseguir un bien aparente. Es de creerse que ninguno de vosotros obtenga sus medios de vida en forma reprochable, por ejemplo, en el negocio de la carnicería; probablemente ninguno de vosotros usa vestidos o adornos que sólo se puedan obtener dando muerte a los animales; algunas veces causando la muerte de los pájaros hembras en circunstancias peculiarmente crueles. Todos los que continúan usando esos artículos no desean, en realidad, seguir al Maestro; prefieren seguir la moda.

CAPITULO IX

LA VIDA DE LOS CUERPOS

Pero el cuerpo y el hombre son dos cosas diferentes y lo que el hombre quiere no es siempre lo que el cuerpo desea. Cuando tu cuerpo deseara algo, detente y reflexiona si tú realmente lo desearas.

A. B.—Aquí el Maestro da a Su discípulo la orden definida de que cuando el cuerpo desee algo debe detenerse y pensar si realmente es él quien lo desea. Muchos hallarán muy difícil y muy fastidioso este continuo detenerse todos los días y durante todo el día; pero tenemos que reconocer que es esto una parte muy importante de la preparación. Es muy difícil; lo sé. Y es por ello que muchos aspirantes se cansan de hacer el esfuerzo.

Quienes no prosiguen este esfuerzo porque se cansan, no consiguen su propósito. Eso es todo. El esfuerzo para proceder así debe ser grande y prolongado: significa llevar una vida de tal manera regulada, que no haya ni

acción, ni palabra, ni pensamiento siquiera que sean precipitados, puesto que todas las actividades del discípulo, físicas, emocionales y mentales, deben quedar enteramente bajo su control.

C. W. L.—Para el que quiera realmente hacer lo más posible en su progreso, vale la pena que haga un cuidadoso estudio de sus vehículos y vea exactamente lo que son. Se nos dice aquí claramente que el cuerpo físico desea cosas que el hombre no desea y esto es igualmente cierto por lo que se refiere a los cuerpos astral y mental. Si comprendemos la constitución de esos vehículos, veremos que es muy probable que lo que ellos quieren no sea lo que al hombre le conviene. Estamos hablando de ellos casi como si se tratara de personas separadas y lo son en cierto sentido. Cada uno de estos cuerpos está hecho de materia viviente y la vida en ella los agrupa y adquiere una cierta clase de conciencia organizada.

En el cuerpo astral toma forma lo que llamamos el elemental del deseo que es prácticamente una entidad compuesta de la vida conjunta de las células astrales que constituyen el cuerpo. Cada una de esas células en sí misma no es sino una vida pequeña, consciente sólo en forma parcial, que pugna por ascender, o, mejor dicho, por descender, ya que, para esa partícula, la evolución significa el bajar hasta alcanzar el reino mineral. Cuando estas vidas se encuentran juntas en un cuerpo astral celebran, pudiera decirse, un convenio de asociación y actúan como si fueran una sola unidad, quedando el hombre así bajo la influencia de un cuerpo astral que tiene poderosos instintos propios, tan fuertes

en verdad, que casi pudiera decirse que tiene voluntad propia. La forma en que ese cuerpo debe evolucionar consiste en recibir las más groseras vibraciones, conectadas con todos aquellos sentimientos y emociones que nosotros no debemos desarrollar, tales como la envidia, los celos, y el egoísmo; he aquí por qué los intereses de ese cuerpo son con tanta frecuencia opuestos a los nuestros. Las vibraciones de amor, simpatía y devoción —más rápidas, más delicadas— pertenecen todas a una zona más elevada del cuerpo astral y en consecuencia son de aquellas que éste no quiere, aun cuando nosotros sí.

Las personas de vida desordenada que, como dicen, quieren ser libres y hacer y decir cuanto les viene en gana, son en realidad esclavas de su cuerpo astral. Pero no debemos recriminar por esto al cuerpo astral, ni considerarlo, como los cristianos de la Edad Media, como un demonio seductor. Nada sabe él de nuestra existencia; no nos está poniendo tentaciones en absoluto; trata, simplemente, de hallar la expresión que necesita, para evolucionar en la forma adecuada para él, lo mismo que hacen todas las criaturas.

Con frecuencia hay quien pregunte: “¿No deberíamos dar a ese elemental una oportunidad de evolución; no deberíamos permitirle que obtenga las groseras vibraciones que necesita?” No; esta es una filantropía equivocada que no se debe practicar en ninguna forma. Lo más bondadoso que podemos hacer con la materia grosera del cuerpo astral —que está en él porque en algunas de nuestras vidas pasadas hemos permitido a las emociones bajas tener fuerte expresión a través

nuestro— es arrojarla de nosotros y hacer que pase al cuerpo de algún salvaje, de algún perro o vaca en donde sus vibraciones puedan actuar sin dañar a nadie. El elemental del deseo tiene su astucia peculiar. Nos es imposible ponernos en su lugar y tener la conciencia correspondiente a tan bajo grado de evolución; pero es evidente que siente que está rodeado de algo de superior finura —materia mental— y parece haber advertido por experiencia que si puede lograr que ese algo vibre en consonancia con su materia, obtiene vibraciones de mucha mayor intensidad y más abundantes que de otra manera. Si puede lograr que el hombre piense lo que quiere, es muy probable que se salga con su propósito y así, trata él de hacer vibrar a la materia mental. Si puede inducir pensamientos impuros, por ejemplo, conseguirá las impuras emociones que le agradan o si puede despertar un sentimiento de celos, logrará sentir los celos enconados que es lo que desea. Y esto no porque sea malo, pues para él todo se reduce a gozar de vibraciones groseras. Y en esta forma el elemental es con frecuencia un contrincante que derrota al hombre, aun cuando se halla de hecho muy abajo en la escala evolutiva. Pensando así, es algo humillante darse cuenta de ser vencidos y usados como instrumentos por lo que aun no es ni siquiera mineral. Tenemos que afrontar esta situación y purificar el cuerpo astral contra su voluntad, modificando los malos hábitos que podamos traer de nuestro pasado y substituyéndolos por buenas emociones para el futuro.

Hay un elemental mental y también un elemental físico. Este último está encargado de la construcción de

los tejidos y del cuidado general del cuerpo. Al recibir el cuerpo un arañazo, una cortada o una herida, es el elemental físico el que apresuradamente hace que los corpúsculos blancos lleguen al lugar lesionado para construir células nuevas. Hay muchos detalles muy interesantes en el trabajo de este elemental del cuerpo físico; algunas de sus actividades son eminentemente útiles para nosotros; pero a la vez algunos de sus impulsos no son convenientes.

Porque TU eres Dios y querrás solamente aquello que Dios quiere; pero es preciso que tú busques en la profundidad de tu ser hasta encontrar al Dios en tu interior y escuchar Su voz que es TU VOZ.

C. W. L.—La idea de nuestra unidad con el Espíritu Uno es difícil de comprender. Voy a decirlos cómo llegué a ella por primera vez, aun cuando fué por un método que no se puede recomendar a los demás. Estaba en esa ocasión tratando de reconcentrar todo mi poder en el sub-plano atómico del plano mental con el propósito de ver hasta qué punto es posible utilizar los caminos directos que conducen entre los sub-planos atómicos de los diferentes planos. Para ascender de uno a otro plano puede ir uno del plano físico, sub-plano por su-plano hasta el atómico físico; de éste se puede pasar al sub-plano más bajo del astral y así, grado por grado, llegar hasta el atómico astral y de ahí al inferior mental y así sucesivamente. O bien

se puede seguir el camino directo, pasando del atómico físico al atómico astral y de ahí al atómico mental.

Había oído a algunos discípulos más aventajados que había otra clase de caminos, trazados, como si dijéramos, en ángulos rectos, para obtener este ascenso. Me habían dicho que si se pudiera enfocar la conciencia en uno de nuestros sub-planos atómicos, se podría obtener una línea de comunicación hasta el correspondiente plano cósmico. Por tanto, enfocándome enteramente en el sub-plano atómico mental, existía la posibilidad de ponerme en contacto con la división mental de un grupo de planos enteramente nuevos (o sea el plano mental cósmico) fuera ya por completo de todo lo que conocemos.

No contaba, por supuesto, con esperanza ninguna de alcanzar tal plano, pero sí existía una posibilidad de comunicación. Hice el intento y encontré que quedaba en condiciones de ver —lamento no poder describir esto— el sub-plano correspondiente en el mental cósmico, dos juegos completos de planos por encima de donde nosotros estamos. En realidad no pude yo alcanzarlo en ninguna forma (ni creo que pueda hacerlo ni siquiera un adepto); pero sí pude verlo. Fué como si, estando en el fondo de un pozo estuviera mirando arriba una estrella; pero pude ver esta elevada conciencia. Lo único que entonces experimenté con una intensidad que no puedo describir, fué el hecho de que si yo antes suponía tener voluntad, tener intelecto, tener emociones, todo eso no era ya mío: era suyo: era su voluntad, su sentimiento, no los míos en manera alguna. Jamás he olvidado esta experiencia

que dejó impreso en mí este hecho con una certeza que no me es posible describir.

Esta certeza de que lo divino está en nosotros puede obtenerse también por la conciencia búdica, como he explicado ya. En el momento en que la tenemos nos sentimos circundados por un océano de conciencia y sentimos que somos parte de ella y a la vez que muchos más participan de ella a la vez que nosotros; y de hecho, a más de estos sentimientos comprobamos que todo es una sola conciencia que a nosotros nos penetra lo mismo que a los demás: que somos Dios. Esta comprobación nos imparte un sentido de la más perfecta seguridad y confianza; el impulso, el estímulo más tremendo que podemos imaginar. Es de creerse que muchas personas pudieran alarmarse al principio de estas experiencias, por parecerles que se estaban extinguiendo. Nada hay de esto: recordemos lo que dice el Cristo: "Aquel que pierda su vida por Mi causa, la encontrará". Cristo representa el principio búdico y sus palabras, pues, tienen esta significación: "Aquel que por mi causa —por el desarrollo del Cristo interno salga de su cuerpo causal en el cual ha estado viviendo por tanto tiempo— se hallará a sí mismo; encontrará una mucho más grande y elevada vida". Se necesita algún valor para hacer esto y la primera vez es desconcertante el sentirse por completo en el vehículo búdico y advertir que el cuerpo causal, en el que se ha vivido por tantos años, se ha desvanecido. El que llegue a practicar una u otra de las dos experiencias aquí descritas, sabrá con certeza absoluta que el ego es uno. Esta idea no puede expresarse; pero

esto se sabrá al tener la experiencia y de entonces en adelante nada habrá que debilite esa certeza.

No confundas tus cuerpos —ni el físico, ni el astral, ni el mental con tu yo. Cada uno de ellos pretenderá ser el yo a fin de lograr lo que desea. Pero tú debes conocerlos a ellos y reconocerte a ti mismo como su dueño.

C. W. L.—El Maestro habla de estos cuerpos de una manera definida y como si fueran personas separadas, refiriéndose, por supuesto, a los elementales que ya hemos considerado. La tiranía de esos elementales es absoluta sobre la mayor parte de la gente, que no solo no hace ningún esfuerzo por librarse de ese dominio, sino que ni siquiera sabe que tiene un yugo que sacudirse. La gente no se distingue a sí misma de sus cuerpos. La desastrosa creencia de que el hombre *tiene* alma, ha causado muchísimo daño en este sentido. Si la gente se diera cuenta de que el hombre es una alma y *tiene* cuerpos, inmediatamente comenzaría a poner las cosas un poco en claro. Mientras el hombre tenga la idea de que el alma es algo vago que flota por encima de él, hay muy pocas esperanzas de que esto se logre. Al notar nosotros que los elementales comienzan a vibrar, deberíamos decir: “Esta emoción es una vibración de mi cuerpo astral y yo vibraré como *yo* quiera. Yo soy el centro, por ahora de este grupo de cuerpos y los usaré como *me* convenga”.

Cuando hay trabajo que debe ser hecho, el cuerpo físico pide reposo, salir de paseo, alimento o bebida; y el hombre que no tiene el conocimiento se dirá: “Yo quiero hacer estas cosas y debo hacerlas”; pero el que sabe dice: “Este que desea no soy yo y es preciso que espere”.

C. W. L.—Esto es muy notable en el caso de los niños. Cuando un niño quiere hacer algo, tal cosa para el constituye el cielo y la tierra: tiene que hacerlo allí mismo y en aquel momento y si algo se lo impide, piensa que el universo se derrumba. Los salvajes lo mismo: son impulsivos a tal grado que por cualquier bagatela son capaces hasta de matar a un hombre. El hombre civilizado reflexiona: “Esperaré y tomaré en cuenta lo que pueda suceder”. El niño se lanza a satisfacer su capricho y, con frecuencia, nosotros los mayores lo regañamos y reprochamos dejando ver así que no conocemos bien su naturaleza. El niño dice: “No me acordé” lo que es absolutamente cierto; pero nosotros lo ponemos en duda porque sabemos que *nosotros* debemos recordar. Hemos olvidado tanto nuestra niñez como la de nuestra raza. Debemos decirle al niño: “Sé que tienes un impulso; pero no debes hacer eso ahora mismo; trastornarías mucho a los demás. Lo harás en otra ocasión”. Es así como se progresa en la educación. Lo mismo acontece con el salvaje que en el curso del tiempo va aprendiendo que hay impulsos que no deben de seguirse. Esto requiere varios nacimientos y generalmente es muerto en el pro-

ceso; pero gradualmente va siendo primero menos salvaje y luego más civilizado. El hombre de avanzada evolución trata a su cuerpo como a una entidad separada, como a una cosa que él puede manejar.

A menudo, cuando se presenta una oportunidad de ayudar a alguien, el cuerpo físico dice: "Cuánta molestia será para mí; mejor es que lo haga otro"; pero el hombre replica a su cuerpo: "Tú, no me impedirás ejecutar una buena obra".

C. W. L.—La doctora Besant hace notar, con relación a este punto que son muchas las ocasiones en que hallamos alguna labor notoriamente buena y que debe hacerse; pero que la mayoría se limita a decir: "Sí; eso hay que hacerlo. Alguien lo hará algún día; ¿por qué voy yo a molestarte?" Pero los que son diligentes dirán: "He aquí una buena labor que hay que hacer; ¿por qué no hacerla yo-", y comenzarán inmediatamente a trabajar.

El cuerpo es un animal a tu servicio —el corcel sobre el que cabalgas. Por consiguiente debes tratarlo bien y cuidarlo; no debes fatigarlo demasiado; hay que nutrirlo convenientemente, tan sólo con alimentos y bebidas puras, manteniéndolo siempre escrupulosamente limpio, libre de la menor mancha de suciedad.

C. W. L.—La idea de que el cuerpo es un animal, es verdaderamente útil; el símil es obvio y mientras más apegadamente lo sigamos más cerca estaremos de proceder en la forma correcta. Supongamos que tienes un caballo. Doy por concedido que eres una persona responsable y bondadosa que a la vez que quieres que el caballo haga su trabajo, comprendes que debe gozar de felicidades, comodidades y salud en el mayor grado posible. Antes que otra cosa, por lo tanto, procurarás llevarte bien con tu caballo, conocerlo y lograr que te conozca y que sienta que es buena tu disposición hacia él. Averiguarás luego qué alimentos le convienen y se los darás en la cantidad apropiada, no proporcionándole los que le hagan daño. Al propio tiempo harás que trabaje pues para eso tienes caballo; pero jamás con exceso de ninguna clase. Conocerás lo que puede hacer y harás que lo haga. Si has logrado que te tenga confianza, te obedecerá fácilmente y cuando algo le sugieras hará tu voluntad porque sabe que todo irá bien para él y tendrá fe en ti hasta en el caso de estar asustado. Y en tal forma es como puedes obtener de él el mayor rendimiento con la menor fatiga. El mal entrenador aterroriza a veces a su caballo; pero después no podrá ya hacerlo trabajar bien. Tú no buscas eso: quieres entenderte bien con el animal.

El cuerpo es exactamente como el caballo. Debemos encontrar la mejor forma de tratarlo. Es un grave error el aplicar métodos severos de Hatha Yoga. Debemos ser amables con él y obtener de él lo más que podamos, sin darle un trabajo excesivo, pues en una hora podemos causar daños que requieran muchos años

para su reparación. Grande es la intensidad y ajetreo de la vida moderna. El hombre de negocios piensa que debe hacer algo más de trabajo; pero es frecuente que ese algo más trastorne su organismo físico y lo que está trastornado no vuelve a su condición normal. Muy fácil es ocasionar estos daños, porque el cuerpo es una maquinaria muy delicada; una maquinaria *viviente*. Tiene maravilloso poder de recuperación y en muchos casos lo que conocemos por "un cuerpo fuerte" puede soportar muchísimos abusos. Pero el hecho de que el cuerpo sobreviva a tales abusos, no es prueba de que no haya sufrido ningún daño. Muy al contrario, con frecuencia un exceso de esfuerzo deja huellas permanentes. Por tanto todos aquellos que traten de lograr desarrollo oculto deben quedar bien prevenidos de que hay que tener mucho cuidado y comprender bien que, como dijo nuestra Presidenta, lo que no tenemos tiempo de hacer no es trabajo nuestro.

Viene luego la cuestión de los alimentos. La teoría de que todos pueden vivir con cualquiera clase de alimentos no es muy recomendable para el hombre práctico. Los hombres difieren enormemente en disposiciones y capacidades. Dice un viejo adagio que lo que para unos es carne para otros es veneno y esto es cierto por lo que toca al valor de los alimentos. Hay la tendencia a creer que la gente que da mucha importancia a la alimentación se inquieta demasiado por asuntos puramente físicos. Ciertamente nunca conviene llegar a la exageración; hay que ponerse en el punto medio. Es el mismo cuerpo el que puede ir indicando

qué es lo que conviene y en qué cantidades. Dentro de lo razonable podemos dar al cuerpo lo que desee y le agrade; pero nunca cosas que lo dañen, como carne y alcohol. Jamás se debe forzarlo a que tome algo por la fuerza, procurando siempre darle lo que requiera, entendiendo bien lo que se hace, para ganarse así la cooperación de la inteligencia que en el cuerpo pueda haber.

Es frecuente hallar dificultades para pasar de la dieta de carne al sistema vegetariano. En Inglaterra los que comienzan a verificar este cambio suelen confundir las cosas con mucha frecuencia; su principal alimento ha consistido en carne, coles y patatas. Entienden que para pasar a vegetarianos deben suprimir la carne y alimentarse sólo con las coles y las patatas. Ahora bien, la patata es prácticamente almidón y la col es casi sólo agua. El hombre no puede vivir sólo de almidón y agua, necesita una alimentación que le permita formar carne, huesos y sangre y esto requiere gran diversidad de alimentos; fácilmente puede, pues, buscar la alimentación conveniente para su cuerpo y apegarse luego a ella inteligentemente. Los que padecen de indigestión es probable que estén tomando alimentos inadecuados; deben hacer la prueba con algunos otros, pues casi siempre se puede encontrar la forma de corregir este padecimiento, salvo en algunos casos desesperados. Cuando los chiquillos crían gusanos de seda para observar su metamorfosis en mariposas, tienen mucho cuidado en encontrar la clase de hoja que el gusano necesita comer; saben los niños que hay una sola clase de hoja que le conviene. Claro

está que nosotros debemos tener mucho cuidado con el animal que habrá de servirnos durante tantos años y nutrirlo adecuadamente con alimentos y bebidas puros.

Hay que tener mucho cuidado con la limpieza. Muchas son las razones para ello; no sólo por cuestión de salud, ni simplemente porque es una cosa refinada que debe hacerse, sino también porque el Maestro usa de manera especial a aquellos que están en estrecha relación con él, para derramar sus fuerzas. Esto generalmente lo confiere a sus discípulos que están en contacto directo con El; pero cualquier persona que trata seriamente de vivir los principios que se exponen en libros como el que estamos estudiando, está bajo su vista y es posible, por lo tanto, que esa persona pueda ser necesaria, y usada como un canal de fuerza. Bien pudiera suceder que en lugar determinado no se encontrase un discípulo adecuado para canal de determinadas fuerzas y que alguna otra persona, no tan adelantada, si estuviera en condiciones de servir para ese propósito. En tal caso el Maestro podría usarla.

Hay muchas variedades de fuerza que el Maestro derrama con diferentes propósitos; en algunos casos una persona es la adecuada para canal de ciertas fuerzas y en otros otra. Observando el caso de dos condiscípulos, se ve que uno de ellos es siempre utilizado para cierto tipo de fuerza y el otro para otro tipo diferente. Este derrame de fuerza es físico, astral, mental y búdico y en el plano físico tiene lugar principalmente a través de las manos y los pies. Por tanto, si el cuerpo físico de la persona elegida se hallare en malas condiciones de lim-

pieza en un momento dado, el Maestro no podría utilizarlo, pues no sería un canal apropiado. Sería esto semejante a conducir agua limpia por una tubería sucia; en el camino se contaminaría. Es por ello que los que están en estrechas relaciones con el Maestro son excesivamente cuidadosos de su limpieza corporal. Cuidemos, pues, de sausfacer esta condición de limpieza, pues sin ella nunca podremos ser utilizados.

Otra cosa en la que debemos tener cuidado, si queremos ser de utilidad, es la de evitar las torceduras o deformaciones, especialmente en los pies. No hace mucho tiempo visité durante unas cuantas semanas una comunidad cuyos miembros acostumbran andar descalzos y me quedé horrorizado al ver los pies torcidos y tullidos de muchos de los estudiantes y de observar en qué forma tan seria esas deformidades impiden que sean utilizados para canal de las fuerzas del Maestro. El proceso natural para el derrame de fuerzas en las condiciones ordinarias consiste en llenar el cuerpo del discípulo y dar salida por las extremidades, pero en aquellos casos en que un tratamiento antihigiénico de los pies ha producido deformidades permanentes, el Adepto sólo puede utilizar la parte superior del cuerpo y como tal cosa implica el trabajo adicional de construir un dique o barrera, en la región del diafragma del discípulo, es evidente que otros que estén libres de estas deformidades serán empleados con mayor frecuencia.

Porque sin un cuerpo perfectamente limpio y sano no podrás llevar a cabo el arduo tra-

bajo de preparación, ni podrás soportar el esfuerzo incesante que ello requiere.

C. W. L.—En las presentes circunstancias la preparación para el Sendero es cosa verdaderamente ardua y el apresurarla requiere un incesante esfuerzo, que no podremos soportar a menos que todos nuestros cuerpos, el físico inclusive, estén en buenas condiciones. Por tanto, para el progreso rápido es necesaria una salud perfecta y en cuanto esa salud falla, hay inmediatamente una demora. Quienes cuidan del progreso de un discípulo están muy pendientes de que no haya un esfuerzo excesivo y nunca le encomendarán un trabajo sin que tengan la seguridad de que puede ser perfectamente desempeñado por él y con un conveniente margen de capacidad.

Pero tú debes ser siempre quien domine a tu cuerpo y no el cuerpo quien te domine. El cuerpo astral tiene sus deseos por docenas; querrá que tú montes en cólera, que digas palabras ásperas, que sientas celos, que codicies el dinero; que envidies las ajenas posesiones, que te dejes abatir por el desaliento. Deseará todas esas cosas y muchas más, no porque quiera hacerte daño, sino porque gusta de las vibraciones violentas y le place cambiarlas continuamente. Pero tú no necesitas ninguna de estas cosas y por tanto debes discernir entre tus necesidades y las de tu cuerpo astral.

A. B.—Me supongo que la mayoría de las personas que piensan se dan clara cuenta de que ellos no son sus cuerpos físicos; pero los ejemplos que da aquí el Maestro demuestran cómo de una manera continua se identifican con sus cuerpos astrales. Con mucha frecuencia notamos que hemos dicho “estoy enojado; estoy irritado”. Aun aquellos a quienes no agrada confundirse con sus emociones bajas, se confunden con ellas, cuando son elevadas. Es probable que no digan “estoy celoso”, cuando tienen conciencia del sentimiento de los celos, pues aunque el hombre pueda confundirse con sus sentimientos, trata de velar los que son bajos, y en este caso se engañará a sí mismo, creyendo que el sentimiento no es de celos, sino de amor: “Estoy sentido, porque fulana, a quien tanto quiero, ama a otro más que a mí”. El amor es tan extenso, abarca tantas virtudes, que el hombre gusta escudarse en él y atribuirle infinidad de cosas que para nada le corresponden. Por lo que a nosotros toca, es mejor examinar nuestros sentimientos y no jugar con estas cosas serias y engañarnos con palabras bonitas. En el caso que estamos estudiando, el hombre no se siente herido porque ame a su amiga, sino porque desea apropiarse esa amiga para sí mismo. Siempre que el hombre se siente ofendido está en el terreno del egoísmo, polo opuesto del amor. Tú, el ego real, no puedes tener celos; tu cuerpo astral sí; ni tampoco puedes estar colérico o irritable; estas son actividades del cuerpo astral.

El Maestro menciona otros ejemplos: avaricia, envidia, depresión. Los aspirantes al Sendero no son tan

propensos a ser víctimas de las dos primeras cualidades como de la última. Por lo general no nos cuidamos tanto de la depresión como de otros sentimientos, porque estamos en el error de que la depresión sólo nos afecta a nosotros. Decimos: "Si me siento triste o deprimido, es asunto mío: a nadie le concierne". Pero esto no es cierto: la depresión causa también daño a los demás. El mecanismo de este proceso es bien conocido por los estudiantes de ocultismo. Las vibraciones de la depresión se extienden a nuestro alrededor y afectan los cuerpos astrales y aun mentales de otras personas. Este mal es mucho más peligroso de lo que generalmente se cree, pues muchas de las personas que pueden quedar afectadas con nuestros sentimientos pueden ser de tipo poco desarrollado y estar también en circunstancias que las expongan a cometer crímenes.

Los que están familiarizados con la historia y las estadísticas de la criminalidad saben que un gran número de crímenes, especialmente asesinatos y suicidios, se cometen después de un período de depresión. En el banquillo del acusado es frecuente la disculpa: "Tuve un irresistible sentimiento de desesperación; no me pude contener". Hay muchas personas de baja evolución que pueden ser afectadas en esta forma y algunas pueden sufrir cárcel y muerte, sin haber sido realmente responsables, o, por lo menos, habiendo sido sólo parcialmente responsables del crimen cometido por sus manos. Vivimos en un mundo donde muy pocos conocen estas leyes internas y nuestros tribunales imparten una justicia muy imperfecta, por falta de un

sencillo conocimiento de los rudimentos de la psicología.

Tal vez tenga yo más clara idea de todo esto porque muy frecuentemente pasaba de un estado de exaltación, a uno de gran depresión. Hay muchas personas con semejante temperamento: un día el mundo les parece lleno de felicidad; brilla el sol; la naturaleza es hermosa; en todo hallan gozo y belleza. Luego sigue la reacción inevitable: les invade un sentimiento de profunda tristeza y el mundo todo se halla oscurecido. Si se examinan las cosas con calma se comprende bien que las causas externas a las que debe atribuirse este cambio no son suficientes para originar semejantes resultados. Sin embargo, un temperamento de esta clase no deja de tener algunas ventajas. Ciertamente no hubiera podido expresarme con tanta efectividad si no hubiera nacido con esta condición; forma parte del temperamento del orador, el conocer estos sentimientos en sus extremos. Como cualquier otro temperamento tiene sus ventajas y sus desventajas; pero no debe uno dejarse llevar por estas violentas alteraciones del sentimiento.

No es de creer que pueda el hombre libertarse de este defecto simplemente diciéndose a sí mismo: "No debo sentirme deprimido"; pero aun los peores casos pueden vencerse teniendo siempre en cuenta que no debemos dejarnos dominar por esta tendencia, por los deplorables efectos que esto acarrea a los demás. Por tanto, no basta con hacer un esfuerzo por alejar de uno mismo estos sentimientos; hay que reemplazarlos con fuertes sentimientos de ánimo y de alegría,

a los que debe añadirse el calor de sentimientos altruistas.

El cuerpo astral, como dice el Maestro, no se propone causarnos ningún daño. Procede en la forma en que lo hace por estar constituido por esencia elemental que va en su arco descendente y que evoluciona por medio de constantes y violentos cambios de vibración. Este deseo-inesistente de cambios violentos del cuerpo astral es una cosa que debe ayudar al estudiante a percatarse de que ese cuerpo no es él, sino algo que le ocasiona cambios de estado de ánimo sin causa aparente y que no están aprobados por la razón, puesto que son actividades independientes del cuerpo astral. Debemos darnos cuenta de ello y no dejarnos ser juguete de estas alteraciones. Debemos estudiar nuestra naturaleza astral y encontrar cuáles son las cosas indeseables que ella particularmente desea. Luego debemos resolver tranquilamente no ceder a ellas. Hecho esto, no pensemos más ya en ellas; no cavilemos más. Escojamos las tendencias opuestas y practiquémoslas todo el día. Si el cuerpo astral quiere estar impaciente, hay que fijar la mente en la paciencia; pensemos en la paciencia, en nuestra meditación matinal, y practiquémosla durante todo el curso del día. Si el cuerpo astral quiere sentirse celoso, observemos el hecho simplemente y no pensemos ya más en celos; pensemos en el altruismo y practiquémoslo incesantemente y no habrá ya lugar para los celos. La mente no puede contener dos cosas opuestas al mismo tiempo.

Recordemos que las dificultades constituyen oportunidades para el que quiere ser ocultista. No da prue-

bas satisfactorias un discípulo que demuestra amor cuando todo a su alrededor es bondad, que da muestra de amabilidad con los que le son simpáticos y amables. Esto lo hace cualquier persona. Los que aspiran a ser discípulos deben sentir la noble emoción cuando están recibiendo de los demás la emoción innoble. De otro modo serán sólo como los demás. Esto debe de tenerse presente al hacer frente a la dificultad y a la tentación; el aspirante debe hacer frente a ellas como oportunidades que son para liquidar sus adeudos. Para un discípulo, cualquiera persona o cualquiera circunstancia con que se encuentra, no son una tentación: son una oportunidad. Es entonces —cuando el discípulo cambia las emociones malas en emociones buenas— cuando empieza a parecerse a su maestro; es entonces cuando está mostrando las cualidades del Maestro.

Pensemos, pues, en nuestra meditación matinal en las cualidades que nos hacen falta; si somos irascibles, pensemos en la paciencia. Así, cuando nos encontremos con una persona colérica o fastidiosa durante el día, primeramente responderemos con irritabilidad por la fuerza del hábito, pero un momento después de haber cometido el error, pensaremos en la paciencia. La próxima vez pensaremos ya en la paciencia en el momento de estar cometiendo el error; una poca más de práctica, y pensaremos en ella un momento antes y entonces sentiremos aún la irascibilidad pero no daremos ya muestras de ella; al fin, ni siquiera nos sentiremos iracundos. El primero de estos estados de ánimo muestra ya que la meditación está dando sus frutos.

Conozco algunas personas que se han hecho estos propósitos y que se han sujetado a estas prácticas durante algunos días o algunas semanas, que dicen: "Ya no medito más sobre estas cosas; no obtengo ningún resultado. Mis meditaciones no me hacen ningún bien. No hago ningún progreso". Es exactamente igual que si una persona emprendiese un viaje de tres días a algún lugar, después de una o dos horas se sentara y dijera: "No tiene ningún resultado este caminar; no llevo a ninguna parte". Cualquiera persona advierte la tontería de semejante proceder en el caso físico; lo anterior, en el orden mental, no es menos torpe. La meditación *debe* producir sus resultados, en la misma forma que el caminar nos conduce a nuestra meta. Tan cierta es una cosa como la otra. Las reglas científicas actúan sin cesar y toda fuerza que pongamos en juego tiene que producir sus resultados. Si no se obtiene inmediatamente lo que uno se propone, es debido a que aún faltan algunas resistencias que vencer y que la fuerza está neutralizando hasta conquistarlas completamente. No pensemos en los resultados. Nos basta con pensar en la cualidad de la paciencia, o en cualquier otra que deseemos desarrollar y los resultados vendrán por sí mismos.

C. W. L.—No es muy difícil, después de todo, comprobar con alguna práctica que no somos el cuerpo físico; que éste no es sino una vestidura; pero por lo que toca al cuerpo astral —nuestras emociones y deseos— presenta más dificultad, porque frecuentemente nos parece una parte más íntima de nosotros mismos. Encontramos en la vida diaria personas que

sienten que ellas son sus emociones y deseos; hay algunas tan llenas de ellos que, si pudieran imaginar que tales emociones y deseos se extinguiesen, sentirían que ya no quedaba nada de ellas; toda la persona es deseo y emoción. Para una persona de tal condición es muy difícil separarse de su cuerpo astral; y sin embargo esto es lo que tiene que hacerse. El hecho de que el cuerpo astral esté incesantemente cambiando su temperamento, debe de ayudarnos a comprender que no es el ego, el "yo". Como alma no cambiamos; siempre deseamos la misma cosa; el progreso para quedar en condiciones de ayudar a los demás a caminar por el Sendero de nuestros maestros. Queda muy claro, por lo tanto, que el cuerpo emocional no es el ego.

El elemental astral tiene una cierta condición de continuidad porque los átomos permanentes atraen a su alrededor precisamente la calidad de materia que poseíamos en nuestra vida anterior. Por eso es difícil someter y controlar repentinamente esta entidad. Pero puede hacerse, no obstante, y la mejor forma consiste en determinar por medio de cuidadoso examen cuáles son las actividades indeseables que el cuerpo astral quiere seguir. Todos tenemos nuestras especiales dificultades. Alguno es probablemente nervioso o irascible, o inclinado a sentir celos, o tiene ambición de dinero. Cuando esto se haya determinado, hay que proponerse con calma, corregir esta deficiencia. Supongamos que se trate de la irritabilidad, que es muy común en las condiciones terribles y el ruido de la vida moderna. La persona debe grabar en su mente que ya no será

irascible. Es muy conveniente hacer de esto un tema de meditación, teniendo presente que la forma no consiste en combatir el defecto, sino más bien en meditar en la virtud opuesta: la paciencia. Nunca debe pensarse en el defecto y en luchar contra él, porque en tal forma le agregamos mayor vitalidad.

El mismo método debe aplicarse cuando se trata de ayudar a otras personas por medio del pensamiento. Si tratamos de ayudar a alguien que tenga ese defecto de la irritabilidad, en vez de pensar en ella y lamentarla, intensificándola por consiguiente, debemos pensar: "Quiero que tenga calma y paciencia" Es así como toda la fuerza del pensamiento va en la dirección de que esa persona tenga esas cualidades.

Al principio, cuando nos encontremos con una persona irascible, probablemente la fuerza del hábito nos hará sentirnos iracundos también, aun cuando momentos después recordemos que no queremos ya ser irascibles coléricos. Ya es algo recordar esto aun cuando sea después. Posiblemente la próxima vez o pasadas veinte veces, recordemos en el preciso momento y no después. En el tercer grado lo recordaremos antes de decir cosas iracundas; aún subsiste el sentimiento de irascibilidad, pero no lo mostramos ya. El próximo paso es que ya para nada sentiremos la ira; queda vencida y no volverá a molestarnos ni en esta vida ni en las venideras.

Es también necesario para el dominio de la naturaleza astral no tener sentimientos personales que puedan sentir daño o recibir ofensa. Los mejores sentimientos, tales como la simpatía y el amor los debemos

fomentar en nosotros mismos hasta donde nos sea posible. Pero debemos tener sentimientos que no puedan ser heridos ni ofendidos. Aquel que pueda sentirse herido en sus sentimientos está pensando en sí mismo y nosotros, si es que nos hemos entregado al Maestro, no tenemos derecho de hacerlo. Es posible hallar personas de tal manera rudas que no adviertan un insulto; esto no es cosa encomiable: lo que se requiere es advertir el insulto y no hacer el menor caso de él, lo cual es siempre el mejor camino. Si alguien dice de nosotros cosas desagradables, no hay que hacer caso; los humanos han estado hablando mal unos de otros desde el comienzo del mundo, y hasta que nosotros hayamos alcanzado el adeptado, así continuarán las cosas. Después de todo, nada importa lo que digan los demás. No es más que una pasajera vibración del aire y no será más que esto mientras nosotros no permitamos otra cosa. Si alguien dice de nosotros una cosa desagradable, si no la oímos, no nos daña en lo más mínimo. Si acontece que la oímos y nos ocasiona llamaradas de ira y horror y desesperación y todo lo demás, no es esto cosa que pueda imputarse al que profirió esas palabras: somos nosotros mismos los que nos estamos haciendo daño. Hay que tomar estas cosas filosóficamente. Hay que decir: "Pobre hombre, poco sabe él de todo esto". En tales casos hay que ser amable y bondadoso. Lo que los demás dicen es de muy poca importancia porque nunca saben lo que dicen. Recordémoslo: "el corazón conoce sus amarguras". En todos los casos el hombre tiene sus razones para lo que dice y lo que hace y lo que piensa; desde

fuera nunca conocemos esas razones, porque observamos las cosas sólo superficialmente y por lo general de una manera completamente equivocada. Por tanto, mientras no alcancemos el plano búdico, concedámosle el beneficio de la duda, o lo que es más sabio todavía, no hay que atribuir motivos a nadie. Si las acciones de alguna persona nos parecen indebidas, la actitud más bondadosa es decir: "Yo no habría hecho eso; me parece equivocado; pero debo suponer que esa persona tiene sus razones, aun cuando yo no sepa cuáles puedan ser".

Cuando alguien procede en forma ruda, es frecuentemente porque le ha ido mal y de aquí que se sienta fuera de tono y es posible que seas tú la primera persona que habla con él después de su contratiempo. No está disgustado *contigo*. Ha sufrido algún trastorno; quizá no le haya caído bien la comida. Hay que aprender a condescender con los demás y a decir: "Pobre hombre, quizá no siempre se sienta tan amable y consecuente como yo estoy siempre". Probablemente esa persona lamenta luego el haberse expresado con rudeza, o tal vez, quizá, ni siquiera advierta haber dicho algo impropio.

Cualquier sentimiento de ser ofendido o dañado, surge de un pensar egoísta. Si no estuviésemos pensando en nosotros mismos no podríamos sentir ninguna ofensa. Este pensar en nosotros mismos es precisamente lo que es necesario que desenraicemos y arrojemos. Los celos, igualmente, son consecuencia de pensar en nosotros. Quien piensa solamente en lo mucho que ama a otra persona no se contrista porque la persona amada

ame a una tercera. La engañosa idea de que somos un ser separado es la base y origen de casi todas nuestras contrariedades.

El hombre egoísta es en la actualidad un hombre anacrónico; vive todavía como le fué necesario vivir hace veinte mil años; ahora ya no le es útil ni necesario; ese hombre sencillamente está muy atrás de su tiempo. Debemos modernizarnos. Nuestra vida y nuestro pensamiento están consagrados al futuro que el Gran Maestro del Mundo hará para nosotros y es por ello que debemos desechar todas estas ideas anticuadas.

Al examinarnos a nosotros mismos para hallar las faltas que debemos corregir, tenemos que cuidar de no caer en la actitud impropia del arrepentimiento y del remordimiento. Recordemos la historia de la mujer de Lot y no miremos ya el pasado: es ésta una ocupación que no rinde utilidades. Después de haber cometido una falta debemos decir con toda calma: "Cometí una tontería; no volveré a cometerla". Se atribuye a Taylor esta frase: "Cualquier hombre puede cometer un error; todos cometemos errores; pero el hombre que comete dos veces el mismo error es un necio". Un Maestro dijo en cierta ocasión: "El hombre que nunca comete un error, nunca hace nada". Si nosotros no nos inquietamos por lo que hemos hecho en vidas pasadas, ¿por qué nos inquietamos por lo que hicimos ayer? Todo es igualmente del pasado. El remordimiento es un desperdicio de tiempo y de energía. Más aún: es una de las formas del egoísmo.

Es fácil ser amable y bondadoso con aquellos que lo son con nosotros; pero si es que hemos logrado algún

progreso real, debemos prodigar amor aun cuando no se nos imparta. Dijo el Cristo: "Si amas a los que te aman, ¿qué recompensa te corresponde? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?"¹ Su mandato fué: "Ama a tus enemigos y ruega por aquellos que te injurian".² Es entonces cuando un discípulo del Maestro puede mostrar lo que vale; cuando puede hacer lo que el Maestro haría; cuando, aunque la gente hable mal de él y lo maltrate, piensa en ellas con bondad y amorosamente y busca excusas para condescender con sus torpezas. Esto es lo que hay que hacer. No es suficiente devolver amor y bondad; debemos derramarlos sobre los que aún apenas saben lo que ello significa. Se dijo del Cristo que cuando fué injuriado no injurió; cuando sufrió no amenazó; pero encomendó su causa a Aquel que juzga rectamente.³ Todos sufrimos injusticias y malos juicios y malos entendimientos en ocasiones. Nadie debe inquietarse por ello. El karma lo pondrá todo en razón. "La venganza es mía. Dejaré todo saldado, dijo el Señor".⁴ Dejemos todo en Sus manos. La justicia deberá hacerse y todo lo que está mal quedará como es debido y quienes ahora nos juzgan mal, comprenderán algún día su error y lamentarán sus equivocaciones. No habrá ninguna injusticia. Todo quedará como deba ser.

El mismo Logos nos está poniendo constantemente ejemplos de Amor. Muchos hay que se expresan mal de El; muchos Lo comprenden mal y Lo escarnecen. El no

¹ San Mateo, v, 46.

² San Lucas, VI, 27-29.

³ Pedro, II, 23.

⁴ Romanos, XII, 19.

responde; el constante flujo de la vida divina continúa incesante. Tal actitud debe caracterizarnos en la misma medida en que deseemos ser expresión de la divinidad.

Tu cuerpo mental deseará considerarse orgulloosamente separado de los otros; pensar mucho en sí y poco en el prójimo.

C. W. L.—También aquí debemos establecer la diferencia entre lo que el cuerpo mental desea y lo que nosotros deseamos. Tenemos el hábito de decir: "Yo pienso esto y aquello"; pero en nueve casos de cada diez, el hecho es que nosotros no pensamos; piensa la mente. Muchos de nosotros hemos estado tratando de controlar nuestros pensamientos; pero si les pasamos revista, podemos notar cuán pocos son los que pueden atribuirse a nosotros —al Ego— y cómo la mayor parte pertenecen a la mente inferior. La mente inferior vuela de una cosa a otra, revolotea sobre la superficie de gran variedad de asuntos, sin concentrarse en ninguno de ellos. Por lo general no desea circunscribirse a una sola cosa, sino que quiere pasar de un asunto a otro, para obtener un cambio constante de vibraciones. Es muy probable que encontremos, al hacer un examen de nuestras actividades mentales, que hemos estado pensando en infinidad de cosas insignificantes en un corto lapso. Cuando caminamos a lo largo de una calle, por ejemplo, notaremos que aun cuando *nosotros* no hemos estado pensando en una forma definida, hay algo que ha estado pensando todo el tiempo; ese es el cuerpo mental. Si no lo sometemos a control, pasará revista a una infinidad de cosas

inútiles para nosotros, aun cuando no necesariamente malas, a menos de que sean puramente egoístas. Tiene también el hábito de la asociación de ideas por medio del cual irá enredando nuestros más hermosos pensamientos hasta conducirnos a cosas triviales y totalmente diferentes. Debemos controlar y modificar todo esto. Ya sé que es difícil estar pendiente siempre de lo que hace la mente; pero hay que hacerlo así, porque la mente es una fuerza poderosa; la más poderosa de las que tenemos con nosotros. Si logramos dirigir la voluntad mediante el cuerpo mental, pocas cosas hay que no podamos hacer por su medio. Este poder enorme puede ser nuestro, ya seamos pobres o ricos, jóvenes o viejos y constituye un valioso instrumento al servicio del Maestro, si ejercemos constante vigilancia hasta formar nuevos hábitos mentales. Con el pensamiento podemos hacer muchas cosas que de otra manera nos serían imposibles. Un pensamiento afectuoso, enviado a una persona de quien sepamos que está necesitando ayuda, puede ser un servicio mucho más valioso que la dádiva pecuniaria; puede producir resultados benéficos para toda la vida. Los resultados pueden tal vez no manifestarse en el plano físico, pero no por ello dejan de ser un trabajo menos real para el Maestro.

En el fondo de nuestra mente debemos llevar siempre el pensamiento del Maestro y a El debemos volver siempre que el Ego no esté pensando realmente en algo que requiera su atención. Este pensamiento debe ser tan preciso como sea posible. Hay personas cuyo pensamiento en el Maestro es una especie de incierta beatitud, una especie de semi-éxtasis; una cierta clase de colapso re-

ligioso durante el cual no piensan realmente en algo conciso. En lugar de sumergirnos en un pensamiento que carece de precisión, hagamos que nuestra devoción hacia el Maestro tome una forma definida como "¿Qué puedo hacer para servirlo, en qué dirección puedo emplear mi poder de pensamiento?"

Una y otra vez encontraremos en este libro una marcada insistencia sobre el hecho de que realmente sólo hay un pensamiento; sólo una voluntad; sólo un trabajo para nosotros. El pensamiento único es el pensamiento de servir al Maestro; la voluntad única es hacer ese trabajo; el trabajo único es la devoción hacia El y en Su nombre hacia el mundo. Aun cuando en el trabajo que tenemos que hacer habrá la más compleja diversidad, todo será para el Maestro y para el mundo. Sólo hay un pensamiento en la mente del Maestro: servicio; y si queremos ser uno con El, tal debe ser también nuestro único pensamiento. Esto implica que nosotros debemos capacitarnos para servir y en tal sentido esto incluye algún progreso para nosotros, no porque deseemos ser grandes, sino porque deseamos ser buenos instrumentos.

Hay muchas personas que están desarrollando sus cuerpos mentales. Los grandes investigadores científicos lo hacen con el único fin de adquirir conocimiento. Quizá en ocasiones tengan ellos también la idea de adquirir celebridad al hacer un descubrimiento; pero entiendo que es muy poco frecuente en los hombres de ciencia. En su fondo, generalmente desean ellos que el descubrimiento sea de utilidad; pero ante todo, el hombre de mentalidad científica tiene un intenso deseo de

saber. Noble actividad de muchas almas que prestan grandes servicios a la humanidad. Nosotros también debemos esforzarnos en cultivar nuestros cuerpos mentales, para hacerlos instrumentos finos, eficaces, útiles. ¿Por qué? ¿Por qué afila su cepillo el carpintero? No con el propósito de tener un instrumento mejor afilado que el de cualquier otro carpintero, sino para poder labrar mejor la madera; para poder hacer un trabajo bien hecho. Es precisamente por razones semejantes por las que debemos entrenar nuestros cuerpos mentales. Pero debemos tener siempre a la vista el pensamiento: "Estoy haciendo un instrumento para servir al Maestro". Quien logra este ideal, quedará libre del orgullo espiritual, y así evitará los tropiezos que sufren los que logran un desarrollo intelectual puramente.

Aun cuando lo hayas desligado de los intereses mundanos, tratará todavía de ser egoístamente calculador y de hacerte pensar en tu propio progreso en vez de pensar en la labor del Maestro y en ayudar a los demás.

A. B.—Lo que más ha llamado mi atención en esta enseñanza del Maestro es la forma en que insiste reiteradamente en la idea de un pensamiento, una voluntad, un trabajo. Aparece esa unidad radiando con tal fuerza, que sentimos que el Maestro sólo puede tener este pensamiento único; que se ha unido con el Uno en forma tan perfecta que no puede pensar en ninguna otra cosa; que no puede olvidarla sea cual fuere

el pensamiento que ocupe Su atención. Tal debe ser el ideal del discípulo. Debe estar pensando siempre en el trabajo del Maestro y en la ayuda a los demás. Cuando no sea así, es la mente la que piensa: no el hombre. Quien vive siempre con esta idea tiene ya **todo** lo demás. Supongamos que en vuestra meditación pensáis en una virtud, ¿para qué la deseáis? ¿para ser admirados? ¿para poder lograr la iniciación?, o bien ¿deseáis esa virtud para poder ser mejores instrumentos en el trabajo del Maestro? Tal es la piedra de toque para determinar si piensa la mente o si piensa el hombre.

Es muy conveniente hacer la prueba en uno mismo de una manera definida. Supongamos el caso (y no lo creo inconcebible, aun cuando por regla general mientras más evolucionado es un hombre tanto más útil es) de que se presente un trabajo en servicio del Maestro, para el cual se requieran cualidades inferiores a otras que ya se hayan adquirido. ¿Desearíais llevar a cabo ese trabajo, dándole preferencia a otro en que hubiera de emplearse mayor talento y habilidad? ¿Desearíais ser más insignificantes para poder ser más útiles? Esta será la actitud de aquel que tenga siempre en su mente el motivo único de ser útil en el servicio del Maestro. En ese trabajo habrá innumerables oportunidades de cultivar nuestros cuerpos mentales, de hacerlos más finos, más activos, más útiles. Si nos esforzamos en mejorarnos con tal propósito no corremos el peligro de caer en la herejía de la separatividad. En el mundo externo debemos estar continuamente en busca de las oportunidades que otras personas hayan desechado

por juzgarlas sin importancia. Un discípulo siempre está pendiente de lo que los demás han dejado de hacer, para suplir él esta falta. Una actitud semejante es síntoma de que la mente está empezando a ser controlada.

C. W. L.—El trabajo del Maestro debe dominar todo lo demás en nuestras mentes. Si tenemos otros pensamientos, si tenemos otros móviles de acción; es la mente entonces la que trabaja; no el ego. He aquí una distinción importante. La mente es orgullosa en verdad; se cree separada y cuando ha abandonado ya toda clase de orgullos terrenales, tratará de hacernos sentir el orgullo de nuestro progreso, de nuestra posición con respecto al Maestro, o de algo por el estilo. Cuando, más adelante, hayamos logrado libertarnos de todos estos orgullos, la mente tratará de que sintamos el orgullo de no ser ya orgullosos. Pero no culpemos por esto al sutil elemento mental; él no tiene ninguna idea de nosotros; trata solamente de obtener las variadas clases de vibraciones que le son necesarias para su evolución.

Cuando medites, tratará de hacerte pensar en las mil diversas cosas que él desea, y no en la cosa única que tú anhelas. No eres tú esa mente; sino que ella está a tu servicio, y por lo mismo también en esto necesitas el discernimiento. Vigila, pues, incesantemente porque de otro modo fracasará.

C. W. L.—Se dice en la India que la mente es el rajá o rey de los sentidos y que de todas las partes de

nuestra naturaleza es la más difícil de controlar. En este punto, nosotros los occidentales, estamos en mucho peores condiciones que los indúes, porque de una manera especial hemos estado desarrollando la mente inferior y sentimos el orgullo de la rapidez con que pasa esa mente de un asunto a otro.

No obstante, por medio de un paciente esfuerzo podemos imponer a ese elemental la vigorosa fuerza del hábito; podemos conducirlo por un canal e inducirlo a comprender que nosotros, el ego, queremos perseverar todo el tiempo en nuestra idea predominante, en conexión con la cual hay infinitas ramificaciones, pues nada hay que no pueda utilizarse en servicio del Maestro. En tal forma este curioso elemental ingobernable llegará a comprender, plenamente, que le es más conveniente cooperar con nosotros, que actuar en oposición a nuestro deseo: y de aquí en adelante trabajará dócil y armónicamente con nosotros.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

CAPITULO X

EL BIEN Y EL MAL

El Ocultismo no admite componendas entre lo bueno y lo malo. A cualquier costa deberás hacer aquello que sea correcto, y abstenerte de lo indebido sin reparar en lo que piense o diga el ignorante. Estudia profundamente las leyes ocultas de la naturaleza, y cuando las hayas conocido, adapta tu vida a ellas, empleando siempre la razón y el sentido común.

A. B.—Examinando las cosas con calma se comprende que la vida es una serie de transacciones. El hombre hace siempre un poco menos de lo que sabe que debe hacer, buscando evadir esta terrible pregunta: "¿Qué dirán los demás?" Sabiendo perfectamente en determinado caso qué es lo que debe hacer, se escabulle un poco, evade las cosas, busca un camino medio para hallar el modo de proceder en la forma menos desacorde con la opinión ambiente. Este miedo a la opinión ajena es debido en parte a una debi-

lidad que en sus raíces es una forma de condescendencia. Este deseo es muy general en la India; pero si queréis caminar por el Sendero propiamente dicho, nunca deberéis dejaros conducir por este sentimiento hasta el terreno de las transacciones cuando se trate de principios o asuntos de importancia, tales como las grandes cuestiones religiosas y sociales. Tomemos, por ejemplo, el caso del matrimonio prematuro. En muchas ocasiones estos matrimonios se consuman a edad muy temprana. He hablado ya una y otra vez ante el público de la crueldad que implica permitir que una niña llegue a la maternidad antes de alcanzar la edad adulta y del mal que esta práctica acarrea a la vitalidad de la raza. Muchos hay que comprenden que no debe ser así y lo reconocen francamente; censuran que los demás casen a sus hijos demasiado jóvenes, y sin embargo, si les llega la ocasión hacen lo mismo, por temor a lo que los demás pudieran decir si no procedieran así. De tal persona no se puede hacer un ocultista.

Dejando a un lado por el momento las grandes cuestiones que pueden afectar en escala importante el futuro de una nación, pasaremos a considerar las pequeñas cosas de la vida diaria. En este terreno tampoco debe haber condescendencia. Precisa resolverse a proceder como es debido y perseverar firmemente en nuestro propósito. Comprendo bien que no es posible alcanzar inmediatamente la cúspide de nuestros ideales, en la misma forma en que no es posible escalar de un sólo paso la cima de una montaña. Pero quien quiera llegar hasta esa cima tendrá que dirigirse a ella, paso a

paso, acercándose cada vez más a su meta. No debemos nunca rebajar nuestros ideales; es cosa fatal. Como dice el Upanishad: "Una cosa es el deber; otra lo agradable; el hombre sabio prefiere el deber a lo agradable".

En las cosas pequeñas de la vida diaria esforzaos por hacer lo que vuestra conciencia ordene que debe hacerse. No sois responsables de lo que otras personas estimen como dictados de su conciencia, ni de que sigan o no lo que ella les demande; pero sí sois responsables de proceder de acuerdo con vuestra conciencia, sean cuales fueren los resultados *aparentes*; pues no es posible obtener malos resultados cuando se procede en la forma que uno estima ser la correcta. Hay que tener cuidado, por supuesto, de no confundir los prejuicios, los caprichos o la imaginación con lo que debe hacerse; aquí el Maestro nos precave contra este peligro cuando dice: "Estudiad profundamente las leyes ocultas de la naturaleza". Determinad primeramente lo que es el bien y vivid luego de acuerdo con vuestro conocimiento.

El Maestro añade una importante sugestión en las últimas palabras de este pasaje: "usando siempre la razón y el sentido común". Tomad siempre en cuenta los sentimientos de los demás, pero nunca permitáis que se interpongan entre vosotros y lo que vosotros sabéis que es lo recto. Si tuviéreis que elegir entre lastimar los sentimientos de otra persona, o transigir con vuestra propia conciencia, escoged lo primero. Un ocultista discernirá siempre, en sus relaciones con los demás, entre la persona real y los prejuicios de sus diver-

esos cuerpos. Nunca causará un daño a una persona; pero sí lesionará sus prejuicios antes de proceder indebidamente. Más aún: nunca lesionará ni siquiera sus prejuicios innecesariamente; pero si es inevitable comprenderá al mismo tiempo que realmente está ayudando a la persona y no causándole un daño, y que él está sirviendo de instrumento para destruir una limitación que tiene oprimido al hombre interno. Aun en tales casos su acción debe llevarse a cabo de una manera amable y considerada. Muchos lo encontrarán difícil. Es mucho más difícil proceder con razonada calma; una oleada de emoción nos facilita el actuar. La emoción, buena o mala, imparte un impulso que hace al hombre caminar sin gran esfuerzo de su parte. Quien quiera ser ocultista no debe dejarse llevar por sus impulsos como hace la mayoría de los mortales; es necesario desarrollar la razón y el discernimiento y en este esfuerzo se comenzará de manera inconsciente a desarrollar el buddhi.

C. W. L.—La gente, por lo común tiene sus prejuicios; bastantes de ellos, y suele identificarlos con lo recto. Habiendo nacido en determinado medio ambiente, nunca ha pensado en la conveniencia de sujetar a examen sus ideas y de aquí que piense que el que no está acorde con su manera de pensar está lleno de errores, máxime cuando sus prejuicios son aceptados por las mayorías. Los prejuicios populares están casi siempre muy fuera de la razón y por lo tanto no debemos permitir que nos influyeran en asuntos relativos a lo recto y lo erróneo. No diría yo que esos prejuicios no están, en algunos casos, fundamenta-

dos en la razón y que alguna podemos hallar si escudriñamos profundamente en ellos, aun cuando no sea precisamente la razón que por lo general se estima, sino alguna otra. Pero comúnmente ese fragmento de verdad está falseado y se aplica indebidamente, debido a la masa de error en que se halla envuelto.

El ocultista nunca permitirá que se le obligue a proceder en forma indebida por temor a molestar los prejuicios de sus prójimos, pero nunca ofenderá esos prejuicios sin necesidad. La razón y el sentido común deben orientarnos en todos los casos. Supongamos que hay algo que queréis hacer, seguros de que es cosa buena e importante. Bien: pero no es necesario embestir con la fiera de un toro ante una puerta; podrá conseguir su propósito, pero a costa de mucho daño para él mismo y para la puerta. Hay que mostrar siempre un amable razonamiento en lo que se hace. Si nos dejamos llevar por la ira al hacer alguna cosa, esta oleada de emoción nos impulsará en nuestro propósito; pero hacer esa misma cosa en forma amable y con calma, sin ningún sentimiento en contra de los que se oponen a nuestra conducta, es mucho más difícil ciertamente; pero es obvio que sea el camino a seguir.

No debemos dejarnos llevar por los impulsos como hacen muchos. No pueden ellos soportar ninguna oposición, ni comprender las cosas, ni tratan de hacer un esfuerzo para comprenderlas; se limitan a seguir su camino obstinadamente y dan por concedido que tienen la razón; pero a nosotros nos corresponde tomar

en consideración a los demás; tomar en cuenta sus sentimientos y admitir, también, la posibilidad de que ellos tengan razón y de que nosotros estemos equivocados en un caso particular.

Debes distinguir entre lo importante y lo no importante. Firme como una roca cuando se trate de la rectitud y de la maldad, cede siempre en las cosas que no tengan importancia. Porque habrás de ser siempre afable y bondadoso, razonable y condescendiente, dejando a otros la misma plena libertad que a ti te es necesaria.

A. B.—He aquí un hermoso y tierno pasaje que viene a suavizar el anterior que, considerado aisladamente, podría habernos parecido áspero. Ahora bien, como las cosas que busca el hombre en general son precisamente las que no tienen importancia, el ocultista puede fácilmente permitir que todo mundo se comporte como le parezca en la mayoría de los casos.

Lo importante para el ocultista es lo que tiene qué hacer; concreta su voluntad a la importancia que hay en ello y con relación a lo demás deja que todo el mundo proceda como le convenga. Al advertir los demás en qué forma el ocultista transige con todas esas cosas, caen en cuenta que es éste una persona muy condescendiente y poco a poco se van dejando conducir con facilidad en los puntos importantes, casi inconscientes de que están siendo conducidos. En lenguaje del mundo, esta cualidad se denomina tacto. En ocultismo se llama discernimiento.

De esta cualidad carece el fanático y por eso nunca llega al éxito, mientras que el ocultista siempre lo logra. El fanático jamás advierte la diferencia entre lo importante y lo no importante, por lo cual nunca cede ni aún en cosas que nada significan; por lo tanto fustiga torpemente a los demás, los que nunca podrán seguirlo, por mucha que sea la razón que le asista y por muy importantes que sean los fines que persigue. Tratándolos con finura, se sentirían complacidos y acabarían por darnos su colaboración. Todo se basa en un hecho universal de la naturaleza. Tanto en el hombre como en el animal hay el instinto de hacer oposición a quien trata de imponerse. El otro día presencié un caso de éstos. Trataba un hombre de conducir en cierta dirección a una ternera; tiraba de ella con toda su fuerza y la ternera, por supuesto, firme en sus cuatro patas, meneaba la cola y tiraba en la dirección contraria, usando también de toda su fuerza. Si ese hombre hubiese empleado un poco de sentido común, hubiera dejado de halar de la ternera; el animal hubiera hecho cosa igual y con unas cuantas palmadas en el lomo y unas pocas caricias, la hubiera conducido a donde deseaba.

He aquí una lección valiosa; si los demás no hacen lo que tú quieres, busca la falta en ti; encontrarás casi siempre que hay alguna cosa en tu manera de actuar que hace que los demás se vuelvan contra ti. Yo siempre sigo este sistema. Cuando encuentro molestias y fricciones concernientes a mis trabajos en cualquier lugar, me retiro a meditar para averiguar qué es lo que hago que ocasiona tales dificultades y para encon-

trar la forma en que debo hacer mi trabajo. Esto es mucho más apropiado que pretender que los demás vayan por nuestro camino. Es posible forzar a los demás hasta cierto punto, ciertamente, pero en principio es erróneo y en la práctica viene a originar oposición y dificultades. Esto demuestra una falta de las cualidades del líder, cualidades que el Maestro deseará que tengamos en el futuro. El Maestro necesita gente que tenga la habilidad de conducir a los demás para que puedan dar ayuda en lugar de ser causa de confusión.

C. W. L.—Dentro de unos setecientos años algunos de nosotros tendremos la oportunidad de trabajar en el desarrollo de la sexta raza-raíz y mientras tanto mucho tendremos qué hacer a fin de preparar a la humanidad, para el advenimiento del Maestro del Mundo. Algunos estaremos viviendo cuando El venga y trabajaremos a sus órdenes; por lo cual tenemos que desarrollar las cualidades del líder. Lo primero que para ello se requiere es el tacto.

Como el ocultista nunca cesa en su empeño en ninguna obra de importancia, siempre tiene éxito a la larga, aun cuando por lo pronto encuentre oposición y trabas. La Revolución Francesa fué un ejemplo de esto. Los que dirigieron el movimiento libertario de Francia no pudieron controlar las tremendas pasiones del pueblo, que ocasionaron carnicería y crímenes "y que anegaron al mundo en sangre". No hay que pensar que esos seres hayan aprobado la locura, la diabólica orgía de sangre, la indecible ola de crueldad, tracciones y terrorismo de ese período espantoso de la historia.

El poder cayó en manos de un populacho enloquecido por la tiranía y la opresión y que se mostró en un nivel inferior al de las bestias del monte. No es posible imaginar que tan tremendas atrocidades hayan sido aprobadas por quienes trabajaban en pro de la civilización. A la postre lograron ellos en cierta forma obtener sus propósitos y en la actualidad ese país, así como otros muchos han logrado la libertad por la que pelearon aquellas gentes. Tal es lo que pasa con las grandes reformas que se llevan a cabo y con todos los demás trabajos que se acometen. A la larga tienen éxito, aun cuando no de pronto.

Es precisamente lo que nosotros tenemos que hacer: no aceptar nunca la derrota y perseverar siempre en el trabajo; pero para conseguirlo debemos adquirir el arte de ayudar con habilidad. Muchas buenas personas quieren conducir a los demás; pero no es ese el modo. Debemos hacer ver a los demás la delicia y el gozo y la gloria del futuro humano y del trabajo del Maestro y ellos acabarán por seguirnos, por su propia voluntad. Quien no pueda congeniar con los demás, que busque la falta en sí mismo. No hay que cavilar con los defectos ajenos que seguramente son muy numerosos, sino ver qué es lo que hay en nosotros que nos impide acercarnos a ellos. Seguramente que al examinarnos bien, encontraremos alguna falta en nosotros mismos.

Procura seleccionar aquello que merezca hacerse y recuerda que no debes juzgar por la magnitud de la cosa. Una minucia que sea

directamente útil para la labor del Maestro es mucho más digna de hacerse que una cosa notoria que el mundo juzgara buena y grande. Debes distinguir no sólo lo útil de lo inútil, sino también lo más útil de aquello que sea menos útil.

A B.—Como ya he dicho, las cosas que tienen importancia desde el punto de vista de lo real, son precisamente aquellas que la gente no toma en consideración. Están interesados en lo que no tiene importancia. Se exige, pues, al discípulo que practique el discernimiento y que no desperdicie su tiempo en las inútiles ocupaciones que llenan los días del hombre del mundo.

Viene luego algo más sutil; no hay que juzgar el valor de una cosa por su tamaño. Las actividades de un hombre de Estado que atraen la atención de todo un país, pueden ser, desde el punto de vista del Maestro, cosas carentes de importancia: simple polvo del camino. Algunas pequeñeces realizadas por seres desconocidos pueden ser infinitamente más importantes, si están en perfecta armonía con el trabajo del Maestro.

Y viene luego una distinción aún más sutil: la distinción entre lo más útil y lo menos útil. Nadie puede hacerlo todo, así que es preciso hacer lo que uno juzgue que sea de mayor servicio para el Maestro. Todo aquello que ayude al mundo es útil para el trabajo del Maestro; pero como quiera que el tiempo y la energía nos son limitados, debemos hacer siempre lo más útil

que nos sea dado elegir. Da el Maestro una ilustración típica en sus dos frases siguientes al decir que es más útil alimentar las almas que los cuerpos de los hombres. Ayudando a las almas atacamos la raíz de todos los males, ya que todos ellos sin excepción, nacen de la ignorancia y del egoísmo.

Alimentar a los pobres es obra buena, noble y útil; pero, alimentar las almas, es más noble y más útil que nutrir los cuerpos. Cualquiera rico puede alimentar los cuerpos pero sólo quienes poseen el conocimiento pueden alimentar las almas.

C. W. L.—Con alguna frecuencia se ha reprochado a la Sociedad Teosófica el que no desarrolle actividades filantrópicas, tales como la distribución de alimentos y vestidos entre los pobres. Algunas de nuestras Logias han hecho algo en este sentido, pero no es este su principal trabajo. Cualquiera hombre rico y de buena voluntad puede hacerlo; pero hay muchas clases de trabajo que solamente pueden desempeñar los que saben. Podría juzgarse como una fatuidad el adjudicarnos el título de "los que saben". Pero en realidad no implican tales palabras ninguna alabanza a nosotros mismos. Claramente podemos comprender que hay innumerables personas que nada tienen que ver con la Teosofía que tienen mucho mayor desarrollo intelectual que muchos de nosotros; pero ha sido nuestro karma el estudiar estos asuntos y por eso sabemos más de ello que muchas otras excelentes personas que no los han estudiado. Hay en-

tre ellas muchas personas de gran intelectualidad, espiritualidad y devoción que progresarán muy rápidamente cuando adquieran este conocimiento que nosotros ya tenemos de la forma en que debemos dirigir nuestras fuerzas. Muchos nos dejarán atrás en el camino, quizá, pero nosotros, por nuestra parte, les daremos la bienvenida con entusiasmo, pues no hay envidias en nuestro sendero y todos los que por él caminamos celebramos el progreso de un hermano. Mientras tanto, este conocimiento teosófico es el gran talento que ha sido puesto en nuestras manos. Si no hacemos nada en pro de los demás y nos limitamos a atesorar para nosotros mismos todo el gozo que nos produce en cuanto a libertarnos de la inquietud, en cuanto a comprensión de problemas difíciles, etc., haremos absolutamente lo mismo que el hombre de la Biblia que enterró su talento. Pero si hacemos todo lo posible por difundir la luz que nos ha llegado y por ayudar a los demás, habremos puesto a interés nuestro talento.

“Uno que sabe” puede alimentar igualmente las almas de los ricos y de los pobres, con su conocimiento. Y no es este trabajo menos práctico que los demás, aun cuando se le considere desde el punto de vista material. ¿Cuál es la causa de toda la pobreza y de todo el sufrimiento que hay en el mundo? La ignorancia y el egoísmo. Si combatimos la ignorancia y el egoísmo exponiendo ante los hombres las leyes de la vida y mostrándoles por qué deben ser altruistas necesariamente, hacemos más aún desde el punto de vista más material, a favor del bienestar y la felicidad de los humanos en el plano físico, que el que podríamos hacer dedicándonos a dis-

tribuir alimentos. No queremos decir que no sea bueno y necesario; que no deba hacerse. Hay que dar atención a las necesidades del momento; pero es mayor servicio corregir las causas del dolor. Estamos haciendo lo que no puede hacer quien solamente hace beneficios del orden puramente físico.

Siempre que se alcanza algo de sabiduría y de conocimientos de esta índole, aquellos que los han obtenido se encuentran libres de otra clase de trabajos para que puedan enseñar. Podéis leer, por ejemplo en las Actas de los Apóstoles, cómo, en la Iglesia Cristiana primitiva, sus miembros tenían comunidad de bienes y cuando se presentaba alguna dificultad en cuanto a la distribución de alimentos, y se solicitaba la intervención de los apóstoles para solucionar esas dificultades, contestaban ellos: “No es cosa razonable abandonar la palabra de Dios para dedicarnos a servir la mesa”. Y les indicaban que eligiesen entre ellos quienes deberían ejecutar esos trabajos y que acataran sus decisiones, pero que no pretendieran que aquellos, cuyo trabajo consistía en difundir la palabra de Dios, se dedicaran al aspecto puramente físico de las cosas. No consideraban que tales cuestiones no merecieran atención, sino que quienes propiamente debían prestársela eran los que podían encargarse de dichas actividades y no de otras de carácter más elevado.

A. B.—Los miembros de la Sociedad Teosófica, tenemos conocimiento que los demás no tienen, por eso la difusión de la Teosofía debe ser nuestra exclusiva actividad. Aquellos miembros que no estén capacitados aún a hacer ese trabajo (ya sea dar conferencias o escribir,

o enseñar en alguna otra forma deberán hacer otra clase de trabajo mientras se preparan a sí mismos. Establecí la Orden de Servicio para aquellos que no pueden enseñar, en forma tal que todo el que ingrese a la Sociedad con nosotros pueda encontrar algo que hacer. Lo único que un miembro de nuestra Sociedad no puede hacer es permanecer ocioso. Todos los miembros deben ser activos en el servicio del Maestro.

C. W. L.—Es difícil comprender cuántas son las personas que están en condiciones de lograr rápidos progresos y a las que solamente les es necesario poner a su alcance estos conocimientos. Creo haber observado esto más bien entre la juventud, porque mi trabajo es generalmente con gente joven. Encuentro en todos los países veintenas de niños y niñas que estarían en condiciones de hacer rápidos progresos en el campo Teosófico, si esta enseñanza fuera puesta a su alcance. Pero no se hace, y ellos, dedicándose a las actividades del mundo, llegan a ser personas magníficas de tipo ordinario. Continúan en esta forma durante veinte o treinta encarnaciones o más, aun cuando están capacitados para estudiar la teosofía y se interesarían mucho en la materia si les fuera presentada adecuadamente. Ciertamente tal estado de cosas arroja seria responsabilidad sobre todos aquellos que poseen este conocimiento. Es, pues, nuestro deber el capacitarnos y estar alerta para esparcir la Teosofía siempre que se presente una oportunidad conveniente. Hay muchas personas que lo mismo podrían dar comienzo ahora a su desarrollo teosófico que después de veinte encarnaciones. Esto es, por supuesto, una cuestión de su karma, pero también es nuestro karma,

darles la oportunidad, presentarles la materia; que la tomen o no es asunto de ellos. Hasta que hayamos hecho todo lo que nos es posible, no podemos saber si está en el karma de los demás el recibir o no esta ayuda.

Si posees el conocimiento, tu deber es ayudar a otros a obtenerlo. Por muy sabio que ya seas, te queda mucho por aprender en este Sendero; a tal grado que aquí también necesitas del discernimiento para elegir cuidadosamente lo que valga la pena de aprender. Todo conocimiento es útil y algún día alcanzarás todo el saber; pero mientras poseas sólo una parte, procura que esta parte sea la más útil. Dios es Sabiduría a la par que Amor; y cuanto mayor sea tu sabiduría tanta mayor parte de El podrás manifestar. Estudia, pues; pero ante todo, estudia aquello que más te capacite para ayudar a otros.

C. W. L.—Aquí el Maestro recomienda el estudio, pero indica al discípulo que escoja aquello que más le sirva para ayudar a los demás. Entiendo por esto que uno debe esforzarse en comprender la Teosofía a fondo y antes que nada, pero que debe adquirir además, el conocimiento y la educación de la época que lo conviertan en un hombre culto. Conozco a muchos miembros de la Sociedad Teosófica que, por diversas razones, son personas sin educación y que se dan cuenta de ello; otros hay también fervientes y devotos que estiman que no hay por qué preocuparse por detalles de

educación, que lo importante es llegar a la realidad de las cosas y presentar las verdades de cualquier modo. Ciertamente: pero el hombre sin educación está muy expuesto a presentar estos conocimientos en una forma tal que el hombre educado y culto los reciba con extrañeza y aun con repulsión. Algunas personas dicen que un hombre intuitivo a quien lleguen estos conocimientos aun cuando mal expuestos, trascenderá la forma y alcanzará su verdad; pero, por desgracia, la mayoría de los hombres no son intuitivos y no tenemos derecho a que nuestra pereza ponga un obstáculo adicional en el camino de alguien que, empleando forma más apropiada, podría ser inducido a tomar interés en esta materia.

Es, pues, nuestro deber, definido y categórico, el hacer nuestra presentación en la forma más perfecta que nos sea posible.

Persevera pacientemente en tus estudios; no con el fin de que los hombres te consideren sabio, y ni aún por la felicidad de ser sabio, sino porque sólo el hombre que sabe, puede ayudar sabiamente. Por grande que sea tu anhelo de prestar ayuda, si eres ignorante, podrías hacer más mal que bien.

A. B.—He aquí un consejo especialmente importante para los miembros jóvenes. Con mucha frecuencia me pongo en contacto con estudiantes, influidos ya por este nuevo espíritu; sienten ansias de ayudar y con frecuencia se inclinan a abandonar sus estudios. “¿Para qué nos sirven estos estudios?”, se dicen. Mi consejo en ta-

les casos es siempre el mismo: “Continúa tus estudios y edúcate. Aunque entre las cosas que estudies haya mucho de superfluo, el entrenamiento de la inteligencia es de gran importancia. Es en eso donde reside la utilidad de tus estudios; te darán una mentalidad lógica y exacta. Si no llevas a cabo esa disciplina mental, en adelante tendrás mucha torpeza en tu trabajo.”

No basta con ser capaz de reconocer las verdades Teosóficas; quien quiera ayudar a los demás a saber, debe contar con el entrenamiento intelectual necesario para presentarlas bien. Se nota inmediatamente si una persona carece de él, por la forma en que presenta un asunto. No hay ninguna parte de mi entrenamiento de la que esté yo más satisfecha de haber llevado a cabo que la parte científica. En primer lugar me ha permitido presentar las cosas en forma lógica y racional, lo que atrae la atención de las personas cultas y educadas; y, en segundo lugar, me suministra muchas ilustraciones que causan impresión en los demás por derivarse de asuntos que pueden comprobarse.

Los miembros de nuestra Sociedad que contamos ya bastantes años, podemos ser, si queremos, de mucha utilidad para los jóvenes, aprovechando la oportunidad de explicarles, en forma amable e inteligente, la importancia de convertirse en lo que en el mundo se llama hombres de educación. En cuanto llegan a nosotros estas grandes verdades, estamos expuestos a sentirnos un poco impacientes con nuestros estudios de menor calidad. Y por esto dice el Maestro a Su joven discípulo, que necesita todavía entrenamiento intelectual que llevar a cabo: “Trabaja con paciencia en tus estudios.”

C. W. L.—La historia nos hace ver con insistencia la sabiduría de este consejo. Muchas buenas personas, con la mejor intención, han disparatado lamentablemente, lesionando su causa en grado mayor que los ataques de adversarios. El trabajo teosófico ha sufrido con mucha frecuencia debido a presentación negligente o defectuosa. No queremos nosotros que la Teosofía reciba ataques a consecuencia de nuestros defectos e ineptitudes personales. Si se nos encomienda una labor en pro de nuestra Sociedad y no podemos proceder en forma adecuada, manos al trabajo y aprendamos a hacerla satisfactoriamente. Si se nos pide leer algo y somos incapaces, aprendamos a hacerlo con propiedad. Si se no estamos en condiciones de hablar en público, contemos con la certeza de que, si estudiamos hasta saber lo suficiente y nos tomamos la molestia de prepararnos, quedaremos en condiciones de ejercer esta actividad. Pero, de cualquier manera que sea, hagamos algo y esforcémonos por hacerlo bien. Es nuestro deber de teósofos el adquirir conocimientos de gramática para lograr una correcta expresión que nos permita exponer estos conocimientos en una forma aceptable entre aquellas personas que deseamos atraernos. Cualquiera verdad, por muy gloriosa que sea, puede quedar eclipsada cuando se expone en forma torpe y embrollada. Nuestro deber es hacer las cosas lo mejor posible. Si queremos presentar estas verdades apropiadamente debemos educarnos.

CAPITULO XI

SE VERAZ EN ABSOLUTO

Deberás distinguir entre la verdad y la falsedad; deberás aprender a ser veraz en todo; en el pensamiento, en la palabra y en la acción.

A. B.—Podríamos quedar sorprendidos, a no ser porque hemos venido siguiendo tanto el pensamiento como las palabras del Maestro al hallar aquí tratado este punto. Seguramente que el discernimiento entre la verdad y la falsedad debería haber sido tratado al principio. El Maestro lo trata con posterioridad, porque es una cosa muy difícil. Debes ser veraz en absoluto, dice y no es cosa fácil lograr esto en pensamiento, palabra y obra. Notaréis que el pensamiento viene en primer lugar y tal es el orden que establece el ocultismo, que coloca primero el pensamiento y después la palabra y la acción. El Señor Budda también establece este orden cuando habla de pensamiento recto, palabra recta y acción recta,

Primeramente en el pensamiento; y esto no es fácil, porque en el mundo hay muchos pensamientos falsos, muchas necias supersticiones, y quien se hallare esclavizado por ellas no podrá progresar.

C. W. L.—Creemos que en Teosofía estamos ya absolutamente liberados de la superstición; pero no estoy completamente seguro de que esto sea así. Existe la posibilidad, me parece, de una superstición teosófica. El que cree una cosa “porque está escrita en la Biblia” es, sin duda, supersticioso hasta ese grado, porque no tiene una sólida base para fundar esa creencia. Y sin embargo tal superstición no dista más que un sólo paso de la que implica el decir: “Así lo dijo la Señora Blavatsky”, o “Así está escrito en la “Doctrina Secreta”. Dista un paso, porque hay mucha mayor razón para admitir que la Señora Blavatsky sabía lo que decía, que San Pedro, por ejemplo, o cualquiera otro de los escritores antiguos; pero la afirmación no llega a ser más nuestra porque sea de la Señora Blavatsky o porque se atribuya a San Jaime o a San Pedro. Nos es preciso entender esa verdad; hacerla parte de nosotros mismos, compenetrarnos con ella y hacer que ella nos compenetre. Mientras no pasemos de leer las cosas y repetirlas como lo haría un loro, no pasaremos de la superstición. Aun la creencia en una cosa verdadera no pasaría de la superstición, si no contamos con otra base que la de que está escrita en alguna parte. Cuando algo llega a ser parte de nuestro sistema mental, ya podemos decir: “Es una parte de mí mismo y es mía; sé por qué creo ésto por tanto

mi creencia es creencia inteligente y no mera superstición.” Me temo que, en muchos casos, hay creencias que no son inteligentes, aun cuando las cosas creídas sean plenamente verdaderas.

A. B.—Es tan difícil para algunas personas liberarse de la superstición, cuya naturaleza consiste en tomar lo no esencial por lo esencial, que de nadie se pretende que lo consiga sino hasta después de la Primera Iniciación. Esto pone de manifiesto que se trata de una cosa sutil y profunda, que radica en la propia naturaleza humana. Nadie que esté esclavizado por la superstición —dice el Maestro— puede progresar. Esta aserción podría parecer desalentadora, pero hay que notar bien la palabra esclavizado. No dice el Maestro que nadie que sea supersticioso en cierto grado podrá hacer progresos, sino que no los puede lograr aquel que esté esclavizado por la superstición. La superstición tiene gran poder para impedir el progreso de los hombres. ¡Cuántas personas conocemos que son buenas, piadosas, caritativas, que llevan una vida buena y fervorosa; pero que son supersticiosos! Estiman que sus creencias, sus fórmulas, sus maneras de hacer las cosas, tienen importancia, siendo lo cierto que todo eso carece de significación.

Tomemos por ejemplo la práctica de la ceremonia que tiene por finalidad el ayudar a los muertos. La Iglesia Católica celebra la Misa de difuntos; los hindúes celebran las ceremonias Shraddha con igual propósito. Ambas están inspiradas en el deseo de auxiliar a los fallecidos, y ambas consiguen su propósito, aun cuando en forma sumamente diferente. Sin embargo, tanto el hindú como el católico, al aferrarse a esas

formas serían supersticiosos. La buena voluntad y el fervor que pongan en ellas, el amor que logren hacer fluir sobre los desaparecidos, son las cosas reales y las que producen los resultados. El buen deseo es muy importante; aunque el carácter específico de la ceremonia externa no lo es, pues la vestidura en que se envuelve el deseo es local y carente de importancia. Esa forma externa depende del lugar de nuestro nacimiento, pues nosotros nacemos en una religión de la misma manera que nacemos en una raza o país. De todas las creencias supersticiosas en ritos y en ceremonias, en la eficacia de las meras formas externas, debemos liberarnos. Durante mucho tiempo esa creencia tuvo mucha importancia; fué una cosa muy buena, ya que la ceremonia es la única manera de impulsarnos a salir de nuestra indolencia y de nuestra indiferencia. Todas esas cosas externas son muletas; muy buenas para los que no pueden caminar sin ellas; pero una vez que ya podamos andar sin su ayuda, debemos alejarlas de nosotros.

Por consiguiente, no debes abrigar una creencia simplemente porque mucha gente piense así, ni porque haya existido por siglos, ni porque esté escrita en cualquier libro que los hombres tengan por sagrado; deberás pensar por ti mismo y juzgar por ti mismo si la creencia es razonable.

C. W. L.—Estas son las palabras del Maestro Kuthumí. Estas mismas fueron las del Señor Gautama Budda, hace dos mil quinientos años, cuando le hicieron esta

pregunta: "Tantos son los maestros, y las doctrinas que nos enseñan y todas ellas parecen buenas; ¿cómo podremos saber cuál es la mejor; cómo podremos escoger entre todas?" Su respuesta a esta pregunta se encuentra en el Kalama Sutta de el *Anguttara Nikaya*:

"El señor Budda ha dicho que no se debe creer una cosa por el hecho de que haya sido dicha; ni en tradiciones, porque nos hayan sido transmitidas por la antigüedad; ni en simples rumores; ni en los escritos de los sabios, porque fueron sabios los que los escribieron; ni en fantasías que podamos sospechar que nos han sido inspiradas por algún ángel (o sea en la presunta inspiración espiritual); ni por lo que podamos inferir de alguna suposición sin fundamento; ni en lo que pueda parecernos una necesidad analógica; ni en la simple autoridad de nuestros profesores o maestros. Debemos creer cuando el escrito, doctrina o afirmación queda corroborado por nuestra propia razón y conciencia." "Por ello —concluye El diciendo— yo os enseño: no creáis simplemente porque habéis oído, sino cuando la creencia sea de vuestra propia conciencia y entonces obrad de acuerdo y en abundancia."¹

Uno de los ejercicios que los Maestros ponen a Sus discípulos es que determinen qué es lo que realmente saben y qué es lo que solamente creen. Es una magnífica práctica determinar qué parte de nuestra estructura mental podemos considerar como realmente perteneciente a nosotros, qué parte es ya nuestra, por haberla entendido y asentido con ella y qué parte la hemos aceptado sim-

¹ Véase A Buddhist Catechism, por H. S. Olcott. Pregunta 131.

plemente porque nos ha sido dicha por los demás, sin siquiera haber pensado en ella. En todos los casos, un hombre nace en una religión, en la misma forma en que nace en un país. Lo mismo acontece con una gran cantidad de costumbres. Por ejemplo, cuando salimos a cenar usamos determinada forma de vestido. Tal es la costumbre y no hay para qué contrariarla en cosas que no tienen importancia, en cosas que no son un problema acerca de lo correcto o incorrecto.

A. B.—Es un ejercicio muy útil examinar el contenido de la mente de vez en cuando y observar, primero, cuántas cosas creemos simplemente porque los demás las creen; segundo, cuántas cosas creemos simplemente porque son creencias antiguas; tercero, cuántas cosas creemos porque están escritas en los libros sagrados. Y cuando hayamos desechado todas las creencias de estas tres clases, notemos cuántas son las creencias que quedan y esto nos hará ver cuáles son las bases reales que tenemos para establecer nuestras creencias. Es una ventaja practicar —como lo hice— el Libre Pensamiento. Sólo aquel que haya tenido tal experiencia comprenderá —creo yo— lo que significa el desechar sus propias creencias religiosas, cuando éstas han sido sinceras; sólo aquél podrá saber lo que significa el derrumbe total de lo que uno consideraba como fundamento de sus opiniones. Casi estuve a la muerte; sufrí físicamente durante varias semanas. Pero una vez que se ha pasado por esto, no es ya necesario volver a experimentarlo. Y se debió a que, cuando me puse en contacto con la Teosofía, aun cuando estaba segura de su enseñanza con

perfecta convicción interna, la sometí a una prueba mental al ir la recibiendo.

Recuerda que aunque mil personas estén de acuerdo sobre un asunto, si nada saben acerca de tal asunto, su opinión carece de valor.

C. W. L.—Esto es muy difícil de comprender para el mundo moderno. Parece ser que en la actualidad se estima que es suficiente acumular ignorancia para obtener de ella conocimiento. El ignorante debe contar con quien sepa dirigirlo.

A. B.—En cierto sentido la cantidad de libros que hoy se publican es una desventaja. Estimula la lectura sin pensar, lo que ocasiona la volubilidad y superficialidad del pensamiento. Por eso recomiendo siempre a los demás que lean un poco y que reproduzcan después lo que han leído, no de memoria, sino la idea del asunto que han logrado obtener. Solamente es nuestro aquello que hemos realmente pensado y sólo pensando y entendiendo lo que hemos leído u oído podemos hacerlo nuestro. De otro modo, mientras más leamos, más supersticiosos nos haremos. Seguiremos añadiendo más creencias a aquellas que ya teníamos, sin fundamento sólido.

En una ocasión ocupé a un hombre que llevaba muy mal las cuentas. Siempre que revolvía sus apuntes comenzaba un libro nuevo y suponía que en tal forma pondría de nuevo las cosas en orden. Lo mismo pasa en la actualidad: se desea siempre algo nuevo, porque el hombre no obtiene ninguna satisfacción real con la in-

formación que adquiere. Aquellos miembros de nuestra Sociedad que sin más ni más citan los libros de Monseñor Leadbeater y los míos, son también supersticiosos. Por muy auténticas que sean las afirmaciones que citan, no son verdaderas *a ellos*; pues si realmente las hubieran captado no les sería necesario apoyarlas en nuestra autoridad. Si en algún caso citan nuestras palabras, deben citarlas solamente como opiniones y nunca tratar de imponerlas a los demás. Solamente hay una autoridad: la sabiduría.

Quien desee hollar el Sendero, deberá aprender a pensar por sí mismo, pues la superstición es uno de los mayores males del mundo; uno de los grilletes de los cuales deberás librarte por completo.

C. W. L.—Que la superstición es perniciosa y sutil queda evidenciado por el hecho de que es la tercera de las ligaduras de que el hombre debe despojarse en el Sendero, después de la primera Iniciación. Su nombre en pali es *silabbataparamasa*, “la creencia en la eficacia de las ceremonias o ritos de cualquier clase”.

Tu pensamiento respecto de los demás debe ser verdadero; no pienses de ellos lo que no te conste.

C. W. L.—Si creemos de los demás lo que solamente de ellos suponemos, nuestro pensamiento probablemente no pasa de simple especulación. En realidad muy

poco es lo que sabemos de aquellos que están en contacto con nosotros, y mucho menos aún de aquellos que tratamos eventualmente; y sin embargo hay una constante e inútil charlatanería sobre lo que hacen y dicen y suponen los demás, la mayor parte de lo cual, felizmente, es por completo falso.

A. B.—Las opiniones sobre los demás son falsas por regla general. Sólo podemos pensar con verdad sobre los demás cuando efectivamente los conozcamos, cuando podamos ver sus pensamientos y entenderlos. Este conocimiento está fuera del alcance de la generalidad y, sin embargo, todos tienen opiniones definidas sobre los demás; constantemente los juzgan y piensan de ellos sin benevolencia.

Un poco más adelante dice el Maestro: “Nunca atribuyas motivos a nadie”. Es éste un consejo de enorme importancia; de tanta importancia que si el mundo lo siguiera cesaría por lo menos la mitad de las molestias que existen. Si una persona hace algo que no entendemos, dejemos las cosas así; no inventemos posibles motivos. Una persona hace algo por razones que nosotros desconocemos; pero siempre suponemos un motivo posible, generalmente un motivo reprochable y nos aferramos a él inmediatamente y luego le censuramos por lo que hemos pensado y hecho nosotros. Atribuyendo motivos, acrecentamos las malas fuerzas que posiblemente actúan en la mente de la persona criticada, o las proporcionamos si no existían ya. El Cristo dijo: “no hagáis resistencia al mal”; caso, aquél, donde debemos aplicar este consejo; no nos incumbe buscar el mal en

la mente de los demás para combatirlo; no hagamos caso de él y morirá.

Ni supongas que ellos te tienen de continuo en su mente.

C. W. L. — Esto sucede perpetuamente; siempre que alguna persona dice o hace algo, interpretamos que se refiere a nosotros. Como quiera que estamos siempre pensando en nosotros mismos, nos imaginamos que los demás deben pensar también en nosotros; pero si estamos siempre pensando en nosotros mismos, lo más razonable es suponer que los demás están también pensando en *sí mismos*; no en nosotros. Los demás se hacen el centro de su círculo, alrededor del cual giran todos sus pensamientos y emociones, y piensan de todo según les afecte. Constantemente están girando en su círculo y debido a eso creen que todo el mundo debe también girar a su derredor. Pero no es así. Cada quien está encerrado en su propio círculo, igualmente vicioso, por supuesto. Probablemente las nueve décimas partes de los casos en los cuales el hombre se siente ofendido, tienen su origen en esta condición.

Si una persona hiciere alguna cosa que tú creyeras pueda causarte daño; o dijere algo que tú creas que se refiera a ti, no pienses en seguida: "Este quiere ofenderme". Muy probable es que ni siquiera haya pensado en ti, porque cada alma tiene sus propias dificultades y sus pensamientos giran principalmente en tor-

no de sí misma. Si alguna persona te hablare coléricamente, no pienses: "Me odia, trata de perjudicarme". Probable es que cualquiera otra persona o cosa le haya puesto iracundo y por haberte encontrado descargue sobre ti su cólera. El está actuando estultamente, porque la ira es tontería, mas no por eso te es lícito pensar erróneamente de él.

C. W. L. — Esto no es más que simple sentido común; pero ¡cuán pocos son los que lo practican! Cuando fui sacerdote de la Iglesia de Inglaterra, prediqué en cierta ocasión con respecto a cierta prueba o tentación que me suponía podría presentarse a los labriegos y campesinos que formaban mi congregación. Les expliqué cómo un hombre podría tropezar con determinada clase de dificultades. Luego que terminó el servicio penetré en la sacristía un campesino pálido de ira y me increpó por haber pronunciado un sermón dirigido intencionalmente a él. Estaba, por supuesto, completamente fuera de la verdad. Nunca lo supuse culpable de esa falta particular; pero, seguramente que con mis palabras le había tocado la herida. Tengo la seguridad de que aún ahora ese hombre está en la creencia de que quise aludir a su falta y de que prediqué en contra suya.

En el ajetreo de la vida que llevamos, es inevitable encontrarse con algunas fricciones que es necesario no tomar en serio ni considerarlas de gran importancia. Cuando caminamos por una de las calles de una ciudad populosa, miles de personas, cada una de ellas engolfada en sus propios asuntos, camina a nuestro lado y

cada quien se esfuerza por abrirse camino, sin pensar para nada en los demás. Es inevitable que unos a otros se den codazos y empujones; pero nadie tomaría esto como un insulto. Tal cosa parecería ridícula. Lo mismo sucede en el orden mental y emocional. En las grandes multitudes es inevitable que se presenten choques y fricciones emocionales y mentales. Debemos considerarlos en la misma forma que lo hacemos cuando se trata de empujones físicos, reconociendo que el hombre que ocasionalmente nos causó determinada fricción mental, sólo pensaba en sus asuntos y para nada se acordaba de nosotros. No debemos considerar esas pequeñas fricciones como cosas serias, de la misma manera que no damos importancia a los empujones y codazos que recibimos en la calle. Pero al mismo tiempo que debemos conservar esa actitud con relación a la forma en que los demás viven absortos en sus propios asuntos, debemos estar pendientes de no dejarnos atrapar por los nuestros, al punto de olvidar esas pequeñas cortesías que en tan gran parte suavizan la vida.

El teósofo debe distinguirse del resto de los humanos por su cortesía, su calma y su alegría inalterables. Sed amables; sed pacientes; siempre queda tiempo para ser amigable y atento por mucha que sea la prisa que se tenga. No debemos dejarnos llevar por las oleadas de irascibilidad resultantes del esfuerzo nervioso tan frecuente en estos tiempos y en estas poblaciones congestionadas por la multitud.

A. B.—La sugestión que hace aquí el Maestro es muy sabia. No supongas que los demás están siempre pensando en ti, porque tú estás siempre pensando en ti.

Los demás piensan en ellos mismos, no en ti; están siempre preocupados con sus asuntos; no con los tuyos. Contribuiría mucho a la felicidad de una nación el que la gente comprendiera esta idea y la pusiera en práctica. Cuando alguien te causa una molestia en este ajetreo y trajín de la vida, no creas que trata de injuriarte o que tiene mala intención contra ti. A menos que estés seguro de que una persona quiere causarte daño, es mucho mejor creer lo contrario.

Supongamos que alguien te habla con ira. Si tienes presente que no debes atribuirle motivos erróneos, ni dejarte también llevar de la ira, harás muy grandes progresos en el control de ti mismo. Generalmente la gente recuerda esto después. El que tiene dominio de sí mismo no *da muestras* de su irritación; pero aquel que se controla ya *perfectamente*, ni la siente siquiera. Aun cuando la persona que te hable con ira esté cometiendo una falta, no es esto más que una debilidad de su parte y quien quiera ser ocultista, debe recordar que hay que ser caritativo con las faltas de los demás. Debemos recordar también que aquel que habla con ira o contesta iracundo o impaciente está con mucha frecuencia bajo la tensión que le produce alguna molestia o ansiedad y no está en condiciones de refrenarse para no demostrarlas; sufre de los nervios y por eso es que procede en tal forma.

En verdad que obra torpemente, como dice el Maestro. Pero debemos ser consecuentes. La mayor parte de las pequeñas dificultades de la gente tienen este origen. Un esfuerzo excesivo ocasiona que una persona se sienta ofendida por cualquier cosa. Piensa cuántas dificulta-

des hay en el mundo: una serie de penas de todas clases que constantemente hacen presión sobre la gente y la llenan de inquietud. Nosotros, por supuesto, no conocemos las dificultades de los demás, pues no hay persona sensata que vaya pregonando sus dificultades. La dignidad lo impide. Pero si recordamos que esas dificultades existen y si nos mostramos indulgentes alcanzaremos esa perfecta paz que es una de las metas de la enseñanza del Maestro.

Cuando llegues a ser discípulo del Maestro podrás siempre verificar la exactitud de tu pensamiento comparándolo con el Suyo. Porque el discípulo es uno con su Maestro, y es suficiente con que eleve su pensamiento hasta el pensamiento del Maestro, para percibir inmediatamente si concuerda con él. Si no está de acuerdo, tal pensamiento no es correcto y lo cambiará instantáneamente, porque el pensamiento del Maestro es perfecto, pues El lo sabe todo.

A. B.—Un discípulo aceptado puede en toda ocasión poner a prueba su pensamiento colocándolo junto al del Maestro. Si advierte alguna discrepancia, comprenderá que su pensamiento está equivocado. Para usar una analogía física, diremos que es como una nota musical falsa. El discípulo no necesita llamar la atención del Maestro: simplemente pone su pensamiento junto al del Maestro y, si hay falta de armonía, se despoja al punto de él y trabaja inmediatamente por po-

nerlo a tono con el de su Maestro. No arguye una sola palabra; no trata de ver si su pensamiento puede ser correcto, porque si hay alguna falta se hace notoria inmediatamente. Los que no son discípulos aceptados no pueden hacerlo, y así se presentan dificultades a muchos aspirantes. Al unificarse la conciencia del discípulo con la del Maestro, no aceptará ya este último a nadie contra cuyos pensamientos tenga que formar una pared que los aísle.

C. W. L.—Se dice que el discípulo es uno con el Maestro. Esto es cierto en un sentido que sólo el Maestro puede conocer perfectamente. El discípulo también lo sabe, pero con menos perfección. Los que no han logrado alcanzar tal relación no pueden comprender lo intenso de esa unidad. El discípulo se vuelve una sección exterior del pensamiento del Maestro, pertenece a El en una forma semejante a aquella en que la personalidad pertenece al ego. El ego hace descender una pequeña parte de sí mismo (esto no es del todo correcto, pero sí un poco más exacto de lo que sería la idea de la reflexión) a las condiciones de los planos inferiores en los que aun los mejores cuerpos astral, mental y físico solamente pueden dar una imperfecta expresión del mismo. Esto debe reconfortarnos cuando nos sentimos deprimidos por nuestras debilidades, aquí abajo. Debemos decirnos: "De cualquier manera el ego sabe más; por tanto no debo desesperarme. Me es suficiente con hacer descender más de mí mismo a esta manifestación inferior para que mi personalidad sea una expresión más pura de lo que soy realmente allá arriba y así mis defectos disminuirán."

En una forma semejante, el discípulo no solamente representa al Maestro: es el Maestro en un sentido muy real; pero es el Maestro sometido a tremendas limitaciones; las limitaciones no sólo de los planos inferiores, sino también de la personalidad del discípulo que de ninguna manera ha sido trascendida perfectamente. Si el ego del discípulo ha obtenido un dominio perfecto sobre sus vehículos inferiores, de tal manera que no sean sino reflexiones o expresiones de lo superior, estará en condiciones de expresar al Maestro mucho más perfectamente que ahora, pero aun entonces habrá una limitación que podríamos llamar la de su *tamaño*, porque el discípulo es un ego menor que el Maestro a quien sigue, y por tanto solamente puede ser una incompleta representación Suya. Más aún: sean cuales fueren los pensamientos del discípulo, éstos son los que están también en los cuerpos astral y mental del Maestro. Es en parte por tales razones por lo que un discípulo tiene que ser sometido a un periodo de prueba, durante el cual la imagen viviente del discípulo está constantemente ante los ojos del Maestro. El Maestro quiere saber exactamente cuáles son los pensamientos y sentimientos de Su discípulo a prueba, pues de otra manera podría verse El incesantemente obstruccionado en Sus cuerpos astral y mental por pensamientos y emociones que no estuvieren en armonía con el trabajo que El está haciendo constantemente. Sólo después de que El ha visto durante algún tiempo considerable que los pensamientos y las emociones que no armonizan son raros en el discípulo, es cuando Lo acepta y Lo hace parte de Sí Mismo.

Aun entonces el Maestro se reserva el derecho de interponer un velo entre Su conciencia y la de Su discípulo. Es el más ferviente deseo de este último no ser así excluido; pero somos aún falibles en el plano físico y puede suceder que tengamos algún pensamiento o sentimiento indebidos. El Maestro no quiere tal cosa y aparta de Sí estos pensamientos. Hay, ciertamente, un período ulterior durante el cual el Maestro renuncia aún al poder de proceder en tal forma: cuando acepta al discípulo como Su "hijo", pero esto sólo acontece cuando está ya El completamente seguro de que nada habrá que sea necesario excluir.

Como resultado de esta íntima asociación con la conciencia de Su Maestro, el discípulo es capaz de poner su conciencia al lado de la del Maestro. No es necesario llamar Su atención; el discípulo no trata de conocer Su opinión sobre algún asunto. Simplemente sigue esa línea de unidad para descubrir cuál es la idea que hay en la mente del Maestro, con relación a ese asunto determinado. "¿Cómo —preguntaréis— puede hacer esto el discípulo?" Hay varias formas según el grado de unidad que se ha podido alcanzar. Puede el discípulo formar una imagen viviente de su Maestro; puede elevarse hasta esa imagen con toda su fuerza y luego poner su pensamiento para ver si hay la menor desarmonía o discordancia, y si la hay, cambiar inmediatamente su propio pensamiento.

Hay una gran diferencia entre el punto de vista oculto y el punto de vista del mundo. En el mundo, cuando existe una diferencia de opinión entre nosotros y otra persona, comenzamos en seguida a argumentar a favor

de nuestra opinión y tratamos de sostenerla. En ocultismo nunca discutimos; sabemos que quien está en un nivel más alto sabe más que nosotros y nos limitamos a aceptar sus puntos de vista. Ni por un momento se nos ocurriría sostener nuestra opinión contra la del Maestro, pues sabemos (no es cuestión de opinión, sino de verdadero conocimiento) que El tiene acceso a toda clase de fuentes de información y que nosotros no; por tanto El sabe lo que dice. Su opinión está basada en un conocimiento mucho mayor que el nuestro. Con posterioridad podemos buscar las razones de tal opinión (lo que es ya otra cosa); pero por de pronto no nos oponemos a ella ni debemos pensar en hacerlo. Cuando el discípulo pone su pensamiento junto al del Maestro, no discute. Cuando tenemos un instrumento fuera de tono, no discutimos que probablemente tenga uno mejor: lo afinamos.

En el mundo oculto jamás criticamos; damos por concedido que cualquiera que esté trabajando por la Jerarquía está haciendo lo más que puede; y si es así, a Su Maestro es a quien toca juzgarlo; no a nosotros. Por supuesto que si en alguna ocasión advertimos alguna falta en cualquier sentido, nos queda el derecho de hacer una pequeña sugestión en la forma más delicada posible: "Si hicieras tal cosa en esta o en esta otra forma, ¿no crees que sería algo mejor? Censurar sin ninguna consideración a los demás, criticando sus faltas sin tomar en cuenta las dificultades que puedan tener, y de las cuales nada sabemos, es proceder ajeno del todo a las actividades del ocultista y de aquellos que

aspiran a llegar a serlo. Nunca procedemos así porque siempre lo consideramos indebido.

Los que tienen verdaderos deseos de hollar el Sendero, deberían seguir la costumbre de los discípulos del Maestro, en lo que a esto concierne. Nunca criticamos el trabajo de los demás; la mayoría hace lo que puede desde su punto de vista. Es posible que nosotros nos hallemos en un punto de vista más elevado; pero como quiera que sea, los demás sólo pueden trabajar de acuerdo con sus propias luces; no de acuerdo con las nuestras. Cuando a alguien se le confíe un trabajo en nuestra Sociedad, hay que darle su oportunidad: si no lo hace satisfactoriamente, habrá que elegir a otro para su desempeño; pero mientras tanto no debemos ponerle ningún obstáculo. Debe tener su oportunidad para mostrar de qué es capaz; para que actúe según las ideas que tiene en su mente. Es muy impropio estarse entrometiendo con los demás.

Mucho peor aún es el criticar sistemáticamente; estar pendientes siempre de cualquier falta o deficiencia. No es la manera de proceder del ocultista. Con frecuencia oímos decir: "yo no puedo dejar de criticar; está en mi naturaleza". Si tal es vuestra naturaleza es una muy mala naturaleza y lo mejor será esforzarse por trascenderla.

Cuando decimos que una cosa es natural, humana, queremos decir que es la forma de proceder de la generalidad de los humanos; pero si un hombre se propone realmente dominar sus pasiones, está tratando de ser algo mejor que la generalidad. Estamos aquí para cambiar nuestra naturaleza. Lo que no implica

orgullo; el aspirante está tratando de elevarse por sobre el nivel del hombre de tipo medio, a fin de trascenderlo, lo cual no podrá ser si sigue colocado en ese nivel medio o más abajo aún. Todo aquel que desee lograr ese progreso debe desarraigar de sí el hábito de la crítica.

En ciertas ocasiones quisiéramos decir a los demás: "Quitate del camino de tu yo superior y déjale una oportunidad de hacer lo que pueda. Tu personalidad inferior está impidiendo al yo superior que haga fácilmente lo que desearía hacer". Nadie debería nunca decir: "No puedo". Quien asume esa actitud juzga ya mal y se condena al fracaso anticipadamente. Por el contrario, hay que crear la forma de pensamiento: "Puedo hacer tal cosa y la haré", y cuando digamos esto llevamos hecha la mitad del trabajo. Con mucha frecuencia fracasamos en nuestros esfuerzos; es muy natural. Al seguir esforzándonos de continuo, estamos acumulando fuerza lo que necesariamente nos llevará al éxito. No debemos aceptar al tener un fracaso que lo hemos perdido todo, pues la fuerza que hemos obtenido, aun cuando no sea suficiente para un éxito inmediato, es, sin embargo, una ganancia substancial, y si seguimos aumentando esa ganancia más y más, llegará el tiempo en que el éxito coronará nuestros esfuerzos.

Hay entre estas dos actitudes todo un océano: sentarse y dejarse llevar por la desesperación y ponerse en pie y hacer alguna cosa. Se ha dicho que el mundo está dividido en dos clases de seres: los que se ponen de pie y hacen algo y los que permanecen sentados

diciendo: "¿Por qué no estarán las cosas de otra manera?" Debemos estar con los primeros y nunca hacer lo que los otros, que jamás dan un paso por sí mismos.

Aquellos que todavía no han sido aceptados por El, no pueden hacerlo así por completo; pero mucho podrán ayudarse deteniéndose a menudo y proponiéndose la pregunta: "Acercado de esto, ¿qué pensaría el Maestro?" "En esta circunstancia ¿qué haría o qué diría el Maestro?" Porque jamás deberás hacer, decir o pensar, aquello que no puedas imaginar que el Maestro haga, diga o piense. Debes igualmente ser verídico en la conversación, preciso y sin exageración.

C. W. L.—Si pudiésemos conservar esto en la mente de una manera constante: nunca pensar o decir o hacer lo que el Maestro no pensaría, ni diría, ni haría; nunca nos sería necesario hacer correcciones en nuestra vida. Podríamos quizá equivocarnos en nuestra apreciación de lo que El pudiera pensar, o decir, o hacer; pero en lo general nuestra vida sería de maravillosa pureza y nos acercariamos a El. Seguramente que habrá quien diga: "Si yo me detuviera a pensar en esa forma, nunca podría decir nada". El mundo no sería más pobre por ello, ya que la mayoría de lo que se dice no tiene ninguna utilidad. Si el hombre se detuviera antes de hablar para pensar seriamente: "¿Diría el Maestro lo que voy a decir?", seguramen-

te que hablaría muchísimo menos. Este proceso de buscar armonía entre nuestros pensamientos y los del Maestro, es lento al principio; pero se va convirtiendo en un hábito y llega a ser tan rápido como un relámpago.

El pensamiento se mueve con la rapidez de la luz —posiblemente más aún— y si, como nos dice la física, la luz camina 300,000 kilómetros por segundo, para llegar con nuestros pensamientos a Inglaterra que dista 20,000 kilómetros desde la India² sería sólo necesario el lapso de un relámpago de luz. La velocidad del pensamiento es un problema de la física oculta que está aún entre brumas. Constantemente estamos tratando de conocer nuevos hechos en el mundo oculto y haciendo tentativas de experimentación, muy en semejanza con lo que hicieron los antiguos alquimistas de cuyos esfuerzos emergieron los principios de la química, que ha ido evolucionando hasta constituir una gran ciencia que abarca millares de hechos. Estimo que de esa incipiente experimentación de unos cuantos, habrá de surgir, al correr de los años, un gran desarrollo de la ciencia oculta en general que será de gran importancia para el mundo.

Por lo general nuestros pensamientos no tienen la velocidad que les corresponde, porque no nos hemos ejercitado en usarlos con la debida proporción, separadamente de la palabra y de la acción. Uno de los frutos de la meditación es el entrenamiento que obte-

² El original está editado en Adyar, India. Desde México a Londres hay 8,000 kms. en arco de círculo máximo. (N. del T.).

nemos para usar nuestro pensamiento separadamente de la palabra y de la acción. El éxito en este sentido nos permite obtener resultados realmente maravillosos. La doctora Besant ha hecho estudios sobre este particular. La he oído decir que cuando habla ante el público, al estar pronunciando una frase, la que debe seguir se presenta en su mente en tres o cuatro formas diferentes y ella, de modo deliberado, selecciona la que juzga más efectiva, mientras está aún pronunciando la frase previa. Muy pocos pueden hacer esto, que es el resultado de usar el pensamiento de manera completamente aparte de la acción y con una velocidad muy difícil de calcular, pero que muestra lo que se puede hacer. Es muy conveniente esforzarse en usar el pensamiento como pensamiento. El discípulo que ponga en práctica este principio de pensar antes de hablar o actuar, encontrará que le proporciona no solamente el fruto de poner su vida en armonía con la de su Maestro, sino también un valioso entrenamiento en el arte de pensar con rapidez.

Nunca atribuyas motivos a otro; sólo su Maestro conoce sus pensamientos y puede suceder que obre por razones que jamás hayan pasado por tu mente.

C. W. L.—Todo ser humano es un enigma aun para aquellos mismos que lo estiman y lo tratan en la intimidad, y si en alguna ocasión —después de mucho tiempo— llega alguien a penetrar en las razones que determinan su proceder en tal o cual sentido, se queda

sorprendido de que tales cosas hayan sido la fuerza predominante en su manera de ser. Mucho más probable es en la India que en ninguna otra parte, ya que la mente indú difiere mucho de la nuestra en infinidad de cosas y la mayoría de nuestros hermanos indúes actúan inducidos por ideas que nunca tenemos los ingleses. Sus mentes son muchísimo más sutiles y sus actividades son el resultado de tradiciones completamente ajenas a nuestra mentalidad. De aquí que si no es sensato atribuir motivos a nadie por lo que hace o dice, tratándose de individuos de nuestra propia raza, es mucho más torpe cuando se trata de personas de país extranjero, pertenecientes a una civilización distinta. La propensión a atribuir motivos es la causante de una dolorosa falta de comprensión y debemos desarraigarla. No nos incumbe el por qué fué hecha tal o cual cosa. No debemos inquietarnos por eso.

Si oyes palabras de descrédito para alguien, no las repitas; podría no ser cierto y, aunque lo fuese, es más caritativo callar.

A. B.—Si oyes un chisme contra otra persona y lo trasmites a un tercero, desobedeces la orden directa del Maestro, que te ha sido dada a ti y dirigida a ti personalmente. Es cosa fácil contener la lengua; puede ser difícil controlar el pensamiento; pero de seguro que podrás dominar el cuerpo. La historia que cuentas puede no tener importancia; pero si es falsa y la repites, estás diciendo mentiras y esto es de gran importancia para aquellos que hacen esfuerzos para

prepararse para la Iniciación. Puede parecer duro el hablar de mentiras, quizá, pero así es realmente y nosotros debemos enfrentarnos a los hechos.

Salta a la vista que no podemos gastar nuestro tiempo en averiguar si tales historias son o no ciertas y por eso lo único razonable es no repetirlas. Haciendo a un lado el mal que nos causamos a nosotros mismos y a nuestros propósitos y aun suponiendo que nos conste que esa historia es cierta, lo más correcto es callarla. ¿Qué razón tenemos para dañar a nadie? ¿Para qué lesionar la reputación de otra persona?

Por supuesto, si ha llegado a nuestro conocimiento que un ratero o un estafador está tratando de sorprender a alguien que nada sospecha, es nuestro deber denunciarlo, o por lo menos, prevenir a las personas que están en peligro de ser sus víctimas; pero esto es completamente diferente a dar pábulo a la murmuración y a la maledicencia. No obstante, es un deber que tenemos que ejercitar con la mayor precaución y cuidado y sin incurrir en lo más mínimo en sentimientos de indignación y mala voluntad.

Reflexiona bien antes de hablar; para que no digas inexactitudes.

C. W. L.—Esto se ha venido predicando durante muchos años, y sin embargo, todo el mundo sigue hablando con inexactitud. Generalmente se habla en forma exagerada. De algo distante cien metros decimos que está a muchos kilómetros. Si cierto día hace un poco más calor que por lo general, decimos que hace

un calor abrasador. Nuestro dominio de la lengua es pobre si no podemos encontrar palabras para expresar las diferentes gradaciones de nuestro pensamiento. Es esto una falta de precisión y de educación a la vez, y estimo que no debemos pasar por alto esta falta. No en vano seguramente se atribuye al Cristo haber dicho que por cada palabra ociosa tenemos que dar cuenta en el día del juicio.

Sé sincero en la acción; nunca pretendas aparecer diferente de como realmente eres, porque toda simulación es un obstáculo para la luz pura de la verdad, que debería resplandecer a través de ti como la luz solar refulge a través de un límpido cristal.

A. B.—Muy difícil es poner en práctica la verdad en la acción. Esto significa no hacer nunca nada, ante los demás con el propósito de merecer de ellos una alta opinión sobre nosotros y nunca hacer, cuando estamos solos, cosas que nos avergonzaría el hacer ante los demás; significa ser siempre perfectamente honestos. Que los demás nos vean tales como somos, sin pretender nosotros aparecer como algo más. La mayoría de los hombres tienen un cierto ideal y desearían ser juzgados por los demás de acuerdo con él; en consecuencia hay una porción de pequeñeces que hacemos cuando estamos a solas y que no nos permitiríamos hacer en presencia de los demás, porque esas cosas no corresponden a la opinión que de ellos deseamos merecer.

Cuando os sintáis inclinados a hacer algo porque alguien esté presente, reprimíos: si lo que váis a hacer es correcto, no toméis en cuenta la opinión ajena; si no es correcto, no lo hagáis. Este sentimiento lo conozco muy bien porque lo he experimentado. Con frecuencia sentía que debía conducirme ante los demás en la forma que era de esperarse de una autora y conferencista, etcétera. Hace algún tiempo este sentimiento me asaltaba en cosas completamente sin importancia. Por ejemplo, al caminar en una embarcación, donde nunca me encontraba bien, tomé la costumbre de practicar algunos pasatiempos completamente inofensivos con los viajeros a bordo. Un día me molestó la idea de que los pasajeros podrían juzgar mal el que yo, de quien sabían que era ocultista, perdiera el tiempo un día domingo, con juegos de esa clase; temía su opinión desfavorable. Y entonces pensé: "si la cosa no es correcta hay que dejar de hacerla; si es correcta, la opinión de los demás no altera las cosas". La señora Blavatsky era notable en este particular. Siempre hacía lo que le parecía bien y no se ocupaba en lo más mínimo de lo que los demás pensarán sobre ella. Si los demás estimaban que su conducta no era la que debía esperarse de un ocultista, ¿qué importaba todo ello? La verdad era que los demás no sabían nada de estas cosas.

El ocultista nunca asume una actitud grave y solemne, ni trata de impresionar con su magnificencia, aun cuando tal es la creencia que muchos tienen de él. La creencia del público sobre este punto es completamente falsa. El ocultista se conduce con suprema natu-

ralidad. Creo que una de las razones por la que es conveniente llevar una vida verdaderamente perfecta y franca, es porque esa vida puede servir en grado pequeño a preparar el camino para el gran Maestro que está próximo y puede allanar un poco su camino. Pues los grandes seres no son siempre como el mundo los concibe. No se amoldan a lo que el mundo les prepara, sino que vienen a reformar al mundo; generalmente a cambiar en forma radical el estado de cosas existente y aun cuando son muy considerados con los sentimientos humanos, no lo son tanto con los prejuicios. Nosotros, por medio de una vida franca y abierta, podemos contribuir a preparar las mentes de los hombres, en forma tal que cuando llegue el advenimiento del señor Maitreya, hayan ya suavizado en algo sus prejuicios y no haya motivo para que sufran tanto como tendría que sufrir de otra manera. Llevemos, pues, una vida perfectamente abierta, cuidando siempre de no caer por debajo de nuestro ideal. No debemos caer en el engaño de que no tiene importancia la forma en que procedamos delante de los demás; pero cuidando siempre de ser igualmente rectos en privado que en público.

C. W. L.—Es muy cierto que no debemos pensar que siempre hay falsedad en las pretensiones de los demás; pero hay que cuidar de que el esfuerzo por evitar esta tendencia no nos conduzca al extremo opuesto. Hay quien dice: "quiero que se me tome como soy en realidad", y de acuerdo con esta idea deja ver lo más bajo, grosero y vulgar de su condición. Los que tal hacen no dejan ver lo que son por naturaleza,

sino una copia pobre y degradada de lo que deberían ser. Lo que en el hombre hay de más noble de más alto y mejor, es lo que está más próximo a su ego; de aquí que para ser naturales deberíamos mostrar lo mejor. La simulación de virtudes, la mojigatería, es falta de verdad. Al encontrar una persona que se hace pasar por ocultista y que hace elogios de su elevación y de su tolerancia, aludiendo a sus grandes poderes y tratando de merecer la admiración de la gente crédula, como los hipócritas de la antigüedad que "gustaban de rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos por los hombres" y como los escribas y los fariseos "que simulaban largas oraciones",¹ pronto se puede advertir que no se trata de un ocultista verdadero. El ocultista verdadero nunca cae en la mojigatería, aun cuando su determinación sea la de vivir en una forma mucho más elevada que lo que llamamos "natural" o común y corriente. La gente no siempre logra reconocer a un Maestro, pues tiene una rígida idea de lo que debe ser un maestro y el verdadero maestro viviente, no puede ser así. No se adapta a nuestros prejuicios y a nuestras ideas; es tal como es en su propio plano y si nosotros estamos ofuscados con nuestros prejuicios, podemos no conocerlo cuando aparezca. Hay quienes han determinado ya lo que el Maestro del mundo habrá de hacer y decir y la forma en que habrá de conducirse. No corramos el riesgo de quedar excluidos de El a causa de nuestros prejuicios. Sabemos que

¹ San Mateo, vi, 5, y xxiii, 14.

predicará la doctrina del amor; pero la forma y los detalles de su prédica son cosas que sólo El conoce. Reconozcámoslo de manera plena y estemos listos para seguirlo a donde El quiera conducirnos.

CAPITULO XII

EL ALTRUISMO Y LA LEY DIVINA

Aprende a distinguir entre lo egoísta y lo desinteresado. Porque el egoísmo tiene muchas formas y cuando crees haberlo destruído por fin en una de ellas, surge en otra tan fuerte como siempre. Pero gradualmente estarás tan lleno del pensamiento de ayudar a los demás que no tendrás ya lugar ni tiempo para pensar en ti mismo.

A. B.—Describe aquí el Maestro lo que creo que es el único camino para llegar a ser perfectamente altruista. Es posible, ciertamente, libertarse de cualquier forma particular de egoísmo, si concentramos en ello nuestros esfuerzos; pero, como dice el Maestro, vuelve este a presentarse en otra forma. Trabajando de esa manera, podemos emplear mucho tiempo en matar una forma de egoísmo, como Hércules cuando trataba de matar la hidra: tan pronto como cortaba una de sus cabezas, aparecía la otra. El camino, pues, que aquí se recomienda, ataca al mal en sus raíces.

Uno de los valiosos resultados de la devoción, el más valioso de todos, estimo reside aquí: el pensamiento de otra persona, que es el objeto de la devoción, llena por completo la mente, y el hombre deja de ser egoísta, sin ningún esfuerzo especial. Tal es la forma más apropiada para evolucionar: "crecer como crece la flor, inconscientemente, abriendo el corazón a los rayos del sol". Todo esfuerzo es signo de debilidad y es una gran ventaja el encontrar un medio fácil para dominar nuestras faltas. Defraudando nuestros pensamientos y derivando toda nuestra fuerza a un buen canal la cualidad indeseable parece por sí sola. Este es el mejor medio de corregir nuestras faltas, pues el pensar en ellas, aunque sea con remordimientos, no logra más que vivificarlas.

Llenáos de pensamientos de ayuda a los demás y así, como dice el Maestro, no habrá ya tiempo, no habrá ya lugar para que penséis en vosotros mismos. Y entonces, también, seréis felices. Así lo he comprobado en mi propio caso. Cuando sentía aflicciones, cuando me inclinaba a lamentarme de lo que ocurría (no creo sentir ya esas inclinaciones, pero hubo un tiempo en que sí las sufrí), llenaba inmediatamente mi mente con pensamientos de ayuda y trabajo en pro de los demás. Afligirse por lo que a uno le acontece es una forma de egoísmo y sólo conduce a hacerse desdichado. No obstante, es lo que hacen muchas personas, se sientan y se lamentan: "¡Oh, qué triste es esto! ¡Qué duro es esto! ¡Muy doloroso es esto para mí! ¡Tal persona no se ocupa de mí; no me busca, no me ama!" y así indefinidamente.

Todo esto no es más que egoísmo. El remedio tanto para la aflicción como para el egoísmo, es hacer algo inmediatamente a favor de alguna otra persona. Id y trabajad. Vuestra mente no puede dar cabida a la vez a las dos cosas, y en el preciso momento en que cesáis de pensar en vosotros mismos, comenzaréis a sentirlos felices. Cuando podáis decir: "No quiero nada de los que me rodean; los amo y nada quiero en cambio", entonces seréis felices. Lo que generalmente llamamos amor es sólo un mínimo de amor, bien cubierto con una gruesa corteza de egoísmo. En el momento en que se siente dolor a causa del amor, está ya el egoísmo presente.

Esta lección es muy difícil para el hombre afectuoso y emotivo; pero cuando se aprende bien, acarrea paz y felicidad. Os hablo por experiencia propia. Aprended a amar a los demás sin pedir nada en recompensa y cuando podáis hacerlo, hallaréis que son muchos los que os aman; pero mientras esperéis algo de los demás, su natural instinto los hará retraerse. Lección dura ciertamente, pero que, una vez aprendida, nos trae una paz incommovible, aun en el caso de que una persona a quien amemos entrañablemente trate de ofendernos. ¿Qué puede importar? Sabemos que algún día volverá a nosotros y mientras tanto, seguiremos derramando nuestro amor hacia ella, como hasta ahora. Si sufrimos, resolvamos en nuestra mente no volver a inquietarnos por ello. Decíos a vosotros mismos: "No tomo en cuenta los sufrimientos de mi baja personalidad". ¿Qué somos nosotros —nuestra baja personalidad— después de todo, para lamentar

nuestro sufrimiento o para esperar ser amados? Tomad esta actitud ante el sufrimiento y lograréis dominarlo.

C. W. L.—Pensar en nuestras faltas es vigorizarlas. Es este un error muy frecuente de la Iglesia Cristiana que recomienda arrepentirse de los pecados y sentir remordimientos. Cuanto mayor es la tristeza y más la mente cavila en el pecado, mayor es la propensión a cometerlo. Pero si en vez de ello hacemos algún trabajo a favor de los demás, no intensificamos el pensamiento-forma; muere de muerte natural, se agota y se olvida. Con frecuencia una mórbida introspección hace de faltas pequeñas, grandes pecados. Nos hace recordar a los chiquitines que constantemente arrancan sus plantas para ver cómo tienen las raíces y en qué forma crecen. Tal es el caso de una persona que habiendo emprendido un trabajo noble y bueno comienza a dudar de sí misma. “No estoy segura de que mis motivos fueran puros; posiblemente emprendí este trabajo por orgullosa”, o bien, si ha logrado aliviar los sufrimientos ajenos: “Esto no es realmente altruista; fué más bien que yo no pude soportar el sufrimiento ajeno y por tal motivo quise remediarlo”. En la Iglesia de Inglaterra dicen: “Señor, tened piedad de nosotros, pecadores miserables”. Podemos ser pecadores; pero no es necesario llevar las cosas hasta ofendernos con el dictado de miserables, haciendo también miserables a los demás. No hay que lamentar el pasado; es preferible trabajar para mejorar el futuro. Es inútil desear no haber hecho tales y cuales cosas; mejor es decir: “Ya está hecho; lástima; pero no importa; tal es el estado actual de cosas; veremos

qué es posible hacer para mejorarlo. No quiero decir con esto que no sea posible, en un grado de mucha elevación, alterar el pasado; pero ciertamente no es razonable para nosotros tomarlo en consideración.

En el Noble Octuple Sendero del señor Buda, el penúltimo peldaño era la recta conducta. Dijo a sus discípulos: “Debéis tener mucho cuidado con lo que os permitís recordar. Si decís que no podéis evitar ciertos recuerdos, es que no tenéis dominio sobre vuestra memoria, sobre vuestra mente que es una parte de vosotros mismos. Es como si fuerais por la calle recogiendo todos los despojos que encontrarais en el camino; estáis cargando en la memoria todo lo inútil y perjudicial. Debéis recordar lo conveniente y tener cuidado de olvidar lo demás”. Enumera luego, minuciosa y definidamente, todas las cosas que se deben olvidar y menciona entre ellas todas las injurias que se nos han hecho; todas las supuestas ofensas que se nos han inferido. Tales son algunas de las cosas que debemos olvidar de manera absoluta y permanente, mientras que, entre las que debemos recordar, están las palabras amables que se nos han dirigido, las acciones bondadosas y todas las buenas cualidades que hemos hallado en nuestros prójimos.

Debemos aprender a amar a todos aquellos que tratamos. No diré yo que a todos en igual medida. Esto no puede esperarse. El mismo señor Buda tuvo un discípulo favorito, Ananda, a quien amó más que a los otros y el Cristo tuvo a su amado discípulo San Juan, que reclinó la cabeza en su pecho en la Última Cena. No se espera de nosotros que amemos a todos los de-

más en la misma forma, que sentimos por todos el mismo amor que sentimos por el padre o la madre, la esposa o el hijo; pero sí que tengamos una actitud de amor activo y de buena voluntad hacia todos y sin odiar a nadie. Hay que asumir esta actitud sin esperar nada en cambio; en el momento en que comenzamos a demandar algo, estamos ya reclamando; estamos de nuevo bajo la acción del deseo, pensando ya nuevamente en nosotros, no en los demás. Sentir amor y no esperar nada en cambio, es lo único que puede llamarse amor. Sin alcanzar este altruismo, el hombre queda prendido en las redes de los celos, la envidia y muchos otros deseos y su amor, en vez de mostrar el glorioso color rojo puro, aparece como un carmesí parduzco, de mal aspecto y de forma también desagradable, pues en lugar de lanzar sus rayos como la luz del sol, da la impresión de ganchos que vuelven a su punto de partida, formando una curva cerrada y con frecuencia no afectan sino a aquel que los envía.¹

Los mundos se mueven por la acción del divino amor sin egoísmo, que fluye en grandes curvas abiertas y que nunca regresa ni proyecta regresar. Fluye este amor en otras dimensiones y en otros planos para hacer el trabajo de Dios en la propia forma de Dios. Tal es la lección que hay que aprender; lección difícil porque significa la destrucción de la baja naturaleza: pero es el camino hacia la paz.

Tienes aún que usar el discernimiento en otra forma: Aprende a descubrir el Dios en ca-

¹ Esto alude a la visión clarividente. (N. del T.)

da uno y en todas las cosas, por malos o malas que puedan aparecer superficialmente. Puedes ayudar a tu hermano mediante aquello que tienes de común con él, que es la vida divina; aprende el modo de despertar aquella vida en él; aprende a hacer un llamamiento a esta vida en él, y de esta suerte salvarás a tu hermano del mal.

A B.—Esta es la lección final sobre el discernimiento entre lo real y lo irreal. Por muy mala que una cosa sea en su exterior, Dios está en ella, pues no podría existir si no estuviera Dios en su corazón. En las escrituras Indúes aparece expuesta esta verdad una y otra vez: “Yo soy la trampa del tahir”, dice el Señor en el *Bhagavad-Gitá*. Estas palabras horrorizan a veces a la gente; pero son verdad, porque el jugador tramposo tiene que aprender algo en esa forma ya que se rehusa a hacerlo en otra mejor. Quien no quiere aprender por los preceptos, tiene que aprender por la experiencia de las leyes naturales. Lo que llamamos leyes de la naturaleza no es otra cosa que la expresión material de la Mente Divina.

Las leyes de la naturaleza son firmes como la roca; quien se golpea contra ellas se causa heridas en la carne y el dolor le enseñará a no reincidir en sus errores. Quien no puede aprender por el precepto y por el ejemplo (hay infinidad de ellos en el mundo), tiene que aprender por el dolor que origina la infracción de la ley. El hombre tiene que llegar a la unidad por buenas o por malas, pues la divina voluntad es la evolu-

ción y la interna voluntad del hombre es una con la divina. Así interpreto el significado interno de las palabras del cántico hebreo: "Si subo a los cielos, Tú estás ahí". Es bien claro: todos sabemos que Dios está en los cielos. Pero el cántico prosigue: "Si hago mi lecho en el infierno, ¡he aquí!, allí estás Tú también".¹

Ved, pues, lo divino en todo lo que os rodea; lo demás no os concierne. En tal forma y solamente en tal forma, podéis ayudar a vuestro hermano, pues lo único que tenéis en común es la vida divina; todo lo demás es diferente; pero en esto sois sólo uno y os es dado usar esa unidad como palanca para ayudarlo en todas formas. Cuando deseéis ayudar a alguien a dominar una falta, recordad que esa persona está tan ansiosa de libertarse de ese defecto, como podéis estarlo vosotros mismos; ese defecto lo contraría y si pudieseis llegar hasta su interior, veríais que es su deseo el dominarlo. Tal es la forma debida de ayudar; este camino interno nunca hiere ni lesiona a nadie.

C. W. L.—Todo lo que existe en este plano, lo mismo que en cualquiera otro, es solamente una manifestación de la vida divina y por lo tanto todo ello —tanto lo bueno como lo malo— tiene que ser una expresión de Dios. Nada puede existir sin que Dios mismo sea el corazón y la raíz de ella. Todas las escrituras hacen constar enfáticamente, este hecho, nosotros lo tenemos en las Escrituras Cristianas. "Yo formo la luz y creo la oscuridad; yo hago la paz y creo el mal; Yo, el Señor, creo todas estas cosas".² La gente no

¹ Salmos cxxxix, 8.

² Isaías, 45, 7.

puede comprender cómo es que todo lo que llamamos malo puede ser también divino; pero nosotros debemos reconocer este hecho. Hay magos negros y gente mala de todas clases, pero la vida que alienta a todos ellos es la divina, porque no hay otra vida.

Si un hombre trae el mal a su vida, por su propia terquedad y estupidez, de ese mal, sin embargo, tiene que resultar el bien: es la única forma en que ese hombre pueda evolucionar. El tramposo tiene que hacer sus fechorías; está en su mente hacerlas. Está actuando dentro de la Ley Divina, sin embargo, y aun cuando esté procediendo mal, ese mal le acarreará el bien, pues que, procediendo como lo hace y fracasando, aprenderá a hallar el camino del bien. Es, pudiéramos decir, el último recurso, pero es un recurso y por ello es que debemos reconocer que está dentro de la Ley Divina.

Hay un sentido en el cual todas las cosas absolutamente *son* Dios. Pero no es exactamente este el sentido en que están escritas estas palabras: es el espíritu Divino en cada quien lo que lo constituye en hombre. Cuando podáis ver, trascendiendo la personalidad que está tan torcida, que se ha extraviado tanto, y llegar hasta la vida divina que anima al hombre, podréis apelar a este recurso. Podéis tener presente que el hombre "malo", en lo que tiene de alma, desea progresar tanto como podemos desearlo nosotros. Desea libertarse del mal que lo acosa, que lo obsesiona y que conturba su personalidad y, por tanto, si nos fuera posible llegar hasta esa alma, trascendiendo la envol-

tura de dureza y de mal, se apresuraría a cooperar en nuestro esfuerzo de ayudar a su personalidad.

Casi toda mi vida he sido sacerdote y me he dedicado a actividades de ayuda, habiendo trabajado en algunos de los peores lugares de Inglaterra. He encontrado muchos hombres que podrían ser juzgados como criminales incorregibles; pero jamás he hallado uno que no haya mostrado alguna chispa de bien en una u otra forma. Sea el amor a un niño, el amor a un perro lo único que da carácter humano a quien sólo parece ser un bruto y un bruto peligroso; pero ahí está, latiendo en cierta forma, la vida divina y si nos es posible ponernos en contacto con ella en ese punto, ahí está la oportunidad de poder ayudarlo, apelando a esa vida que sólo en esa forma se hace manifiesta.

A. B.—Las últimas palabras del Maestro sobre este punto son: "Así salvarás a tu hermano del error". Nos hace aquí él su más fuerte sugestión; nos llama la atención hacia lo que debe ser el verdadero objeto y fin de la vida del discípulo, pues su único propósito consiste en llegar a ser un salvador del mundo. Esta sugestión es mucho más fuerte que lo que podría ser cualquiera otra encaminada a la obtención de ventajas personales. El Maestro sólo vive para ayudar al mundo y mientras mejor logremos que el servicio sea el fin y objeto de nuestra vida, mejor reflejaremos en ella la hermosura moral del Maestro.

PARTE III

CAPITULO XIII

ELIMINACION DEL DESEO

A. B.—Trataremos ahora del segundo requisito que en sánscrito es *vairágya*, palabra que el Maestro traduce al inglés “desirelessness” que llamaremos en español carencia de deseo. Esta traducción es muy exacta. En el pasado emplee para designar este segundo requisito la palabra carencia de pasiones, pero de aquí en adelante traduciré este término en la misma forma que el Maestro.

Muchas personas hay para quienes la carencia de deseos viene a ser una cualidad difícil de adquirir, porque sienten que sus deseos son su ser mismo, que si los deseos que les son peculiares, si sus agrados y desagradados fuesen eliminados, nada de sí mismos quedaria.

A. B.—Prácticamente todos aquellos que con sinceridad desean hollar el Sendero, sienten la verdad de la primera frase, en la que dice el Maestro que es difícil el requisito de la carencia de deseos. Proviene esta dificultad de que el hombre se identifica con sus deseos.

Mientras un deseo no satisfecho sea causa de infelicidad, el hombre está identificado con sus deseos. Es conveniente reconocer este hecho; admitirlo uno para sí mismo; pues es cosa muy fácil el creer que uno ha logrado separarse de sus deseos cuando en realidad no hay tal cosa. Muchas personas se complacen en pensar que han dominado su naturaleza de deseo, siendo así que su vida entera, todos sus actos, hacen ver todo lo contrario. Es mucho mejor reconocer el hecho —si es que todavía no lo hemos reconocido— y quedar así bien preparados para poner el remedio.

El primer paso es saturarse de la idea "Yo no soy mis deseos". En este caso podemos darnos ayuda en la forma que ya dejé explicada con relación a los estados de ánimo; nuestros deseos, tanto como nuestros estados de ánimo, están cambiando y cualquier cosa que cambie no es el Ego que nunca queda sujeto a fluctuaciones. Por ejemplo, conozco a algunos que un día piensan: "¡Qué delicioso es estar en Adyar; qué hermoso pensar en todas las cosas que van a suceder", y que al otro día se sienten deprimidos, desanimados. Ahora bien: ninguno de esos variables estados de ánimo es el hombre; ambos son simplemente vibraciones del cuerpo astral, ocasionados por el contacto externo.

Por esta razón se aconseja la meditación diaria, pues no es posible meditar bien hasta haber aquietado los deseos. Si meditáis concienzudamente y con regularidad, iréis poco a poco comprendiendo que existe un Ego detrás de vuestros deseos y si continuáis en vuestras prácticas de meditación y asumís durante el día la actitud requerida, comenzaréis a notar constantemente la exis-

tencia de ese Ego. Entonces ya no os identificaréis con vuestros deseos, sintiendo "yo quiero", "yo deseo", sino que pensaréis "no soy yo ese; ese es el yo inferior".

Esta es la primera gran lección que da el Maestro con respecto al segundo requisito. No es que antes de la Iniciación hayamos ya adquirido con perfección la carencia de deseos; pero sí espera el Maestro que la tengamos hasta cierto grado y lo que El espera es la Ley. Para alcanzar la Iniciación es preciso no sufrir ya esos cambios de la depresión al júbilo.

C. W. L.—Muchísimas son las personas que no hacen ningún esfuerzo para distinguirse de sus deseos y que suelen decir: "Yo soy como Dios me ha hecho. Si soy de mal carácter o de voluntad débil, así me hizo. Si no tengo fuerza para resistir las tentaciones, así soy." No comprenden que son ellos los que se han hecho así en sus vidas pasadas y tienen la costumbre de considerar su carácter como algo inalienable, como algo que les ha sido dado, como el nacer ciegos o cojos. No comprenden que deben cambiar una naturaleza inconveniente. No saben tampoco que pueden hacerlo y más aún, con frecuencia ni siquiera advierten que deben hacerlo.

En general, el hombre común y corriente no puede hallar razones para emprender la penosa tarea de cambiar su carácter. Algunos podrán pensar que tienen que hacer esto para no irse al infierno; pero otros replicarán que ese cielo convencional tiene que ser enormemente fastidioso y que ellos esperan algo diferente. Es cosa notoria que aun cuando la enseñanza en un cielo después de la muerte está muy difundida, ejerce muy poca influencia en el carácter del hombre, debido posi-

blemente a su falta de verosimilitud. La única teoría —hasta donde yo sé— que me parece adecuada para inducir a un esfuerzo para cambiar de carácter, es la Teosofía. Nos muestra lo que es digno de hacerse y asimismo que tenemos oportunidad y tiempo suficiente para obtener completo éxito. Si un hombre comprende el plan de Dios y busca cooperar con El, tiene las más poderosas razones para lanzarse a trabajar en pro de la evolución y para capacitarse para ello. Ve entonces que le es posible hacer en su carácter y en su disposición los cambios más fundamentales y que su éxito está completamente asegurado.

El deseo inmutable del Ego es de progreso; de desarrollo del yo superior, de armonizar sus vehículos para poderlos usar como instrumentos. Siempre que hallemos en nosotros deseos que no formen parte del Ego o que no vayan de acuerdo con El, sabemos que esos deseos no proceden del alma y por tanto no diremos: "yo deseo esto", sino: "mi elemental del deseo está cambiando de nuevo; desea esto y lo otro; pero yo, el ego, deseo progresar, deseo cooperar en el plan divino. Estos estados de ánimo; estos deseos, no son míos." Mientras un deseo insatisfecho sea causa de infelicidad, el hombre deberá reconocer que aún se está identificando con los deseos de su elemental.

Pero éstos son solamente los que no han visto al Maestro; a la luz de Su sacra Presencia, todo deseo se extingue, excepto el de ser como El. Sin embargo, antes de tener la alegría de encontrarlo frente a frente, puedes

conseguir la ausencia de deseo si así lo quieres.

A. B.—Esto nos hace recordar nuevamente los versos del *Bhagavad-Gitá*; "Los objetos de los sentidos; pero no el gusto por ellos se retiran del abstemio morador del cuerpo; y aun el gusto por ellos se retira después que el hombre ha visto al Supremo." Todo deseo muere cuando se ha logrado un vislumbre del único objeto digno de deseo. Por eso, al comprobar la presencia del Maestro, queda el hombre libre, no sólo de los deseos, sino del mismo deseo. El deseo es una raíz que germina en muchos tallos, pero mientras quede la raíz volverá ésta nuevamente a germinar. Pero la unión con el Maestro libertará finalmente al hombre de la raíz de todos los deseos.

Sin embargo, antes de eso, dice el Maestro, podéis lograr la carencia de deseos, si queréis. Esas dos palabras "si queréis", son especialmente importantes. Nos hacen ver dónde está la dificultad. No es la habilidad, es casi siempre la voluntad de hacer una cosa lo que falta. Si pusieseis en vuestro trabajo en el sendero la misma voluntad que ponéis en vuestros trabajos del mundo, vuestro progreso sería rápido en verdad.

C. W. L.—Nos encontramos aquí una de las más bellas frases de este hermosísimo libro. En verdad que cuando veais al Maestro y os déis cuenta de que El es, todos los deseos inferiores se extinguirán en vosotros y todo vuestro ser quedará lleno de algo más elevado.

Muchos hablan del deseo que tienen de obtener la carencia de deseos y están incesantemente dando cabida

en sus mentes a los objetos del deseo y se sentirían desgraciados si se quedaran sin esos deseos. No desean, en realidad, obtener esa carencia de deseos; creen simplemente que la desean; pero eso es sólo superficial; en el fondo de su personalidad no hay tal cosa. Es conveniente preguntarse a sí mismo sobre este punto; escudriñar hondo y ver si realmente hemos logrado libertarnos de todos esos deseos inferiores. El teósofo cree con frecuencia que ha logrado tal liberación y piensa que es cuestión de poca trascendencia; pero en muchísimos casos esas cosas de poca trascendencia son de gran profundidad. Superficialmente uno se libera de ellas; pero vuelven a surgir en diferentes formas y es difícil quedar seguro de que han sido vencidas en realidad. Afortunadamente no se espera de nosotros que quedemos completamente libres del deseo en esta etapa de nuestro esfuerzo. La Iniciación puede obtenerse aun habiendo todavía en nosotros algunas de estas cosas; pero después de haberla obtenido, hay que arrancar esas raíces por completo; sin embargo, es mejor arrancarlas desde ahora para que nuestro progreso sea más uniforme y rápido. Esto es factible, porque el Maestro nunca nos sugiere algo que no podamos hacer, aun cuando sí pone ante nosotros muchas cosas que prueban nuestra paciencia y nuestra fuerza moral, porque esto es necesario si queremos progresar con rapidez.

Te ha mostrado ya el discernimiento que las cosas codiciadas por la mayoría de los hombres, tales como las riquezas y el poder, no valen la pena de poseerlas; cuando esto se

siente de verdad y no es un simple decir, cesa todo deseo de ellas.

A. B.—Los deseos de riqueza y de poder se presentan en gran variedad de formas, no solamente en lo que respecta al dinero o a la influencia social o política. Lo que la mayoría de las personas desea por encima de todo lo demás, es la riqueza; pero no es ésta, en realidad, cosa que convenga obtener, pues sólo sirve para alimentar los deseos y no trae la felicidad como puede observarse en los ricos, quienes en ninguna manera constituyen una clase de seres felices. Lo mismo sucede con el poder, ya sea social o político: no pasa de ser escoria u oropel: no oro. El *Gita* dice que el hombre sabio se satisface con lo que le venga, lo que significa que hará un uso alegre de lo que está a su alcance, sin desperdiciar su tiempo y su energía en ambicionar algo diferente.

Pocos son los que llegan a las altas posiciones sociales o políticas; pero la tentación del poder está latente con frecuencia. El poder incluye todo deseo de dominar a los demás; de intervenir en sus asuntos; de decirles qué es lo que deben hacer, en vez de dedicarse a sus propios asuntos exclusivamente. Aun cuando no son muchos los que ambicionan el poder político o social, frecuente es en los hombres el deseo de que los demás hagan lo que a nosotros nos parece que se debe hacer. Todo esto hay que desecharlo, si es que queremos progresar. Los que quieran lograr progreso, pronto advertirán, como nos ha pasado a muchos de nosotros, que bastante quehacer tenemos con sólo dirigir nuestra pro-

pia personalidad, para que queramos intervenir en cuestiones ajenas. El ego en los demás es el mismo que en nosotros y la forma en que se debe manifestar en ellos es cuestión que a ellos atañe; no a nosotros. Por tanto, toda propensión a intervenir en cuestiones ajenas debe ser desechada.

No tenéis ningún derecho a intervenir, salvo que sea vuestro deber y esto sólo sucede cuando tengáis una cierta autoridad limitada sobre una persona que haya sido puesta a vuestro cuidado por la naturaleza, como en el caso de vuestros hijos, o en casos kármicos, como por ejemplo, cuando se trata de sirvientes o trabajadores.

El dominio sobre vuestros hijos debe ser protector y solamente debe ejercitarse cuando exista alguna debilidad que proteger; y debe ir desapareciendo gradualmente al ir el ego interno desarrollando su capacidad de tomar posesión de sus vehículos. Con vuestros iguales (uso esta palabra en un sentido amplio) queda claro que no tenéis ningún derecho a intervenir.

C. W. L.—A los humanos nos gusta intervenir en los asuntos de los demás porque creemos que nos es posible dirigirlos mejor que como ellos lo hacen, pero, después de todo, ésto no lo *sabemos*. El poder divino actúa a través de cada quien; lo mejor es dejar que ese poder siga su camino. Tened presente que el Cristo recordaba a los judíos lo que decían sus escrituras, "Vosotros sois Dioses"¹ y les decía que eran hijos del Altísimo. Puede suceder que alguien no actúe en la mejor forma

¹ San Juan, 10, 34 y Salmos, 82, 6.

posible y también que algunos cometan errores, pero mientras sean sinceros y estén deseosos de hacer lo mejor, todo va bien. Dejadlo que pase a batear aun cuando no sea tan buen bateador como vosotros. En ciertos casos, en forma respetuosa, delicada y usando de tacto, puede darse un consejo; pero hay muchos casos en que aun esto sería una impertinencia; no se debe, en ninguna circunstancia, tratar de imponer una opinión a otra persona. Nuestro primer cuidado debería ser el manejar bien nuestros propios asuntos, pues cada quien es responsable de sí mismo.

CAPITULO XIV

EL BUEN DESEO UNICO

Hasta aquí todo es sencillo y sólo se requiere que tú comprendas, pero hay algunos que abandonan los objetivos terrenales sólo con el fin de conseguir el cielo, o de obtener la liberación personal del renacimiento; tú no debes caer en este error.

C. W. L.—El deseo de la liberación personal de la rueda de nacimientos se encuentra principalmente en la India, pues la mayoría de sus habitantes cree en la reencarnación. Para el cristiano en general, el cielo es una liberación de la cárcel terrena. Estas enseñanzas fueron dadas a un niño hindú y por ello principalmente y en primer lugar se refieren a las condiciones de la India, aun cuando las ideas puedan también aplicarse al mundo occidental. Nosotros los teósofos no nos sentimos inclinados a hacer grandes esfuerzos para obtener la felicidad del cielo, en el cual el hombre permanece cientos o aun millares de años entre una y otra encarnación. Muchos de nosotros preferimos renunciar a todo

este período de vida celeste para volver rápidamente a la tierra a trabajar y es posible para aquellos que realmente lo desean. Esto requiere ciertamente determinado desarrollo, pues en tales casos es necesario usar los mismos cuerpos astral y mental en el nuevo cuerpo físico.

No significa que el cuerpo astral y el cuerpo mental sean capaces de sentir fatiga como el cuerpo físico. Hay todavía algo más que considerar: los cuerpos astral y mental que tenemos en esta vida, son la expresión de nosotros al finalizar nuestra última encarnación. En el curso de la vida los vamos modificando considerablemente; pero tal cosa sólo puede hacerse hasta cierto punto. Hay un límite para poder reparar o mejorar un automóvil, pongamos por caso, y es frecuente que sea preferible comprar un auto nuevo a tratar de obtener de uno viejo otro flamante y moderno.

Casi lo mismo acontece con los cuerpos astral y mental. Para cambiarlos en forma radical sería necesario mucho tiempo y muy posiblemente tal cambio sólo podría obtenerse en forma parcial. Si las capacidades de un hombre en esta vida han aumentado considerablemente, podría ser mejor para su progreso el hacerse de nuevos cuerpos astral y mental, para expresarse, que tratar de remendar los cuerpos viejos.

Pero no es siempre practicable una pronta reencarnación. Podemos admitir, no obstante, dadas las condiciones del momento —por la necesidad especial de personas que trabajen con motivo del advenimiento del Maestro— que cualquier persona que haya trabajado bien en esta vida y que tenga verdaderos deseos de en-

carñar inmediatamente para poder continuar en el servicio, está en condiciones de lograr sus deseos.

La vida post-mortem tiene establecido un curso ordinario para todos los hombres y quien sigue este curso no necesita tomar ninguna providencia; pero el que quiera tomar un derrotero diferente, tiene que hacer, dijéramos, una especial solicitud de trabajo o bien es necesario que otra persona la haga a su nombre. Hay que someter esa solicitud a una alta autoridad, quien concederá el permiso si lo juzga conveniente; pero de seguro negará Su licencia, si cree que no es conveniente para el interés del solicitante. Me parece que los que se sientan inquietos sobre este particular pueden, sin embargo, serenar sus mentes, pues los que hayan trabajado bien ahora, encontrarán seguramente nuevas oportunidades de continuar su trabajo. El que desee una pronta reencarnación debe hacerse indispensable, de tal manera que se llegue a estimar que su regreso inmediato es de utilidad. Este proceder es también, incidentalmente, el medio más apropiado para hacer que los cuerpos astral y mental adquieran las condiciones necesarias.

Si te has olvidado de ti mismo por entero, no podrá apoderarse de ti el pensamiento de cuándo obtendrá tu "YO" la liberación, o de qué especie de cielo podrá ser el suyo. Recuerda que TODO deseo egoísta encadena, por elevado que pueda ser su objeto, y mientras no te hayas desprendido de él, no estarás enteramente libre para dedicarte a la labor del Maestro.

A. B.—Debemos tener presente que los planos astral y mental son planos materiales, aun cuando estén constituidos de materia mucho más sutil que la física. Son también objetivos y están llenos de objetos de deseo. El deseo del cielo, que está en el plano mental inferior, es por lo tanto un deseo del yo inferior, en forma igual que los deseos de cosas terrenas, solamente que más lejano e impalpable. La ventaja del primero de estos deseos sobre los segundos, estriba en que éste reprime la naturaleza del deseo, ya que no es dado satisfacerlo inmediatamente, y es así como contribuye a que el hombre se liberte del deseo en general y, al mismo tiempo, le hace elegir placeres más refinados y gozarse en los placeres del pensamiento con preferencia a los más groseros. Notoriamente existen muchas personas a quienes sería inútil el decirles “Matad el deseo”. Si se quiere ayudar a un hombre aficionado a los placeres de la comida, la bebida y el sexo, hay que poner ante él el deseo del cielo, para capacitarlo a que vaya extinguiendo el deseo de los placeres inferiores. Por eso muchas religiones hicieron hincapié en el infierno y en el cielo. Aun el Señor Buda hizo alusión a ellos cuando se dirigía a gente vulgar.

Los que quieran hollar el Sendero deben despojarse no sólo del deseo del cielo, sino también del de la liberación personal de la rueda de nacimientos y muertes, llamada *moksha*. La razón es bien sencilla y el Maestro la da aquí. Si os habéis olvidado por completo de vosotros mismos, no podréis ya estar pensando en cosas que os afecten. Debéis quedar libres del deseo

de tales cosas, si tenéis la mira de dedicaros al trabajo del Maestro.

Hay quienes desean servir al Maestro en tal o cual forma; pero el discípulo debe desear servir al Maestro en la forma en que El quiera y donde El requiera el servicio. Un servicio así, un servicio incondicional, no es posible cuando el corazón está aún ligado a algo. Como dice uno de los Upanishads: “Mientras no hayan sido rotos los lazos del corazón, el hombre no puede obtener la inmortalidad”. Esto parecerá un poco duro a quien piense que los lazos del corazón incluyen la cualidad del amor, a la que atribuimos valor tan grande. Pero la frase que citamos no dice que debemos de romper el corazón, sino que debemos romper las ligaduras del corazón, para que el amor del corazón pueda ser ilimitado. No me entendáis mal; no interpretéis que he dicho que el amor es cosa inconveniente. No es el amor el que ata sino los elementos de egoísmo que frecuentemente van mezclados con él. El amor del ego de una persona hacia el ego de otra persona es imperecedero por su misma naturaleza; no nos es dado cambiar tal cosa aun cuando quisiéramos; pero cuando el amor del ego está mezclado con el amor por la forma, comienza a atar y es así como el mismo amor puede ser una ligadura.

El único medio para alcanzar las condiciones que dejan al hombre libre para el trabajo del Maestro es el constante esfuerzo para romper las trabas que lo restringen. Si encontráis en vuestro amor algo que sea causa de dolor, hay en él egoísmo que debe ser eliminado. Libertaos de él y vuestro amor se hará más fuerte,

más noble, más puro y así ennoblecido, no podrá ya nunca estorbar el trabajo del Maestro. Supongamos que sentís deseos de ir a un cierto lugar en donde se encuentra una persona con quien os agrada estar; bien: abandonad la idea de ir a ese lugar. Esto no es más que un ejemplo de la forma en que de una manera deliberada podéis romper las ligaduras egoístas que os atan a ciertas personas y cosas. Romped esas ligaduras.

Digo esto solamente a quienes tienen fervientes deseos de progresar, no a los que quieren seguir un camino más ancho y más cómodo de progreso. No hay ningún reproche a estos últimos, fijaos bien; cada quien tiene el derecho de caminar lenta o rápidamente según escoja. Pero estoy dirigiéndome a aquellos que buscan resultados; a aquellos que tienen ardientes deseos de adelanto. El Maestro está siempre buscando personas de esa clase y no encuentra suficientes. Una vez más hablo por experiencia propia, porque yo he tenido dificultades en este camino. Comencé, pues, a entrenarme y cuando advertía que sentía grandes deseos de estar con alguien, trataba de retirarme de esa persona. Si tenéis tacto y fuerza podéis desligaros interiormente, digamos, sin que otros adviertan que lo estáis haciendo. Permaneceréis tan amables como antes, sin que vuestro comportamiento exterior muestre alteración ninguna; pero estaréis rompiendo la atadura interna que está en vuestro corazón. En esta forma, determinando con precisión lo que debemos hacer y poniéndolo luego en práctica deliberadamente, es como nos ha sido posible hacer más progresos que los demás. Encontraréis más fácil este esfuerzo si tenéis siempre presente que no os será posi-

ble dedicaros por completo al trabajo del Maestro, hasta haberos librado de todas las ligaduras que os atan.

C. W. L.—Este pasaje nos hace ver que el deseo del cielo pertenece a la personalidad. No es, sin embargo, cosa inconveniente, en un estado de desarrollo inferior al del discípulo. Tiene su lugar en el esquema evolutivo. El hombre primitivo está lleno de pensamientos y deseos de comer y beber, etc., etc. Sería completamente inútil hablarle de la carencia de deseos, pues debe pasar primeramente por un estado de deseos más elevados y refinados. Lo más que podríamos decirle sería: "Procura refinar tus deseos; hay cosas más grandes y mejores que esas en que tú estás pensando y no podrás elevarte hasta ellas en el futuro, mientras no estés preparado para dominar el torbellino de tus pasiones." El hombre sólo puede elevarse paso a paso y únicamente los más fuertes pueden ascender rápidamente hasta las grandes cimas del Sendero. Pero todos aquellos que lean este libro y quieran hacer lo que hizo Alcione, deben resolverse inmediatamente a libertarse de los deseos egoístas, porque son ataduras. Como ya dije, aun el amor mismo es una atadura del corazón si hay en él un granito de egoísmo; pero cuando está absolutamente libre de pensamientos egoístas es un poder del corazón. Hasta que las ataduras del corazón queden rotas; hasta que el egoísmo haya quedado desarraigado por completo, aun el mismo amor puede ser una rémora a la vez que una ayuda.

En la India ha habido, como en todas partes, poca claridad sobre este asunto, debido a que se confunde

el amor (que es inegoísta) con el deseo (que es egoísta). Algunos filósofos tratan de endurecerse para llegar a sentirse indiferentes ante todo lo que ocurre; para evadir el sufrimiento evitando el amor. Este camino es erróneo: da por resultado seres evolucionados a medias intelectualmente; pero faltas de emotividad. Debemos ser capaces aun de expresar grandes ondas de sentimiento, siempre que reflejen las más elevadas emociones del Ego, controladas estrictamente y no oleadas astrales que nos sacudan a voluntad del elemental del desco. Controlar la emoción, matándola, es cosa semejante a evitar el karma no haciendo absolutamente nada. El camino que el Maestro nos señala es el de acrecentar nuestra utilidad para servir a la humanidad con nuestras acciones, nuestras emociones y nuestros pensamientos y lo más que logremos hacer por medio de estas tres actividades, será en bien de todos.

Destruído que hayas todos los deseos relativos a la personalidad, podrá todavía quedarte el deseo de percibir el resultado de tu labor. Al prestar ayuda a alguien querrás ver en cuánto le has ayudado, y aun quizá desearás que él también lo reconozca y quede agradecido. Pero esto todavía es deseo y también falta de confianza.

A. B.—Esto es lo que el *Bhagavad-Gitá* llama no trabajar por el fruto. Si vosotros estáis realmente trabajando, no tendréis tiempo para fijaros en los resultados; para deteneros a examinar una parte del trabajo ya

concluida. Tan pronto como una cosa ha quedado hecha, habrá a la mano otra que hacer. Si estáis observando los resultados de vuestro trabajo estáis perdiendo el tiempo; si os detenéis a pensar en lo que habéis hecho, ¿cómo podréis dedicaros al siguiente trabajo? Y cuando se trata de ayuda personal, que es la más agradable de dar (porque hay detrás de ella un amor personal), no miréis si la persona a quien habéis ayudado aprecia lo que habéis hecho. Esto equivaldría a correr detrás de una persona a la que se ha obsequiado algo, para ver si lo agradece y en espera de que nos dé las gracias. Quien actúa en tal forma, no da; vende. Es un caso de regateo: tanto te doy y tanto me agradece. ¡No regatearéis! Recordad cómo el Cristo arrojó del templo a los mercaderes, aun cuando daban cosas a cambio de sacrificios, diciéndoles: "No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado".²

C. W. L.—No hay nadie más ocupado que el ocultista. En cuanto termina una cosa da principio a otra y no se detiene a examinar el resultado de lo que ha concluido. Supongamos que actuáis de enfermeras en el campo de batalla; vuestro deber es hacer lo mejor posible en un caso y emprender otro inmediatamente; no podéis deteneros media hora para observar el resultado final de vuestro trabajo; no podéis ni siquiera deteneros para ver si acaso el herido escapó de la muerte. Es justamente igual con el trabajo del Maestro: no tenemos tiempo para pensar en los últimos resultados y más aún que nada, no tenemos tiempo para pensar en

² San Juan ii, 16.

nosotros en lo concerniente a tales resultados. Es muy humano el desear que nuestros esfuerzos tengan éxito y gozarse cuando se obtiene; pero nosotros debemos elevarnos sobre esas fragilidades, porque la meta que deseamos alcanzar es sobrehumana. Si hacemos una cosa bien hecha debemos sentir alegría por ello, pero tan alegres debemos sentirnos si el éxito corresponde a otra persona, como si a nosotros mismos correspondiere.

Habla aquí el Maestro del deseo de que el hombre que haya recibido la ayuda la advierta y quede agradecido. Quien tenga tal sentimiento, no está dando en manera alguna; está vendiendo. La única dádiva que se reconoce en el terreno del ocultismo, es la de dar, como Dios da, derramando amor como el sol derrama vida.

Cuando hagas el esfuerzo por ayudar, debe producirse un resultado, ya sea que puedas percibirlo o no; si conoces la Ley sabes que así debe ser.

A. B.—En el libro “La Imitación de Cristo” se hace esta pregunta: “¿Quién servirá a Dios por nada?” El discípulo debe trabajar por el trabajo mismo, no para ver sus resultados y hasta sin la felicidad y satisfacción de pensar: “estoy sirviendo”. Debe entregarse al mundo porque lo ama. Debe haber un resultado, por supuesto, porque vivimos en un mundo de leyes y por eso el resultado no debe interesarnos. Con mucha frecuencia la naturaleza de nuestro trabajo es tal que no sobrevendrán los resultados inmediatos en el plano físico, sino que solamente se contribuirá a la realización de resul-

tados futuros; alguien vendrá que dé término al trabajo; pero sin los esfuerzos de los que laboran sin ver los resultados, el trabajo no hubiera podido llevarse a cabo.

Sin confianza en la ley no podréis hacer trabajo importante porque todo trabajo grande es trabajo lento. Considerad, por ejemplo, el trabajo de un Manú: antes de que se obtenga algo que pueda llamarse resultado transcurren miles y miles de años. Aun en la construcción de un gran edificio se observa algo semejante, pues es necesario hacer profundos cimientos. Nuestro trabajo es semejante a la construcción de los cimientos que no quedan a la vista; más tarde tocará a alguno poner una hilera de ladrillos ya sobre la superficie y esto es ya visible. ¿Serán por eso inútiles los cimientos?

Los resultados son inevitables. Trabajad, pues, con calma; trabajad en forma científica y nunca os sentiréis apesadumbrados. Toda pesadumbre es consecuencia del deseo de ver el fruto. Podrá ser que trabajéis esforzadamente durante todo el tiempo sin ver ninguna consecuencia y un día aparecerá el resultado fulgurante. Un químico, al preparar una solución saturada, va poniendo la sal en el agua y por algún tiempo el líquido no sufre alteración aparente; por fin se añade el último grano de sal y el líquido se solidifica repentinamente. Lo mismo sucede con nuestro trabajo; repentinamente aparecerá completo. Estamos preparando el terreno para el advenimiento del Gran Maestro. Debemos poner todo nuestro esfuerzo en el gran trabajo, calmada, confiada, pacientemente; sacrificándonos en todo al trabajo. Cuando el Señor Maitreya venga, hará uso de todo el

trabajo que hayamos hecho y su resultado quedará manifiesto ante el mundo.

C. W. L.—Es frecuente que sea necesario, para obtener un gran resultado, el trabajo sucesivo de muchas personas, unas tras otras. Cuando hay que hacer un gran trabajo en el mundo, acontece que un hombre o un grupo de hombres, adviertan la necesidad y comiencen a hablar o a escribir sobre ella. Ese hombre o ese grupo serán ridiculizados y parecerá que su trabajo no trae ningún resultado; pero convertirán a algunos más a su causa, hasta que al fin la sociedad acepte la reforma. Lo que consiguieron los últimos hubiera sido imposible, sin el aparente infructuoso trabajo de los iniciadores.

Con mucha frecuencia puede nuestro trabajo ser de tal condición que sólo sirva para preparar realizaciones futuras. A alguna otra persona le tocará poner el toque final a nuestro trabajo; entonces serán reconocidos sus esfuerzos y será considerado que él ha sido quien lo ha hecho todo. No tengáis cuidado: no debemos desear el crédito para nosotros, sino sentirnos felices por habérse-nos concedido la oportunidad de trabajar. No hay que pensar: "Esto es muy duro para mí". Nuestro karma ya tomará en cuenta lo que hemos hecho y no tiene ninguna importancia lo que el mundo diga o piense ahora. Quien trabaje científicamente, comprensivamente, sin pensar para nada en el resultado, considerando sólo que en algún tiempo y en alguna parte el buen trabajo tiene que hacer el bien, nunca se sentirá desalentado.

Cuando el Señor venga, hará uso de todo nuestro trabajo, lo encauzará y le dará término y así aparecerá que

todo es Su trabajo. En cierto sentido todo es Su trabajo, pues nosotros hemos sido inspirados por El; sin embargo, una gran parte de tal trabajo pudo consumarse gracias al inadvertido y aparentemente inútil trabajo hecho de antemano por muchos seres humildes. El contar con una oportunidad de estar entre ellos es seguramente el mayor privilegio que podamos desear.

En todos los casos quien conoce las leyes naturales puede utilizarlas. Esto es tan cierto por lo que toca a lo que constantemente estamos haciendo en los planos interiores, como lo es por lo que se refiere a las actividades físicas. Todos nuestros pensamientos crean una forma en el plano astral o mental y esta forma alcanza a la persona o cosa en que estamos pensando, revolotea alrededor de ella y se descarga, por fin, para bien o para mal, de acuerdo con la calidad de nuestro pensamiento. No es más difícil crear una forma de pensamiento capaz de dar ayuda que una capaz de dañar. Todo es cuestión de actitud mental. Puede uno creer: "Mi actitud mental es cosa que sólo a mí concierne y solamente por ahora". Pero vuestra actitud mental afecta también a los demás y también tendrá efecto sobre vosotros al día siguiente, o al mes siguiente o aun al año siguiente, porque genera pensamientos que reaccionan sobre vosotros. Todo pensamiento se intensifica y propugna por repetirse a sí mismo. A nosotros nos toca, pues, que nuestros pensamientos sean benéficos en todos sentidos, ya que aunque invisibles para la vista humana, hacen su trabajo infaliblemente.

Por tanto, deberás hacer el bien por amor al bien y no con la esperanza de recompensa; deberás trabajar por amor al trabajo, no con la esperanza de percibir el resultado; deberás dedicarte al servicio del mundo porque lo amas y porque no puedes prescindir de ayudarlo.

C. W. L.—El amor es ciertamente el más grande de los motivos. En toda la enseñanza contenida en este libro y en algunos otros que han dimanado de El se observará cuán fuerte y constantemente se insiste en esta necesidad de amor como motivo de la vida, como explicación de todas las cosas y como remedio para todos los males. Es debido a que el amor será la nota predominante en la enseñanza del Maestro del Mundo cuando venga, el que traten de él en forma tan insistente las enseñanzas de los que, en su pequeño radio de acción, se esfuerzan en preparar Su venida.

Otra cosa que el estudiante puede notar en todo el libro es que el Maestro da por concedido que todos nosotros estamos verdaderamente deseosos de trabajar y que el trabajo constituye nuestra única aspiración. Es ciertamente el mejor medio de conducirnos a tal estado mental, si es que aún quedan adheridos a nuestras mentes fragmentos de otra clase de ideas. El hecho de ver con claridad que en Su mente no hay otra cosa que pensamientos de servicio, es el mayor incentivo para hacer de nosotros lo que él desea.

Con frecuencia se interpone nuestra personalidad y debemos despejar el camino y dar al ego superior una oportunidad de trabajo, pues en tanto que tengamos al-

gunas reservas, en tanto que haya aún algo que no estemos preparados a abandonar en pro del servicio del Maestro, nos estamos interponiendo en nuestro propio camino. Es raro encontrar quien no tenga ya ninguna reserva; que desee entregarse por entero al servicio del Maestro; que no se detenga ante nada y lo dé todo. Es raro encontrar personas de éstas; pero las que tengan esta cualidad progresarán mucho y rápidamente.

CAPITULO XV

PODERES PSIQUICOS

No desees los poderes psíquicos: ya vendrán cuando el Maestro juzgue que es mejor para ti que los poseas.

A. B.—El término “poderes psíquicos” incluye todas las manifestaciones de los poderes de la conciencia a través de la materia organizada, ya sea en el cuerpo físico, en el astral o en el mental. Todos los poderes intelectuales son, por lo tanto, poderes psíquicos. La distinción que se ha venido estableciendo entre los poderes de la mente por la acción del cerebro y las diversas clases de clarividencia y poderes semejantes, es, pues, una distinción inadecuada. La gente habla contra la adquisición de poderes psíquicos, siendo así que al hacerlo, están constantemente usando tales poderes a través del cuerpo físico. Se muestran adversos a la visión astral, mientras están haciendo uso de la visión física. Es una falta de lógica el mostrarse opuesto a la visión astral, mientras no se esté preparado para asumir la posición lógica de algunos yoguis hindúes que conside-

ran el uso tanto de los sentidos físicos, como de los superfísicos, como un obstáculo. Estos hombres son perfectamente lógicos; no estiman valioso ninguno de estos sentidos, porque consideran que por su medio sólo logran ponerse en más íntimo contacto con los mundos de la ilusión, de los cuales desean escapar. No estoy de acuerdo con tal actitud; me parece preferible gozar de salud y del uso de todas nuestras facultades en todos los planos; pero hasta que podamos adoptar una actitud integral, es torpe gran parte de la oposición contra los poderes psíquicos.

Lo que sí es cierto, es que al principio del ejercicio de nuestros sentidos astrales, existe siempre la posibilidad de extraviarse. Pero también es cierto que nuestros sentidos físicos pueden engañarnos. Algunas ilusiones ópticas, por ejemplo, son el resultado de mala digestión, o de trastornos del hígado, aun cuando no incluyo entre ellas muchos otros casos que, siendo en realidad manifestación de la visión etérea o astral, son imputadas por la medicina, a trastornos físicos. El ejemplo más común de la forma en que nuestros sentidos nos engañan, es el del movimiento del sol; sabemos que el sol no se mueve; pero vemos que sí lo hace.

Los sentidos deben ser corregidos por la razón que es de condición más elevada que las percepciones sensoriales. La visión astral engaña constantemente cuando se principia a ponerla en ejercicio. Y por eso todo aquel que está siendo entrenado por un Maestro es sometido a un completo y definido curso práctico. Se le pregunta qué ve y sus respuestas, al principio, son casi todas incorrectas; luego se le llama la atención sobre

sus equivocaciones y se le dan las explicaciones del caso.

Supongamos que una persona que no está siendo entrenada por un maestro comienza a despertar esa visión. Esto sucede con frecuencia, pues en el curso normal de la evolución se están desarrollando los sentidos astrales y muchas personas comienzan a poseerlos. Una persona en tal caso se encuentra en las mismas condiciones que un niño en el plano físico. Habréis observado que una criatura extiende la mano para asir una vela encendida que se halla al extremo del cuarto. Estas equivocaciones del niño son corregidas por las personas mayores; irá advirtiéndole la criatura que los objetos que desea tomar se hallan a cierta distancia, cuando se le lleve hasta ellos. Y así, nuestro niño astral —podemos dar este nombre a la persona que comienza a ejercitar sus facultades astrales— comete muchos errores que no tendrían la menor importancia, si estuviera rodeado de mayores. Tampoco tendrían mayor importancia si la persona usara el sentido común. Pero por desgracia, la persona que recibe una comunicación astral o tiene una visión astral, estima con frecuencia que es un ser elegido entre el resto de los mortales, con la concesión de una revelación especial. Los que comienzan a despertar sus sentidos astrales sin contar con dirección por parte de un instructor, no están, pues, en las mismas condiciones en que está un niño que está guiado por sus mayores, y así que se les presentan muchas dificultades.

C. W. L.—Los que llegan a ser discípulos de los maestros pasan por un largo curso de entrenamiento con respecto a la visión de los planos superiores y a las im-

presiones de orden superior en general. Creo que a muchos este entrenamiento les resultaría muy fastidioso. Un discípulo avanzado hará pasar ante el principiante varios objetos diferentes y le preguntará qué es lo que ve. El principiante, al principio, se equivoca por completo, por regla general, porque no puede enfocar el objeto. No advierte la diferencia entre el cuerpo astral de un muerto y el de un viviente, ni la que hay entre un hombre real y el pensamiento-forma creado por algún amigo. En esta y en otras formas el observador sin entrenamiento está sujeto a sufrir engaños. El que lo enseña le mostrará con paciencia estas cosas una y otra vez y le enseñará la forma de reconocerlas, indicándole las pequeñas diferencias.

No hay que suponer que porque este entrenamiento sea necesario, los sentidos astrales sean indignos de confianza de una manera especial. Todos los sentidos son poco merecedores de nuestra confianza mientras no estemos entrenados y aún después de ello, cuando no los usamos de acuerdo con la inteligencia racional. En un amanecer, si el tiempo es bueno, podemos ver que el sol se eleva; sabemos perfectamente que no es así, y sin embargo, lo vemos. Con relación a aquellas cosas que están fuera de la experiencia general; hay quien dice que no cree lo que no ve; pero que si vieran una cosa la creerían. Hay quienes van más lejos al decir que quedarán convencidos de una cosa si es que pueden tocarla. Una sencilla prueba dejará ver la falacia que esto entraña. Tomemos tres recipientes y pongamos en cada uno de ellos agua a diferentes temperaturas: muy caliente, helada y de media temperatura. Pongamos una mano den-

tro del agua caliente; y la otra dentro de la fría; tengámoslas ahí durante algunos minutos y pasemos luego ambas manos al agua templada. La mano que hemos tenido en el agua caliente nos dirá que el agua templada está muy fría y la otra mano nos hará creer que está muy caliente. Esto nos hace ver que nuestros sentidos no son siempre acreedores a toda nuestra confianza. Su testimonio debe ser sometido al fallo de la razón y esto hay que hacerlo lo mismo con los sentidos astrales y mentales que con los físicos.

Quien desee poderes psíquicos debe trabajar para desarrollarlos y con frecuencia pueden pasar varios años antes de que el hombre pueda estar seguro de su exactitud en todos los casos. Es difícil comprender la extensión del área en que se extiende esta visión clarividente. Daré un ejemplo: en el plano astral hay dos mil cuatrocientas una variedades diferentes de lo que recibe el nombre de esencia elemental y quien desee adquirir confianza y hacer este trabajo bien y rápidamente, debe aprender a distinguir todas estas variedades una de otra y a saber cuándo deben usarse. El trabajo se puede hacer sin ninguno de estos conocimientos, pero con un desperdicio comparable al de vaciar un cubo de agua sobre un hombre para lavarle el dedo meñique.

Se nos dice, sin embargo, que una de las cosas que debemos de evitar es el desperdicio de energía. La energía es un capital y estamos obligados a obtener de ella todo lo más posible. Somos responsables de lo que desperdiciemos, lo mismo que de dejarla ociosa y no hacer nada con ella.

Sería inútil por parte de un discípulo del Maestro

el decir "ya sé". No es este el espíritu con que nos aproximamos a estas cosas. Estamos ansiosos siempre de adquirir mayor información; pero siempre con el fin de servir mejor; con la idea de ser de mayor utilidad. Tal es la idea y con seguridad que no habrá conocimiento que nos sea perjudicial en el trabajo que tengamos que hacer. Todo lo que el ocultista sepa lo capacita para ilustrar algunos puntos y en ocasiones para entender otros que sin tales conocimientos no podría comprender. Se nos dice que al fin de esta evolución obtendremos todo el conocimiento; que quedaremos libres de toda ignorancia. Todo nuestro trabajo camina en esa dirección y ciertamente nos es necesario obtener una espléndida información para desempeñar grandes trabajos cuando nos llegue el turno. Mientras tanto es sabia actitud el usar plenamente los poderes que ya tenemos sin desear los psíquicos, hasta que el Maestro juzgue conveniente que los desarrollemos.

Muchos sufrimientos derivan a veces del esfuerzo para forzar su prematuro desarrollo; quien así los posee es a menudo alucinado por engañosos espíritus de la naturaleza; o llega a envanecerse y piensa que no puede equivocarse, y en todo caso el tiempo y la energía que su adquisición requiere, podrían haberse empleado en trabajar por los demás.

C. W. L.—Los traviesos espíritus de la naturaleza, de los cuales hay una gran diversidad, pueden causarnos muchos trastornos. La mayoría de ellos son pequeñas

criaturas que encuentran muy divertido el que una entidad del tamaño del hombre haga lo que ellos dicen y obedezca sus órdenes. Travesuras de esas las hacen con mucha frecuencia, simplemente haciéndose pasar por Julio César o por Napoleón Bonaparte, o por cualquier otro personaje de significación histórica cuyo nombre se les ocurra y constituye una gran diversión para ellos el ver que personas de una evolución superior a la suya hacen lo que ellos sugieren. Pudiera ser que esto no nos resulte muy agradable; pero sí debemos usar la razón y el sentido común para examinar tales visiones.

Si en alguna ocasión oís una voz astral, no saltéis inmediatamente a la conclusión de que es la voz de un maestro o de un gran arcángel. Los muertos se ingenian en algunas ocasiones para comunicarse y darnos consejos y los espíritus de la naturaleza suelen hacer sus travesuras con frecuencia y por eso lo más probable es que seamos juguete de alguna de ellas. Por tanto, escuchad la voz con calma: es un fenómeno interesante, no precisamente por lo que se pueda obtener de él, sino porque cualquier cosa que se aparte de lo ordinario es interesante por eso mismo y porque hay siempre algo que aprender en relación con ella. Pero tampoco neguéis que haya una comunicación: esto también sería torpe. Puede juzgarse que una cosa sea improbable; pero no puede afirmarse que sea imposible. Escuchad respetuosamente la revelación; pero a menos que tengáis buenas razones, no permitáis que afecte vuestra conducta en ninguna forma. Nuestra acción debe ser la consecuencia de nuestras decisiones, siguiendo el curso

de nuestro razonado pensamiento, no dejándonos influir por lo que alguien pueda decir, sin que nosotros sepamos quién es.

Muchísimas personas tienen revelaciones que creen que van a reformar al mundo. Aun cuando por lo general son buenas, casi nunca tienen nada de notable y suelen ser vagas e indefinidas en su enseñanza. Por regla general son siempre mejores que las limitadas y estrechas teorías ortodoxas. En la mayoría de los casos tienen conexión con la enseñanza teosófica y con el Nuevo Pensamiento —Teosofía y agua, predominando el agua. Por lo general son dadas con intenciones perfectamente buenas por algún desencarnado que ha comprobado algunos hechos importantes de la vida y que desea darlos a conocer a los que ha dejado en este mundo, pensando que si tales elevadas ideas fuesen aceptadas, el mundo sería mucho mejor, por lo que trata de difundirlas, inspirado en la teoría de la parábola de Dives, de que si alguno de los muertos viniera, ellos se arrepentirían, y olvidando, por supuesto, la sabia respuesta de Abraham: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco serán persuadidos cuando alguno se levante de entre los muertos".¹

Olvida este hombre que él mismo, mientras vivía en este plano, jamás prestó atención a los mensajes de los espíritus. Quien reciba tales mensajes —lo que puede suceder con mayor o menor frecuencia a todo individuo de condiciones psíquicas— debe recibirlos con todo respeto; pero al mismo tiempo sin excitarse más de la

¹ Lucas, xvi, 31.

cuenta. Muchos de los que reciben tales mensajes se imaginan que han sido elegidos para revolucionar el planeta; pero esto no es fácil. Cuando se nos informa de ellos, aplicamos, si es necesario, ciertas pruebas para determinar la verdad y la validez de tales comunicaciones. Muchos hay que no tienen tales medios a su inmediata disposición; pero les bastaría usar el simple sentido común, aplicándolo a las experiencias super-físicas, para proceder correctamente en relación con ellas. Dos son las actitudes que suelen adoptarse: o las aceptan ciegamente, o se burlan de ellas y las ridiculizan. Ambos extremos son torpes. Todo aquel que ha estudiado estas cosas sabe que efectivamente se nos transmiten tales mensajes; pero la mayor parte de ellos proceden de quienes no pueden decirnos nada nuevo ni exacto. Un muerto, si es lo suficientemente inteligente para ello puede aprender muchas cosas que no pudo aprender en su vida física; pero la mayoría de los desencarnados no aprovecha esta oportunidad, sino que sigue muy satisfecho con las mismas limitaciones y prejuicios que tuvo en la tierra.

Las experiencias super-físicas están aumentando, porque se aproxima el advenimiento del Maestro del Mundo y tal cosa es bien sabida en todos los planos. En el plano físico hay mayor expectación originada por su venida que la que hay en esferas completamente ajenas a las actividades teosóficas. Hay muchas personas que sienten la proximidad de su advenimiento y que por lo tanto están más propensas a recibir esas comunicaciones. Las invitan por su actitud expectante. Por tanto, es cierto que habrá mucha infor-

mación, correcta o incorrecta, con relación a la venida del Señor. El mismo dijo hace algún tiempo que habrían de venir muchos falsos Cristos. El cristiano probablemente entienda que los falsos Cristos, son anti-Cristos, quienes de una manera deliberada engañarán a la gente. Pero la mayoría serán seres de muy buena intención, persuadidos sinceramente de que representan al Cristo y esta sincera persuasión los hará peligrosos, pues el pueblo, sensible a su buena fe, será arrastrado por ella.

La actitud teosófica con relación a los falsos Cristos puede expresarse así: es de lamentar que algunos puedan ser inducidos a creer que alguien, que sólo será una persona ordinaria, es el Maestro del Mundo. Sin embargo: si las enseñanzas son buenas y la gente las sigue noblemente y de buen corazón, mejorarán sus vidas. El hecho de que tengan impresiones equivocadas sobre algunos puntos no alterará el karma de sus buenas vidas. Sería preferible que recibieran claramente toda la verdad; pero no debemos caer en el error de que el que está equivocado con respecto a cierta verdad importante, está necesariamente equivocado en todo lo demás, porque no es así.

Espero, sin embargo, que nosotros, los estudiantes de Teosofía, quedaremos libres de este error particular, pues esperamos este advenimiento con una claridad y de una manera definida que no tienen la mayoría de las sectas. Conforme el tiempo se vaya aproximando deberemos emplear nuestro sentido común más reiteradamente, no negando nunca cualquier posibilidad; pero ejercitando siempre el juicio y la razón.

Podemos adoptar la actitud de Gamaliel: "Si este consejo o este trabajo es de los hombres, vendrá a nada; pero si es de Dios no podrás trastornarlo: no vaya a ser que te encuentres peleando contra Dios". Tomemos, pues, cualquier cosa que haya de bueno, venga de la fuente que fuere.

Los maestros influncian a muchas personas sin cuidarse de que los elementos que utilizan los conozcan o no; por tanto, debemos estar preparados para encontrar, fuera de las organizaciones teosóficas, otras fuerzas con nuestra misma meta. Y mientras seguimos nuestro camino y servimos a nuestra sociedad con firmeza, con fuerza, con fidelidad y con lealtad, afirmándonos en ella porque obviamente ese es el camino que a nosotros corresponde, debemos cuidar de no condenar ni hablar contra ninguna otra forma de manifestación procedente de otras fuentes y que pueda seguir la misma dirección, aun cuando comprendamos que tales manifestaciones puedan no ser puras o perfectas. De ahora en adelante, hasta el tiempo del advenimiento, el poder espiritual fluirá de muy diversas maneras. La misma Jerarquía está haciendo fluir sobre el mundo torrentes de influencia que posiblemente no alcancen a los que están completamente entregados a la vida mundana; pero que tienen gran valor para aquellos que son sensitivos; para los que están en condiciones de recibir este beneficio, significará el hallazgo de un nuevo cielo y de una nueva tierra.

Que habrá de haber acontecimientos extraordinarios es cierto. "La Luz del Asia", que es una fiel transcripción de los libros budistas, en lo que a la vida

del señor Buda concierne, refiere una y otra vez, cómo varias entidades no humanas supieron de su venida y se regocijaron y cómo devas y espíritus de la naturaleza en todas partes sintieron su maravillosa influencia magnética y se congregaron cuando algo especial estaba por acontecer: al tiempo de su nacimiento; cuando estaba próximo a obtener el Budado y en su primer sermón. Hay una gran verdad en esta idea. Siempre que va a ocurrir alguna manifestación del poder más elevado, las otras ramas de evolución son más sensitivas que la humanidad. Debido a que el hombre está más bien dedicado al desarrollo de su mente inferior y a que durante mucho tiempo ha descuidado el lado oculto de las cosas, encerrándose completamente en sí mismo, está en la actualidad, por lo general, menos sensitivo que las criaturas de evolución inferior. He conocido gatos y perros más sensitivos a las influencias elevadas que muchos humanos; no quiero decir que puedan obtener más beneficios de tales influencias, pero sí que las advierten en casos en que para el hombre pasan inadvertidas.

Cuando el Señor venga seguramente seguirá la línea de experimentos practicados por los que hicieron la preparación y los llevará a feliz término y de aquí que sea probable que deje este mundo en condiciones completamente diferentes a las de su llegada. No sólo predicará su religión, sino que muy bien puede ser que sean introducidas muchas otras reformas como consecuencia de su enseñanza. No se puede decir nada de una manera definida, por supuesto, porque es probable que haya oposición ahora como antes.

No creo que se pueda afirmar que arrastre al mundo con su prédica. Probablemente muchos maestros tengan que venir, antes de que su doctrina pura logre la aceptación del mundo en general. Cuando vino hace dos mil años el mundo apenas supo de El. Es de suponer que la vida del Maestro y de los que colaboren con El no será cosa fácil. El mundo en general está siempre dispuesto a fraguar y hacer circular informes mal intencionados, y así es que debemos estar preparados para afrontar gran cantidad de molestias y contrariedades, si no algo peor. Los intereses creados se sentirán hostilizados por las reformas que El proponga. Los intereses creados lo asesinaron la vez pasada, a los tres años solamente de haber comenzado su prédica. No sabemos cómo será esta vez, pero confiamos en que por lo menos exista en cada país un núcleo de gentes que logre que le sea útil el permanecer entre nosotros más de tres años. La Orden de la Estrella de Oriente se ha puesto definitivamente a trabajar para preparar su venida, con un conocimiento completo de lo que esto significa y de los probables lineamientos de su enseñanza. Es posible que haya otros muchos individuos u organizaciones inspiradas en el mismo trabajo y probablemente sin los medios de obtener los conocimientos que nos ha tocado el privilegio alcanzar. Esperamos que nuestro servicio haga posible lo que antes no lo fué. Lo esperamos, pero no lo sabemos. Lo único que nos toca es trabajar de la mejor manera posible.

Los que están destinados por el karma a trabajar con el gran Señor de amor, están ahora encarnando

necesariamente. Oímos, por tanto, con frecuencia, del nacimiento de niños extraordinarios. Deben nacer ahora para que estén en la plenitud de su vida cuando El venga. Es muy probable que tengan ciertas diferencias con los otros niños y no nos debemos sorprender al saber que algunos jóvenes recuerdan sus previos nacimientos o que tengan otras experiencias super-físicas; todo esto es perfectamente natural y debemos esperarlo por la época especial en que vivimos. La doctora Besant dió en alguna ocasión direcciones en cuanto a la forma de conducirse al presentarse algún caso semejante. Dijo así: "No hay que excitarse mucho con relación a estas cosas y no hay que dar por hecho demasiado pronto el que esos niños hayan sido tal o cual persona, pues son muy raros los que saben quiénes fueron en sus vidas pasadas. Hay que tener en cuenta que los niños de esa clase son extraordinariamente sensitivos, por lo que hay que ser muy bondadosos y muy amables con ellos. No hay que tener para ellos palabras o actitudes ásperas de ninguna clase, porque están dotados de una sensibilidad mucho más fina que la de los niños ordinarios. Hay que alejarlos de las multitudes y de vecindades inconvenientes. No hay que permitirles que conozcan sino a unas cuantas personas y hay que rodearlos de magnetismo armónico, que no debe cambiarse con demasiada frecuencia. No hay que mandarlos a la escuela sino mantenerlos en una atmósfera doméstica de cordialidad".

A. B.—Aquí el maestro da otra razón por la que no debemos desear el obtener poderes psíquicos: el tiempo y la energía que son necesarios para ello, pue-

den emplearse en trabajar en pro de los demás. Notad con cuánta insistencia indica el Maestro que nuestra mira debe ser siempre el servicio y la liberación de todas las formas de egoísmo. En vez de usar tiempo y energía para adquirir poderes psíquicos en beneficio propio, hay que emplearlos en servir a los que nos rodean. Si el Maestro advierte que ya usáis todo el poder que tenéis en servicio de los demás, de tal manera que ya se os pueda confiar mayor poder, porque existe la certeza de que habréis de usarlo en forma desinteresada, El tomará las cosas por su cuenta. Si podéis decir ya sinceramente que estáis haciendo uso de todas las facultades que tenéis en forma altruista, contad con la seguridad de que estáis muy a punto de recibir nuevos poderes. Pero son muy pocos los que pueden decir tal cosa y si vosotros no podéis hacerlo, poneos a trabajar hasta obtener esa condición.

Tal es el significado de la parábola de los talentos —que se puede interpretar tanto dando a la palabra talento su sentido moderno, como el antiguo u original de cierta medida o peso de moneda. Un hombre emprendió un viaje y dejó a sus sirvientes alguna cantidad de dinero: a uno le dió cinco talentos, a otro, dos y a un tercero, uno nada más. A su regreso preguntó qué uso se había hecho de sus talentos. Los que recibieron cinco y dos talentos respectivamente, habían comerciado con ellos y podían reembolsarlos con interés. Pero el criado que recibió un talento nada más, lo había escondido y solamente pudo devolverlo sin aumento. El patrón se lo quitó, mientras que a los otros dos criados que le sirvieron con lealtad en cosas

pequeñas, les dió autoridad en muchas cosas más. Y dijo: "A todo el que tiene le será dado y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado".¹ Esto parece paradójico; pero es muy claro el oculto sentido de estas palabras. Al que use sus poderes plenamente, más le será otorgado; al que no los use, y por tanto, desde el punto de vista oculto no los posea, perderá hasta la posibilidad de usarlos; se le atrofiarán.

Nadie puede lamentar que no recibe de los Maestros toda la ayuda a que se cree acreedor. No hay sino un medio de ponerse en contacto con los grandes Maestros y no es otro que el ser útiles a nuestros prójimos. Es lo único que los Maestros toman en cuenta; no miran ellos la capacidad de la persona, sino su utilidad. Me puse en contacto con mi Maestro en esta encarnación, cuando no sabía de su existencia y por lo tanto ni siquiera pensaba en llegar hasta él. Ciertamente es que ya había sido su discípula durante muchas vidas; pero no fué eso lo que motivó que El se me revelara; lo hizo porque estaba haciendo mi mayor esfuerzo para ayudar a los que me rodeaban —al pobre, al miserable, al fracasado; porque para El era satisfactorio derramar influencia sobre mí, ya que yo la hacía pasar sobre millares.

Y así, en lugar de estar clamando al Maestro, en vuestras meditaciones, pidiéndole que se os revele, mirad qué trabajo útil hay que hacer en vuestra ciudad o pueblo y hacedlo. No interesa al Maestro el que

¹ S. Mateo, 25, 29.

su instrumento sepa o no que El lo está empleando. Hay muchos seres, esparcidos por todo el mundo que están dando ayuda a los demás, que están siendo inspirados por el Maestro. Muchos hay fuera de la Sociedad Teosófica que también reciben esa inspiración.

Tales poderes vendrán en el curso de tu desarrollo, deben sin duda venir, y si el Maestro considera que te sería útil su posesión anticipada, El te dirá cómo desarrollarlos sin peligro. Hasta entonces, mejor estás sin ellos.

C. W. L.—Con frecuencia se oye decir: "Yo sé de esos maravillosos poderes que hacen a sus poseedores mucho más útiles". "Me gustaría poseerlos". Nada hay de censurable; pero es preferible seguir el consejo que aquí se nos da y esperar a que vengan en forma natural o hasta que el Maestro nos diga cómo desarrollarlos. ¿Estará El dispuesto a hacerlo? Sí; cuando estemos listos. Mi propia experiencia me lo confirma. Yo no tenía ninguno de esos poderes, ni tampoco pensaba en adquirirlos, porque en los primeros tiempos de nuestro movimiento creíamos que para desarrollarlos era indispensable haber nacido con algunas condiciones psíquicas y yo no tenía ninguna. Sin embargo, un día, en un viaje que hice a Adyar, el Maestro me hizo una sugestión en tal sentido. Me aconsejó que hiciera una cierta clase de meditación, y me dijo: "En tiendo que tendrás buenos resultados". Hice la prueba y los obtuve. Lo mismo se dirá a todo aquel que trabaje en pro del Maestro cuando llegue su tiempo. Po-

demostrarlo por cierto. En qué forma nos dará a conocer su deseo, no podemos predecirlo; pero lo hará de algún modo.

El medio más indicado para capacitarse para tal esfuerzo, es seguramente usar en toda su plenitud los poderes que ya tenemos. Cualquiera persona que lo esté haciendo, sin pensamientos egoístas, estará en vías de recibir nuevos poderes.

Nuevamente la parábola de los talentos. Recordad que los que hicieron buen uso de sus talentos pudieron seguir adelante y les fué confiado mayor trabajo, se les dijo: "Tú has sido fiel en las cosas pequeñas; te confiaré muchas otras cosas; entra en el gozo de tu Señor".¹ Pocos son los que se detienen a pensar el significado de estas palabras —el gozo del Logos; el gozo de los Maestros. No es un placer, una felicidad vaga; no es la entrada al cielo. La creación de los mundos es su gozo; es el festín de Baco en los Misterios Griegos y de Shri Krishna entre los hindúes. El Logos decidió emprender el estupendo trabajo de la evolución; tal es el gozo de nuestro Señor; el gozo de llevar a cabo este plan estupendo de derramar su amor sobre el universo; y si estamos para entrar al gozo del Señor, tenemos que compartir este trabajo y la felicidad que entraña. Si no utilizamos todos los poderes que ya tenemos, el Maestro no nos dará su ayuda para obtener otros. Esperará hasta ver que estamos ya haciendo uso pleno de lo que tenemos. La gente no siempre comprende esto. Quieren convertirse

¹ S. Mateo, xxv, 21, 23.

en trabajadores invisibles, a lo que nosotros decimos: "Sed primeramente trabajadores visibles. Si toda vuestra vida está llena de deseos de colaborar en el plano físico donde sois plenamente conscientes, contad con la certeza de que también seréis útiles en los otros planos".

CAPITULO XVI

PEQUEÑOS DESEOS

Guárdate asimismo de ciertos pequeños deseos que son comunes en la vida diaria. Nunca desees figurar, ni aparecer inteligente.

C. W. L.—Muchos son los que desean pasar por inteligentes; destacarse entre los demás. Pero quien ha visto al Maestro cara a cara, no puede ya pensar en distinguirse personalmente. Quien ha visto tal gloria advierte al momento que todo el brillo que él pueda producir no es más que débil lucecilla comparada con el sol. Tal idea no se le ocurre ya y si la tuvo, se extingue en él. El que imagina que su pequeña lucecilla puede deslumbrar al mundo no ha percibido luces elevadas y no tiene puntos de comparación.

No obstante, para servir al Maestro, debemos usar todas las cualidades que tenemos en todas las formas posibles. Las luces con que contamos no deben quedar escondidas bajo el celémín. No sólo es necesario el poderoso faro del Maestro del Mundo: que alumbren también la costa las lucecillas. Tan brillante es la luz

del faro que muchos se deslumbran; y hay quienes nunca elevan la vista y no advierten su existencia. Para éstos sirven las luces menores, más al alcance de su comprensión. Mucho podríamos ayudar a los que no están en condiciones de recibir la ayuda de los grandes seres. Cada quien tiene su lugar: pero no hay que desear brillar por satisfacción personal; eso sería ridículo.

No desees hablar. Bien está hablar poco; mejor aún es callar del todo, a menos de que estés perfectamente seguro de que lo que vas a decir es verdadero, bueno y útil. Antes de hablar, considera atentamente si lo que vas a decir reúne aquellos requisitos; si no los tiene, calla.

A. B.—Los que gustan de estar hablando siempre, no siempre pueden decir cosas sensatas y por eso dicen cosas que valdría más no oír y contribuyen a aumentar la tremenda murmuración que hay en el mundo. Y causan así tremendos daños al permitirse ser dominados por la lengua, en lugar de ser ellos los que la dominen. Y aquí nos llega una enseñanza que con frecuencia he oído decir al Maestro: piensa, antes de hablar, si lo que vas a decir es cierto, bondadoso y capaz de dar ayuda, y si no tiene estas tres condiciones, cállate. Esto te hará tardo para hablar y gradualmente irás advirtiendo que hablas menos, lo que es muy conveniente.

La gente charlatana desparrama sus energías que

deberían ser empleadas en cosas útiles. Quien habla mucho, trabaja poco por lo general. Podréis pensar quizá que estas indicaciones sobre el hablar podrían aplicarse bien a mí, que siempre estoy dando conferencias. Pero fuera de mi trabajo no hablo mucho. He perdido la capacidad de hablar de futilidades, por lo que es frecuente que los demás se sientan desconcertados con mi silencio. En el occidente tengo con frecuencia que esforzarme para hablar, porque el silencio se toma como aspereza de carácter, como orgullo o como muestra de pocos deseos de agradar. Como es natural carezco de facilidad de expresión cuando no tengo nada definido y útil que decir. Habiad, pues, cuando tengáis buenas razones para ello; cuando lo que váis a decir sea conveniente, cuando el hablar sea consecuencia de vuestra amabilidad hacia los demás. No es este hablar el que debe evitarse, sino el hablar inútil. Cada palabra inútil es un ladrillo que váis poniendo en la pared que os separa del Maestro, y es esta una consideración seria para los que quieren llegar a El.

Quien mucho habla no puede decir verdad. No dirá tal vez, falsedades de manera consciente y perversa; pero no siempre podrá hablar con exactitud y la inexactitud es falsedad. Es difícil hallar algo peor que vivir en una atmósfera de falsedad, tal como la que siempre crea el hablar inexactitudes. Con frecuencia recibo cartas que son un montón de palabrería con algo de hechos en el centro. En todos los asuntos ordinarios de la vida aprendemos a descartar las exageraciones: cuando recibo cartas con quejas contra otras

personas —y recibo muchas de esta clase— juzgo la base que puedan tener, primeramente por mi conocimiento del carácter del que las escribe e interpretando también el estado de ánimo en que pudo haber estado al escribirlas. El Manú dijo que quien ha dominado la lengua lo ha dominado todo, y un instructor cristiano dijo: "La lengua es un miembro pequeño que se jacta de grandes cosas. Mirad qué grandes incendios produce una chispa. Y la lengua es un incendio: un mundo de iniquidad; la lengua es entre todos nuestros miembros la que ensucia todo el cuerpo".¹ Dominar la lengua es dominar la naturaleza inferior. Los pequeños inconvenientes con que el hombre tropieza son en su mayoría el resultado de sus palabras ociosas; la reacción que producen. Los dolores de cabeza, las indisposiciones, la depresión, etc., son sus resultados. Si las personas que sufren esas contrariedades aprendieran el silencio, pronto mejoraría su salud física, tanto porque ya no desperdiciarían su energía nerviosa que derrochan con su charlatanería, cuanto porque no estarían pagando constantemente las deudas kármicas que resultan de su palabra ociosa. Debemos recordar que Pitágoras exigía a sus discípulos dos años de silencio; debemos dar importancia a este hecho porque él fué el maestro a quien ahora conocemos con el nombre de Kuthumí, el instructor de Alcione y también de monseñor Leadbeater.

En la India hay muchos yoguis llamados *munis*, que han hecho votos de silencio, como su nombre lo

¹ Santiago, iii. 5 y 6.

indica. En ese país siempre se ha reconocido la importancia del silencio. Conozco a una persona que ha dado cumplimiento a esos votos durante diez años, de lo que ha derivado una gran paz y dignidad, porque ha podido conducir su vida mucho más espiritualmente que si no lo hubiera hecho. Claro está que para la mayoría de nosotros sería imposible, mientras vivamos en el mundo, cumplir un voto semejante, pues tenemos la obligación de hacer en él trabajos de todas clases; pero sí podemos y debemos seguir el espíritu de esta enseñanza, guardando silencio siempre que nos sea posible, sin ofender a los demás.

La necesidad de observar y juzgar constantemente nuestros actos es también valiosa como entrenamiento para un mayor recogimiento de sí. Tenemos que decir algo, pero previamente determinados a no decir más que lo que satisfaga la regla de la bondad y la utilidad. Es una buena práctica la de hacerse el propósito de cumplir con esta regla durante todo un día; determinarse por la mañana a no decir una sola palabra ociosa durante todo el día; así, por lo menos, se habrá logrado vivir bien un día. Nuestros hermanos jainos usan esta clase de ejercicios para entrenarse en la observación de sí mismos y en el control de la memoria; por la mañana se proponen no hacer determinada cosa durante todo el día, aunque tal cosa carezca por completo de importancia; al observarse así a sí mismos, van adquiriendo la costumbre de controlar sus hábitos y sus tendencias, lo que viene a traducirse en la extinción del hábito del descuido. El señor Buda insistió mucho en este mal del descuido de la conducta,

esto es, en la carencia de reflexión que hace que el hombre cometa tantos disparates.

C. W. L.—Los que gastan todo su tiempo en ociosa locuacidad no siempre hablan de manera inteligente y útil; más aún, no pueden ser veraces. Los que siempre están hablando a la ligera dicen necesariamente algunas cosas que no son ciertas, aun cuando esas falsedades no sean intencionadas. Dicen toda clase de inexactitudes y luego se disculpan diciendo: "No tuve la intención de falsear, por tanto, no tiene importancia". Lo que produce resultados no es lo que se quiere hacer, sino lo que se hace. Si cometéis una torpeza no altera su carácter el hecho de que haya habido buena intención; el karma no se modifica por esta circunstancia. La buena intención, si es de carácter definido puede traer sus beneficios; pero la torpeza cometida acarreará mal karma físico. Cuando un hombre dice algo y luego se corrige: "Sí; me equivoqué; esto no era así", ha dicho una falsedad aun cuando sin intención; pero de cualquier manera ha hecho una aserción falsa. Disculparse diciendo que no tenía la intención de decir una falsedad es como tratar de disculparse de haber disparado contra otro accidentalmente diciendo que no sabía que la escopeta estaba cargada. Era preciso suponer que el arma estuviese cargada, hasta cerciorarse de que efectivamente no lo estaba.

Sería una práctica muy conveniente el decidirse a estar seguros de no haber dicho en todo el día nada que no fuera verdadero, bondadoso y útil. Estaríamos todo el día muy callados, pero seguramente el mundo no perdería gran cosa por ello y sería muy convenien-

te para nosotros. Por supuesto, que así no podríamos sostener una conversación rápida y animada, porque tendríamos que estarnos deteniendo constantemente para pensar. Estas reglas se basan en las leyes de una moral elevada, y el que quiera hacer rápidos progresos debe tratar de ponerlas en práctica. Debe modificar su carácter para estar en condiciones de observarlas, aun cuando lo conduzcan a ponerse en conflicto con los métodos de la vida mundana. Esto puede parecer muy rígido quizá; pero si después de examinarlo detenidamente, encontramos que lo que nos exige una vida elevada es demasiado duro, tendremos que esperar una o dos vidas, antes de poder lograr verdaderos progresos. No es posible hacer las dos cosas: llevar una vida fácil sin hacer ningún esfuerzo y lograr rápido progreso; pero sí podemos hacer una sola de las dos y no podemos hacer ningún reproche al que estime que aún no puede hacer los esfuerzos necesarios.

Bueno es que te acostumbres desde ahora a pensar cuidadosamente antes de hablar, porque una vez alcanzada la Iniciación, deberás vigilar cada palabra a fin de que no se te escape lo que no debe ser revelado.

C. W. L.—Esto podría causar confusión al que no conozca los hechos referentes a la Iniciación. Si alguien pensara en divulgar lo que realmente constituye un secreto de la Iniciación, antes de pronunciar las palabras habría olvidado lo que constituye el secreto. Así es como lo que realmente es secreto queda a salvo per-

fectamente; nunca ha sido divulgado y nunca podrá serlo. Pero sí existe un gran peligro para el iniciado que sea irreflexivo en sus palabras. Sí puede colocarse en una situación muy embarazosa. A mí se me ha confiado determinada información de diversas clases en la que no puedo ver ningún peligro en publicarla en los periódicos; pero se me dijo que no la divulgara y así lo hago; no sé por qué se me exigió ese secreto. Una promesa es una promesa y debe cumplirse como cosa sagrada. Si algunos no están de acuerdo en tal actitud sobre estas cosas, sería preferible que abandonaran inmediatamente todo pensamiento de progreso oculto.

Gran parte de la conversación usual es frívola e inútil y si además cayere en la murmuración, se vuelve maligna.

C. W. L.—Con frecuencia lo que nosotros calificamos de charla innecesaria se sostiene con el propósito de proporcionar a los demás un rato agradable. Esto no es otra cosa, tal vez, que la mala costumbre de dedicar el tiempo a charlar, cuando podríamos emplearlo mucho más útilmente en pensar. Hay sin duda ocasiones en que nos vemos obligados a decir algo que no es absolutamente necesario, para complacer a los que podrían interpretar mal nuestro persistente silencio. Pero además de esto, hay mucha charla innecesaria que no persigue los fines anteriores, sino que es sólo el hablar por hablar. Lo que es una tontería. Los verdaderos amigos pueden estar en silencio y go-

zar, sin embargo, de su mutua compañía, realizando una íntima comunión de pensamiento; pero si se trata de personas que sufren cuando la conversación se interrumpe, será indispensable seguir hablando constantemente, lo que motivará que se digan muchas cosas que sería mejor callar. Las personas muy locuaces no son sabias y, por regla general, no son buenos pensadores.

Acostúmbrate pues, a escuchar antes que a hablar; no des tus opiniones si no se te piden directamente.

C. W. L.—Hay muchos que no pueden oír una cosa que les parezca errónea o incompleta sin contradecir inmediatamente, ocasionando así discusiones y desarmonía. Debemos comprender que no nos incumbe corregir opiniones ni rectificar a nadie que pueda estar equivocado. Lo que sí nos toca es buscar la ocasión de ayudar a los demás en forma mesurada y si se nos pregunta nuestra opinión sobre cualquier asunto, exponerla con calma y ecuanimidad, no con espíritu de oposición. No debemos presumir que nuestra opinión sea de gran interés para los demás; muchas veces no lo es, y por tanto, es una torpeza exteriorizarla. Puede una persona estar plenamente segura de que tal cosa es en determinada forma y nosotros podemos saber bien que no es así; pero lo más conveniente es dejarla hablar, pues es posible que esto le agrade y a nosotros no nos causa ningún daño con ello. Puede él creer que la tierra es plana o que el sol gira en

torno a élla; cosa que sólo a él concierne. Si estuviera uno en las condiciones de un maestro de escuela, encargado de corregir a los niños, debería corregirlos con calma y dulzura; tal sería el deber; pero no hay nadie que desempeñe el puesto de maestro de escuela del público en general.

Por supuesto, al oír una acusación contra alguien, nuestro deber es decir: "Perdone usted, pero no está en lo cierto: eso no es verdad", y hasta donde sea posible exponer la verdad ante la gente. Esto tendría lugar en el caso de una persona indefensa; sería nuestro deber el defenderla.

Un enunciado de las cualidades requeridas las presenta así: saber, osar, querer, y callar; la última de estas cuatro es la más difícil de todas.

C. W. L.—Sostienen los Rosacruces que el que desee hacer progresos ocultos debe resolverse a: saber, osar, querer y callar. Debemos conocer las verdades de la naturaleza y osar emplearlas. Para usar los grandes poderes que nos sean otorgados, debemos contar con una voluntad fuerte que pueda controlarlos y controlarnos a nosotros mismos. Y entonces, cuando podamos hacer todo esto, debemos saber lo suficiente para callarlo.

CAPITULO XVII

OCUPATE DE TUS ASUNTOS

Otro deseo muy común que debes reprimir severamente es el de inmiscuirte en los asuntos de otros. Lo que otra persona haga, diga o crea, es cosa que no te importa y debes aprender a dejarla completamente a su albedrío. Los demás tienen pleno derecho a la libertad de pensamiento, de palabra y de acción, mientras no intervengan en asuntos de otro. Tú mismo reclamas el derecho de hacer cuanto creas justo, y debes conceder a otros la misma libertad, y cuando hagan uso de ella, no tienes derecho a criticarlos.

C. W. L.—No debemos intervenir estorbando las creencias y acciones de los demás, mientras que tales acciones no redunden, obviamente en daño general. Si un hombre se conduce en forma molesta para sus vecinos, puede ser nuestro deber en ciertos casos, hacerle alguna sugestión; pero aun en tales circunstan-

cias suele ser preferible que las cosas sigan su curso hasta arreglarse de por sí.

Nosotros, los anglo-sajones hacemos mucho alarde de la libertad; pero estamos muy lejos de ser realmente libres, pues estamos manejados por la costumbre en grado casi inconcebible. No podemos vestir como nos guste, ni salir de paseo cuando quisiéramos. Para algunos sería preferible vestirse al estilo griego—probablemente una de las formas más hermosas de vestir—pero si alguien vistiese la túnica y saliera a la calle, se vería rodeado por la multitud y posiblemente sería arrestado por interrumpir el tráfico. En cualquier país verdaderamente libre, podríamos vestir y actuar como nos viniera en gana, siempre que nuestra conducta no fuera causa de molestias para los demás. Pero en realidad no gozamos de verdadera libertad; no podemos desviarnos de la línea que siguen los demás, o, por lo menos, sólo podemos desviarnos muy ligeramente, pues de lo contrario se originan muchas molestias y contrariedades. Es de lamentar, pues una libertad verdadera sería muy conveniente para todos, especialmente para los que tienen la propensión a meterse en los asuntos ajenos.

A. B.—Me parece que la mayoría de nosotros tenemos tanto entusiasmo y estamos tan seguros del valor de lo que hemos aprendido, tan convencidos de su suprema importancia, que deseamos que los demás piensen como nosotros: y en ocasiones hasta queremos forzarlos a ello. Esta es una falta de casi todos aquellos que tenemos un temperamento entusiasta. Pero el hombre, sólo puede aceptar con agrado lo que ya tiene

en su interior, aunque ese conocimiento no haya alcanzado su cerebro y no pueda por lo mismo darle voz plenamente. Mientras no llegue a ese estado preliminar no está en condiciones de aceptar una verdad que se le presente desde el exterior y tratar de imponérsela es causarle más daño que bien.

De la misma manera, la conciencia no puede crearse desde afuera; es solamente el fruto de la experiencia pasada. Por lo tanto, la aceptación de toda enseñanza y consejo, implica que la presentación externa ha puesto en vibración el conocimiento poseído por el hombre interno y que este conocimiento ha llegado hasta el cerebro. Todo lo que puede hacer un instructor en tales condiciones es hacer llegar al plano físico del hombre, el conocimiento que ya posee en otros planos. Uno de los grandes Maestros ha hecho notar que muchas personas reciben el conocimiento teosófico fuera de sus cuerpos, mientras duermen. En esta forma aprende el hombre real y el conocimiento que así adquiere, puede volver a dársele un instructor del plano físico con palabras que le ayuden a hacer llegar ese conocimiento a su cerebro. Esto es todo lo que el instructor del plano físico puede hacer.

Nosotros tenemos que llegar a comprender, por medio de reiteradas desilusiones, que no podemos conducir por un camino a alguien que no esté capacitado para recorrerlo y así es como vamos adquiriendo mucha calma y quedamos listos para dar nuestra ayuda cuando pueda ser útil, suspendiendo nuestra actividad y esperando cuando no podamos ayudar, esto es, cuando la persona no se beneficia con nuestra ayuda. Tal actitud

es juzgada por el ignorante como indiferencia, cuando la verdad es que la persona más avanzada sabe exactamente cuándo puede dar ayuda y cuándo no.

Los que no pueden determinar con exactitud cuando pueden ayudar, deben seguir una política de tanteo. Sugerid un pensamiento; si es recibido con indiferencia o si es rechazado, podréis ver que la persona a quien os dirigís no está en condiciones de recibir vuestra ayuda. Podéis luego esperar o buscar otro recurso, según sea el caso. Esto es mucho mejor que querer imponer lo que sabéis. No sofoquéis mentalmente a esa persona vertiendo sobre ella todos vuestros conocimientos y ofuscándola con ellos. Nos agrada exigir la libertad para nosotros; empero rehusamos concederla a los demás. Esta falta es seria, pues los demás tienen el mismo derecho que nosotros para formarse sus puntos de vista y para expresarlos.

Suele presentarse la falta inversa. No lleguéis al extremo de creer que tenéis la obligación de aceptar las opiniones ajenas. Estáis en el más completo derecho para no admitirlas. Podéis decir con toda franqueza: "No, yo no estoy de acuerdo con eso", o bien, podéis callar; pero lo que no podéis hacer es atacar a otro por que no acepta vuestra opinión. Cuando oigáis a alguna persona hacer una afirmación, usad antes que nada vuestro sentido común; ejercitad vuestra razón al oír cualquier aserción. Dejad libres a los demás; pero nunca os esclavicéis.

Si crees que alguien procede mal y puedes hallar la ocasión de hacerle observar en pri-

vado, con perfecta dulzura, por qué piensas así, es posible que lo convenzas; pero muchos casos hay en que aún esto resultaría una intromisión indebida. Por ningún motivo deberás tampoco ir a murmurar de ello con tercera persona, porque eso sería una acción extremadamente malvada.

A. B.—En ocasiones podéis ayudar a alguna persona de quien sepáis que está procediendo en forma no acorde con la moralidad; pero en tales casos se requiere una gran circunspección, pues es sumamente fácil causar más mal que bien. Solamente puede tratarse de dar ayuda en tales condiciones en forma privada y muy amistosa, tal como el Maestro lo indica. Si la persona de quien se trata es testaruda en sus opiniones, dejadla que aprenda por experiencia propia, muy buena maestra por fortuna.

Si una persona sustenta una idea equivocada y os la expone, no es necesario decirle que está en un error, a menos de contar con la seguridad de que tiene más confianza en vuestro juicio que en el suyo propio o por lo menos de que habrá de considerar seriamente lo que vosotros le digáis; en muchos casos se pondrá en condiciones de no encontrar su error por sí mismo, y vale más dejar que así suceda. Con frecuencia me visitan algunas personas para hacerme saber de acontecimientos que van a ocurrir, según sus creencias; por lo general las escucho con calma y atentamente sin expresar ninguna crítica. Cuando la profecía no se cumple, la persona que la hizo advierte su error, pero uno

la deja que saque sus conclusiones por sí mismo. Es inevitable que sucedan estas cosas cuando muchas personas se están poniendo en contacto con el ocultismo. Muchas veces caen en confusiones, pues gran parte del andamiaje de sus juicios se derrumba y muchos vislumbran que su criterio se está destruyendo en medio de los terremotos que están ocurriendo. Lo único que hay que hacer en tales circunstancias es permanecer calmados, firmes y serenos; gradualmente se irán poniendo las cosas en claro; lo que es falso, pasará; las cosas reales subsistirán.

Si ves tratar con crueldad a un niño, o a un animal, es tu deber intervenir.

A. B.—En un caso de crueldad con un niño o con un animal, es nuestro deber el interponernos, porque la fuerza está abusando de la debilidad, que debe ser protegida, ya que no puede hacerlo por sí misma. En cualquier caso, por lo tanto, en que se esté maltratando a un niño o a un animal, es deber del más fuerte el interponerse para no permitir que se infrinjan los derechos del débil, ni que se le despoje de su libertad. Así pues, intervenid siempre que presenciéis una crueldad con un niño y tratad de que vuestra intervención sea efectiva.

Si observas que alguien viola las leyes del país, deberás informar a las autoridades.

C. W. L.—Mucho se ha hablado de este pasaje y varios son los que omiten acatarlo. Es caso curioso, pues

es un hecho que quien oculta un crimen, ya sea antes o después de su comisión, es un cómplice del hecho y así lo estima la Ley. Hay quien dice: "¿Pero es que vamos a convertirnos en espías para ver si se infringe la Ley?" Ciertamente que no: nadie os ha designado como detectives para ver si se viola la ley.

La ley forma la cohesión de un país; establece el orden en bien de todos; por lo tanto es deber de todo ciudadano apoyarla. Además, es preciso tener sentido común. Nadie está obligado a obedecer leyes anticuadas aun cuando permanezcan en el código. Ni es necesario que nadie se dedique a dar aviso a los tribunales de infracciones insignificantes. Tomemos por ejemplo el caso de violación de propiedad ajena; si véis que un hombre cruza un pasaje de un parque ajeno, creo que no estáis obligados a denunciar esa insignificancia. Si se os pregunta sobre ello estáis, por supuesto, obligados a declararlo. Examinemos los contrabandos aduanales. Tengo que reconocer que todo buen ciudadano debe cumplir con esta ley, y no hacer contrabando ninguno. Al mismo tiempo, debo indicar que si vemos que algún viajero está pasando de contrabando algunos cigarrillos o cosas por el estilo, no nos es preciso informar a las autoridades, porque tal infracción no causa daño a nadie.

Por lo que a mí toca, reconozco que no debo violar esa ley, pues si es tal, hay que darle cumplimiento y si es mala hay que emplear medios constitucionales para cambiarla. Tenemos algunas leyes que son difíciles de cumplir. En algunas partes es obligatoria la vacuna. Personalmente me opongo a ser vacunado y me rehuso

a someterme a esa ley, excepto en casos de fuerza mayor. Tengo que estar dispuesto a ir a prisión antes que permitirlo, porque es una cosa indebida. Todas estas son cuestiones en las que cada quien debe usar su razón.

En la India se establece en forma definida cuáles son los crímenes que deben denunciarse; por supuesto deben denunciarse todos los crímenes serios. El que presencia un asesinato o un robo tiene el deber de denunciarlo, pero con respecto a una infinidad de infracciones pequeñas, a nadie se considera, en la India, cómplice de ellas, por el hecho de no haberlas denunciado.

A. B.—Es deber de todo ciudadano, siempre que sabe de una infracción a la ley, el oponerse a ella. Es uno de los deberes elementales de un ciudadano. El otro día se presentó una objeción contra dicha enseñanza. Un estudiante vino a decirme que había en este libro algo que él no podía aceptar; juzgaba él, que equivalía a una sugestión en el sentido de que debíamos estar espionando constantemente y acechando los asuntos ajenos. Nada hay de tal cosa, por supuesto; peso sí, cuando sabemos que la ley ha sido infringida, debemos intervenir porque es la ley la que da cohesión a un país; la que establece y conserva el orden y la que da unidad al pueblo. Es por tanto, un deber del ciudadano el apoyarla; nadie tiene derecho de ocultar un crimen que va a cometerse, pues quien lo hace, participa en él. Es generalmente reconocido que a una persona que sabe de un crimen y no lo denuncia se le considere legalmente cómplice y quedara sujeto a las penas legales. Hube de suponer que mi objetante no consideró bien sus palabras, ya que un país cuyos ciudadanos no reconocen este sen-

cillo deber, ni le dan cumplimiento, degenera por falta de espíritu público.

Si se te confía el cargo de educar a una persona será tu deber hacerle notar con dulzura sus defectos.

C. W. L.—Esto es obvio. Se nos pone a cuidar de un niño, de un discípulo, de un criado, porque somos de mayor edad y de más conocimiento. Si no les decimos nada de las faltas que cometen, pierden la ventaja de nuestra sabiduría y de nuestra experiencia; es por ello que faltamos a nuestro deber si no hacemos lo que se nos tiene encomendado.

Exceptuando tales casos, ocúpate de tus propios asuntos y cultiva la virtud del silencio.

A. B.—Pensad en lo diferente que sería la sociedad si este consejo fuese puesto en práctica. En lugar de estar constantemente en guardia contra sus vecinos, cada quien podría vivir su vida franca y abiertamente, pues todos dejaríamos a los demás actuar como lo estimaran conveniente y la tolerancia y la buena voluntad mutuas substituirían a la intervención y a la maledicencia. Nuestra quinta raza, que es la que domina al mundo en la actualidad, es agresiva, combativa y de espíritu crítico; pero debemos esforzarnos por vivir la vida de la futura, de la sexta raza-raíz a la que debe llegarse por la tolerancia y por la activa buena voluntad. Esto nos

llevará a la idea general de la fraternidad, sobre la cual habrá de establecerse la sexta raza.

C. W. L.—No parece cosa difícil el ocuparse de sus propios asuntos; pero son muy pocos los que lo hacen. Esto significa que la intervención y la maledicencia, tan comunes en la actualidad por desgracia, deben ser reemplazadas por una actitud general de tolerancia y buena voluntad. Si alguien hace algo fuera de lo usual temo que mucha gente salte inmediatamente a la conclusión de que lo inducen motivos impuros. No es esta una conclusión correcta; puede esa persona tener sus razones particulares y como quiera que sea, a menos de que su conducta sea plenamente indebida o molesta para nosotros, debemos dejarla que prosiga su camino y que proceda como mejor le parezca.

Como muchos de los otros defectos comunes en nuestros días, esto es resultante de un exceso de las cualidades de la quinta raza y de la quinta sub-raza. Nuestra raza está desarrollando las facultades críticas de la mente inferior y esto, llevado al exceso, nos hace propensos a la agresividad, a la combatividad y a la disputa. De aquellos que aspiran a obtener progreso oculto se espera que cultiven la cualidad de buddhi, la cualidad que unifica, la que da síntesis en vez de análisis y trata de ver los puntos de contacto en vez de los de diferencia. El desarrollo de tal cualidad será el trabajo de la sexta raza-raíz, y de una manera subsidiaria, de la sexta subraza, que está alboreando ya en América, Australia y algunos otros lugares.

La Sociedad Teosófica proclama la idea de la fraternidad y un medio de practicarla es hallar lo que me-

rezca elogio, no lo que merezca censura. Algo digno de elogio y algo merecedor de censura puede encontrarse en todos los hombres y en todas las cosas, si se busca; y todas las razones están a favor de los que buscan las buenas cualidades, no las cosas dignas de reproche. Deberíamos aspirar a esto para buscar un equilibrio; dejemos la tarea de encontrar defectos al resto de los mortales que seguramente seguirán haciendo ese trabajo con mayor gusto del que podríamos tener nosotros. Es muy valioso el ejercicio de ir buscando las cosas buenas, pues mientras no comencemos esta práctica, no comprenderemos en realidad las muchas cosas buenas que hay en todos los seres. Cuando lo hagamos empezaremos a hallar toda clase de bellas cualidades en personas que hemos venido conceptuando desfavorablemente. Es fácil formarse opinión de alguna persona a quien no conocemos bien, fundándola solamente en una o dos cosas; si algún día la hallamos iracunda, la juzgamos como persona irritable; si la encontramos alguna vez descontenta, la calificamos ya entre las personas de mal carácter. Es probable que hayamos tropezado con esa persona en un mal rato y que su vida en general no esté tan coloreada de esos defectos, como nos suponemos.

Si necesariamente tenemos que equivocarnos algunas veces, que sea por el lado bueno; demos a las personas una dosis más del crédito que se merecen; que no les hará ningún daño, ni tampoco a nosotros. Un Maestro dijo en una ocasión: "En todo hombre hay bien y en todo hombre hay mal". Cuidaos de juzgar mal a una persona, pues si esperáis de ella malas acciones y no las comete, tendréis el disgusto de veros obliga-

do a reconocer que vuestro juicio era erróneo. Es mucho mejor pensar demasiado bien de cientos de personas que pensar demasiado mal de una sola siquiera. Vivamos la vida búddhica, al menos hasta el grado de esforzarnos por hallar las cosas buenas y no las malas, no sólo en aras de la verdad y de la justicia, sino también porque sabemos que nuestros pensamientos son poderosos, que el pensar mal de otro lo estimula a ser malo y que el pensar bien de él disminuye el mal y ayuda al bien a manifestarse.

Una de las cosas principales que tenemos que aprender es a no permitir que la mente inferior nos avasalle y nos haga atribuir motivos indignos a los demás. Nuestra experiencia de la naturaleza humana nos ha puesto de manifiesto que es cosa falible; que los hombres no siempre se gobiernan por consideraciones inegoístas; de aquí que la tendencia natural sea la de buscar en la conducta ajena algo egoísta, en vez de algo elevado. Pero no debemos permitirnos ser arrastrados hasta el nivel de la sospecha y la maldad; no sólo a favor de nosotros mismos, sino en bien de los demás, nos es necesario buscar primero el motivo elevado, y, aun cuando no podamos hallarlo, dar crédito a la persona por su buena intención. Cuando pensamos en un motivo malo lo intensificamos con nuestro pensamiento, pues la mente es muy receptiva. Si un hombre ha sufrido una caída y le damos el crédito de su buena intención, pronto sentirá vergüenza de sus bajos motivos y los substituirá por otros más elevados. Además, atribuyendo a todos nuestros amigos los mejores motivos posibles podemos tener la seguridad de acertar en nueve casos de cada

diez. Por supuesto, el hombre mundano dirá con cinismo a quien así proceda: "¡Vaya un simple!" Es preferible ser un simple haciendo el bien en esta forma que ser el hombre listo que no puede pensar bien de nadie.

Prácticamente hablando, no hay quien sea deliberadamente perverso. Debemos, por lo tanto, evitar el común error de pensar que aquellos que hacen lo que llamamos mal, lo hacen con motivos perversos. No debemos caer en la injusticia de suponer, por ejemplo, que los que comen carne piensan siquiera en lo que hacen, ni que al hacerlo sepan que están procediendo mal. Por lo general no obran en contra de sus sentimientos; se limitan a seguir una costumbre inconscientemente. Son muy buenas personas; de hecho, buenas personas en la Edad Media, se quemaban unos a otros sin ocuparse para nada de reflexiones. Pero uno de los Maestros dijo: "Nuestro objeto no es hacer buenas personas; sino hacer fuertes poderes espirituales para el bien".

CUARTA PARTE
BUENA CONDUCTA

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

CAPITULO XVIII

CONTROL DE LA MENTE

El Maestro especifica así las seis Reglas de Conducta que son especialmente requeridas:

- 1.—Dominio de sí por lo que atañe a la mente.
- 2.—Dominio de sí en la acción.
- 3.—Tolerancia.
- 4.—Contentamiento y alegría.
- 5.—Finalidad única.
- 6.—Confianza.

(Sé que a menudo algunas de estas Reglas han sido denominadas de diferente modo; como también los nombres de las cualidades, pero en ambos casos he adoptado los nombres de que el Maestro se sirviera al explicármelas.)

A. B.—Como dice Alcione, las traducciones que da el Maestro para estas cualidades son un tanto diferentes de aquellas a las que estamos acostumbrados. Las tres

primeras no difieren de las traducciones que hemos venido usando por muchos años, pero las tres últimas son un tanto diferentes, aun cuando su significado es el mismo, como es natural. El tercero de estos puntos de buena conducta lo he traducido con el nombre de "tolerancia", que es el que aquí usa el Maestro, pero sé que a muchas personas no les parece apropiado. El término sánscrito es *uparati*, que significa literalmente "cesación". Tomamos la palabra cesación en el sentido de no continuar con la crítica y el descontento; y el lado positivo de esta virtud es, por tanto, tolerancia.

La cuarta *titiksha*, la he traducido siempre con la palabra paciencia; por supuesto la idea de alegría es la misma, ya que una persona que tiene paciencia es necesariamente alegre. Aquí el Maestro que es —me puedo permitir esa palabra— risueño, usa un término que pone énfasis en este aspecto de dicha cualidad y es conveniente que todos meditemos sobre este punto. Luego aparece la finalidad única, que se expresa en sánscrito con el término *samadhana* que he traducido como equilibrio y vemos también aquí que la idea es la misma, ya que una persona con unidad de propósito tiene equilibrio y viceversa. Por último, viene *shraddha*, que he traducido siempre por fe. El Maestro emplea la palabra confianza y nuevamente aparece invariable el significado, pues siempre he definido la fe como la total creencia en el Dios interno y en el Maestro. Es muy conveniente notar bien las diferencias así como las semejanzas, pues que nos ayudará a penetrar mejor en el significado de los términos.

1.—Dominio de sí por lo que atañe a la Mente. La cualidad de ausencia de deseo demuestra que el cuerpo astral debe ser dominado, lo cual implica que deberá hacerse otro tanto con el cuerpo mental. Esto significa control del carácter para no experimentar ni cólera, ni impaciencia; control de la mente para que tu pensamiento pueda estar siempre calmado y sereno. Y, mediante el mental, control de tus nervios para que sean lo menos posible susceptibles de irritación.

C. W. L.—Dominar el temperamento es precisamente una de las cosas que es muy difícil, pues estamos haciendo el experimento de elevarnos en la evolución (lo que significa refinar mucho nuestros vehículos y hacerlos más y más sensitivos), siguiendo a la vez en la vida del mundo. Nuestra victoria será mucho mayor precisamente a causa de esas dificultades, el vencimiento de las cuales pondrá de manifiesto que hemos progresado más, en fuerza de voluntad, que el monje o el ermitaño.

En ocasiones el hombre logra éxito en desenraizar los sentimientos de ira, sin embargo de lo cual, se le dificulta dominar por completo los vehículos exteriores; puede aún subsistir un sentimiento de impaciencia cuando la fuerza que lo originaba ha desaparecido en absoluto. Esto no es tan malo como tener el sentimiento y no mostrarlo; pero debemos librarnos hasta de eso, porque de no hacerlo daremos a los demás una impresión equivocada. Observando clarivamente el cuerpo astral del hombre de tipo medio, se advierte que todo

ese cuerpo no es sino una masa giratoria que en lugar de tener colores y estrías definidas circulando en la debida forma, tiene en su superficie cincuenta o sesenta pequeños vórtices o torbellinos en violenta agitación, cada uno de los cuales, por la rapidez de su movimiento, forma un grueso nudo semejante a una verruga. Si se examinan esos vórtices, se advierte que todos ellos se formaron como consecuencia del estallido de las pasiones, o de pequeñas inquietudes, sentimientos de ofensa, celos, envidias y aun quizá de odios sufridos por el hombre durante las últimas cuarenta y ocho horas. Los vórtices mayores que se perpetúan durante más tiempo, se forman cuando el hombre renueva varias veces el mismo pensamiento con relación a la misma persona.

Mientras un hombre permanece en tal estado, le es del todo imposible pensar con la claridad y precisión que podría obtener en otras condiciones; si quiere pensar o escribir sobre cualquier asunto, sus conceptos tienden a quedar coloreados y desfigurados por esos vórtices, aun cuando él haya olvidado ya los sentimientos que los formaron. El hombre olvida sus sentimientos de disgusto sin percatarse de que aún siguen en él los efectos; muchos hay que conservan siempre, más o menos, el mismo número de vórtices.

Los prejuicios aparecen bien claros a la clarividencia astral o mental. La materia del cuerpo mental debe tener rápida circulación; no en todo él; pero sí en ciertas áreas o zonas. Hablando de manera general, la materia tiende a colocarse de acuerdo con su densidad, en forma tal que la materia más grosera, aun cuando circu-

le hasta cierto punto por todo el cuerpo, tiende a gravitar hacia la parte más baja del ovoide, por lo que la gente en quien tienen preponderancia los sentimientos y pensamientos egoístas parecen un huevo que descansa sobre el extremo más ancho, mientras que aquellos que son notablemente altruistas o que han logrado desarrollo oculto, semejan huevos colocados en su extremo más angosto. Hay en el cuerpo mental cuatro zonas o sectores, de igual manera que hay en el cerebro departamentos a los que corresponde determinados tipos de pensamientos.

Imaginemos un hombre intransigente en materia religiosa. La materia mental, en vez de fluir con libertad en su correspondiente departamento se va acumulando hasta formar un montón y comienza a enconarse y a echarse a perder. Como sus pensamientos en cuestiones de religión deben pasar por la división correspondiente del cuerpo mental, nunca pueden estar acordes con la verdad, pues sus vibraciones quedan afectadas por lo que literalmente constituye una enfermedad verdadera que ahí se ha generado. Sus conceptos propenden al prejuicio, hasta que se ponga en cura por medio de un deliberado control y purificación de la mente. Sólo entonces podrá él aprender a pensar con verdad, esto es, a ver las cosas tal como las ve la Deidad, quien conoce absolutamente la totalidad de Su sistema como exactamente es.

Los prejuicios no son necesariamente contra las personas o contra las cosas; pueden, en algunos casos, ser a favor. Aun así hay en ellos falta de verdad y se manifiestan igualmente como corrupción del aura. Uno de

los casos más comunes es el de la madre que no puede admitir que haya habido desde el principio del mundo un niño como el suyo. Otro ejemplo es el del artista que es incapaz de hallar nada bueno en ninguna escuela que no sea la suya.

Todo esto, desde el punto de vista de la fuerza psíquica, es como una llaga por la cual se derrama la fuerza de voluntad incesantemente. Tales son las condiciones del hombre común y corriente; pero cuando se trata de un hombre de temperamento belicoso, el caso es peor aún: toda su persona es una llaga carente de fuerza, pues toda la derrama. Si queremos conservar nuestras energías y hacer buen trabajo con ellas, como tiene que ser, si queremos llegar a ocultistas, lo primero por hacer es vigilar todas estas vías de desperdicio. Supongamos que deseamos sofocar un incendio: tenemos que contar con una toma de agua. Hay que bombearla a alta presión y no debe haber en absoluto ningún derrame de agua por los cilindros o tuberías. Esto significa, tratándose de nosotros, calma y dominio mental.

Parece ser que el hombre de tipo medio tiene muy poca o ninguna voluntad; cuando se le presenta una dificultad, se deja agobiar por ella y se lamenta y se queja en vez de dirigir su voluntad para dominar el inconveniente que se le presenta. Dos son las razones que determinan esa debilidad. El grado de poder que se manifiesta en cada hombre varía de acuerdo con la realización de su verdadero Ego —el grado en que el Ego Unico, la Deidad— se manifiesta desarrollado en él. En esencia todos somos de igual fuerza, pero los hombres difieren unos de otros según el grado en que manifies-

tan en ellos mismos la Fuerza Divina. El hombre común y corriente no ha desarrollado mucho esa manifestación y si algo ha hecho en tal sentido, la está desperdiciando.

Muchos de nosotros deberíamos comprender más plenamente la presencia del Maestro y allegarnos otras varias buenas influencias de los planos superiores hasta el cerebro físico. Tales influencias deben descender a través de los diferentes vehículos; deben reflejarse de uno a otro. Examinemos el reflejo de un grupo de árboles sobre la superficie de un lago o de un río. Si la superficie está quieta, obtendremos una reproducción perfecta y podremos ver las hojas con toda claridad; pero la más pequeña agitación del agua altera por completo la imagen reflejada. Si hay una tempestad, la imagen se destruye por completo. Esto es exactamente cierto con respecto a los cuerpos astral y mental. Debemos conservarlos en calma y quietud para poder recibir por su conducto, las influencias superiores. Con frecuencia se pregunta: ¿Por qué no recordamos todo lo que hacemos durante el sueño? Esta es una de las razones: porque nuestros vehículos no están lo necesariamente quietos. Una que otra vez pueden encontrarse lo suficientemente calmados para transmitirnos algo, pero aun entonces la impresión es por lo general muy confusa, porque el conducto no es perfectamente claro. Es como ver algo a través de un vidrio de mala calidad, en lugar de usar un cristal fino: todas las proporciones se perciben completamente alteradas.

Cuando hayamos logrado permanecer en calma, podremos trabajar en medio de perturbaciones y molestias,

pero por supuesto es necesario un gran esfuerzo para mantener los cuerpos en calma en semejantes condiciones. Es un esfuerzo de tal naturaleza que no todos pueden soportarlo; pero la fuerza se irá adquiriendo paulatinamente.

El ocultista, por medio del auto-control, aprende a trabajar simultáneamente en dos planos, esto es, a estar parcialmente fuera de su cuerpo físico al mismo tiempo que está trabajando en ese plano; en forma tal que mientras está escribiendo o hablando, puede estar haciendo otras cosas con su cuerpo astral. He oído decir, por ejemplo, que al estar dando alguna conferencia, varias personas del auditorio han observado entidades astrales que suben a la plataforma a hablar conmigo. Esto ha sido visto correctamente; con frecuencia esas entidades suben a hacerme preguntas o a sugerirme que haga alguna cosa, mientras que la conferencia sigue su curso. Esto es solamente un pequeño ejemplo que ahora me ocurre; pero con frecuencia hay casos de trabajos mucho más serios que hay que hacer en los cuales el ocultista usa su conciencia en esa forma complicada.

Esta doble concentración se pone en práctica con frecuencia en la vida ordinaria también. Hay mujeres que, mientras conversan, pueden hacer labores de tejido, porque el tejer ha llegado a ser para ellas una actividad mecánica. En algún tiempo tuve muchos negocios con los grandes bancos de Londres y pude observar allí hombres, acostumbrados a sumar rápida y correctamente largas columnas de números, a la vez que cantaban alguna tonada para entretener a sus compañeros de traba-

jo. Debo confesar que esto me sería completamente imposible; pero lo he presenciado muchas veces.

A. B.—En la sección sobre la carencia de deseos el Maestro trató ya del dominio del cuerpo astral y de las numerosas formas del deseo, y en la lección del discernimiento habló mucho sobre la verdad, que implica la purificación del cuerpo mental. Vuelve a tratar ahora del dominio de la mente y de las emociones; una emoción es una combinación de pensamiento y de deseo. Las emociones son deseos penetrados por el elemento del pensamiento. En otras palabras, la emoción es deseo mezclado con pensamiento. Cuando el Maestro habla aquí del control del temperamento, se refiere a la emoción, porque la impaciencia y los sentimientos similares proceden parte del cuerpo de deseos y parte del cuerpo mental. El que aspira a ser ocultista no debe dejarse arrastrar por su temperamento, pues mientras no logre controlarlo, en forma tal que sus emociones no lo trastornen, no estará en condiciones de ver las cosas con precisión y claridad. Las vibraciones emocionales causarán la correspondiente excitación en la materia mental y todos los pensamientos del hombre quedarán trastornados y perturbados, lo cual no le permitirá ver las cosas correctamente.

Añade el Maestro que el pensamiento debe estar en calma y sin alteración; esto es necesario, pues solamente en tales condiciones pueden las influencias descender a la mente inferior desde lo superior. Me parece que es en "El mundo Oculto" donde el señor Sinnett cita una carta del mismo Maestro, Quien le indica que si desea escribir en forma útil, debe conservar la mente en cal-

ma, para que los pensamientos de la mente superior puedan reflejarse en ella, como las montañas en un lago tranquilo.

Es muy buena idea. Cuando queráis escribir una carta sobre algún asunto serio —Teosofía por ejemplo— o concebir un artículo, sentaos quietamente por algunos minutos; sosegados antes de comenzar a trabajar. No es desperdiciar el tiempo, pues al empezar a trabajar notaréis que vuestro pensamiento fluye con calma y sin esfuerzo, y no tendréis que hacer una pausa a medio trabajo para reflexionar en la forma de seguir adelante. Sucederá así porque la mente superior se estará reflejando en el espejo de la inferior. Esta práctica es importante especialmente para aquellos que no puedan sustraerse, de las cosas externas, a voluntad.

Puede hacerse uso de las perturbaciones exteriores para practicar la concentración. Cuando niña se me hacía estudiar mis lecciones en un cuarto donde otros chiquillos recibían clases diferentes y fué así como adquirí la facultad de concentrarme en mi tarea mientras se efectuaban a mi alrededor diferentes actividades. Como consecuencia de ello tengo ahora el poder de trabajar sin sufrir perturbaciones por lo que está sucediendo cerca de mí, aun cuando debo confesar que me es difícil hacer cálculos en tales circunstancias. Siempre he sentido gratitud por esto hacia mi profesora la señorita Marryat. Este poder se adquiere con la práctica y es de gran utilidad en muchas formas. Encontré, por ejemplo, que también pude usarlo estando parcialmente fuera de mi cuerpo, como cuando escribí una de las vidas de Alcione.

En el hogar hindú esta facultad adquiere desarrollo

como consecuencia natural, pues se acostumbra hacer diferentes cosas en la misma habitación, donde por lo general corretean chiquillos y tienen lugar muchos pequeños acontecimientos. En la escuela del pueblo y también en el hogar, se enseña a un grupo de niños diferentes cosas al mismo tiempo, todo en alta voz y a cada quien una materia distinta, estando el Maestro pendiente de todos ellos para corregir los errores que vayan cometiendo. No juzgo que sea este el método ideal de enseñanza; pero los niños aprenden a concentrarse, lo que les será después de gran utilidad. ,

Si podéis adquirir ese poder de concentración, mucho mejor y, por tanto, si os véis en la necesidad de vivir entre el ruido, no lo lamentéis; antes bien, utilizadlo. Tal es el camino que sigue el estudiante de ocultismo. Hago de esto mención especial, porque por tales medios es como se forman los ocultistas. Aprender a trabajar en condiciones difíciles significa progreso y es esta una de las razones por las cuales algunos hemos logrado progresar y otros no tanto. Por lo que a mí toca, siempre he tratado de recibir todas las cosas tal como vienen, en lugar de darme a las lamentaciones. En esa forma se aprovechan todas las oportunidades.

Esto último es difícil, porque, al tratar de prepararte para el Sendero no puedes impedir que tu cuerpo se vuelva más sensitivo, al grado de que sus nervios se perturbarán fácilmente al menor ruido o choque, y resentirán agudamente cualquier presión; pero precisa evitarlo lo mejor que puedas.

A. B.—El Maestro dice que es difícil dominar los nervios. Esto es por razón de que el cuerpo físico es aquel sobre el cual el pensamiento ejerce menor poder. Podéis afectar, con cierta mayor facilidad, vuestros cuerpos astral y mental, por estar formados de materia más fina y más obediente a la acción del pensamiento; pero la materia física, que es de mayor densidad, es mucho menos sensible y, por tanto, más difícil de dominar. Sin embargo, a su tiempo, controlaréis el cuerpo físico.

El discípulo debe ser sensitivo y dominar, sin embargo, en forma completa, los nervios y el cuerpo. Mientras mayor sensibilidad se adquiere, más difícil se hace la tarea; hay muchos ruidos que las personas comunes y corrientes ni siquiera advierten, y que constituyen una tortura para los que son sensitivos. Hay ciertas enfermedades que producen una excesiva sensibilidad de los nervios; en tales casos el ladrido de un perro puede hacer que una persona sufra convulsiones. Este ejemplo es suficiente para mostrar hasta dónde puede volverse aguda la sensibilidad de los nervios.

Los nervios de un estudiante de ocultismo no pueden estar enfermos —si lo estuvieran, no estarían sometidos a entrenamiento—; pero pueden compararse a una cuerda muy tirante que vibra al menor contacto. Sus nervios pueden adquirir una sensibilidad tal, que se vea obligado a ejercer un gran esfuerzo de voluntad para no sentirse irritable. La tensión del cuerpo puede llegar a ser tan grande, que en algunos casos, por ejemplo en el de la señora Blavatsky, puede ser a veces lo más inteligente el permitir que el cuerpo haga lo que le

venga en gana, para evitar su destrucción completa, lo que podría ocurrir. Era necesario que esta señora conservara su cuerpo para llevar a cabo cierto trabajo y por tanto no podía permitirse que su tensión corporal llegara al punto de ruptura. Sin embargo, este caso fué muy excepcional: el estudiante que quiera seguir la enseñanza del Maestro, debe sujetarse a lo que El dice y esforzarse hasta donde pueda por obtener control sobre sus nervios. Puede fracasar una y otra vez; pero no importa. Las últimas palabras del Maestro sobre este punto son: "Debéis hacer lo mejor que podáis". Esto es todo lo que El pide y por tanto no permitáis que los fracasos os desanimen; continuad como mejor podáis.

Hay casos en que causas internas ocasionan una condición de trastornos semejantes, debido a una escrupulosidad exagerada, a caer en la cual tienen propensión muchos estudiantes. Hay dos tendencias entre los aspirantes: la de ser descuidados y la de estarse atormentando. En el segundo caso la conciencia puede llegar a una condición semejante a la de un nervio lesionado por el esfuerzo. Es frecuente entre los mejores estudiantes el dar importancia a los pequeños fracasos. Evitad que vuestras cavilaciones sobre estas cosas os las hagan aparecer como serios crímenes. Caminad entre los dos extremos. Nunca podéis ser demasiado escrupulosos antes de cometer una falta; pero con facilidad podéis haceros desgraciados después de haberla cometido. No rumiéis vuestras faltas y fracasos. Limitaos a determinar la razón de vuestra caída y esforzaos de nuevo. En tal forma ahogaréis las tendencias que os condujeron a esas fal-

tas, mientras que pensando en ellas sólo lograréis vigorizarlas.

C. W. L.—El cuerpo físico es aquel sobre el cual la voluntad tiene menor poder. Con frecuencia se oye decir: “¡Oh, sí; podéis hacer una cosa con vuestro cuerpo físico; podéis aún dominar vuestros sentimientos; pero es muchísimo más difícil dominar los pensamientos!” Bien sé que es una idea general que esto es lo más difícil. En cierto sentido así es: como quiera que la materia mental es mucho más fina y más activa, hay mucho más que controlar en lo tocante a movimiento e iniciativa. Por otra parte, el cuerpo mental está mucho más próximo al ego interno, y por tanto, es dominado mucho mejor; el ego tiene mayores fuerzas con que influir en el cuerpo mental, que las que tiene aquí abajo en el plano físico; y, además, la materia física es mucho menos sensible. El hombre juzga que esto es más fácil, porque tiene el hábito de controlar el cuerpo físico, pero no el mental.

Suele decirse que es fácil controlar el dolor físico, pero que no es posible dejar de sentir el sufrimiento mental. En realidad las cosas son completamente a la inversa. El sufrimiento emocional o mental dejan de existir cuando el hombre logra comprenderlos y arrojarlos fuera de sí; pero un dolor físico agudo es más difícil apartarlo de uno, aun cuando sí puede atenuarse en gran parte despojándolo de su elemento mental. La Ciencia Cristiana procede así cuando declara que no hay dolor; sólo deja el lado físico y éste es relativamente pequeño.

Debemos aprender a dominar la mente para eliminar

la parte mental del dolor físico, pues como discípulos del Maestro, tenemos que hacernos excesivamente sensitivos. En tales condiciones constituye motivo de dolor el sentarse cerca de un hombre que ingiera alcoholes, que fume, o que coma carnes. Es una positiva tortura caminar por las calles comerciales de una ciudad con su tremendo tumulto de toda clase de ruidos molestos. Todo eso lo absorbe el cuerpo físico que sufre estremecimientos; pero si uno para mientes en ello, la cosa se agrava mucho más, mientras que si se logra no fijar la atención, la molestia se atenúa. El discípulo que se esfuerza por alcanzar los planos superiores, tiene que aprender a eliminar la parte mental, desechando todo pensamiento que pueda intensificar tales molestias.

Los que hacen una práctica de la meditación, advertirán que son ellos más sensitivos que los que no meditan, y, a causa de esto, la tensión que sufre su cuerpo físico es a veces enorme.

Con alguna frecuencia hemos oído decir que la señora Blavatsky solía tener explosiones de temperamento. Ciertamente había una poderosa razón, pues su cuerpo físico se hallaba en condiciones deplorables; probablemente no transcurría una sola hora sin que ella tuviera algún sufrimiento físico agudo. Su cuerpo estaba viejo, desquiciado, agotado; pero era el único disponible para hacer el trabajo que debía hacerse y se vió obligada a conservarlo; no le fué posible desecharlo como lo podríamos hacer muchos de nosotros. En una ocasión tuvo la oportunidad de hacerlo así, pero dijo: “No; lo conservaré hasta terminar ‘La Doctrina Secreta’, que era el trabajo que ella se había propuesto hacer. Esto

originaba que su cuerpo físico se hallase en terribles condiciones de tensión y en algunas ocasiones, para atenuarla, permitía a su cuerpo hacer lo que en gana le viniera. Por supuesto, muchos no podían entender todas estas cosas; pero quienes la rodeábamos, bien sabíamos que todo ello no tenía gran significación. Nos tocó presenciar casos muy sorprendentes. Solía en ocasiones aparecer despectiva, iracunda en apariencia por motivos pueriles y cuando los desconocidos que la rodeaban se alejaban de ella atemorizados, advertíamos que si en medio de su excitación alguien le preguntaba repentinamente sobre alguna cuestión filosófica, todo cambiaba al momento, como si hubiera sido cortada su extraña actitud con un par de tijeras; inmediatamente desaparecía la ira y procedía ella a dar contestación a la pregunta. Una persona cualquiera no hubiera podido hacer tal cosa estando bajo la acción de la ira. Muchos, interpretando mal su carácter, se alejaban de ella; pero yo sé perfectamente que en ocasiones ella tenía que permitirse ser llevada por su temperamento, para evitar que su cuerpo se hiciera pedazos.

La mente tranquila implica también el valor que da ánimo para afrontar sin temor las pruebas y dificultades del Sendero.

A. B.—El valor es una cualidad a la que se da enorme importancia en las Escrituras hindúes. Tiene su raíz en el reconocimiento de la unidad del Sér. “¿Qué temor, qué decepción habrá para quien ha visto al Sér?”, se pregunta; y también se usa la frase “el impertérrito

Brahman”. En mi libro “*Hacia el Templo*”, recomiendo a los estudiantes que mediten sobre el carácter ideal, empleando la lista de cualidades que da Shri Krishna en el principio del capítulo décimo sexto del *Gitá*. La primera cualidad que ahí se menciona es *abhayam*, intrepidez, valor.

El valor nace al comprobar que sois el divino Ego interior y no vuestros vehículos externos, únicos que pueden sufrir daño. Todas las diferencias de poder entre los hombres dimanan del grado de fuerza que ha desarrollado el Sér interno. Cuando comprobáis que sois divinos, sabéis que vuestro poder o vuestra debilidad dependen de la fuerza que haya desarrollado el Ego que hay en vosotros; y así, vuestro refugio, cuando sintáis temor, consistirá en invocar vuestro interno poder.

Esta realización de sí como el Sér, es algo que ha de lograrse por la meditación. Quienes practican una meditación matinal, deben incluir en ella el esfuerzo por realizar el Sér; algo de la fuerza que se obtiene por medio de ese esfuerzo permanecerá durante el curso del día, lo cual ayudará a obtener el valor necesario para progresar en el Sendero. Hay en él muchas dificultades que requieren fortaleza y paciencia, si es que se afrontan y se las vence, y esas cualidades son solamente formas del valor. No sé de otra forma de adquirir esa cualidad más que por medio de la comprobación.

C. W. L.—En todos los sistemas de entrenamiento oculto se hace mucho hincapié en la necesidad del valor. El hombre que entra en el Sendero tiene que arrosar murmuraciones, calumnias y falsedades. Esto ha sido siempre lo que toca en suerte al que quiere ele-

varse sobre el nivel de sus prójimos. Para afrontar todo esto hace falta fuerza moral para poder sostenerse en la debida posición, actuando en forma correcta, sin tomar en consideración lo que puedan pensar o decir los demás. Se requiere esa fuerza para poner en práctica las enseñanzas de este libro y también la plenitud de fortaleza y determinación.

También es necesario el valor físico. Hay en el Sendero muchas dificultades y muchos peligros, no puramente simbólicos o pertenecientes sólo a planos elevados; habrán de veniros, en el curso de nuestro progreso, muchas pruebas a nuestra bravura y fortaleza, y debemos estar preparados para ellas. El hombre pusilánime no hará progresos en el Sendero, en donde se requiere, no simplemente bondad, sino también carácter fuerte que no se deje abatir por sorpresas o temores.

Conozco una sociedad ocultista en Inglaterra que durante muchas semanas hizo invocaciones a determinados fantasmas, que a la larga hubieron de presentarse efectivamente; cuando tal sucedió nadie tuvo la entereza de examinar aquello. De la misma manera hay quienes tratan de obtener resultados en los planos superiores, pero que se atemorizan cuando tales resultados se presentan. La primera vez que un hombre abandona su cuerpo físico durante el período de vigilia, puede ser víctima de la alarma y puede sentir la inquietud de si volverá o no a su cuerpo. Debe comprender que no tiene gran importancia el volver o no volver. Está acostumbrado a determinadas limitaciones y cuando desaparecen repentinamente, lo probable es que sienta que no le queda base en qué sustentarse. Al seguir adelantando en el ca-

mino, iremos advirtiéndolo que el valor —valor pleno, bravura decidida— es cosa sumamente necesaria. Tenemos que hacer frente a toda clase de fuerzas; no es esto juego de niños.

Cuando comprendemos y recordamos que somos uno con lo Divino, nada tememos ya; pero en ocasiones, cuando el peligro se presenta inesperadamente, el hombre se olvida y retrocede temeroso. El Ego interno es impasible; invulnerable en absoluto por cosa pasajera y así, si podemos comprender que somos ese Ego y no los vehículos externos, no tendremos temor. Al asaltarnos el temor en alguna ocasión, lo procedente es llamar a los poderes internos, no pedir ayuda a alguien en lo exterior. Desastrosa ha sido la común enseñanza cristiana sobre el particular. Recomiendan recurrir al refugio de la oración, lo que en realidad no es otra cosa que pedir, lo que no debe hacerse cuando se trata de aspiraciones elevadas. La palabra plegaria viene del latín *precari*, que significa pedir; nada más que eso. Si nosotros sostenemos que Dios es todo bondad, debemos seguir el consejo del Señor Buda: "No lamentéis, ni claméis, ni oréis; abrid los ojos y ved. La luz os circunda por entero, bastando que quitéis la venda de vuestros ojos y miréis. Y es luz maravillosa, esplendente, mucho más de lo que el hombre puede pensar o pedir en la oración y es para siempre jamás."

Sé que hay personas que acostumbran pedir la ayuda del Maestro cuando se hallan en alguna dificultad. Podemos tener la seguridad de que el pensamiento del Maestro está siempre cerca de nosotros y de que podemos alcanzarlo; pero ¿para qué molestarlo por algo

que nosotros mismos podemos hacer? Ciertamente es que podemos llamar al Maestro si así lo queremos; pero de seguro que si podemos llamar al Dios interno nos acercaremos más al Maestro que pidiendo débilmente Su ayuda. No negamos el derecho que el hombre tiene para esto, pero conociendo la forma en que el Maestro está ocupado en Su trabajo en pro del mundo, no debemos solicitar Su ayuda mientras nos quede algún recurso para salir de la dificultad, por nosotros mismos. No proceder así es falta de fe; es falta de confianza no sólo en nosotros mismos, sino también en el poder divino. La práctica de la meditación debe también prepararnos para afrontar emergencias inesperadas, en forma tal que no nos trastornen. Los que han penetrado en el sentido de las leyes internas deben permanecer tranquilos ante cualquier cosa que sobrevenga, comprobando que el proceder así es condición necesaria para el progreso real y que el trastorno resultante de una explosión histérica dejará sus huellas en los sensitivos vehículos de un discípulo durante mucho tiempo después.

Significa, además, la firmeza que permita soportar fácilmente las molestias de la vida cotidiana y evitar la angustia incesante por cosas sin importancia, que absorbe la mayor parte del tiempo de mucha gente.

A. B.—La entereza es la cualidad a la que en seguida hace mención el Maestro; es la cualidad necesaria para que el discípulo no sea lanzado de una a otra parte por cualquier viento que sople. Esta esclavitud a las fuerzas

externas es motivo de interminables inquietudes, porque el hombre, no ejerciendo control sobre sus asuntos, no puede, por tanto, decidir una línea de acción definida. La inquietud es lo que hace envejecer; no el trabajo. La inquietud es la tendencia a volver una y otra vez sobre cierta línea de penosos pensamientos. Para una persona timorata es difícil libertarse de este hábito en una u otra de sus diferentes formas.

En algunos casos la mente muestra una tendencia a dramatizar y vivir luego en el drama de su propia creación. Algo de esto hice yo mismo hasta cierto grado. Menciono esta y otras experiencias personales porque creo que así diré a ustedes lo que tengo que decirles en una forma más vívida y útil que por medio de pensamientos abstractos solamente. La mayoría de los estudiantes habrán caído posiblemente en esta dramaturgia mental, pues todos tenemos muchos puntos de semejanza. Solía juzgar que alguno de mis amigos debía estar herido por alguna palabra o acción mía; imaginaba mi próximo encuentro con esa persona: las primeras palabras, la conversación completa que iba a tener lugar. Cuando llegaba la ocasión y nos encontrábamos, no sucedía nada de lo que me había imaginado, porque las primeras palabras de mi amigo eran completamente diferentes a las que yo esperaba. En algunas ocasiones la gente se da a imaginar una escena desagradable y se pone a pensar la manera en que deberán actuar en tales imaginarias condiciones hasta que llegan a una dolorosa condición mental, origen de muchos sentimientos y emociones. Nunca ha suce-

dido lo imaginado y es posible que nunca ocurra tampoco; todo se reduce a un simple derroche de energía.

Todas estas cosas son simplemente molestias innecesarias que debilitan la naturaleza mental y emocional. La única forma de vencer este hábito es colocarse fuera de la escena para observar si el primer pensamiento de la serie es cosa sobre la cual se tiene o no algún dominio. Si se puede controlar hay que hacerlo; si no, carece de objeto el pensar sobre ello y hay que esperar simplemente a que la cosa sobrevenga, lo cual, posiblemente, no acontecerá. Es inútil dejar que la mente se ocupe de posibles acontecimientos futuros; es igualmente inútil permitir que se inquiete una y otra vez con cosas ya pasadas; no es posible modificar los sucesos ocurridos y así es notoria la inutilidad de inquietarse por ellos.

Muchas personas se hacen la vida pesada rumiando su pasado: "Quizás si hubiera hecho o no hubiera hecho tal o cual cosa, no me hubiera sobrevenido esta molestia". Supongamos que esto sea verdad; la cosa está ya hecha y no hay pensamiento que modifique el pasado. La gente se desvela en la noche y vive inquieta durante el día pensando en cosas ya pasadas que son inalterables, o en futuros posibles acontecimientos. Esta actitud mental es comparable a la de un motor o a la del corazón, cuando falta la resistencia normal; causa mayor desgaste que el trabajo, tanto al motor como al corazón. Hay que reconocer la ineficacia y los perjuicios de esta actividad mental desordenada y ponerle término, aprendiendo a usar, en su lugar, fuerzas efectivas. Advertir esto parece tontería; pero

esta actividad mental desordenada que muchos padecen no se debe permitir y el aspirante a discípulo tiene que evitarla cueste lo que cueste.

C. W. L.—La inquietud es la peor de todas las dificultades mentales. Es una barrera para obtener todo lo que pueda llamarse progreso. En tal condición mental es imposible colocarse en la actitud que se necesita para la meditación. Hay quien se inquieta por el pasado; otros por el futuro; y cuando han desechado un motivo de inquietud, ya tienen otro que lo substituya y así no pueden nunca encontrar un estado de calma que les permita meditar con posibilidades de éxito.

La mejor cura para esto es reemplazar el pensamiento de inquietud con un pensamiento del Maestro; pero para hacerlo se necesita una fuerza que no todos poseen. Pretender restablecer la calma repentinamente en un cuerpo astral o mental en semejantes condiciones es tratar de impedir el oleaje de un mar tempestuoso valiéndose de una tabla que oprima las olas. Posiblemente lo mejor en tales casos es dedicarse a alguna actividad física: arreglar el jardín o dar un paseo en bicicleta. No puede haber calma permanente hasta que los vehículos trabajen rítmicamente a la vez; obteniéndolo pueden emprenderse todas las demás prácticas con razonables posibilidades de éxito.

Con frecuencia la gente sufre la inquietud de sus defectos. Cada quien cae en faltas y tiene sus fracasos de vez en cuando; sería preferible que esto no sucediera, pero aún no es posible, pues si estuviéramos libres de faltas y defectos, seríamos ya Adeptos. Es, por supuesto, erróneo el no prestar atención a ta-

les cosas y pensar que no tienen importancia; pero es igualmente erróneo el inquietarse innecesariamente por ellas. En un estado de inquietud la mente gira locamente, sin propósito, una vez y otra. Si os ha tocado viajar a bordo de un vapor en mal tiempo, habréis quizá advertido que en ocasiones la hélice sale fuera del agua girando velozmente en el aire. Esta forma de girar causa más daño a la maquinaria que el debido trabajo regular y es solamente una cuestión de mecánica; lo mismo exactamente ocurre con la inquietud.

En nuestra Sociedad se presentan dificultades periódicas. He presenciado gran parte de ellas en mi tiempo. Recuerdo muy bien la excitación que en 1884 produjo el caso Coulomb y cómo muchos teósofos sufrieron grandes trastornos y ansiedad y aun llegaron a ver destruída su fe en la Teosofía, por suponer que la señora Blavatsky los había estado engañando. Todo esto no tenía ningún valor. Nuestra fe en la Teosofía no descansa en los asertos de la señora Blavatsky ni de ninguna otra persona, sino en el hecho de que es un sistema perfecto y satisfactorio que permanece así, aun en el caso de que la señora Blavatsky hubiera efectivamente tratado de engañar, lo que no era así, por supuesto. Si fundamos nuestra creencia en bases personales fácilmente puede derrumbarse, pero si la establecemos en principios que entendemos bien, permanecerá firme aun en el caso de que algún jefe que haya sido acreedor a nuestra confianza nos traicione.

El Maestro enseña que ninguna importancia tiene para el hombre lo que provenga del

exterior: tristezas, dificultades, enfermedades, pérdidas, todas estas cosas han de ser consideradas por él como nada, y no permitirá que perturben la calma de su mente. Estos males son el resultado de acciones anteriores, y, cuando sobrevengan, deberás soportarlos alegremente, recordando que todo mal es transitorio y que tu deber es permanecer siempre gozoso y sereno. Tales cosas pertenecen a tus vidas pasadas, no a ésta; no puedes alterarlas, por tanto, es inútil que te aflijas.

A. B.—Aquí nos da el Maestro una razón contra la inquietud, una razón que muchos no apreciarán. Dice que no tiene ninguna importancia en absoluto lo que sobrevenga al hombre del exterior. Las cosas que nos vienen de fuera quedan completamente más allá de nuestro control, porque nosotros mismos las hemos hecho en el pasado; son nuestro karma.

Esto no significa, sin embargo, que no nos sea posible hacer algo para contrarrestarlas. Por el contrario, mucho podemos hacer; podemos encauzarlas como es debido y modificar enormemente su efecto sobre nosotros. Si alguien nos lanza un golpe directo capaz de derribarnos y cambiamos nuestra posición en forma tal que sólo recibamos someramente el golpe, su efecto será comparativamente ligero. Todo depende de la posición en que nos coloquemos. Si afrontáis toda aflicción que os sobrevenga con la actitud del que liquida un adeudo que le es conveniente pagar, la pena os pare-

cerá ligera. Aquel que sabe cómo afrontar la vida, vivirá tranquilo y feliz en medio de las dificultades, mientras que quien no conozca la forma de hacerles frente, podrá ser destrozado por penas que en su mitad son imaginarias.

En qué forma las molestias y el dolor que nos aquejan son resultado de la mente, podemos determinarlo cuando sufrimos físicamente; si nos colocamos por fuera, digamos así, advertiremos que el sufrimiento disminuye considerablemente. Podemos comprenderlo en otra forma estudiando a los animales. Un animal que se ha roto la pierna irá a comer satisfecho arrastrando la pierna herida. Ahora bien: esto no lo puede hacer el hombre, pero sí el caballo, y los fisiólogos nos dicen que el caballo tiene un sistema nervioso más delicado que el hombre y que sus nervios son más sensibles al dolor que los nervios del hombre. No me mal interpretéis y vayáis a creer que digo que los animales no sufren, o que sus sufrimientos no tienen importancia. Al contrario. Pero el hombre intensifica y prolonga su sufrimiento por la forma en que lo conserva en su mente.

Si aprendéis la forma de reprimir el efecto del dolor en vuestro cuerpo astral, habréis aprendido a atenuar el dolor considerablemente. Los miembros de la Ciencia Cristiana atenúan mucho el dolor porque lo despojan del elemento mental que por lo general se mezcla con él y lo aumenta. He tenido algunas experiencias de esta clase cuando me he visto obligada a dar mis conferencias bajo la acción de agudos dolores físicos; el resultado ha sido que durante mi conferencia

no sentí el dolor. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que mi mente estaba ocupada por completo en mi conferencia. Si os fuera posible retirar por completo la atención de vuestro cuerpo físico, como tendríais que hacerlo al pronunciar un discurso, cualquier dolor físico que os aquejara desaparecería en gran parte. Si tenéis completo control mental podéis proceder así y dejar que las cosas externas afecten tan sólo al cuerpo externo. Algunos logran hacerlo bajo la acción de estímulos poderosos. Hay casos en que el soldado herido en el campo de batalla no siente su herida hasta que ha cesado la lucha; y ciertamente algunos de los mártires religiosos no sentían las llamas que los circundaban, por el éxtasis que les producía el estar sufriendo por su Señor. De igual manera, si un niño sufre un accidente, la madre olvidará los dolores que pueda tener, al lanzarse a rescatar a su hijo.

Es posible aprender esta clase de control sin la ayuda de estímulos externos, para poder neutralizar en gran parte los efectos del dolor sobre los cuerpos astral y mental. No digo que sea fácil; pero sí que puede hacerse. Por lo que a mí toca no creo que valga la pena dedicar una gran energía o hacer un gran esfuerzo para obtener un resultado tan pequeño como es el evitar un dolor puramente físico. En vez de dedicar la energía de la mente al servicio del cuerpo, como hacen muchos, hay que emplearla en algo que dé mayores resultados. Si asumís ante la vida la correcta actitud, veréis que las cosas externas carecen de importancia y las dejaréis producir sus efectos solamente en vuestro aspecto externo. Estas cosas tienen que seguir su curso

hasta el fin y su único valor estriba en la fuerza que podéis obtener por medio de ellas. Mirándolas en tal forma obtendréis una gran paz mental.

Todo mal es transitorio. Podéis comprobarlo si examináis el mayor ciclo de vuestra vida y estudiáis vuestro pasado, no precisamente en detalles, pues los detalles no tienen importancia, sino con visión extensa y general. Si advertimos con cuanta frecuencia nos hemos visto asaltados por la angustia y el dolor (amigos que han muerto, enfermedades, contrariedades de todo género) y cómo todo se ha ido disipando, podremos estimar la verdadera insignificancia de estas penalidades. Es muy importante hacer el esfuerzo porque el presente tiene para nosotros una apariencia tal, que ahoga con pequeñas ansiedades nuestro más profundo conocimiento. Esta forma de examinar vuestro pasado os hará más fuertes y cuando os ocurra alguna desgracia, podréis pensar: "¿Para qué inquietarse? Ya pasará".

Tengo la seguridad de que no hubiera podido llevar la vida que llevo, si no me hubiera rehusado a dejarme inquietar, si no hubiera reaccionado ante las circunstancias. Día a día se me han venido presentando dificultades y si me hubiera dejado agobiar por ellas, hubiera muerto en una sola semana. Tiempo atrás he tomado parte en muchos movimientos de índole semejante a aquellos en que ahora actúo y siempre han venido acompañados de dificultades. Lo mejor es no anticiparse a las contrariedades; pero afrontarlas cuando lleguen y, hecho esto, olvidarlas por completo.

Es tu deber, dice el Maestro, permanecer siempre gozoso y sereno. En una ocasión se hizo la advertencia

de no echar escoria en el crisol del discipulado. El mal y el peligro de hacerlo así llega a un punto extremo en lugares como Adyar, donde cualquiera escoria (cualquier forma de confusión, de sospecha, de ansiedad, de duda y cosas semejantes) adquiere mucha más fuerza que la que le puso la persona que la originó. Si en ocasiones no podéis dominar la depresión, el enojo o cualquier otro sentimiento indebido que tengáis, guardadlo sólo para vosotros. No permitáis que salga e infecte la atmósfera, haciendo las cosas más difíciles para los demás. Después de este entrenamiento miraréis con sorpresa vuestra anterior condición y no podréis comprender cómo semejantes bagatelas os causaron tanto malestar.

C. W. L.—El hombre que sabe, permanece tranquilo y sereno aun en medio de lo que para los demás sería motivo de serias contrariedades. El que no sabe, sucumbe con frecuencia a causa de la actitud que ante ellas asume. Una gran parte de nuestros sufrimientos son sólo producto de nuestra imaginación. El abono que exige el karma es pequeño casi siempre; pero la equivocada actitud del hombre lo duplica frecuentemente o hasta lo multiplica por diez; no es sensato atribuir esto al karma antiguo, pues es más bien el karma de nuestra presente tontería: es lo que el señor Sinnett denomina "karma de contado".

La cantidad de adeudo que hay que pagar no puede modificarse; el karma exige un cierto sufrimiento; pero en la misma forma en que puede aumentarse, puede también disminuirse. Un esfuerzo de nuestra parte puede poner en juego nuevas fuerzas y cambiar el efec-

to de un golpe directo en un golpe ligero, como dijo nuestra Presidenta, lo que se traducirá en disminución del dolor. Cada vez que aportamos nuevos esfuerzos ponemos en juego nuevas energías; por lo cual no hay nada así que pueda conceptuarse como injusticia o interferencia con el karma. La fuerza que pudo haberse empleado en otra forma, la hemos usado para modificar el golpe kármico.

Todo mal es necesariamente transitorio. Hubo un rey persa que usaba este lema: "Aun esto pasará". Es un buen lema que lo mismo puede aplicarse al placer que al dolor; a la buena que a la mala fortuna, según sea lo que prepondere en la ocasión. Lo único que no pasa, es el progreso real y la felicidad interna consiguiente que son perdurables para siempre. Como quiera que sea, nuestro sufrimiento actual, pasará; hemos sufrido en vidas anteriores y hemos llegado a esta. El comprenderlo así será una gran ayuda para vosotros. Las cosas que mucho nos conturbaron en los primeros años de nuestra vida nos parecen hoy desprovistas por completo de importancia. Decimos: "Ciertamente, todo eso no tuvo ninguna importancia; me extraño ahora de haberme inquietado tanto por todo". El sabio aprende hojeando su pasado y dice: "Seguramente que todo lo que hoy me agobia carece también de importancia". Ciertamente es que todas esas cosas no tienen importancia; pero es necesaria la sabiduría para llegar a tal deducción.

Piensa más bien en aquello que estás haciendo ahora, y que sí puedes alterar, porque

de eso dependerán los acontecimientos de tu siguiente vida.

C. W. L.—Vuestra vida próxima dependerá en gran parte del karma que forméis en la presente. Más aún: pronto vendrá el Maestro del Mundo; hay actualmente una gran agitación; la fuerza que está siendo derramada es tremenda y como quiera que todo ello nos afecta en gran proporción, los que hacemos esfuerzos por preparar su advenimiento, podemos no sólo modificar nuestra próxima vida, sino también lo que nos reste de la presente.

El karma del discípulo dedicado a este trabajo es más intenso que el de la mayoría. Probablemente habrá muchas cosas que el hombre del mundo hace constantemente sin que se traduzcan en malos resultados; pero si un hombre cercano al Sendero hiciese tales cosas, le acarrearían muy mal karma. Tratándose de un discípulo todo lo que a él le sucede le sucede también al Maestro, porque El lo ha hecho ya parte de sí mismo. "No hay quien viva para sí y no hay quien muera para sí". Esta verdad es general para todos, pero los que estén a los pies de los Grandes Maestros deben ser doblemente cuidadosos, especialmente en todo aquello que ponga dificultades en el camino de un discípulo en el ocultismo, pues produce karma muy serio.

No cedas jamás a la tristeza, ni a la depresión. La depresión es reprobable, porque contagia a los demás, y les dificulta más su vida, cosa que no tienes el derecho de hacer.

Por eso, si alguna vez te invade, deséchala al punto.

C. W. L.—Todos los que sufren seriamente de depresión sacudirán probablemente la cabeza diciendo: "Buen consejo, si pudiese seguirlo". Como ya he dicho el pensamiento sobre el mal efecto que nuestra depresión pueda ocasionar a los demás, nos dará la fuerza necesaria para desecharla, cuando todo otro recurso haya sido inútil. Mala es la depresión porque afecta a nuestros condiscípulos y a los demás en general, haciendo su camino más difícil. Nada puede afectarnos que no se derive de nosotros mismos, de nuestras vidas pasadas, de nuestro propio karma. De aquí que debemos ser muy cuidadosos de que nadie sufra daño por nuestra causa. Si alguien ha dicho alguna cosa desfavorable de otro, debemos pensar: "Yo no lo contaré a nadie; no haré ni diré nada que pueda ser ocasión de dolor para nadie". También hemos de determinarnos a no ser nunca instrumentos del mal karma ajeno. Si ofendemos o dañamos a alguien, ciertamente que no seremos otra cosa que los instrumentos de su mal karma; pero este papel no es digno de ser desempeñado. Debemos ser los instrumentos del buen karma, ayudando a los demás y allegándoles bendiciones y bienestar; el mal karma debe actuar a través de otros canales; no por nuestro conducto.

Aun de otra manera deberás dominar el pensamiento; no le permitas divagar. Aplica todo tu pensar sobre cualquier cosa que ha-

gas, para que resulte perfectamente bien hecha.

C. W. L.—Debería sernos tarea fácil la de fijar nuestro pensamiento en cualquier cosa que estemos haciendo, para que quede hecha de manera perfecta. Si estamos escribiendo una carta, por ejemplo, debemos concentrarnos en ella, para obtener una carta tal como debe ser la de un ocultista. Un hombre común y corriente escribe sus cartas en forma descuidada, sin fijarse en lo que hace; dice lo que tiene que decir, sin hacer un esfuerzo especial para ver si la carta está bien hecha. Se suele estimar como idea nueva la de que las cosas pequeñas, como escribir cartas, por ejemplo, deben ser bien hechas. Yo recibo muchas cartas y debo indicar que gran parte de ellas no llenan los requisitos que exijo para las mías. Con frecuencia su expresión es defectuosa y están tan mal escritas que su lectura ocasiona mucha pérdida de tiempo.

Esa forma descuidada tiene mucha importancia para los ocultistas y para aquellos que se están esforzando por llegar a serlo. La carta de un ocultista debe estar redactada cuidadosamente y bien escrita, ya sea a mano o a máquina. Debe tener buen aspecto; causar un placer a la persona que la recibe. No quiero decir que sea nuestro deber el escribir con caligrafía, el hacer una obra de arte de cada carta que escribamos; tal cosa no es ya de estos días. Pero, fuera ya del ocultismo, por sencilla urbanidad hacia quien escribimos, debemos hacerlo en forma clara y legible. Si escribis mal a causa de vuestra precipitación y para economizar

unos cuantos minutos, tened en cuenta que vuestra economía de tiempo significa quizá una pérdida cuatro veces mayor para el que recibe vuestra carta. No tenemos derecho para hacer tal cosa.

Todas las cartas que escribamos deben ser buenos mensajeros; debemos hacer de cada una de ellas un mensaje del Maestro. Ya sea que traten de negocios o de cualquier otro asunto, deben quedar cargadas con buenos sentimientos. Podemos hacerlo en un momento; al estar escribiendo la carta debemos tener en la mente vigorosos pensamientos de bondad; esto afectará la carta sin que sea necesaria otra cosa por nuestra parte; pero al firmarla debemos dedicar un momento a poner en ella una corriente de buena voluntad. Al escribir a un amigo debemos derramar afecto en nuestra carta, de tal manera que cuando la abra llegue hasta él el sentimiento de afecto fraternal. Si la carta va dirigida a un hermano teósofo, poned en ella un pensamiento de cosas elevadas y del Maestro, para que lleguen a su mente los pensamientos elevados que los teósofos desean siempre recibir. Si estamos escribiendo a alguna persona necesitada de determinada cualidad, debemos derramar esa cualidad en la carta, aprovechando así la oportunidad de dar lo que se necesita. Esforcémonos, pues, para que nuestras cartas queden bien escritas y a la vez para que tengan alma.

El mismo servicio puede proporcionarse al tratar personalmente a las personas. Muchos de nosotros nos ponemos en contacto con varias personas durante el día; tenemos que hablar con ellas y algunas veces tenemos que estrecharles la mano. Podemos aprovechar

este contacto físico personal, para que fluya nuestra vitalidad, nuestra fuerza nerviosa, afección o lo que juzguemos más conveniente. Nunca debemos dar la mano a nadie sin dejar algo de cualquiera de esas cosas; es una oportunidad. Nuestra aspiración —si deseamos llegar a discípulos del Maestro— es aprovechar tales oportunidades de servicio. Quien no es útil a sus semejantes en una o en otra forma no está en camino de ser aceptado. Supongo que no debe considerarse como una ofensa el pensar que el hombre en general, al hacer una nueva amistad, siempre piensa en sacar algún provecho de su nuevo amigo. Podrá no ser un beneficio en metálico; pero sí en ventajas sociales; en la forma de proporcionarse diversiones; en sacar alguna ventaja de cualquier clase que sea. Nuestra actitud debe ser exactamente la inversa: "He aquí una oportunidad para mí; ¿qué puedo dar?" Al ser presentado a un extraño, lo observo y derramo sobre él un buen pensamiento, de cualquier clase que sea; ese pensamiento permanecerá allí y ya penetrará cuando llegue su tiempo. Los discípulos del Maestro proceden en tal forma al caminar por las calles o al viajar en los tranvías o en las barcas que llevan a las ciudades. Están pendientes de aquellos casos en que sea necesario un buen pensamiento y lo dan siempre que tienen oportunidad; cien veces quizá en el curso de una mañana o una tarde.

Cuando saludemos a alguien debe ser con sinceridad, no simplemente de manera automática. Cuando se usa el nombre de Dios para saludar, invocando sus bendiciones, como es costumbre entre los musulmanes, por

ejemplo, suele no pasar de mera fórmula; pero en ocasiones son buenos deseos cordiales y está en ellos realmente el pensamiento de Dios. Decimos "Adiós". Pocos saben que esto es contradicción de "Dios sea con Ud."; pero nosotros deberíamos saberlo y decirlo con intención. Todas estas cosas parecen muy pequeñas; pero son las cosas pequeñas del vivir cotidiano las que establecen diferencia. Son exponentes del carácter y van dando forma a éste y si practicamos con cuidado estas pequeñeces, pronto seremos cuidadosos y bien controlados, exactos en todas las cosas, así en las grandes como en las pequeñas. No es posible tener carácter cuidadoso en las cosas grandes y descuidado en las pequeñas. Con tal carácter se corre el peligro de olvidar el cuidado en la oportunidad precisa; debemos, pues, ser cuidadosos constantemente. Más aún: muchas pequeñeces constituyen una cosa grande, y con algo de práctica podemos aprender a dar, no pequeña, sino gran ayuda a una persona, al darle la mano o al escribirle una carta.

Dice el Maestro: "Cualquier cosa que hagas, fija tu mente en ella". Esto abarca aun las cosas que hacemos con el solo fin de proporcionar descanso a nuestra mente, como la lectura de novelas o periódicos. El mejor descanso, aparte de la relajación y el sueño, es por lo general el cambio de un ejercicio a otro, así que, cuando estamos leyendo algo con el fin de recrearnos o descansar, la mente debe ser nuestro servidor, no esclavizarnos. Si estáis leyendo una historia fijad en ella vuestra mente y tratad de entenderla; de comprender la idea del autor. Con frecuencia la gente lee en forma

tan vaga, que al llegar al fin de la historia ha olvidado el principio; leen en forma tan confusa que no son capaces de referir el argumento, ni de darse cuenta de la enseñanza de la obra. Si queremos entrenar nuestra mente cuando estamos leyendo por placer o por recreo, debemos hacerlo bien. Lo mismo cuando tratamos de descansar. Hay millones de personas que no saben cómo acostarse a descansar apropiadamente. No saben que diez minutos de relajación valen tanto como dos horas de estar acostado con tensión y esfuerzo. Aun para lograr un descanso satisfactorio es necesario un tranquilo control mental. Este control, como cualquier otra cosa, llega a formar un hábito y los que lo practican se encuentran con que no pueden ya hacer las cosas descuidadamente; si quieren descansar tienen que hacerlo en la forma adecuada.

No permitas ociosidad a tu mente. antes bien, ten siempre en reserva buenos pensamientos para que se presenten tan luego como aquélla quede libre.

A. B.—Esto debería ser fácil para cualquier indú, pues desde niño se le enseñó a repetir buenas frases durante los momentos en que no trabaja. En la India aun la gente vulgar tiene esa costumbre. Con frecuencia podéis notar que un hombre, al terminar su trabajo, comienza a recitar reiteradamente ciertas palabras: "Ram, Ram, Ram, Sitaram, Sitaram, Sitaram". Podía juzgarse que es ésta una práctica simple; pero no es así, porque tiene un efecto real sobre la

persona que recita esas palabras; sostiene su mente desocupada, con un pensamiento sedante y elevado. Es infinitamente mejor, que permitir que la mente divague a su capricho, ocupándose las más de las veces de los asuntos de sus prójimos y dejándose llevar hasta la murmuración, causa de daños innumerables. Por supuesto, que el que pueda dominar su mente sin necesidad de la externa repetición, hará mejor en proceder así; pero la mayoría no hacen ni una cosa ni la otra.

Es una buena práctica, recomendada por muchas religiones, elegir por la mañana alguna frase para aprenderla de memoria. Esta frase vendrá a la mente por sí sola durante el día y desalojará otros pensamientos inconvenientes mientras la mente esté desocupada. Podéis elegir alguna buena frase o sentencia de algún libro y, repitiéndola unas cuantas veces por la mañana (cuando os estéis vistiendo, por ejemplo), con el pensamiento fijo en ella, lograréis que venga a vuestra mente por sí misma durante el día. Podemos advertir cuan fácil es para la mente esta repetición automática, observando cómo una canción de moda, una tonada alegre, la impresiona y toma posesión de ella, la que la repite una y otra vez. Durante muchos años he conservado, en el fondo de mi mente, el pensamiento de los Maestros y ahora está siempre allí, en forma tal que en cualquier momento en que mi mente queda libre de trabajo, vuelve automáticamente a Ellos.

C. W. L.—Debemos tener siempre en el fondo de nuestra mente pensamientos del Maestro para que surjan en ella siempre que no esté ocupada en otro tra-

bajo. Mientras estemos leyendo o escribiendo una carta o haciendo algún trabajo físico, no estaremos pensando de manera activa en el Maestro; pero al iniciar el trabajo decimos: "En obsequio al Maestro, haré bien esto". Habiéndolo dicho así, se está pensando en el trabajo; no en El; pero, terminada la obra, el pensamiento del Maestro vuelve a la superficie de la mente. Con semejante pensamiento no sólo se logra que la mente esté bien ocupada, sino también que nuestro pensamiento en otros asuntos sea más claro y fuerte. En ocasiones se practica esta repetición de los nombres de Dios con la finalidad de establecer una base para la mente. Es muy frecuente en la India ver personas que, mientras esperan un tren o van por un camino, hablan con ellas mismas en voz baja y a veces se les puede escuchar algún nombre sagrado, que repiten una y otra vez. Una de las críticas que los misioneros acostumbran hacer de los "gentiles", es la de que "son dados a vanas repeticiones". El mahometano camina recitando textos; siempre tiene en sus labios el nombre de Alá. Puede ser que en algunos casos no piense mucho en El; pero en ocasiones sí tiene algún significado. Ciertamente es que una persona puede decir muchas de estas cosas por mera costumbre, sin pensar en ellas; un cristiano puede repetir sus oraciones, mientras su pensamiento vaga por otra parte todo el tiempo. Aun un sacerdote puede rezar sus oraciones sin concentrar en ellas mucho pensamiento, porque las sabe todas de memoria; puede pronunciar las palabras del Ave María y del Padrenuestro sin pensar

para nada en Nuestra Señora ni en nuestro Padre que está en el cielo. En cualquier religión es fácil no trascender la forma; no pasar de la corteza externa ni llegar al espíritu interno; pero eso no ocurre más entre los induístas y budistas que entre los cristianos; me inclinaría a decir que no acontece tanto entre los primeros. Es cosa cierta que la repetición de un nombre como "Rama, Rama, Rama", ayuda a conservar el pensamiento de la deidad en la mente de la gente y cuando se logra es una cosa buena seguramente. Si podemos pensar en el Maestro con la misma presteza y con el mismo fruto, sin que nos sea necesaria la repetición de su nombre, tanto mejor: pero es infinitamente mejor aún, la repetición verbal que no tener el pensamiento.

Existe en el mundo mental un cierto tipo de vibración adecuada para ese sentimiento de devoción; con el tiempo esa vibración llega a constituir un hábito, y así la devoción surge fácilmente y penetra en el carácter. Este hábito sirve también para evitar los malos pensamientos. Si la mente está vacía cualquier pensamiento pasajero puede penetrar en ella e influenciarla; esos pensamientos son malos por lo general, o cuando menos inútiles. Proceden de la gran cantidad de pensamiento que flota a nuestro alrededor y que representa el nivel mental del país; pero nosotros aspiramos a algo más elevado. Queremos ponernos en condiciones de elevar a nuestro hermano de tipo medio y no nos es posible sino hasta haber obtenido nosotros mismos un nivel más alto.

Emplea diariamente el poder de tu pensamiento en propósitos benéficos; sé una fuerza a favor de la evolución.

C. W. L.—Hemos sido educados en la ingenua teoría de que lo único que es necesario es ser buenos; pero no es suficiente el ser piadoso y el abstenerse de hacer cosas malas; debemos lanzarnos a la lucha y hacer algo con nuestra bondad y con nuestra piedad. ¿Por qué fin nos hallamos sobre la tierra? ¿Para qué ocupamos terreno, si no para hacer algo? Sentarnos y ser buenos (aunque sea mejor que sentarnos y ser malos, claro está) no es más que un estado negativo. Estamos aquí para ser canales de la Fuerza Divina. Nosotros, la Mónada, surgimos de Dios mucho tiempo ha, como encendida chispa del Fuego Divino. Ciertamente que, como dice "La Doctrina Secreta", "la chispa arde poco" —muy poco en gran número de casos—pero nosotros podemos inflammarla con el fervor de nuestro entusiasmo, fe y amor, hasta convertirla en ingente llama que dé calor a los demás.

Piensa cada día en alguien que sepas que está afligido o sufriendo, o necesitado de ayuda y vuelca sobre él el caudal de tu amoroso pensamiento.

C. W. L.—La fuerza del pensamiento es tan real y tan definida como el dinero o como el agua que vaciamos de una botella en un vaso. Si enviamos a alguien una corriente definida de esta fuerza, podemos

tener la seguridad absoluta de que llegará a su destino, aun cuando no la veamos. Conocemos muchas personas cuyo dolor y sufrimientos pueden ser muy atenuados por medio de una corriente de esta fuerza que les enviemos. Si sucediese en alguna ocasión que no sepamos de ningún caso particular, podemos enviar nuestro pensamiento de un modo general, que ya encontrará a algunos entre los muchos que están sufriendo.

Si conocéis a alguna persona que esté en contacto (como la doctora Besant, por ejemplo) con multitud de seres necesitados y tristes, podéis enviarle pensamientos de devoción y fuerza, para que ella tenga algo más qué poder derramar. Lo mismo pasa con los Maestros. Cuando alguien les envía un pensamiento de devoción, sobre él baja, como respuesta, un pensamiento del Maestro, que tiene la naturaleza de una bendición. Pero a más de esto se añade algo al caudal de fuerza del Maestro, quien la usa para el bien de los demás.

A. B.—Debo confesar que hasta que lo leí no se me ocurrió hacer una práctica definida y regular de esta forma mental de ayudar a los demás. Es ciertamente una cosa excelente. Elegid por las mañanas a alguna persona para ayudarla durante el día en vuestros ratos de ocio; muchísimas son las personas necesitadas de ayuda, por desgracia. Luego, durante el curso del día, cuando vuestra mente esté libre, en vez de permitirle que se convierta en hotel para toda clase de huéspedes; utilizadla enviando a la persona elegida pensamientos de fuerza, de bienestar, de felicidad o de lo que le sea más necesario. Esta práctica es un paso más elevado que la repetición verbal de buenas frases.

Ya sea en una o en otra forma, cerrad vuestra mente a los pensamientos inconvenientes, hasta que sea lo suficientemente fuerte para que estas ayudas no le sean necesarias. El pensamiento del Maestro debe estar de continuo en vuestra mente; es uno de los que siempre imparten ayuda sin estorbar ninguna de las actividades mentales elevadas. No sólo no excluye otras formas de ayuda, sino que les imparte mayor fuerza. Pasado algún tiempo, llenará todo vuestro horizonte mental y entonces todo lo que hagáis, lo haréis como consecuencia de esto, mejor y más vigorosamente.

*Guárdate del orgullo, porque el orgullo
procede tan sólo de la ignorancia.*

C. W. L.—Los estudiantes de ocultismo suelen ser víctimas de un grande y sutil orgullo. No pueden dejar de advertir que saben un poco más de los hechos reales de la vida que los que no los han estudiado. Torpe sería no reconocerlo; pero es preciso tener cuidado de no caer en el desprecio hacia los que no han estudiado estas cosas. En este particular, ciertamente, los estudiantes de ocultismo están por encima del hombre común; pero bien puede haber muchas otras materias en las que los demás estén muy por encima de ellos. El que conoce a fondo las literaturas, las ciencias, las artes, por ejemplo, ha empleado mucho más tiempo y ha tenido mucho más trabajo en sus estudios, que muchos de los que hemos estudiado Teosofía, y sin duda alguna merece nuestro elogio por lo que ha hecho y por su labor altruista. No es un exponente de sabidu-

ría el despreciar el trabajo ajeno, sino el comprender que todos por igual estamos progresando.

Muchas personas tienen una gran estima de sí mismas; les satisface juzgarse siempre bien; se conceptúan muy buenas personas. Pero lo que sirve de base a su propia estimación no es siempre lo que el Ego aprueba. En cambio, cualquier cualidad que se desarrolle en el Ego es pura. Si, por ejemplo, se trata de un afecto, tal cualidad estaría siempre libre de celos, de egoísmos, de envidias. Es un reflejo del amor divino, hasta donde el Ego puede reproducirlo en su propio nivel. En ocasiones nos enorgullecemos de nuestros progresos, lo que se asemeja al orgullo de un niño de cuatro años, muy satisfecho de su crecimiento, cosa que puede ser muy explicable a su edad, pero no si se trata de un joven de veintiún años. Nuestros poderes intelectuales, de devoción, de afecto, de simpatía, existen en nosotros en grado muy pequeño en relación con lo que habrán de llegar a ser. Por tanto, en vez de sentirnos halagados con nuestras cualidades, debemos esforzarnos por acrecentarlas.

La meditación es una gran ayuda en estos casos. Si un hombre determina desarrollar sus afectos y medita sobre ellos tratando de vigorizarlos, se sorprenderá del grado que ha alcanzado en él esa cualidad en muy corto tiempo.

El orgullo, dice el Maestro, es siempre hijo de la ignorancia. Cuanto más sabe un hombre tanto menos caerá en el orgullo, porque más fácilmente comprenderá que no sabe. Especialmente le será cierto esto si tiene la fortuna de ponerse en contacto con alguno de los

Grandes Maestros. Los que lo consiguen no volverán ya a sentir el orgullo, ni siquiera el orgullo de no ser ya orgullosos, porque al pensar que pueden hacer alguna cosa o que poseen alguna cualidad, invariablemente vendrá a su mente esta idea: "He visto esta cualidad en el Maestro, y ¿qué vale la mía al lado de la Suya?"

Las virtudes de los Maestros tienen tan magnífico desarrollo que es una cura instantánea contra el orgullo el conocer a uno de ellos. Sin embargo, el desaliento nunca viene del Maestro. En la vida cotidiana pensamos que podemos hacer alguna cosa en cualquier sentido y cuando nos ponemos en presencia de un experto en esa línea, vemos inmediatamente nuestra pequeñez en relación con el gran hombre y nos sentimos oprimidos y desanimados. Pero no es este el sentimiento que nos inspira la presencia del Maestro. Advertimos plenamente nuestra incompetencia y nuestra insignificancia, pero al mismo tiempo, en Su presencia comprobamos nuestra potencialidad. En lugar de ver que hay un abismo infranqueable, nos viene esta idea: "Yo puedo hacer esto. Voy a proponerme imitarlo". Tal es el estímulo que nos da siempre nuestro contacto con el Maestro. En Su presencia penetran en nosotros las palabras del Apóstol: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece".¹ La fuerza del Maestro nos hace pensar: "Nunca más estaré deprimido; no puedo ya estar triste; nunca más caeré en el error de la irascibilidad que ayer cometí; vuelvo la vista hacia atrás y veo las ridiculeces que me han

¹ Filipienses, IV. 13.

inquietado: ¿qué cosa puede ya preocuparme de aquí en adelante? Posiblemente más tarde, fuera ya de la influencia directa de esos divinos rayos, volvamos a caer, olvidando que esa influencia puede seguir alcanzándonos, aun cuando sus rayos no sean visibles y directos, y de que podemos vivir siempre en el aura del Maestro, si así lo queremos.

El hombre carente del conocimiento se imagina que es grande; que ha llevado a cabo ésta o aquella grande acción. El sabio conoce que sólo Dios es grande y que toda buena obra es hecha tan sólo por Dios.

A. B.—Tenemos aquí una gran lección del *Gita*. Es la voluntad una la que actúa a través de todos. Todo trabajo es hecho por el todo no por las partes, y lo que más nos es dado es constituirnos en buenos conductos para la labor de la divina actividad. Nuestro alardear es tan tonto como sería el de uno de los dedos de la mano. Haceos órganos saludables de la divina voluntad y encontraréis que el Actor uno os está usando, porque ya os habéis capacitado para ser usados.

Y hemos vuelto a nuestro punto de partida; vimos ya que la realización del Sér destruye todo temor; vemos ahora que también destruye todo orgullo. Tal es la única verdad básica. Es bueno observar cómo todas estas cosas multiformes nos conducen a la única verdad; la Vida Una inmanente en todos los seres.

C. W. L.—Dios está en cada uno y cualquier bondad o grandeza que haya en el hombre, no es más que Dios que

resplandece en él. Todo lo que hacemos El lo hace por nuestro conducto. Esto puede parecer extraño. Podréis juzgar que destruye el sentido de individualidad, pero ello sólo se debe a que la realidad de esta relación no puede ser alcanzada por nuestro cerebro físico. No sin razón los cristianos de la Edad Media acostumbraban decir: "A Dios sea la gloria." Enorgullecernos de cualquier cosa que hayamos hecho sería equivalente a que uno de los dedos de la mano, al estar nosotros tocando el piano, se envaneciera de haber dado tal o cual nota, de haber embellecido tal o cual tono; siendo así que, en verdad, todos los demás dedos hicieron su parte, todos actuaron, no con voluntad separada, sino como instrumentos del cerebro que los ponía en juego. Todos somos dedos de Su mano; manifestaciones de Su poder. Sé muy bien que nos es prácticamente imposible demostrar esto de manera completa; pero cuanto más desarrollemos la conciencia superior, tanto más claramente lo percibiremos y algunas veces, durante la meditación, en momentos de exaltación elevada, alcanzaremos un momentáneo vislumbre de la unidad.

CAPITULO XIX

DOMINIO DE SI EN LA ACCION

Si es tu pensamiento cual debería ser, pocas dificultades tendrás al actuar.

A. B.—Estas palabras hacen hincapié en que el pensamiento es más importante que la acción, cosa bien conocida por todo estudiante de ocultismo. Este punto de vista es exactamente el reverso del punto de mira general; pero es el correcto, porque el pensamiento precede a la acción. Puede haber lo que se llama acción espontánea, pero ello sólo significa que para hallar el pensamiento precedente tenemos que ir muy atrás, posiblemente hasta una vida anterior.

Cuando se ha acumulado fuerza suficiente —pensamiento en la mente en cualquier dirección— y se presenta la ocasión para que ese determinado pensamiento se manifieste en acto, éste se verifica inevitablemente. Todo pensamiento en determinada dirección no es más que un aumento de fuerza impulsora, hasta que al fin la fuerza almacenada nos conduce inevitablemente a la

acción. El hindú estima muy correctamente que la acción o karma integrada por tres partes: pensamiento, deseo y acción. Es cierto: podéis actuar en una de vuestras vidas en forma impremeditada, pero sólo en lo que concierne a un pasado inmediato, un acto cometido por el impulso del momento. Cuando la actividad del pensamiento ha terminado, el acto, que es la última parte de la acción completa, debe verificarse como resultante del impulso acumulado. Puede así suceder que, agotado ya todo vuestro poder de pensamiento y habiendo puesto en juego toda vuestra capacidad de control, vuestro pensamiento, en la primera ocasión que se presente, se manifieste en acción. También puede quedar latente durante mucho tiempo, mientras no surja la oportunidad de expresión; pero tan pronto como las circunstancias lo permitan, la acción ocurrirá.

De aquí la gran importancia de comprender el mecanismo del pensamiento. Guardadlo bien y dirigidlo por buen camino, pues nunca podréis saber cuándo llega la ocasión para que el próximo pensamiento cristalice en acto. Por eso los Grandes Maestros del mundo dieron siempre enorme importancia al pensamiento y por ello es que en este libro se le recuerda de nuevo al estudiante. Es oportuno recordar aquí que manas, la mente, es actividad en sí misma. Tenemos en la Mónada los tres aspectos de: voluntad, sabiduría y actividad que vienen a manifestarse en atma, buddhi y manas. Y aquí se reconoce de nuevo que el pensamiento se manifiesta en acción.

C. W. L.—Es incuestionable que el pensamiento precede a la acción. Hay ocasiones en las que actuamos sin

pensar, pero es aparente nada más, pues tales acciones son el resultado de pensamientos anteriores: el hábito de pensar en ciertos asuntos o en determinada forma nos conduce inevitablemente a actuar instintivamente. Cuando alguien hace una cosa y dice: "No pude evitarlo; no pensé en ello", la realidad es que él está dando manifestación como acto a pensamientos previos, quizá de encarnaciones anteriores. Aun cuando por lo general el hombre no usa en su presente encarnación el mismo cuerpo mental que en la precedente, sí tiene la misma unidad mental, que es el núcleo de su cuerpo mental anterior, una especie de epítome del mismo, que va conservando de vida a vida, la impresión del tipo de pensamiento a que el hombre ha estado acostumbrado.

Se ha dicho con frecuencia que el hombre sólo puede transferir de vida a vida, en su cuerpo causal, las buenas cualidades. Esto es exactamente cierto. El cuerpo causal está integrado de materia de los más altos sub-planos del plano mental (primero, segundo y tercero), y la materia de estos sub-planos no puede vibrar en respuesta a las inferiores o menos deseables cualidades. Por lo tanto, el hombre solamente puede asimilarse el bien, lo que es una fortuna, pues de lo contrario, asimilaría mucho mal, lo que significaría retraso en vez de ayuda en nuestra evolución. Pero también es cierto que el hombre lleva consigo los átomos permanentes de los diferentes planos (mental, astral y físico) y es por ello que las cualidades correspondientes se transfieren, como cualidades inherentes, a los nuevos vehículos.

En tal forma, traemos posibilidades de cualidades,

más bien que cualidades de hecho. La señora Blavatsky solía llamar a esto, entre otras cosas, "Privaciones de materia", esto es, fuerzas que habrán de operar, cuando encuentren la materia apropiada, pero que permanecerán latentes hasta que tal materia se agrupe alrededor del Ego nuevamente. Así, cuando un hombre actúa "sin pensar", procede según la importancia que hayan tenido esos viejos pensamientos. Es ésta una de las razones por las cuales debemos vigilar cuidadosamente nuestros pensamientos; nunca sabemos cuándo cristalizarán en acción. El hombre que se deja influenciar por un mal pensamiento, en la creencia de que nunca se dejará arrastrar hasta la acción, puede muy bien llegar a ella sin advertirlo.

Puede hacerse muy buen uso de este conocimiento para ayudar a los niños. Cuando el Ego toma por su cuenta los nuevos vehículos, los familiares y amigos pueden impartirle mucha ayuda estimulando las buenas cualidades conforme se vayan manifestando, y no dando a las malas ninguna oportunidad de manifestarse. Damos a los niños la mayor ayuda cuando logramos que sus buenas cualidades se manifiestan en acción y formen un hábito, antes de que las malas puedan afirmarse en él. Estas últimas se habrán de manifestar tarde o temprano, probablemente porque el mundo externo las ponga en juego; pero si están ya las primeras establecidas firmemente, las malas tendencias hallarán mucha dificultad para hacer impresión. Y será entonces la plena voluntad del Ego el actuar a través de sus vehículos en oposición a tales impactos y en casos semejantes esas malas tendencias quedarán desenraizadas en el curso del

período de esa vida y en la siguiente reencarnación el Ego volverá libre de ellas por completo.

Mas no olvides que para ser útil a la humanidad debe el pensamiento traducirse en obras. Que no haya pereza, sino actividad constante en buenas labores.

A. B.—He aquí una advertencia importante: el pensamiento, para que sea bueno, ha de manifestarse en acción. Este es un punto en el cual muchos de nosotros tenemos defecto: tenemos en la mente pensamientos que no se traducen en acción y que son fuentes de debilidad. El Maestro Morya dijo en cierta ocasión que un buen pensamiento que no se manifiesta en acción es como un cáncer mental. Este es un símil gráfico que nos puede ayudar a comprender que tales pensamientos no son negativos simplemente, sino positivamente dañosos. No debemos debilitar nuestra fibra moral con buenas resoluciones que no lleguen a la práctica, que se convierten en obstáculo y que hacen más difícil el poner en práctica esos buenos pensamientos cuando nuevamente se nos presenten. No dejéis las cosas para después; no las pongáis a un lado: hacedlas. Muchos de nosotros entorpecemos nuestro desarrollo con resoluciones que no llevamos a la práctica. Dice un proverbio inglés que el camino del infierno está pavimentado con buenas intenciones.

Una buena intención que no se lleva a la práctica se transforma en una fuerza para el mal, pues actúa como una droga que embota el cerebro. Tened cuidado en re-

gular vuestros pensamientos y cuando os llegue un impulso de servicio, procedente del Ego superior, ponédlo en práctica; no lo dejéis para mañana. Este dejar las cosas para después es la causa de que muchos seres estén perdiendo el tiempo. Es frecuente encontrar personas muy buenas que se hallan ahora lo mismo que hace diez años, cuando las conocimos. Y así es como hay personas que pasan los años con las mismas dificultades y las mismas tentaciones; con las mismas debilidades y la misma fuerza. Nunca debe suceder tal cosa a un miembro de la Sociedad Teosófica, pues todos nosotros debemos saber algo de la forma en que actúan estas leyes.

Que esto sea así se debe en gran parte —entiendo yo— a que no comprendemos que los buenos impulsos que no se llevan a la práctica, se convierten en barreras. Si ponéis en práctica todos los que recibáis, os vendrán más y más. No hay circunstancia externa propicia, ni ampliación de conocimiento que puedan suplir la falta de esfuerzo y de resolución para poner en práctica lo que ya sabemos. Vuestro pensamiento debe siempre traducirse en acción. Haced de esto una regla de conducta. Comprendo que no siempre os será posible poner en práctica vuestro pensamiento de inmediato, pues las circunstancias del momento os lo pueden impedir; pero ya vendrán las oportunidades. En tales casos continuad pendientes de vuestro pensamiento; no lo desechéis. Que sea como una fruta que se está madurando. Si procedéis así el pensamiento que acariciáis no os dañará y tan luego como llegue su tiempo lo llevaréis a la acción.

Pero debes hacer tu propio deber y no el de otro, a menos que lo hagas con su permiso y con la mira de ayudarlo. Deja que cada cual haga su propio trabajo a su propio modo; está siempre dispuesto a ofrecer ayuda cuando se necesite, pero nunca te entrometas. Para muchas personas, la cosa más difícil del mundo es aprender a ocuparse de sus propios asuntos; empero, esto es precisamente lo que debes hacer.

A. B.—Es esta una advertencia para aquellos de naturaleza muy activa, de naturaleza *rajásica*. Consideremos ahora el otro aspecto de la cuestión; por una parte hay que combatir la pereza; pero por la otra hay que evitar la intromisión. Las personas muy activas son propensas a meter el dedo en todos los pasteles, como dice el refrán. Pero los pasteles ajenos, son ajenos y no debemos poner en ellos la mano. Recordaréis con cuánta frecuencia en el *Bhagavad Gita* —que es un evangelio de actividad, pues su grito constante es “actúad, actúad”, nos previene en contra de la actividad indebida. El deber de otro —dice— está lleno de peligros.

La razón es clara. Si tú, con tu determinada clase de actividad mental, te metes en los asuntos de otra persona, que también tiene su determinada clase de actividad mental, que es diferente de la tuya, cuenta con la seguridad de que entorpeces su trabajo. Su acción es el lógico resultado de su actividad mental: no es, ni puede ser, el resultado debido y apropiado de la tuya. La persona de tipo enérgico debe comprender que al mezclarse

en asuntos ajenos, solamente ocasiona confusión. Me gustaba arreglar las cosas de los demás según lo que estimaba que era lo que ellos debían hacer, de acuerdo con mi punto de vista, naturalmente; pero en el curso del discipulado comprendí que no era la manera de trabajar.

Aun cuando la manera de proceder de determinada persona no sea la mejor desde un punto de vista abstracto, puede ser la mejor según su punto de vista personal. Tiene en su apoyo tanto la fuerza de sus faltas como la de sus virtudes y marca la línea de evolución apropiada que le corresponde. Supongamos que un hombre, para escribir, tome la pluma en una forma determinada, que no sea la mejor: si intervenís y lográis hacer que tome la pluma de otra manera, lograréis que escriba peor, no mejor. Perderá la ventaja de su larga práctica en la forma antigua y le costará mucho trabajo adaptarse a la nueva. Por supuesto, si es él el que quiere cambiar de forma de escribir, porque está convencido de que hay una mejor y solicita vuestra ayuda, ya es diferente; tiene derecho de hacer lo que mejor le parezca y contará con su fuerza de voluntad para este cambio.

Es claro que una persona fuerte puede dominar a otra fácilmente durante algún tiempo. La historia está llena de casos de grandes hombres que durante su vida dominaron a los demás; pero cuyo trabajo se derrumbó a su muerte. Olvidaron que eran mortales y que debieron formar un sucesor capaz de substituirlos; el fatal derrumbe de toda su actividad, que ocurrió con su desaparición no fué otra cosa que el karma de su error

y egolatría. Pone esto de manifiesto que tales hombres no comprendieron las condiciones de la actividad fecunda. No se percataron de que un trabajador, un conductor de pueblos debe rodearse de colaboradores capaces y darles su confianza, dejándolos independientes en su radio de acción, en su línea de trabajo; no se dieron cuenta de que no se debe intervenir en todos los detalles, que, por lo demás, tampoco es posible.

El mundo está integrado por una gran variedad, expresión de la unidad inmanente. Los tipos inferiores obedecen la ley, pues a ello se ven compelidos por su desconocimiento de los hechos. Pero el hombre goza de una libertad relativa; de cierta libertad dentro de un gran círculo de leyes externas a cuya acción no puede oponerse, pero dentro de las cuales puede proceder como mejor le parezca. El desarrollo del hombre estriba en hacer su trabajo a su manera. El plan divino es tal, que a medida que el hombre va progresando, más y más libertad le va siendo conferida, según se vaya haciendo acreedor a mayor y mayor confianza de que habrá de usarla sabiamente; y así es como poco a poco, paso a paso, el hombre alcanza su plena libertad. El animal, en el peldaño más bajo de la escala, obedece perfectamente, inconscientemente; el Maestro, en la cima de la misma, obedece perfectamente, de manera consciente; todos los demás estamos en algún punto situado entre ambos extremos.

Debemos tener presente que la intervención concierne también a lo mental y que la no intervención tiene que ver también con la calificación previa, el dominio de la mente. La intervención mental es muy poderosa. Tome-

mos el siguiente ejemplo. Uno de nosotros tiene una cierta falta que está tratando de dominar, resultante, quizá, de alguna debilidad de su carácter; quizás de una manera indebida de pensar o de actuar, inclinación producida por viejos hábitos. Sea la que fuere, el hombre está tratando de corregir su falta. Otra persona sospecha de esa determinada debilidad o falta; sospecha sin ocurrírsele que ha causado daño.

Esta persona no se da cuenta de que contribuye con un pequeño impulso a determinar la indebida acción de la primera. Las dos fuerzas opuestas: el hábito y el esfuerzo, estaban nivelando el fiel de la balanza y el pensamiento de sospecha hizo que se inclinara a un lado. Por eso es tan nocivo el sospechar. Siempre es nocivo. Si por desgracia la sospecha es cierta, da un impulso adicional a la mala inclinación; si no lo fuere, podría facilitar más a la otra persona ceder de nuevo a su debilidad. De ambas maneras se lanza un mal pensamiento sobre tal persona; por lo cual la sospecha es mala en cualquier caso. Es nuestro deber pensar bien siempre de los demás, aun cuando nuestro pensamiento sea mejor que sus prácticas; en tal forma sólo enviaremos a los demás, pensamientos que contribuyan a su bien.

Es importante también tener presente estos hechos, porque más o menos tarde una gran cantidad de mal pensamiento es proyectada por las fuerzas negras contra todo aquel que está avanzando rápidamente en el Sendero. Cuando estéis siendo el blanco de una avalancha de mal, lanzada sobre vosotros para empujaros a las malas acciones debéis comprobar el nocivo trabajo

de la sospecha y ejercer extrema vigilancia sobre vuestros pensamientos y acciones. Debéis pensar en lo que os está sucediendo, limitándoos a reconocer los hechos sin ser víctimas de la ira o del resentimiento; y cuando os veáis envueltos por un torbellino de odios, tened presente que es vuestro deber —para decirlo con frase bíblica— atar los lomos de vuestra mente, limitándoos a poner en juego una fuerza adicional de naturaleza contraria, que neutralice las malas fuerzas que os acosan. Hacedlo así y el mal lanzado contra vosotros no os hará daño; por el contrario, sacaréis ventaja de él, pues os ayudará a conocer vuestras debilidades, las sacará a luz cuando de otro modo podrían haber quedado ocultas. Vuestra simple resolución ante el ataque os fortalecerá y os conducirá a una elevación en que ya no podrán causaros sino pequeños efectos.

Por tanto, haced perfectamente vuestro trabajo y dejad a los demás que hagan el suyo, a menos de que soliciten vuestra ayuda. Haced vuestro trabajo con el máximo de vuestra capacidad y dejad también con el máximo de vuestra capacidad— que los demás hagan el suyo.

C. W. L.—Mucha de la intervención en los asuntos ajenos se debe a los prejuicios religiosos. Los cristianos ortodoxos estiman que es de su incumbencia intervenir en las cuestiones de los demás. Se ocupan en salvar las almas de los demás, en vez de reconocer que cada quien debe salvarse a sí mismo. Sin duda alguna nadie tiene derecho a intervenir entre la individualidad y la personalidad de otra persona en ninguna circunstancia. Los inquisidores estimaban que tenían el derecho

de atormentar a los demás para salvar sus almas, obligando a sus cuerpos a decir tal o cual cosa. Ni siquiera llegaron a pensar, según entiendo, en que podían hacer que un hombre *creyera* determinada cosa; pero estimaban que era suficiente el que su cuerpo *dijera* que la *creía*, para que tal afirmación, aunque fuera falsa, tuviera la virtud de salvar el alma. Si los inquisidores *realmente* creyeron eso (me resisto a creer que haya habido *alguien* que *realmente* aceptara tan monstruosa falsedad), tuvieron una base para justificar sus horribles procedimientos, pues cualesquiera que fueran los horribles suplicios a que sujetaban los cuerpos de sus infortunadas víctimas, sólo duraban unos cuantos días o unas cuantas horas y eran nada en comparación con las horribles penalidades eternas de las cuales estaban salvando las almas. En tales circunstancias, el torturar a un prójimo llegaba a ser una acción meritoria. Nos es difícil comprender que haya habido quien tuviera este criterio y sin embargo es notorio que hubo muchísimos que lo sustentaron, aun descartando aquellos que utilizaban los poderes de la Iglesia con fines políticos.

Por el hecho de que intentas emprender una labor más elevada no te es lícito descuidar tus deberes ordinarios, pues mientras éstos no estén cumplidos no quedarás libre para otro servicio. No te impongas nuevos deberes mundanos, pero desempeña a la perfección aquellos que ya tienes contraídos, es decir, todos los deberes evidentes y razonables que tú mismo reconozcas, no los deberes imaginarios que otros traten de

imponerte. Si has de seguir al Maestro, preciso es que lleves a cabo el trabajo ordinario mejor que los otros, no peor; porque hasta eso también debe ser hecho en Su nombre.

A. B.—Por lo general cuando una persona se pone en contacto con el ocultismo nos parece que comienza a hacer su trabajo ordinario peor y no mejor que con anterioridad. Pero es un error completo. Su desbordante entusiasmo en sus estudios y su esfuerzo por llegar a las cosas elevadas tienen su peligro, a la vez que su ventaja; y el peligro reside precisamente en que los trabajos cotidianos le parecen sin importancia. Hay en esta idea algo de verdad y en eso estriba el peligro; los errores son peligrosos solamente porque en su fondo hay algo de verdad. Es la migaja de verdad que hay en un error lo que le da importancia; no la envoltura de falsedad que oculta la migaja de verdad.

La perfecta ejecución de los deberes que hayamos de desempeñar en la vida del mundo es lo que pone de manifiesto que la fuerza que descende de los planos superiores está siendo usada en la forma conveniente. "Yoga es destreza en la acción".¹ Si un hombre se ha disciplinado ya en los planos superiores, su actividad en los inferiores será correcta; pero no lo será si aún no ha logrado esa disciplina. Esto último, sin embargo, es preferible a la indiferencia en cuestiones espirituales. La incorrecta actividad de un hombre que se esfuerza ya en este terreno puede causar mucho daño temporal; pero no

¹ Bhágavad Gítá. II. 50.

un daño permanente, porque su propósito interno es bueno.

El discípulo habrá de esforzarse por cumplir sus deberes del plano físico mejor que los demás. Con frecuencia cuando el discípulo obra con torpeza, puede intervenir un Maestro para rectificar sus actividades. Por eso un Maestro pone al chela a prueba, y que tal período de prueba se prolongue, se debe a esto frecuentemente. Generalmente el hombre necesita un cierto tiempo para moderar su entusiasmo y para actuar en forma ponderada y con premeditación.

El discípulo vale, primeramente, por su utilidad para los demás. El aspirante nunca debe creer que su trabajo esotérico sea de más importancia que el exotérico. El teósofo que descuida su Logia y su trabajo en pro de la Sociedad por dar atención a su propio progreso en cuestiones esotéricas, comete un error. Si desatiende su trabajo externo a favor de sus estudios, pongamos otro ejemplo, procede mal. El estudio es bueno, pero debe supeditarse a la utilidad; debéis estudiar para ser más útiles; no dejar de ser útiles para poder estudiar. Y cuando surja un conflicto entre vuestros deberes y vuestros estudios, son los primeros los que deben preferirse.

En todos estos asuntos debemos siempre recordar que el sendero del ocultismo es tan angosto como el filo de una navaja de afeitar. Nos es posible dedicar todo nuestro tiempo de vigilia a hacer pequeños servicios a los demás; pero en este caso muchos no serán los procedentes y la mayoría de ellos no los haremos bien. De la misma manera que debemos dedicar algún tiempo para comer a fin de tener fuerzas para trabajar el resto

del tiempo, debemos emplear algo de nuestro tiempo en la meditación y en el estudio y en considerar qué clase de trabajos debemos hacer y cómo debemos ejecutarlos. Este punto quedó ya tratado por el Maestro en la sección sobre el discernimiento. Toda Su enseñanza tiende a llevar al discípulo hacia el camino medio; si lleva éste un consejo hasta el extremo, sólo logrará caer nuevamente. Se ha dicho que la ruta de la mejor nave no es la línea recta, sino la que resulta de caminar de uno a otro lado. La vida del discípulo tiene alguna semejanza con esto; el capitán que está en el puente es el Maestro que va indicando las estrellas que sirven de guía y ayuda al discípulo a fin de que las siga con la mayor precisión posible. Hay muchas personas que se aferran a una buena idea y se dejan conducir por ella hasta la muerte.

El Maestro dice al discípulo que no debe contraer nuevos deberes mundanos. Quien ha hecho votos de servir al Maestro, deberá comprender la importancia de estar siempre listo para servirlo en la forma y el lugar que El lo requiera. Puedo dar un vívido ejemplo de mi propia experiencia. Cuando era joven y fui despojada de mis hijos contra toda mi voluntad, luché contra esa separación poniendo en juego todos los recursos legales a mi alcance; pero perdí el litigio; la ley rompió mis ataduras; me libertó del deber maternal de dar protección a mis hijos. Mi hija regresó a mi lado tan pronto como pudo hacerlo; había dejado de verle y de escribirle durante diez años; pero ella no me olvidó y regresó a verme. Yo vivía a la sazón con la señora Blavatsky, quien me hizo esta advertencia: "Ten cuidado de no atar

de nuevo los lazos que ya rompió el karma". Si hubiese yo reanudado mi vida anterior después de haber hecho votos de servir al Maestro, hubiese procedido muy mal. No quiero significar, por supuesto, que era mi deber descuidar a la niña; vino ella a vivir con nosotros y permaneció a nuestro lado hasta que casó; pero ocupaba el segundo lugar; no el primero.

Vosotros sois los responsables de los deberes que tenéis que desempeñar; nadie más; sois responsables ante el Maestro; nada más ante El. Si alguien trata de imponeros algo que imagina que es vuestro deber y vosotros os dáis cuenta de que no lo es, limitaos a manifestaros inconformes; en buena forma, pero con firmeza. *Vosotros* debéis decidir. Debéis hacerlo así, ya sea acertada o equivocadamente; si os equivocáis, sufriréis vosotros; pero la decisión debe ser vuestra. Nadie debe inmiscuirse en esta responsabilidad de un hombre consigo mismo y con su Maestro. *Vosotros* sois los responsables ante vuestro Maestro y, en Su servicio, debéis hacer vuestro trabajo mejor que los demás.

C. W. L.—El deber que el ocultista tiene de hacer bien su trabajo ordinario queda expuesto en las religiones antiguas. En la historia de la juventud del Príncipe Siddartha, que llegó a ser el Señor Buda, por ejemplo, se refiere que se dedicaba mucho al estudio y a la meditación; pero cuando le fué necesario conquistar a su esposa dando pruebas de destreza en deportes viriles, puso de manifiesto que le era posible sobresalir en habilidad deportiva lo mismo que en las cosas elevadas. Se dice en el *Bhagavad-Gitá* que yoga es destreza en la acción; es proceder como se debe en forma cuidadosa,

atinada y cortés. Los discípulos de los maestros deben saber equilibrar sus vidas; deben saber cuándo hay que hacer a un lado las cosas ordinarias y cuando no.

Quien haya hecho votos de servir al Maestro dedicándole todo su tiempo y toda su energía, nada debe emprender que no sea en Su servicio. No debe permitir que los demás le impongan obligaciones que él no reconozca como tales. Imagino con facilidad que haya quien estime que los miembros de la Sociedad Teosófica deban concurrir a reuniones sociales diversas. Alguien diría: "Con gusto destino algo de mi tiempo a conservar mis amistades"; pero sería mucho mejor para tal persona el dedicar la mayor parte de su tiempo a cualquier trabajo en pro de la Sociedad.

A esta instrucción concerniente a los deberes del discípulo se le concedió mucha importancia en el caso de Alcione mientras estuvo en Adyar bajo la dirección de su Maestro. En una ocasión especial, por ejemplo, se vió en el caso de tener que dedicar todo el día a cierta ceremonia relacionada con un familiar de parentesco lejano. El asunto fué sometido al Maestro Quien dijo: "Sí; teniendo en cuenta que el resto de la familia puede hallarse conturbada o encontrarse sufriendo, puedes ir cuando gustes por una hora nada más; pero ten mucho cuidado durante todo ese tiempo de no repetir nada que no entiendas; de no decir ciegamente nada en ningún caso y de no permitir que otros hagan por ti lo que tú puedas hacer por ti mismo; esto por lo que toca a las ceremonias y a las bendiciones."

CAPITULO XX

TOLERANCIA

Debes alimentar sentimientos de perfecta tolerancia para todos y un cordial interés por las creencias religiosas de otros, tanto, como el que sientes por las tuyas propias. Porque su religión, lo mismo que la tuya, sirve de Sendero hacia lo Supremo. Y para ayudar a todos deberás comprenderlas todas.

A. B.—Creo que la tolerancia es una de las virtudes de que más se habla; pero una de las que menos se practican. Es esta una de las virtudes más difíciles de adquirir, pues cuando una creencia es firme se tiene en mucha estima y se forma la tendencia a querer implantarla en los demás. Esta agresividad ha sido la causa de todas las guerras y persecuciones religiosas, públicas o privadas; pero aun esa misma agresividad es mejor que la indiferencia que tan frecuentemente se confunde con la tolerancia. Indiferencia no es tolerancia y nunca debemos confundirlas,

En la actualidad, por lo que toca al Estado, es muy poco lo que hay de persecución; pero hay aún mucha persecución social y familiar. En algunos Estados, donde tiene predominio el libre pensamiento, queda aún algo de persecución. Los librepensadores fueron perseguidos tan enconadamente que sienten hoy grandes deseos de represalias, aun cuando, claro está, al proceder así están violando directamente sus principios. Confío en que sea solamente la reacción de la persecución que los partidos religiosos les infligieron y que pronto cesará.

Existe aún en el mundo mucho del espíritu religioso que dió origen a la persecución y hay casos en que el Estado se ve obligado a imponer la pública indulgencia, como en la India, por ejemplo, para evitar los disturbios y contratiempos que se pudieran originar. La aparente tolerancia que suele existir entre los miembros de diferentes credos en los países en que hay diversidad de religiones más o menos equilibradas en cuanto al número de prosélitos, es el resultado, generalmente, del mutuo temor.

El estudiante de ocultismo debe aspirar a aquel sentimiento bondadoso que nace de reconocer que en cada quien es el Ego el que está recorriendo su camino. Tal es la única actitud recta y nada que no sea este reconocimiento podrá hacer que la tolerancia sea una virtud bien difundida. Debemos reconocer que cada quien tiene su peculiar manera de lograr su elevación y debemos dejar a todos enteramente libres; lo que implica no solamente que no deberíamos tratar de convertir a otras personas a nuestra religión, sino también que no debe-

mos tratar de imponer nuestros argumentos y opiniones, ni debilitar las creencias que a cualquier persona pueden servirle de ayuda. Esta indulgencia perfecta debe ser nuestra aspiración; y tal actitud está tan distante como los polos opuestos de nuestro planeta, de lo que suele llamarse tolerancia —esto es, ese sentimiento semidespectivo de que las cosas religiosas carecen de importancia y de que no son más que una especie de fuerza de policía para conservar el orden. La religión de los demás debe sernos sagrada, porque es sagrada para los demás. La Logia Blanca no permitirá la entrada en la Fraternidad a nadie que no haya logrado adoptar esta actitud en grado considerable.

C. W. L.—En estos días hay quizá mayor tolerancia de la que ha habido desde el tiempo del gran Imperio Romano y es la actual muy semejante a la que existió entonces. Se nos refieren muchas cosas de la forma en que los romanos trataban a los primeros cristianos. Una investigación cuidadosa nos ha hecho ver que las grandes persecuciones de que tanto se habla no ocurrieron nunca y que eran, en cambio, los propios cristianos los que promovían esas dificultades. No quiero negar que las condiciones de la época no hayan sido un tanto bárbaras; pero parece ser que los primeros cristianos eran un tanto turbulentos y cuando chocaban con las autoridades no era a causa de su religión, sino debido a lo que decían y hacían. Los romanos no recibieron con beneplácito la fraternidad que los cristianos predicaban y cuya idea era, más o menos, la siguiente. "Sois mon frere ou je te tuerai."¹ En muchos casos se negaban a

¹ "Sé mi hermano o te mataré".

celebrar pequeñas ceremonias que se estimaban como muestras de lealtad; se rehusaban a quemar un poco de incienso en los altares y a ofrecer al Emperador una copa de vino, acciones más o menos equivalentes a quitarse el sombrero, en Londres, a la pasada del Rey. El Imperio Romano fué el más tolerante del mundo para con las religiones. No le interesaba en absoluto qué Dios adoraba la gente, sencillamente porque no creían en los dioses. Tenían un enorme panteón con templos dedicados a todos los dioses y cuando advirtieron que el Cristo estaba siendo adorado, inmediatamente le erigieron una estatua. Su tolerancia, pues, no era otra cosa que indiferencia.

Muchos de los romanos antiguos están hoy encarnados en la raza inglesa. Muchos hay que son tolerantes con todas las creencias, únicamente por la razón de que no tienen ninguna creencia. Consideran a la religión como un pasatiempo de señoras, sin ninguna importancia por lo que a los hombres toca. No es esa la tolerancia que debemos adquirir. Debemos reconocer que las creencias de los demás son también caminos de elevación. Cuando alguien entra en una iglesia o templo de una religión diferente a la suya, debe adaptarse a las costumbres del lugar, no simplemente por acatar la costumbre, sino por respeto a los que difieren de él y a la religión diferente a la suya. Hay algunos que, cuando entran en una iglesia se resisten a hacer la acostumbrada reverencia ante el altar y aún hacen alarde de dar la espalda. Conozco algunos que han entrado a una mezquita sin descalzarse. Nada tenemos que hacer en un templo o iglesia de otra religión si no estamos prepa-

rados y dispuestos a conducirnos en forma de no herir los sentimientos de los creyentes. El que estime indebido hacer una genuflexión ante el altar de un templo católico que se quede afuera y el que crea que no debe descalzarse al entrar a una mezquita, que no entre a ella.

Todos los hombres son manifestaciones del Sér-Uno, y por ello deberán respetarse las formas que tomen las aspiraciones ajenas. Con mucha frecuencia hay manifestaciones pueriles; pero el hombre bueno no debe mofarse de ellas, ni tratar de poner a nadie en contra de las mismas, pues no hay que esperar que el hombre de escaso desarrollo intelectual se coloque en el punto de vista del más evolucionado. La tolerancia nos debe siempre conducir al punto de vista de los antiguos romanos, "puesto que soy hombre nada que sea humano debe serme extraño", y a tratar de comprender el punto de vista ajeno; aun como simple ejercicio este método pronto nos dejará ver cuán numerosos son los ángulos en que la mente humana puede reflejar la verdad. Muy monótono sería el mundo si todas las cosas se hicieran en la misma forma. Sería como una cárcel en donde todas las cosas se hacen a la misma hora y de igual manera.

Hay ciertas grandes divisiones, tales, por ejemplo, como la que existe entre católicos y protestantes. Cada una de estas sectas religiosas se acerca a la Cristiandad desde su punto de vista especial y hay muchos en ambos bandos que son incapaces de entender el punto de vista de los otros. El católico estima que en su ritual debe haber muchas ceremonias; que ese ritual debe ser tan hermoso como sea posible para glorificar al Dios que adoran y

para impresionar a la gente. Tienen la profunda creencia de que el ritual y las ceremonias y la hermosura circundante constituyen la más poderosa ayuda en sus devociones. El protestante, por el contrario, estima que todo eso es impropio y perjudicial porque distrae la mente del significado interno. El protestante interpreta, posiblemente, que si se viera obligado a concurrir a todas esas ceremonias, no podría conservar en su mente las cosas internas. Lo que es causa de tan profunda impresión para el católico, vendría más bien a ser para él un motivo de distracción; algo que estorbara su devoción interna.

Hay muchos que sienten que su devoción y sus aspiraciones son vagas e inciertas cuando sólo se ponen en práctica métodos subjetivos de adoración. La forma externa les imparte mucha ayuda y bienestar; ¿por qué no la han de emplear? Los que hallan en la ceremonia, en la estatua, en la pintura, en la manifestación física intensa satisfacción e inspiración, pertenecen de manera definida a uno de los siete rayos de vida, a una de las siete líneas del esfuerzo humano que conducen al trono de Dios. Los que no son partidarios de estas cosas; los que hallan en ellas más bien motivos de distracción y molestias, siguen también su línea correspondiente; dejémosles seguirla: ¿por qué impedirselo?

De la misma manera que cada quien tiene su propio lenguaje —la lengua del país en que nació— todos tenemos lo que pudiera llamarse un lenguaje religioso, es decir, una forma de dar pronta expresión a nuestros pensamientos, a nuestros sentimientos y a nuestras aspiraciones. Sería verdadera insensatez despreciar a un fran-

cés porque no habla nuestra lengua y es también insensato despreciar al que no tiene nuestra religión. En francés se dice "maison" en lugar de "casa"; las dos palabras significan lo mismo; sería estúpido sostener que una de esas dos palabras es mejor que la otra. Se me viene a la mente el famoso Mr. Lillywick, personaje de la novela *Nicolás Nickelby*, que al saber que "l'eau" significa "agua" en francés, llegó a la conclusión de que esa lengua es pobre. Hay también un cuento de una pobre mujer de la época de las guerras napoleónicas que pedía a Dios la victoria de las armas inglesas y cuando alguien le dijo que probablemente al otro lado alguien estaría pidiendo la victoria de los franceses, replicó: "Eso no importa, ¿cómo va Dios a entenderlos si hablan un idioma tan disparatado?"

No hay razón alguna para que un hombre no siga, el camino que le parezca más apropiado para llegar a Dios. Lo que se necesita para que haya paz y armonía es que todos reconozcan este hecho. Cada uno de nosotros debe decir: "Yo prefiero mi camino; pero estoy perfectamente de acuerdo en que todos los demás gocen del mismo privilegio, en que todos sigan el camino que les acomode". No es esto mucho pedir y sin embargo, pocos son los que están dispuestos a concederlo. Cada quien cree que lo que es mejor para él tiene que ser lo mejor para los demás. El hombre de amplio criterio comprende que hay multitud de caminos; que todos esos caminos conducen a la cúspide de la montaña y que cada quien debe gozar de libertad para tomar aquél que más le agrade.

Y confieso aquí que hay una cierta disposición que

no me es posible entender: la devoción religiosa que emplea para la Deidad términos empalagosos sacados de poemas de amor y de novelas. Me causa extrañeza, pues me da impresión de irreverencia, aun cuando sé perfectamente que todas esas palabras son sinceras y bien intencionadas. Posible es que los partidarios de ese lenguaje me juzguen frío y falto de emotividad, pero mi disposición es considerar las cosas con sentido común y tratar de razonar sobre ellas para comprenderlas. Los libros devocionales escritos para personas de determinado nivel tienen en todas las religiones una notable similitud. Si comparamos, por ejemplo, los libros de los Católicos Romanos con los que emplean los devotos de Shri Ramanujacharya, encontraremos notables semejanzas. La vida —igualmente— de un buen cristiano es la misma, que la de un buen budista, hindú o musulmán o la de cualquier buen prosélito de otra religión. Todos practican las mismas virtudes; todos se esfuerzan por alcanzar idénticos fines; todos condenan el mismo mal.

Pero a fin de lograr esta perfecta tolerancia, primeramente deberás librarte del fanatismo y de la superstición.

A. B.—Fanático es aquel que sólo toma en cuenta sus propias opiniones y desdén las ajenas. Dijo en cierta ocasión una magnífica señora —de la secta más radical de los evangelistas y sumamente fanática en verdad— que nadie debería leer ningún libro que no hubiese sido escrito precisamente desde el punto de vista de sus creencias religiosas. Tal es la posición del fanático: no leer jamás nada escrito desde un punto de vista

ajeno al suyo, por temor de ver debilitadas sus opiniones. Punto de vista radicalmente opuesto al de aquél que busca la verdad, al del que busca conducirse en forma elevada. Trata éste de leer todo lo que sea posible sobre determinado asunto, para poder ver desde cuántos ángulos diferentes los rayos de la verdad se han reflejado sobre la mente humana y han sido refractados por ella. Si queréis llegar a la verdad debéis estudiar todas las diferentes opiniones y puntos de vista para asimilar la pequeña o gran verdad que puedan contener.

Es también conveniente estudiar las supersticiones humanas; pues, como dice con hermosa frase el Upanishad, "Solamente la verdad conquista, no la falsedad". Las supersticiones derivan su fuerza del fragmento de verdad que contienen. Debéis encontrar ese fragmento de verdad. El fanático, por supuesto, solamente verá la falsedad que hay en ellas; pero vosotros debéis conocer algo de todas las religiones; no estudiándolas con espíritu de misionero, sino de una manera comprensiva. Lo mismo puede hacerse por lo que toca a las cuestiones políticas y sociales.

Debéis destruir asimismo la superstición, que en el curso de este libro se habrá de calificar como uno de los tres mayores pecados que ocasionan daño en este mundo, por ser un pecado contra el amor. Tan mezcladas están la religión y la superstición que es necesario separarlas en la mente por medio de una cuidadosa definición. Mi definición favorita de la superstición, aun cuando no la abarca por completo, es tomar lo no esencial por lo esencial; confundir un aspecto lateral, con un

aspecto importante. En las controversias religiosas la pugna se establece por cuestiones no esenciales y por regla general cada uno de los polemistas sostiene una diferente confusión de la verdad. Otra definición de la superstición —que tampoco la abarca por entero— es que es una creencia que carece de fundamento racional. Y es por ello que muchas verdades pueden ser supersticiones porque el que las profesa no tiene para ello buenas y sólidas razones. El Señor Buda dijo que la única base sólida para creer una cosa es que esté de acuerdo con la razón y el sentido común de manera que podamos decir que la conocemos. Si aplicamos esta prueba a la gran mayoría de las opiniones religiosas, todas ellas caen dentro del término superstición. Para la gente en general, carece de importancia; pero para los que quieren hollar el sendero es indispensable hacer a un lado por el momento todo aquello que no quede aprobado por la razón y por la intuición. Como se va desarrollando poco a poco el elevado sentido que permite reconocer a primera vista la verdad, así podréis ir poco a poco conquistando más verdad. Iréis adquiriendo así una profunda convicción interna y cuando se os presente una verdad, sabréis reconocerla. Este sentido corresponde a la visión óptica del plano físico. Es la facultad de Buddhi; razón pura. Todos debemos someter a esta prueba nuestras creencias, pues hemos heredado muchas que, para nosotros, no son sino supersticiones. Procediendo así y en la proporción en que esta actitud mental vaya constituyendo un hábito en nosotros, nos iremos libertando de la superstición e iremos desarrollando la tolerancia.

C. W. L.—Con frecuencia la superstición ejerce tal dominio sobre la mente del hombre, que se ha llegado a decir que sin ella no es posible tener religión. Ciertó es que hay mucha confusión en materias religiosas y que muchas de ellas no son razonables; pero toda aquella creencia muy difundida tiene probablemente tras de sí, un fragmento de verdad. Por regla general, las supersticiones no son simplemente invenciones, son más bien deformaciones o exageraciones de la verdad.

Nuestra Presidenta citó en cierta ocasión un conocido ejemplo de superstición de los hindúes. Había una vez un hombre muy virtuoso, poseedor de un gato, tan encariñado con él que, para poder poner en práctica sus ceremonias religiosas, le era indispensable atar al animalito a una de las patas de su cama. Llegó la gente a creer que el tener atado al gato en esa forma era una parte necesaria de la ceremonia y con el curso del tiempo se fue dejando de prestar atención a la ceremonia propiamente tal y sólo quedó de esta práctica la tradición de que debía atarse un gato a la pata de una cama.

Los escribas y los fariseos, a quienes Cristo acusó de hipócritas, comparándolos con los sepulcros blanqueados, adolecían de una forma similar de superstición. Pagaban sus diezmos en menta y anís y cominos, pues tenían la obligación de pagar diezmo sobre todo lo que poseían y acataban con escurpulosidad todo lo constituido por pequeñeces; pero pasando por alto lo esencial de la ley: justicia, misericordia y fe.

En Gran Bretaña, especialmente en Escocia, la superstición de guardar el domingo origina muchos males

y ese día se hace insoportablemente fastidioso. La idea era reducir un tanto el trabajo en ese día para poder dedicarlo a cosas espirituales. Sin embargo, los oficios divinos han ido disminuyendo y hay más borrachera y más libertinaje en los días domingos que en los demás días de la semana; un caso bien definido de tomar lo no esencial por lo esencial. Como quiera que hay un día semanariamente dedicado a la observación de las prácticas religiosas, el hombre parece interpretar que no tiene importancia el que durante los demás días se observen o no, los preceptos e ideales de esta índole. He podido notar que los que no guardan el domingo —indúes, budistas, etc., reciben un mayor influjo por parte de su religión que los cristianos. No quiero decir que los que no guardan el domingo sean todas personas intachables; hay entre ellos de todo, como entre los cristianos; pero sí, que para ellos la religión tiene un significado mayor que para el cristiano de tipo medio que parece estimar que, por el hecho de asistir una vez por semana a las prácticas religiosas, ha dado ya cumplimiento a todas sus obligaciones.

La superstición ha sido definida también por nuestra Presidenta como el profesar una creencia sin una base racional. Es perfectamente racional creer en la rotación de la tierra; en la existencia de lejanos países que no conocemos; en la realidad de los átomos y los electrones que no caen dentro del radio de nuestra visión física, porque para ello tenemos buenas razones. Pero hay muchas creencias populares que no son de esta clase. La creencia ordinaria del cristiano en el

fuego eterno y en el castigo sin fin, no es más que una forma peculiar de perniciosa superstición. No hay ninguna base racional para aceptar tales cosas; pero si decís esto a un cristiano os dirá que sois ateos y que os estáis mofando de su religión. El primero que aseguró tal cosa pudo no haberla creído; pero millones de personas lo han hecho después, haciéndose así, víctimas de la superstición.

Lo único que desde el punto de vista del cristianismo debería tener importancia en lo concerniente a este punto, son las palabras del Cristo. Hay, según entiendo ocho pasajes en los que se supone que se refirió El a ese castigo eterno y todos y cada uno de ellos ponen de manifiesto que nada tienen que ver con la idea popular que se les atribuye. Hay un valioso libro sobre este asunto titulado *Salvator Mundi*, escrito por un célebre clérigo cristiano, el Rev. Samuel Cox; examina en él, con gran minuciosidad, el original griego de lo que se supone que dijo el Cristo y demuestra prontamente y de manera conclusiva que no hay base en las Escrituras para sostener la creencia en los castigos eternos. No puede haber una base racional, ciertamente, pues si Dios es un padre amoroso, tales castigos son absolutamente imposibles. Debería esperarse que los cristianos hubiesen ya desechado esta horrible superstición, causa de enormes daños en el mundo, pero hay aún millones de seres víctimas de ella y aún la sostienen como una enseñanza. No hace mucho, en un catecismo católico romano para niños encontré la vieja idea del infierno como lugar de eterno castigo, expuesta con la misma torpeza de siempre. Pensando

en esta enseñanza podríamos juzgar que vivimos aún en la época más brutal de la Edad Media, al considerar que aún se está impartiendo esta enseñanza a la niñez. Es cosa muy lamentable. Muchas sectas cristianas han abandonado ya esta creencia; pero la más antigua y numerosa se aferra aún a esta afirmación medioeval. Hay algunos sacerdotes que, en lo individual, lo explican como nosotros podríamos hacerlo; pero la enseñanza escrita que dan a la niñez es horrible y blasfema, porque los hace comenzar la vida con una idea totalmente errónea de la Deidad, y llena sus mentes de temor y de crueldad, con serio detrimento de su carácter y de su evolución.

Fué espléndida la enseñanza del señor Buda con respecto a la creencia y a la razón. El primer Concilio que tuvo lugar después de su muerte para determinar cuáles de las muchas versiones circulantes debían ser aceptadas como dichas por él, estableció antes que nada, la regla siguiente: "Lo que sea contrario a la razón y al sentido común no es enseñanza del Buda". Descartaron todo aquello que no era satisfactorio desde tal punto de vista, diciendo: "Esto, obviamente está en contra del sentido común; no pudo él haberlo dicho". Posiblemente hayan desechado dos o tres cosas buenas que no les fué dado entender, pero salvaron la religión de una superstición enorme. Los fundadores de las grandes religiones —con excepción de Mahoma— no dieron sus enseñanzas al mundo en forma escrita. Se dice, no obstante, que el señor Buda escribió un libro que conservan los adeptos y que no ha sido publicado para el mundo. Por regla general, han

pasado dos o tres generaciones antes de que las enseñanzas hayan tomado forma escrita y es por ello que tales escritos han sido compilados de muchas fuentes. Por ejemplo, en el libro de Isaías, los eruditos han creído encontrar ocho diferentes orígenes de tradición: tres de Isaías, una tras otra, luego una de un comité, etc. Las enseñanzas religiosas sufren deformación cuando los que las transcriben anotan, no lo que saben, sino lo que han oído decir y luego discuten insustancialidades.

Aumenta la confusión el hecho de que al predicarse una nueva religión se esparce como una onda de conquista sobre las ya existentes; pero sin aniquilarlas. Un hábil general, al hacer la conquista de un país, trata de legislar de acuerdo con el carácter de los conquistados, con miras a disminuir dificultades; en tal forma las religiones se han ido adaptando a las diversas comunidades que las fueron aceptando. Es así como los chinos y los japoneses reverencian a sus antepasados, siguiendo la tradicional costumbre del Shinto; pero han aceptado la ética budista, mientras que en Ceylán subsiste aún una religión materialista, cuya idea es que nada del hombre trasciende de una vida a otra, sino su karma; sin embargo de lo cual, hablan de sus vidas pasadas y esperan alcanzar el nirvana en una vida futura. Los cristianos también adoptaron las festividades de las naciones en las cuales propagaron su fe; pero dándoles nombre de santos cristianos.

En todas partes se encuentran huellas de las viejas tradiciones —las danzas de Ceylán, el culto de Kali en la India, etc.—, las que con frecuencia se toman por

lo esencial, siendo esto prolífica fuente de supersticiones.

Puede suceder que sepamos que una cosa es cierta sin que podamos razonar sobre ella: este es el otro aspecto de la cuestión. El ego sabe y funda en buenas razones su conocimiento; pero en algunos casos no puede hacer llegar sus razones hasta el cerebro físico, aun cuando el conocimiento tenga la certeza de un hecho. Así, cuando se nos presenta una nueva verdad, sabemos inmediatamente si podemos o no aceptarla. Esto no es superstición sino una intensa convicción interna. No creo que se pueda encontrar una persona que tenga esa intensa convicción interna por lo que toca al infierno. Creen que serán lanzados al fuego eterno porque eso les han enseñado. Parecería, quizá, que equivale a dar preeminencia a la intuición sobre la razón; pero debemos tener presente que la palabra "budhi" que traducimos "intuición" se conoce en la India como "razón pura". Es la razón del ego que es de tipo superior a la de los planos inferiores.

El Maestro continúa con ejemplos de superstición:

Has de saber que no hay ceremonias indispensables; de lo contrario te creerías superior, en cierto modo, a quienes no las practican. Empero, no hay que condenar a quienes aun se aferran a las ceremonias. Deja que procedan como gusten; sólo que ellos a su vez, te dejen libre a ti, que conoces la verdad. no deben tratar de hacerte volver a la fuerza a lo que ya has dejado atrás. Sé indulgente en todo y benevolente en todos los casos.

C. W. L.—Dió el Maestro mucha importancia a la cuestión de las ceremonias, posiblemente porque la vida de un joven de la casta brahmánica, a la que Alcione pertenecía, comienza a saturarse de ellas más o menos a la edad que él tenía. Un muchacho de su edad sufre la tendencia de creerse muy importante, pues las ceremonias de su *upanaya* o iniciación en sus plenos privilegios de casta, lo convierte en el foco de atención de los demás. La vida de un brahman ortodoxo está llena de ceremonial; hay que asumir determinadas posturas y que recitar ciertos textos al levantarse, al bañarse, al comer y casi en todas las demás acciones. Posiblemente algunos de los que rodeaban a Alcione trataban de conseguir que se apegara a todo esto con precisión, por temor a que la educación moderna y los amigos europeos que tenía lo desviarán de su viejo culto tradicional; por eso el Maestro puso en guardia a su discípulo diciéndole que tales ceremonias no eran necesarias y que al practicarlas o dejarlas de practicar se precaviera de caer en el error y en la simpleza de creerse por ello superior a los demás. Las ceremonias cristianas difieren de las indúes y budistas en que por lo general son hechas colectivamente. Entre estos últimos la adoración tiene casi siempre forma individual; pero entre los cristianos es principalmente colectiva. Aun cuando todas estas ceremonias no son necesarias (excepto para aquellos cuyo temperamento se inclina tanto en favor de ellas que no pueden ser felices sin practicarlas) son, sin embargo, de índole científica, pues ponen en juego fuerzas de los planos internos en formas perfectamente definidas.

Muchos son los modos en que las fuerzas espirituales pueden ser derramadas sobre el mundo. La Misa, la Sagrada Comunión o Sagrada Eucaristía, son formas instituidas por el propio fundador de la Cristiandad para distribuir por medio de su Iglesia lo que solemos llamar la Gracia Divina, esto es, ciertas fuerzas espirituales de los planos superiores, fuerzas, por supuesto, no supernaturales, sino superfísicas. El estableció esas formas para que el sacerdote, cualquiera que sea su naturaleza, al hacer la ceremonia, sirva de canal de distribución de esas fuerzas. Sería más conveniente que el sacerdote fuera en verdad un hombre puro, pleno de pensamiento de devoción y de servicio, pero el ceremonial está de tal modo arreglado, en beneficio de los hombres, que es efectivo en cualquier caso. El concepto cristiano sobre este particular es de que debe haber alguna profusión de iglesias para que las fuerzas irradien por todas partes y alcancen a todos. Esta ceremonia hace un bien enorme a millones de personas; pero decir que es indispensable para la salvación, sería supersticioso.

Según sean las ceremonias son las fuerzas que fluyen sobre el mundo. Todas ellas, no importa su grado de espiritualidad, actúan por la acción de las leyes naturales y si su beneficio debe sentirse en el mundo físico, tiene que haber un mecanismo físico para que se manifiesten. Es un caso semejante al de la electricidad: esa fuerza nos circunda constantemente y está siempre en actividad; pero si queremos hacer un trabajo determinado y en cierto lugar particular, debemos

proveernos de un determinado mecanismo físico a través del cual pueda operar esa fuerza.

A. B.—Dice el Maestro que no hay ceremonias necesarias y así lo reconocen todas las religiones. En la India, el hombre más elevado y más respetado por los demás es el *sannyasi*, que no practica ninguna ceremonia en absoluto. Rompe y arroja lejos de sí la hebra sagrada, su más importante posesión, que le fué confiada cuando niño al ser iniciado en su casta y que ha venido usando durante toda su vida como el símbolo más sagrado, hasta convertirse en *sannyasi*.

Las ceremonias son necesarias mientras el hombre no ha logrado la comprensión y el verdadero conocimiento, mientras puedan ayudarlo a tener rectas emociones, mente tranquila y aspiraciones nobles. La gran mayoría de los humanos tienen aún poco desarrollo y necesita toda clase de ayudas posibles. Por tanto ningún hombre sabio condenará las ceremonias aun cuando no sean ya necesarias para él. El *Bhágavad-Gitá*; que es el evangelio del *sannyasi* dice: "No perturbe el sabio la mente de los ignorantes apegados a la acción; antes bien, obrando en armonía Conmigo, haga toda acción".¹ La criatura que está aprendiendo a andar se agarra a todo lo que está a su alcance capaz de sostenerlo: las sillas, las patas de las mesas, las paredes. Así las ceremonias son puntos de apoyo útiles para aquel que aún no puede sostenerse solo. Conforme el hombre se va desarrollando, sus ceremonias se vuelven más refinadas, más hermosas, más simbólicas hasta que al fin llega a cierto grado en que ya no le son

¹ Obra citada, III, 26.

necesarias y las abandona. Hay dos clases de seres que no practican ceremonias: los que están por encima de ellas y los que aún están por debajo.

Cada quien tiene la responsabilidad de determinar el momento en que debe abandonarlas; cada quien debe decidir por sí mismo. Nadie puede echarse la responsabilidad de determinar cuándo un hombre debe hacerse yogui. Lo mismo pasa con las ceremonias. No se debe criticar ni al que decide seguir practicándolas ni al que decide abandonarlas. En ocasiones puede un hombre decidir seguir asistiendo a ellas aun cuando ya no las necesite, debido a la posición que guarde en su comunidad. Sólo él es el responsable de su elección y nadie debe condenar a los que las practican ni tampoco a los que no las practican.

Las ceremonias pueden ser perjudiciales como pueden ser benéficas. En el antiguo hinduismo había una regla estricta que prohibía pronunciar determinada forma ante una multitud; no tenía tal regla la finalidad de impedir que determinados beneficios alcanzaran a la gente, como se ha supuesto, sino por el contrario tendía a evitar el daño que ciertas vibraciones podían ocasionar a algunas personas. Por eso el Manú estipuló que sólo los brahmanes ilustrados y de buena conducta deberían asistir a las ceremonias del shraddha. Una persona que posee determinado poder, pero que no sabe cuándo debe usarlo, ni cuándo debe refrenarlo puede dar a la fórmula determinada fuerza que ocasione daño a los asistentes a una ceremonia; por tal razón, quien ha comenzado a obtener este poder puede optar por no concurrir a ella. Noté, por ejemplo, una

vez que asistí a unas ceremonias de *shraddha* en Gaya, que de haber contribuido con mi fuerza, pudiera haber dañado a los sacerdotes, pues algunos de los mantras que estaban recitando tenían un poder excesivo. Ellos, por supuesto, no pusieron en juego esa fuerza pues eran ignorantes y hombres de vida no muy pura. La señora Blavatsky aconsejaba a los estudiantes de ocultismo que no se mezclasen en una multitud a menos que estuvieran en perfecta simpatía con ella, no propiamente por el efecto que pudiera tener en sus propias auras, sino porque su fuerza podría ser causa de mayor mal que bien. En tales casos es preferible para un hombre dotado de conocimiento, abstenerse de concurrir a ciertas ceremonias, mientras que aquellos que no sepan cómo decir la fórmula, la manera de poner en juego el poder que hay realmente en ella, pueden acompañar a los demás, no importando qué clase de personas puedan ser.

Ahora que tus ojos se han abierto, podrán parecerte absurdas algunas de tus viejas creencias y de tus antiguas ceremonias, y quizá lo sean en realidad. No obstante, si bien tú ya no puedes participar en ellas, respétalas en obsequio de aquellas buenas almas para las cuales son todavía importantes. Ocupan su puesto, tienen su utilidad, son como aquellas dos líneas que de niño te servían para escribir recta y uniformemente, hasta que tu mano aprendiera a hacerlo mucho mejor y más libremente sin ellas. Por un tiempo te fueron necesarias, mas aquel tiempo ya pasó.

A. B.—Inevitablemente, al ir creciendo en años y en conocimiento, algunas de nuestras antiguas creencias nos van pareciendo ya irreales y aun absurdas; pero debemos mirarlas con bondad y con simpatía, como miramos a una criatura que acaricia un manojo de andrajos, haciéndose la ilusión de que se trata de una muñeca. Desde cierto punto de vista la actitud de la chiquilla puede parecer grotesca, pero deriva para ella un servicio real, porque va desarrollando en la niñita el instinto maternal; no ve los andrajos; ve un niño, y al acariciar y mimar a su imaginaria criatura desarrolla la ternura y la protección maternal y el cuidado del débil y del desamparado. Y así, cuando sonreímos ante esa niña, nuestra sonrisa es tierna y amable. Lo mismo debe suceder con nuestras viejas creencias y con las ceremonias; ya tuvieron su tiempo; ya dieron su utilidad.

Al encontrar a una tribu salvaje practicando ceremonias que pueden parecernos verdaderamente absurdas, o al hallar, como suele suceder en la India, un andrajo atado a un árbol, como un signo de ofrenda, no debemos despreciar la pobre expresión externa de la devoción del salvaje o del aldeano: debemos mirar el sentimiento que lo anima. Sus humildes ofrendas pueden tener para ellos tanta significación como para nosotros las más costosas: se inspiran en el mismo sentimiento, en el mismo espíritu.

Las ofrendas exteriores son innecesarias; la única aceptable es la del corazón y cuando va acompañando la ofrenda, cualquier cosa se convierte en aceptable. En el *Ciúá* se dice: "Aun una hoja, una flor, una fruta

o un poco de agua, ofrecida con devoción, es aceptada por el Supremo."¹ Sería un acto duro y carente de fraternidad arrancar un andrajo de un árbol, por ejemplo, como se ha hecho algunas veces: mostraría ello una completa falta del sentimiento de unidad.

C. W. L.—Sed siempre amables y bondadosos para con la niñez; tanto cuanto aquella que está integrada por los niños, la que está constituida por los humanos en su estado actual de desarrollo. Nuestra Presidenta os ha hablado de una niñita que, imaginando que juega con su muñeca, acaricia un manojo de andrajos. Esto, por supuesto, es una superstición; pero a nadie se le ocurriría reprender por ello a la niña con indignación. En el plano físico no hay más que un manojo de harapos; pero en la imaginación de la niña hay quizá una cosa viviente con toda clase de cualidades. No es posible perturbar esa idea en la mente infantil, sin causar daño al desarrollo de los buenos sentimientos que se están despertando.

También os ha hecho mención de la costumbre popular de la India de atar un andrajo en un árbol, como una ofrenda a la deidad. El misionero cristiano en general, se sentiría muy enojado con esto, poniendo así de manifiesto su propia ignorancia, pues la ofrenda ha sido hecha con toda buena fe. El alma relativamente primitiva e infantil tuvo buena intención y debemos considerar su procedimiento como en el caso de la muñeca, esto es, por la intención que lo inspiró. Arrojan por la boca un poco de agua u ofrecen una flor —pequeña ofrenda en verdad— pero ¿por qué despreciarla? El mismo

¹ Obra cit., IX, 26.

Cristo dijo que aquellos que dieran siquiera una copa de agua en Su nombre y en Su servicio, no podrían quedar sin Su recompensa. Debemos tener presente a la vez, que probablemente no habrá persona, por muy primitiva que pueda ser, que piense que la estatua o la forma son una realidad; por el contrario, todos experimentan cierto sentido de la Deidad que la forma o la estatua representan.

Un gran Instructor escribió una vez: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, comprendía como niño y pensaba como niño; pero al llegar a hombre he desechado las cosas infantiles". Ahora bien, aquel que haya olvidado su niñez y haya perdido toda simpatía hacia los niños, no es el hombre apto para instruirlos o ayudarlos; por lo tanto trata a todos los seres con bondad, dulzura y tolerancia; pero a todos igualmente; sean Budistas, Hindúes, Jainos o Judíos, Cristianos o Mahometanos.

A. B.—Aquí tenéis una exacta descripción del ocultista; es el hombre que no ha olvidado su niñez. Ha alcanzado su edad adulta, pero recuerda todo lo que le ha sucedido y puede así dar su ayuda a todos. Para poder entrenarnos en este poder de simpatía hacia todos y de ayuda para todos, es muy buena la práctica de traducir nuestros pensamientos religiosos al lenguaje especial de determinada religión exotérica; el poner nuestro pensamiento en sus fórmulas. Todos tenemos un lenguaje particular propio con el cual nos expresamos las cosas a nosotros mismos, hasta que llegamos a cierto estado en

que hablamos una lengua común para entendernos con los demás. El discípulo hará bien en estudiar algún lenguaje o forma de expresión diferente a la suya. Los que nacieron en el cristianismo pueden hacer prácticas de hablar y de pensar en términos hinduístas; aprenderán entonces a ver las cosas desde el punto de vista hindú y quedarán maravillados al notar cuan diferentes son las cosas de lo que se imaginaban que eran. Los hindúes, de igual manera, deberían estudiar y pensar en los mismos términos usados por los cristianos.

Shri Ramakrishna Paramahansa, el *gurú*, de Swami Vivekananda se sometió a este entrenamiento. Estudió, una tras otra, diferentes religiones y durante el tiempo necesario siguió los métodos y prácticas de cada una de ellas. Al estudiar el cristianismo, oró en forma cristiana, pensó en términos cristianos y aun vistió ropas cristianas, continuando así con cada una de las demás religiones, aprendiendo a identificarse con cada una de ellas. Para facilitar su esfuerzo, hizo uso de toda la ayuda externa que le fué dable imaginar. Cuando trató de comprender el aspecto de la maternidad en la naturaleza —representado en Occidente por la Virgen María y por las Shaktis en el hinduismo, se vistió como mujer y pensó en sí mismo como si se tratase de una mujer. Ciertamente los resultados que logró obtener de tales prácticas fueron magníficos, pues dejaron de afectarlo por completo todas las diferencias externas de las religiones.

¡Cuán diferente es este proceder del que siguen los demás! Y, sin embargo, solamente podemos capacitarnos para el discipulado aprendiendo a identificarnos con todo lo que nos rodea. Shri Ramakrishna era funda-

mentalmente un bhakta, un individuo de temperamento devocional, e hizo su aprendizaje por el camino de la emoción.

El estudiante debe esforzarse durante algún tiempo en pensar como un hindú, como un budista, como una mujer; como alguien que no sea él. ¡Cuán pocos son los que se esfuerzan por sentirse como una mujer; por ver las cosas como ellas! Entiendo que no son tampoco muchas las mujeres que realmente se esfuerzan en ver las cosas desde el punto de vista masculino; pero esta renuencia es mayor por lo que toca al hombre; el hombre siempre quiere sentirse varón. Me parece que aún entre los teósofos es frecuente no prestar atención al hecho de que nuestra Sociedad no reconoce ninguna distinción en cuanto a sexos.

Aprended también a comprender cómo apreciaríais las cosas si os acontecieran en un ambiente al que no estáis acostumbrados. Tenéis que curaros del hábito de considerar todas las cosas desde vuestro punto de vista exclusivo; eso es contrario al ocultismo. Hacedlo así y el mundo os lo reprochará; vuestra imparcialidad y vuestra simpatía se interpretarán como indiferencia; pero no importa en absoluto. He sido acusada de "demasiado hindú" en el Occidente y de "demasiado cristiana" en el Oriente, porque en Occidente hablo en términos occidentales, cosa que no agrada a los hindúes y en Oriente me expreso en términos orientales, lo que no agrada a los habitantes de Occidente. Mi respuesta a tales cargos ha sido siempre que hablo a la gente en el lenguaje que entienden.

Estos cargos y estas censuras son el resultado de con-

siderar las cosas desde el polo inferior, en lugar de hacerlo desde el más elevado. Aprender muchos lenguajes religiosos es lección necesaria para el que ha de llevar el mensaje a muchas tierras. Esto no es una nueva verdad; como tampoco lo es el censurar esta forma de acción. El gran reproche lanzado contra San Pablo fué que él era todo para todos. Escribió este Apóstol: "Pues aun cuando sea libre de todos los hombres, me he hecho siervo de todos ellos para poder salvar a los más. Y ante los judíos me he vuelto judío para poder ganar a los judíos; para los que están bajo la ley, me pongo bajo la ley, para poder ganar a los que están bajo la ley; ante los que están fuera de la ley, me coloco fuera de la ley (no estando fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo) para poder ganar a los que están fuera de la ley. Ante los débiles me hago como débil para poder ganar a los débiles. Yo soy todas las cosas para todos los hombres, para poder por todos los medios salvar a algunos".¹ Siendo uno de los hombres más estrictos se transformó en uno de los hombres más liberales; pertenecía a una de las sectas judías más rígidas y se convirtió en el Apóstol de los Gentiles: maravillosa transformación.

El ocultista profesa todas las religiones o ninguna de las religiones, según queráis expresarlo: a ninguna pertenece exclusivamente; a todas inclusivamente. Esto es lo que se entiende por tolerancia. La razón de que sea conveniente evadir las controversias es porque en la polémica podemos caer en la intolerancia; es difícil ser plenamente imparcial, si se quiere ser efectivo en la

¹ Corintios IX, 19-22.

discusión, cuando se argumenta contra un prejuicio unilateral. Exponed siempre la verdad desde el punto de vista de la unidad; no desde el de la diferencia; solamente así podréis ayudar a todos y a todos por igual. Sólo entonces podréis ver lo bueno en todo y en cada cosa, con amplia visión, mirando a través de lo defectuoso.

C. W. L.—El teósofo aspira a una fraternidad sin distinción de raza, credo, casta, sexo ni color. Esa fraternidad puede ser vivida mejor cuando podamos penetrar en los sentimientos y pensamientos de las otras razas, de los otros credos y del sexo opuesto. El hombre olvida que ha tenido muchas encarnaciones en cuerpo femenino; la mujer olvida que ha tenido muchas encarnaciones en cuerpo de varón. Aun cuando no es fácil hacerlo, es un ejercicio magnífico para un hombre el esforzarse por colocarse en el lugar de la mujer y entender la manera de ver la vida y así también para una mujer el tratar de ver en qué forma el hombre entiende las cosas. Los dos puntos de vista son sorprendentemente diferentes en muchos aspectos. El que puede identificar su conciencia con la de las personas del sexo opuesto, ha dado ya un paso hacia la fraternidad que trasciende la idea de sexo. Habiendo ya un hombre tratado de comprender el punto de vista de sus hermanas, o de su madre o de su esposa, puede extender esta práctica a personas de otra religión y de otra raza diferente a las suyas. Es un ejercicio muy valioso, porque cuando ya se puede comprender realmente el punto de vista de los demás, la perspectiva personal se amplía en grado semejante.

Tocante a la tolerancia hay en el Talmud una hermosa

historia sobre Abraham, quien habiendo recibido la visita de un peregrino, al que iba a dar alimentos, según costumbre del desierto, le pidió que alabase a Dios antes de comer y cuando el viajero se rehusó indicando que no sabía él nada acerca de Dios, Abraham montó en cólera y lo arrojó de su morada, dispuesto a no darle su comida. Entonces el Señor vino a él, cosa frecuente en aquellos tiempos y le dijo: “¿Por qué lo has arrojado de tu casa?”, a lo que Abraham contestó muy indignado: “Señor se negó a reconocer Tu nombre; es un infiel de la peor condición.” “Sí —dijo Dios— pero yo lo he tolerado durante sesenta años; seguramente tú debías de haberlo tolerado durante una hora.”

Muchos teósofos profesamos aún alguna religión externa, pero estimo que deberíamos de ser capaces de decir que no pertenecemos a ninguna religión exclusivamente, sino a todas ellas inclusivamente. Por ejemplo yo, soy un sacerdote cristiano, pero a la vez soy budista, pues hice mis votos y acepté las obligaciones para tomar como guía al Señor Buda. Al hacerlo así, no se me exigió renunciar a ninguna otra religión. El budismo es quizás la religión más liberal de todas en este respecto; no se nos pregunta qué es lo que creemos; se nos recomienda seguir las enseñanzas del Señor Buda y vivir de acuerdo con ellas. Un cristiano, un musulmán o cualquier persona de otra religión manifiestan que consideran que la enseñanza es buena y que se proponen seguirla y con sólo eso se hacen budistas, sin tener que abjurar de su previa religión. La Teosofía es la verdad que subyace en todas las religiones. Estudiamos religión comparada, no sólo con la idea de ver que las verdades

teosóficas aparecen en todas las religiones, sino también para comprender las diferentes formas en que se presenta la verdad y ponernos en condiciones de impartir nuestra ayuda a través de todas ellas.

Nuestra Presidenta nos ha hecho ver lo valioso que es hacerlo así. Habla como un hindú a los hindúes; les cita pasajes de sus Escrituras en apoyo de lo que dice, usando vocablos sánscritos, los que tienen para ellos tanta fuerza como la sonora lengua latina para los católicos romanos. Cuando se dirige a los budistas, dice idénticas cosas usando las palabras del Señor Buda y la terminología budista. En el mundo occidental la oiréis que se dirige a los cristianos en sus propios términos —sin cambiar en lo más mínimo su religión o sus creencias— sino simplemente hablándoles en lenguaje cristiano. Tiene ella, por supuesto, gran instrucción en todas esas religiones. Cuando conozcamos la verdad subyacente en todas las religiones —aun cuando no podamos compararnos con ella en conocimientos ni en habilidad de expresión, seremos capaces, estudiando los fundamentos de cualquier religión determinada, de comprenderla bien y de poder presentar la verdad que esa religión contiene, en sus términos correspondientes, explicando el significado de muchos puntos oscuros para los demás. He oído hablar al Coronel Olcott en forma semejante en muchísimas ocasiones. No era él un hombre de educación universitaria; pero sí un excelente conferencista práctico. Hablaba con efectividad a auditores hindúes, parsis y budistas y los hombres doctos en esas diversas escuelas quedaban acordes en que el Coronel les había dado nuevas luces en sus respectivas

religiones. Lo que muestra que la Teosofía es la clave maestra para todas las religiones. En las grandes convenciones de nuestra Sociedad en Adyar queda patente este mismo hecho en otra forma, pues se reúnen en ellas personas de muchas razas y religiones diferentes y ninguno de los asistentes deja de quedar profundamente impresionado, no sólo por la tolerancia, sino por la afectuosa fraternidad que en ellas impera.

CAPITULO XXI

CONTENTAMIENTO Y ALEGRIA

Soporta tu karma cualquiera que sea, con ánimo alegre, considerando como un honor el sufrimiento que te sobrevenga, porque ello demostrará que los Regentes del Karma te juzgan digno de ayuda.

A. B.—Para denominar esta cualidad —como queda ya dicho— se usó, originalmente, la palabra Paciencia. La paciencia puede considerarse como una virtud un tanto negativa; pero lo que hay que hacer es no sólo tener paciente resignación ante lo inevitable, sino afrontarlo con alegría; recibir con una sonrisa todo contratiempo. La palabra alegría nos da la idea completa de lo que los Maestros exigen en relación con esta cualidad especial. Muchos pueden soportar sus adversidades con paciencia; pero tristemente; vosotros debéis sobrellevar todas vuestras pruebas y contrariedades gozosamente. Mucho hincapié hacen los hindúes sobre este punto; hay que recibir todas las cosas con alegría.

Se ha puesto gran énfasis en el hecho de que el karma se apresura para aquellos que se ofrecen como candidatos para entrar en el Sendero; esto se hace, en primer lugar, con el fin de prevenirlos sobre lo que deben esperar y en segundo para elevar su ánimo cuando sobrevenga la experiencia práctica, en lugar de la simple advertencia teórica, tan diferentes una de otra.

El karma, que no es otra cosa que una ley natural, puede evadirse durante algún tiempo o se puede lograr que tenga inmediato efecto; esto es, el hombre puede ponerse en condiciones de ser afectado pronto por su karma, o colocarse en otras que permitan evadir su acción por algún tiempo. Es necesario advertir frecuentemente que las leyes naturales no son decretos; no nos ordenan hacer esto o aquello. Pongamos un ejemplo común: las fuerzas eléctricas están siempre en actividad a nuestro alrededor; pero si queremos que produzcan determinados efectos en un tiempo y lugar señalados, necesitamos un aparato especial que las ponga en manifestación. De igual manera, el karma es una ley natural y el aparato que hace que sus fuerzas se pongan en actividad puede ser la aparición del hombre en la escena física por medio del proceso llamado nacimiento. Muchos cambios en la vida física pueden intensificar y apresurar la acción del karma sobre él. Cuando, por ejemplo, un hombre se ofrece como candidato para un rápido progreso, aquellos que administran las leyes kármicas, pueden, con el consentimiento del candidato, modificar el aparato, digámoslo así, y dejar que la fuerza acumulada se manifieste con más poder sobre él y se

extinga en él en menor tiempo. La voluntad del hombre es la causa efectiva de la alteración del aparato.

Si el deseo de progresar más rápidamente y por tanto, de liquidar más de prisa la deuda kármica, es verdaderamente cierto por parte del hombre, de tal manera que su alma quede colocada en la debida dirección, llega hasta los Señores del Karma, Quienes ponen en movimiento el karma formado por el hombre en su pasado, para que descienda sobre él. El karma estaba formado ya; no es que el hombre esté creando algo nuevo, sino que comienza a liquidar sus deudas atrasadas.

Si comprendéis lo que está ocurriendo, nada de lo que os suceda os podrá sorprender. Recordad las vidas de Alcione y las cosas terribles que en ellas acontecen. En una de sus vidas le fué asesinado un hijo; en otra pagó un crimen que no cometió. Apenas comprendisteis estas cosas cuando las leisteis como cuento; pero pensaríais en ellas con horror si supierais que algunas de ellas os iban a ocurrir en esta vida. Todas estas desventuras y dolores no fueron otra cosa que liquidación de mal karma.

Cuando las contrariedades os ocurran en sucesión rápida, prueba es que los Señores del Karma han escuchado vuestras plegarias, cosa muy buena. Si las cosas continúan apacibles, significa que Ellos no os han prestado atención. Y nuevamente aquí el punto de vista oculto está en pugna total con el criterio del mundo; lo que el mundo llama cosas malas, son buenas desde el punto de vista oculto.

Cuando al dolor y a las pérdidas que sufráis se añade la censura y la crítica despiadada por parte de los que

os circundan, es cuando tenéis el mejor de todos los karmas. Las desgracias simultáneas despiertan la simpatía, de los demás y esa simpatía, derramada sobre el hombre que sufre, lo ayuda muchísimo. Pero otras desgracias pueden suscitar la censura; podéis haber procedido de la mejor manera posible, pero os véis acosados por sufrimientos intensos y además el mundo se vuelve contra vosotros y os vitupera. Cuando tal sucede el hombre está pagando mucho karma pasado; este factor desagradable adicional capacita al hombre para liquidar sus deudas pronto y de manera completa.

Es fácil aceptar estas cosas como ciertas cuando no pasan del terreno de la teoría; cuando se nos dicen o cuando las leemos; pero lo que hay que hacer es recordarlas cuando se nos presenten en la práctica. Lo que hace la gente es admitirlas hasta que llega el tiempo de la realidad y luego las olvida prontamente. Tratad de que estas cosas penetren de una manera tan completa en vuestras mentes, que no os sea posible olvidarlas, para que el pensamiento de ellas os fortalezca en vuestros sufrimientos y os capacite para ayudar a los que están sufriendo. Esto puede acercarnos a la comprensión de las cosas cuando vemos que hay quienes sufren incesantes penalidades sin que hayan hecho —como suele interpretarse— nada para merecerlas; puede ser así por lo que toca a sus vidas presentes —que pueden ser muy nobles y muy útiles. Tenemos la propensión a compararnos con aquellos que son más afortunados que nosotros; conveniente es compararnos de vez en cuando con los menos afortunados, para poder sentir gratitud por los bienes que estamos recibiendo. Con facilidad olvidamos

cuántas cosas hay por las cuales deberíamos sentirnos agradecidos, pues siempre nos estamos preocupando por las cosas que nos sobrevienen; aunque esto no debe hacerse.

C. W. L.—Nadie que realmente entienda y crea en la Ley de Karma puede dejar de sentirse alegre. Hay que tener presente con toda claridad que el Karma es una ley, como la de gravitación, y que siempre está actuando. La gente piensa y habla a veces del karma, como si éste actuara sólo de una manera ocasional, cuando se hace algo. Esto no es cierto; en todo momento estamos bajo su acción. El hombre es el que establece las condiciones en las que la ley de karma puede actuar sobre él mismo, siempre que hace, dice o piensa alguna cosa definida. La ley de karma, en todo momento tiene su cuenta con cada uno de los hombres: la suma total de todos sus hechos; buenos y malos. Como quiera que hemos llegado hasta donde nos encontramos pasando antes por estados de salvajismo, es muy probable que haya una cierta cantidad de karma malo esperando su liquidación, a menos de que hayamos empleado ya muchas vidas para liquidarlo. Cuando el sufrimiento cae sobre nosotros, debemos presumir que estamos, tal vez, liquidando la última parte de nuestro karma. Si leemos las vidas de algunos de los más grandes santos, podremos notar que pasaron por enormes sufrimientos. Todos los que han tratado de dar su ayuda al mundo han sufrido terriblemente. Es una parte del entrenamiento para la Iniciación, pero siempre dentro de la más absoluta justicia, ya que ni siquiera con fines de entrenamiento puede haber la menor injusticia.

Los Señores del Karma son sencillamente los Administradores de esa Ley. La palabra señores puede quizá ser un tanto indefinida en cierta forma, pues más bien parece sugerir que son Ellos los que dirigen y regulan el karma. Vosotros no podéis dirigir ni regular la gravitación; pero sí podéis arreglar las cosas de modo tal, que os sea dado usarla en ciertos puntos y en ciertas formas. Lo mismo sucede con la ley kármica; los que actúan en conexión con ella son sus administradores. Una de las funciones de los Señores del Karma es elegir una determinada parte del karma acumulado por un hombre para que la liquide en su próxima encarnación. No pueden Ellos tomar más o menos de buen karma o más o menos de mal karma de lo que el hombre tenga acumulado; pero sí pueden elegir entre ello lo que estiman que el hombre puede desquitar. No obstante, la voluntad del hombre es libre y si el karma elegido queda saldado por él en menos tiempo del que Ellos habían calculado —permítaseme esta forma de expresión— Ellos pueden designar algo más de karma para su liquidación. “A quien el Señor ama lo purifica por el castigo”, tal es el significado de esta extraña aserción. El hombre se acarrea muchas penas que no están dentro de su karma del pasado, cuando su actitud al recibirlo es torpe en lugar de filosófica, y también por su insensatez; pero de esto no son responsables los Señores del Karma.

Por duro que sea, agradece que no haya sido peor.

C. W. L.—La tendencia de casi todos los hombres, cuando sufren, es de lamentarse y pensar en tiempos me-

jores. Nuestra actitud debe ser la contraria. “Las cosas pudieron haber venido mucho peor; me siento muy alegre por estar liquidando todo este karma; pudo haberse exigido un pago mucho mayor; por lo menos lo sobrellevaré lo mejor que se pueda.”

Recuerda que eres de poca utilidad al Maestro mientras tu mal karma no se haya agotado y tú quedes libre.

A. B.—Desde el punto de vista del Maestro es cosa muy conveniente para el hombre saldar una porción del mal karma pendiente de liquidación, pues debemos tener presente que el Maestro está imposibilitado por ese karma para utilizar a los que tienen deseos de servirle: le impide valerse de ellos con la libertad que podría hacerlo, si tal karma hubiese sido ya liquidado. La señora Blavatsky, que siempre habló sobre ella con mucha franqueza, dijo, con relación al caso Coulomb: “Yo no merecía esto ahora; fué mi pasado.” Cosa fué de vital importancia para ella el libertarse de ese karma y por eso el escándalo y la vergüenza de que fué víctima durante el curso de este asunto, vino a ser su mayor bendición; lo recibió así cuando consideraba las cosas de manera filosófica, aunque a veces parecía conturbada en la superficie.

Todos los aspirantes deberían sentirse alentados con este pensamiento; deberían sentirse con ánimos para olvidarse de ellos mismos y elevar sus miradas al Maestro diciendo: “Estas penalidades que me sobrevienen me hacen más útil para El.”

Si pedís que vuestro karma se apresure no es razonable lamentarlo cuando la solicitud os ha sido concedida. Conservad siempre en vuestras mentes esta idea inspiradora: "Seré más útil al Maestro mientras más libre vaya quedando." Una dádiva, una vez hecha, no debe retirarse. Esta idea es muy común en los antiguos libros de la India, repetida una y otra vez en sus narraciones: una dádiva que se ha hecho o una palabra que se ha dado, no pueden ya retirarse. Si un regalo que hayáis hecho se os devuelve en virtud de determinadas circunstancias, debéis darlo nuevamente; no es vuestro ya y conservarlo sería un hurto. Así, cuando hayáis hecho la dádiva de vosotros mismos —la más elevada y la más noble de todas— nunca deberéis retirarla. Con frecuencia los hombres se dan al Maestro verbalmente; pero siempre conservando su dedo en la dádiva, para poder retirarla en el caso de que el Maestro parezca aceptarla; a esto equivale en realidad. Se retiran si el Maestro presta atención a sus palabras, como en ocasiones puede hacerlo, para hacerles ver que se han estado engañando ellos mismos y que han prometido más de lo que estaban dispuestos a cumplir.

G. W. L.—Si todo nuestro mal karma quedara extinguido, todo nuestro tiempo y toda nuestra energía quedarían libres para servir al Maestro. Se ha dicho que el Maestro se encuentra impedido por nuestro mal karma y por lo tanto, al pagarlo rápidamente, nos capacitamos más para servirlo. La Señora Blavatsky se colocó con firmeza en este punto de vista cuando fué víctima de los ataques de la Señora Coulomb y de otras personas en Madrás, por el año de 1884. Si bien es verdad que se

indignó por tales ataques y sintió tristeza por la ingratitud que le mostraron, conturbándose porque pudieran afectar a nuestra Sociedad, y perjudicarla; su actitud, siempre invariable, queda expuesta en sus palabras: "Por lo menos hay que tener siempre presente que todas estas contrariedades me capacitan más para servir al Maestro."

Lo mismo podemos aplicar esta idea a las contrariedades de la Sociedad que a las nuestras. Pensad siempre en el servicio del Maestro cuando la Sociedad se esté libertando de algún mal; sus impulsos se acrecientan cuando ha pasado por determinados contratiempos, pues ha quedado libre de algo del mal karma y se ha vuelto más útil; es ya un mejor instrumento en manos de sus verdaderos dueños.

Habiendo ya agotado una parte de su karma, la Sociedad puede acometer mayores empresas. Tal karma expulsa el material muerto, o sea, expulsa a las personas que han alcanzado "su punto de saturación para la verdad", como decía la Señora Blavatsky, y no pueden progresar más. Hasta entonces esas personas pueden haber sido una gran ayuda, pero se han convertido en un estorbo para un progreso ulterior de la Sociedad. Sin embargo, los restantes quedamos muy apenados por la pérdida de esos amigos. En estas últimas dificultades me pareció que yo era algo así como el centro de la tormenta, y que para muchas personas que no comprendían había un magnífico pretexto; por tanto, me aventuré a exponer al Mahachohan que la prueba les era muy dura y a pedir para ellos un poco de indulgencia. Naturalmente sonrió El con bondad a mi petición y

dijo: "¿Quedaría usted satisfecho si ellos mismos dejasen a la Señora Besant?" "¡Oh, sí —contesté— desde luego!" Creí que ellos no harían eso; pero pocos meses después se volvieron contra ella y el Mahachohan me dijo con la misma sonrisa bondadosa: "Ya ve usted; por esta encarnación se ha puesto el Sol para ellos, pero vendrán otras encarnaciones y otra vez el Sol les volverá a alumbrar."

No hay nadie indispensable, aun cuando suele suceder en la India que una determinada Logia progresa mucho bajo la influencia de cierto miembro y decae cuando éste se traslada a otra ciudad. Cuando falleció la Señora Blavatsky, muchos de nosotros, acostumbrados a su diaria inspiración, temimos que sobreviniera la obscuridad. Otra gran personalidad surgió con nuestra actual Presidente. Estoy seguro de que ella será la primera en decirnos que cuando le toque su turno y nos abandone, no debemos inquietarnos por la Sociedad. Los instrumentos cambian de cuerpo; "a los ojos del necio, parece que mueren." Pero los Maestros que nos inspiran no mueren y mientras Ellos estén ahí, siempre habrá quien continúe Su trabajo.

Al ofrecerte a El, pediste que tu karma se acelerase de modo que ahora, en una o dos vidas, agotarás resultados que de lo contrario pudieran haber sido repartidos en un centenar de encarnaciones; mas para obtener mayor provecho debes soportarlo con alegría y contentamiento.

A. B.—De acuerdo con la forma en que se paga una vieja deuda, se pone en juego una nueva causa. Nunca hay que olvidarlo. Si afrontáis en la mejor forma posible vuestro mal karma, ponéis en movimiento nuevas formas generadoras de bien, mientras que si os resistís a pagar vuestros adeudos refunfuñando al hacerlo, sucederá lo contrario. Recordad las palabras del Cristo en el Sermón de la Montaña: "Conciliate pronto con tu adversario mientras estés con él en el camino."¹ Es un buen consejo para seguirlo en las circunstancias desfavorables. Vuestras molestias y vuestras pérdidas se os aparecen como adversarios; afrontadlas con valor; tened con ellas rápido arreglo y cesarán. Podríamos libertarnos de nuestro mal karma con mucha mayor rapidez si no sembráramos más, al estar cosechando lo anterior.

C. W. L.—La gente habla de darse al Maestro y luego se asusta de que El pida demasiado. Tal es el espíritu de Ananías y de Sáfira. Esta desventurada pareja estaba en su completo derecho para retener una parte de sus bienes, si así lo quería; pero cometieron un error al presumir que lo estaban dando todo. Decir: "Yo puedo dar esto; yo puedo hacer tanto o cuanto en Su servicio, pero no me puedo entregar sin reservas", marca un grado de desarrollo por el que todos debemos pasar. Pero quien se ofrece a sí mismo al Maestro, debe hacerlo de todo corazón como cuando hacemos un regalo. Deberá ofrecere sin reservas por lo que toca al uso que de él se haga y sin tener el deseo de retirarlo. Nadie debe temer que el Maestro pida demasiado. Si nos

¹ Mateo v. 25.

ofrecemos a El, no debemos sorprendernos ni sentirnos heridos si el sufrimiento nos acosa repentinamente. Muestra que el ofrecimiento ha sido aceptado parcialmente. Muchas de las cosas que el mundo califica como malas y considera como sufrimientos, deben tomarse como signos de progreso rápido. Cuando en lugar de acompañarnos en nuestro dolor la gente nos vitupera, debemos de interpretar esto como el mejor de todos los karmas, El ser mal comprendidos en forma tal que nuestra buena conducta sea censurada —como dice Ruysbroek—, sobreviene siempre cuando el hombre se está aproximando a su meta final. Tal cosa ha sucedido a través de toda la historia, a todo gran instructor oculto o místico. El mismo hecho de soportar todo con alegría genera buen karma y desarrolla en nosotros valiosas cualidades; paciencia, perseverancia, resignación, capacidad de sufrimiento, determinación. Y así, del mal de tiempos pasados podemos derivar el bien.

Otro punto más: debes renunciar a todo sentimiento de posesión, karma podría separarte de las cosas que más estimes; aun de las personas a quienes más ames. También en este caso deberás estar contento y pronto a desprenderte de cualquier cosa y de todo.

A. B.—Llegamos aquí a una cosa enormemente más difícil que la anterior. Soportar el karma pasado es mucho más fácil. Debéis eliminar todo sentimiento de posesión: primero por lo que toca a las cosas y luego por lo que a las personas se refiere. Lo último es tarea mucho

más sutil: ¿habéis desechado toda idea de posesión con respecto a las personas que más amáis? Aun cuando el hombre piense que lo ha logrado, se presentan circunstancias de prueba y con frecuencia resulta que nada había conseguido. ¿Podéis veros despojados de una vida que para vosotros es más querida que la propia? Podéis considerarla como la última y la más difícil prueba de vuestra devoción hacia el Maestro. En este punto todos los aspirantes deberían probarse antes de que las circunstancias los sometan a la prueba real, para atenuar así el golpe por medio de la práctica anticipada. No tratéis de matar el amor que sintáis hacia alguien: esa es la forma en que proceden las fuerzas negras. Podéis practicar amando a una persona constantemente, pero retirándoos durante algún tiempo de la sociedad de esa persona; haciendo algún trabajo que tenga que hacerse lejos de quien os hace feliz la vida, o de algún otro modo parecido. Si podéis hacerlo alegre y gozosamente, estáis ya en camino de responder a la llamada cuando venga: la llamada de dejarlo todo, para seguir al Maestro.

Tened presente con cuánta frecuencia se trata de este punto en las narraciones que nos han llegado de cuando el señor Maitreya estuvo en Palestina. No todos los que fueron llamados estuvieron a la altura de su oportunidad; sólo algunos. Los que lo abandonaron todo para seguirlo llegaron a ser Maestros cuando acaeció Su muerte; los otros nunca volvieron a oír nada de El. Recordad el caso de aquel joven adinerado que se sintió abatido por el dolor aunque sólo se le pedía que abandonase sus riquezas. La gente cree que hubieran atendido la

llamada inmediatamente, de haberse hallado en el caso del joven rico; pero no estoy muy segura de que haya muchos capaces de abandonar sus posesiones para seguir a un predicador ambulante —así aparecía el Cristo—; un predicador ambulante rodeado de algunos hombres de poca educación. Pero así es la prueba del discipulado: abandonar todas las cosas: las cosas que más os agraden y las personas que más améis, para seguir al Maestro.

C. W. L.—Debemos comprender que nada es nuestro, en sentido personal; que cualquier cosa que tengamos, sólo nos ha sido donada en depósito para lograr los fines evolutivos. El que tiene dinero o el que ocupa una posición influyente ha sido agraciado así con una oportunidad de hacer mejor trabajo. Nada es nuestro en el sentido de que podamos hacer de ellos un uso separado; estamos siempre en la situación de un gerente o empleado de confianza que usa los fondos del negocio; pero que debe tener tanto cuidado con cada centavo como si fueran realmente suyos. Tal debería ser la actitud de todo hombre rico o de todo aquel que ocupa una situación influyente.

La actitud de vivir como representantes de la humanidad queda expuesta por los Maestros de una manera maravillosamente hermosa. Se consideran a Sí Mismos como simples administradores de todas las poderosas fuerzas que poseen. Por eso el Maestro no crea karma ni bueno ni malo que lo ligue a la condición humana. Los grandes actores, los grandes ejecutores de la evolución no generan karma que los ligue, porque todo lo hacen de manera impersonal; sin ningún deseo personal en absoluto. Actúan como el soldado en el campo de

batalla, que pelea sin pensar siquiera en un enemigo en particular a quien le toque matar y sólo con el sentimiento de que combate por una causa y como parte de una poderosa maquinaria. Y así es como Ellos trabajan, como partes de la Gran Fraternidad, como partes de la Jerarquía, como partes de la humanidad, y todo el bien que hacen retorna a la humanidad y contribuye a su progreso.

En primer lugar no debemos tener sentimiento de posesión por lo que toca a las cosas y después por lo que toca a las personas, lo que es mucho más difícil aún; podemos ser despojados de ellas por lo que llamamos la muerte y tal vez también por el servicio en pro de la humanidad. Durante la Guerra Mundial aconteció esto en millares de casos; la esposa entregó al marido; la madre al hijo para luchar por la causa del derecho. Claro que nosotros no debemos de mostrarnos indecisos al proceder así en servicio del Maestro, como lo han hecho millares de personas en servicio de sus patrias. Es doloroso vernos despojados de una vida que significa para nosotros mucho más que la propia y muchos son los que han tenido que hacerlo así; algunos en circunstancias tristísimas; otros en condiciones que hacían su sacrificio sagrado y hermoso.

La forma que emplean los que practican la magia negra es matar el amor para escapar del sufrimiento. Pero los que aspiran a pertenecer a la Gran Fraternidad Blanca deben acrecentar siempre su amor, despojándolo del egoísmo que con frecuencia lo empaña. Recordad cómo el corazón de Nuestra Señora la Virgen María fué traspasado por una espada. Pudo Ella haberse evi-

tado este dolor resolviéndose a arrancar de su corazón todo recuerdo de su hijo y olvidándose de él por completo. "No penséis que vine a meter paz en la tierra; no vine para meter paz, sino espada."¹ Significó que Sus enseñanzas serían aceptadas aquí y allá por uno de cada familia y que los demás les harían oposición, lo que sería causa de pugnas entre ellos y que algunos tendrían que abandonar sus hogares y sus amigos en aras de algún trabajo especial que se les encomendara. En forma semejante ha habido muchos casos en que un sólo miembro de una familia ha visto la verdad teosófica lo que ha sido causa de divisiones y de sufrimientos. En la actualidad puede, quien quiera, abandonar a su familia y trasladarse al otro lado del mundo con la idea de hacer dinero, sin que haya quien objete tal determinación; pero si alguien proyecta hacerlo por el bien de la humanidad, surge inmediatamente la protesta; tal es el pequeño grado de evolución del espíritu de nuestro tiempo.

Recordad las dificultades que puso el Rey Suddhodana cuando el Príncipe Siddhartha manifestó sus deseos de dedicarse a la vida religiosa. Gastó muchísimo dinero y gran parte de su vida en esfuerzos para impedir que su hijo aceptara el elevado destino que surgía ante él, pugnando por hacerlo —en lugar del mayor instructor religioso que el mundo ha conocido— el más grande rey de la India: alternativa que los astrólogos ya le habían pronosticado. Sabía el rey que para convertirse en un instructor religioso tenía su hijo que hacer frente a las

¹ Mateo 10. 34.

pobrezas y ejercer la abnegación; sin poder darse cuenta de que su destino habría de ser mucho más elevado que el de cualquier rey. No es el nombre de un rey el que más se ha perpetuado en la historia; sino el del gran instructor religioso. El Rey Suddhodana deseaba enorme poder y fama sin paralelo para su hijo y las obtuvo, pero no en la forma que él había proyectado. El poder del Señor Buda es mayor que el de cualquier monarca de la tierra y su renombre ha circundado el mundo.

El Cristo dijo al pueblo: "Abandonadlo todo y seguidme". Cuando nuestros amigos cristianos leen estas palabras en los Evangelios, creen que ellos las hubieran seguido inmediatamente. Eso no es muy cierto. Hagamos un esfuerzo por colocarnos en el lugar de las gentes de aquel tiempo. Recordad al joven dueño de grandes posesiones y riquezas que vino hacia El; tales riquezas le imponían deberes que él pensaba que tenía que desempeñar y por tanto no tuvo valor para abandonarlas. Toda la opinión pública de su tiempo; todo lo que era respetable ante la sociedad; todos los poderes ortodoxos estaban agrupados contra el Cristo; era El solamente un pobre predicador errante que ni siquiera tenía donde reclinar la cabeza. ¿Lo hubiéramos seguido en tales condiciones? ¿Es verdad que hubiéramos abandonado todo para seguir a quien las personas mayores, el alto sacerdocio y la opinión ortodoxa lanzaba el estigma de fanático? ¿No nos hubiera asaltado la duda de que podría ser que estuviésemos recogiendo corteza y desechando el grano? No podemos darlo por

cierto. En la actualidad son quizá muy semejantes las circunstancias; pero aquellos que hemos despreciado todo por seguir a los Maestros no lo lamentamos ni por un momento.

A menudo necesita el Maestro transmitir Su fuerza a otros por mediación de su servidor y no podrá hacerlo si su siervo se deja abatir por la depresión. Por tanto, sea el contentamiento una regla de tu vida.

C. W. L.—En el curso de este libro se nos pone constantemente ante la vista, la razón que tenemos para hacer cualquier cosa: esto es, en servicio siempre del Maestro. Podríamos esperar algunas otras razones en contra de la depresión: que es nociva para la persona que la sufre; que ejerce mala influencia sobre los demás; pero la razón sobre la que se pone más énfasis es que el Maestro no puede usar como canal para Su fuerza a la persona que se deje abatir por la depresión.

A. B.—Aquí se nos presenta la razón por la que la alegría debe ser en nosotros una regla y es que el Maestro necesita nuestra ayuda; que así podemos ser útiles a El. Su fuerza es siempre gozosa, porque es parte de la fuerza del Logos; no puede, por tanto, fluir a través de un canal obstruido por la depresión.

Nos puede parecer extraño el afirmar que el Maestro no puede hacer tal o cual cosa; pero así es en efecto. De vez en cuando podemos oír al Maestro "No logré hacer esto". Los Maestros, cuando actúan aquí abajo tienen un poder limitado, debido a las condiciones del plano fisi-

co. Frecuente es que no puedan ponerse en contacto con alguna persona de este plano, salvo haciendo uso de un intermediario y por eso Ellos necesitan una ayuda que tal vez vosotros les podéis dar. Sin esa ayuda, mucho se queda sin hacer y más tarde, en consecuencia, será necesario allanar obstáculos que no deberían ya existir.

CAPITULO XXII

FINALIDAD UNICA

El único objetivo que deberás poner ante ti será el de hacer la obra del Maestro. Nunca debes olvidarlo sea cual fuere otra labor que pudiera presentarse.

C. W. L.—Es condición indispensable para tener éxito en la vida cotidiana la unidad de propósito. El hombre que la ejerce triunfa al final, porque todos sus poderes trabajan con un solo fin, en tanto que los demás tienen gran variedad de propósitos y están constantemente cambiándolos. El hombre que se dedica a hacer dinero, por ejemplo, y pone en juego todo su pensamiento y toda su voluntad para lograr su empeño, vigilando y haciendo planes constantemente, puede estar casi seguro de que logrará su propósito. Si nos proponemos servir siempre al Maestro, resueltos a hacer a un lado *todo* lo demás, nuestro progreso será verdaderamente rápido.

De hecho, nada más podrá presentarse, pues todo trabajo útil y desinteresado es labor del

Maestro y por El debes hacerlo. Y deberás poner toda tu atención en cada parte a medida que lo hagas, para que resulte lo mejor que puedas.

C. W. L.—Una gran parte del trabajo del aspirante consiste en prepararse para trabajos futuros y mayor responsabilidad en servicio del Maestro. Algunos de estos trabajos no tienen utilidad directa en los planes que el Maestro tiene de momento; pero pueden compararse al trabajo de un niño que estudia latín en el colegio, por ejemplo, lo que no le trae por de pronto ningún bien, pero que le va desarrollando cualidades de carácter que le serán útiles más tarde en su vida. Los deberes de la vida diaria combinan ambas cosas con mucha frecuencia, pues proporcionan magnífico entrenamiento y educación a quienes los desempeñan bien, a la vez que nos ofrecen muchas oportunidades de ayudar a los demás a progresar tanto en carácter como en ideales, lo que es ya, de manera definida, trabajo en servicio del Maestro. Todas las diversas actividades cotidianas quedan dentro del radio de nuestra única finalidad, la de servir al Maestro, cuando aprendamos a ejercerlas en Su nombre y en Su servicio, dentro de la esfera de lo que constituye nuestro único propósito. Educar una buena familia, que al llegarle su turno también le servirá; hacer dinero para emplearlo en Su servicio; adquirir poder para estar en condiciones de ayudar a El; todo queda dentro del radio de actividades del discípulo; pero al hacer esto debemos ponernos en guardia contra la posibilidad de estarnos engañando a nosotros mismos;

de estar cubriendo con la capa de santidad del nombre del Maestro, lo que quizá no sea otra cosa que la satisfacción egoísta de ejercer el poder o de manejar dinero.

Aquel mismo Instructor escribió también: "Cualquier cosa que hiciéreis, hacedla de todo corazón como para el Señor y no para los hombres". Piensa en cómo harías una tarea si supieras que el Maestro habría de venir de pronto, a examinarla; justamente así debes hacer todo tu trabajo. Aquellos que más conocen, sabrán mejor todo lo que este versículo significa. Y aun hay otro semejante y mucho más antiguo: "Cualquier labor que cayere en tus manos, hazla con toda tu alma".

C. W. L.—Todo el mundo está dentro de la conciencia del Señor del Mundo, el Iniciador Uno y por tanto, todo lo que hacemos lo hacemos en Su presencia. De aquí deriva la antigua idea cristiana de la omnisciencia y de la omnipresencia de Dios, de quien se dice, "en El vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser." No es una figura poética: es un hecho científico que vivimos dentro del aura del gran Rey Espiritual del Mundo. Nos es totalmente incomprensible e inconcebible una conciencia que pueda abarcar simultáneamente todo el mundo, por supuesto; pero no obstante algún día habremos de alcanzar tan estupendo nivel.

El antiguo concepto de Dios hacía de su omnipresencia algo terrible; se suponía que Dios estaba siempre buscando una falta; pendiente siempre de alguna viola-

ción a sus leyes para poder lanzarse colérico sobre el desventurado pecador. Muchos niños han sufrido horriblemente con la idea de que Dios presencia todos sus actos; sufren con la creencia de que nada pueden hacer en privado. Mas es así porque el niño aterrorizado no puede imaginar cómo juzgará su mentor las cosas que él hace. Pero si en vez de tal actitud comprobamos el poderoso amor divino, comenzaremos a comprender que Su omnipotencia es nuestra mayor bendición.

A. B.—La prueba que da aquí el Maestro debe aplicarse a todo nuestro trabajo. Supongamos que nos toca escribir una carta: si sabemos que el Maestro ha de venir a leerla, la escribiremos con mucho cuidado, tanto por lo que toca a su contenido como a su forma. Cualquiera que sea vuestro trabajo es Su trabajo, si es el mejor que podéis hacer, ya sea que se trate de algo que El desea con un fin inmediato, o de algo que os prepara para futuras actividades. Todo es para El si nosotros somos suyos; no puede ser para nadie más. Haced de esto una continua y normal actitud mental y formaréis la atmósfera en que se crea la unidad de propósito.

En qué forma tan espléndida nos resultaría todo siuviésemos realmente esa unidad de propósito. Ese pensamiento de hacerlo todo en Su servicio lo conservo siempre en mi mente, como lo pueden hacer los discípulos más jóvenes, aun cuando pueda tener yo más fuerza de hábito para ayudarme que la que puedan tener ellos. “¿Por qué he de contestar esta carta?”, me pregunto a mí misma en ocasiones y la respuesta viene inmediatamente a mi mente: “Se ha presentado este trabajo en mi camino, porque es un trabajo del Maestro.”

Continuaréis con este pensamiento como el predominante en vuestras mentes durante todo el tiempo que seáis discípulos; todo es cuestión de formar el hábito y cuando se ha conseguido, todo contribuirá a reforzarlo. Nos ayudará a hacer con toda nuestra capacidad cualquier cosa que emprendamos. Debemos hacerlo todo con toda nuestra capacidad, porque en tal forma llegará a ser parte de la actividad divina y por el entrenamiento de carácter que nos proporciona. Haced vuestro trabajo con la mayor perfección no permitiéndoos incurrir en la menor deficiencia.

La finalidad única significa también que nada deberá apartarte, ni por un momento, del sendero en el cual has entrado. Ni las tentaciones, ni los placeres del mundo, ni aún afecto terrestre alguno deberán jamás desviarte, porque tú mismo has de llegar a unificarte con el sendero, a tal punto debe éste ser parte de tu naturaleza, que lo sigas sin necesidad de pensarlo y sin que te sea posible apartarte de él. Tú, la Mónada, lo has decidido así; separarte del sendero equivaldría a separarte de ti mismo.

C. W. L.—Esta afirmación de que el individuo debe hacerse uno con el Sendero aparece, además de en este libro, en otras Escrituras. El Cristo dijo a Sus discípulos: “Yo soy el Camino”;¹ Shri Krishna hizo una observación similar: “Yo soy el camino por el cual debe caminar el viajero”. La misma idea queda expuesta en

¹ San Juan 14. 6.

"La Voz del Silencio", que dice: "Tú no podrás caminar por el Sendero antes de haberte convertido en el Sendero." Lo que en realidad sucede es que el hombre se está convirtiendo en su propio verdadero Ego. Patanjali, definiendo el yoga dice que cuando el hombre ha logrado el control de su mente "reside en su verdadero estado." La mónada es nuestro verdadero Ego, el Dios en el hombre que ha hecho descender una sombra de sí mismo para formar el Ego, el que a su vez ha encarnado en una personalidad. Solamente cuando el hombre ha logrado una evolución considerable, puede el Ego dominar a la personalidad: antes se limita a mirar hacia abajo sin esforzarse mucho, pues su influencia es poco definida. Viene luego la Primera Iniciación, el momento en que la personalidad deja ya de tener voluntad propia y vive (excepto cuando lo olvida) solamente para servir a la parte más elevada. El Ego no es ya activo en los planos inferiores y comienza a comprender la existencia de la Mónada y a vivir de acuerdo con su voluntad. La mónada ha determinado el camino para la evolución del Ego quien no puede ya elegir otro, porque se está convirtiendo en la Mónada; obteniendo la liberación de sus ataduras, aun en los planos espirituales. Constantemente, mientras se transita en el Sendero, el discípulo se sentirá lanzado de uno a otro lado; pero cuando ha obtenido la unidad de propósito, caminará firme sin sufrir desviaciones.

A. B.—La gente olvida con frecuencia que el hombre es la expresión de la Mónada. El yo real es la Mónada y por tanto lo que hace el hombre aquí abajo lo hace por su verdadera voluntad, no por compulsión de volun-

tad ajena. La voluntad de la Mónada es vuestra voluntad; vuestros deseos no son vuestra voluntad en forma alguna; vosotros os sentís atraídos a las cosas externas, porque uno u otro de vuestros cuerpos desean sentir un placer determinado. No sois vosotros los que deseáis el placer: es la materia elemental la que desea saborearlo y experimentarlo. Contra tal estado de cosas debéis oponer vuestro verdadero "Yo", que invariablemente tiende a elevarse. Debéis ser como una brújula fuertemente imantada, cuya aguja puede ciertamente inclinarse a un lado; pero que siempre vuelve a su posición. Hasta que seáis fuertes en grado tal que nada pueda desviaros de vuestros propósitos, debéis practicar constantemente el retornar a la única voluntad.

Vosotros no sois materia; debéis hacer de ella vuestro instrumento. Es absurdo que os dejéis manejar por un poco de materia que habéis recogido para que se amolde a vuestros usos. Es como si el carpintero, al manejar un martillo, permitiera que *éste* golpeará no donde él quiere, sino donde el martillo tuviere capricho; que le golpeará los dedos en lugar de dar el golpe en el clavo. Sucede a menudo que el hombre se magulla los dedos con su instrumento; pero ocurre porque es un artesano torpe. Aprended a ser fieles a vuestros propósitos, a vuestra verdadera voluntad y ya llegará el tiempo en que no podréis desviaros de ella.

La finalidad única puede también ser desarrollada por medio de la concentración. Fijad vuestra atención en una área pequeña durante determinado tiempo; concentraos en una sola cosa por un rato determinado, para hacerla bien. Cierta cantidad de agua que forma una

fuerte corriente cuando se canaliza, si se esparce en una amplia superficie, sólo humedece una capa de tierra. Así sucede con vuestras energías. Haced vuestros trabajos uno por uno, en forma definida y precisa, en vez de hacerlos en forma vaga todos a la vez. Si seguís este consejo fielmente, pronto empezaréis a notar algunos resultados definitivos muy pocos cada semana quizá; pero al ir éstas transcurriendo, se irán acumulando los resultados y pronto llegarán a ser muy considerables, tanto en la calidad del trabajo hecho como en incremento de vuestro poder.

CAPITULO XXIII

CONFIANZA

Es preciso que tengas confianza en tu Maestro; debes confiar en ti mismo. Si has visto al Maestro, tendrás la más completa confianza en El a través de muchas vidas y muchas muertes. Si no lo has visto aún, trata sin embargo de forjarte una idea de El y de tener fe en El; pues si no, ni aún El podrá ayudarte.

C. W. L.—Estas son en parte palabras de Alcione que habla aquí de su Maestro; pero el Maestro habló igualmente de otros Seres mayores que El, porque en la misma forma en que nosotros hablamos y pensamos de los Maestros, Ellos, a Su vez, hablan y piensan del Señor Buda, del Señor Maitreya y de otros Seres más elevados que Ellos.

Para nosotros es prácticamente imposible el comprender lo que es un Maestro. Podemos esforzarnos por conseguirlo; podemos pensar en los ideales más elevados que podamos concebir; pero el Maestro representa gran-

dezas de tan diversas clases inimaginables para nosotros que el más elevado ideal que podamos formarnos de El será siempre demasiado incompleto. Siendo este el caso, la más plena confianza en Su sabiduría, no es otra cosa sino sentido común.

La total confianza en el Maestro es, ante todo, cuestión de nuestro pasado. Si repasamos las vidas de Alcione, podremos ver que tal ha sido su caso. Durante muchas de sus vidas pasadas ha estado él con su Maestro en íntima asociación. El estudio de esa misma serie de vidas pone de manifiesto que yo, por ejemplo, he venido actuando en una asociación semejante con mi Maestro y lo mismo en el caso de algunos otros. Supongo que esto explica el hecho de que desde el preciso momento en que leí algo del Maestro, instantáneamente sentí hacia El la más fuerte atracción posible. Cuando tuve el privilegio de verlo ni siquiera por un momento se me ocurrió la idea de desconfiar de El. En tales casos puede decirse que el Ego sabe, bien por ser consciente de la presencia del Maestro en el plano mental superior, o bien por la memoria que tiene de sus vidas pasadas, en las cuales el Maestro le ha sido conocido. En algunas ocasiones el Ego sabe, pero no le es posible hacer descender este conocimiento hasta la personalidad y en otras este conocimiento es transmitido solamente de manera imperfecta o incorrecta. Puede también suceder que el Ego no sepa. El Ego nunca puede caer en errores; no puede ser nunca engañado en ningún caso; pero es cosa clara que puede ignorar algunas cosas y, en verdad, el verdadero objeto de su encarnación es el de suprimir esa ignorancia.

Los que no tienen pruebas de la existencia de los

Maestros, harán bien de tomar en consideración lo razonable de la idea: la certeza de que, pues el hombre está evolucionando y ha trascendido ya muchos grados de adelanto, ante él habrán otras etapas de evolución. No debemos considerar que estamos ya en la cúspide del progreso. Muchos que han visto y hablado a tales Seres dan testimonio de Su existencia.¹

Muchos son los que han visto en realidad a los Maestros y, no obstante, aun cuando esto pudiera parecer incomprensible, con posterioridad se han alejado de Ellos por motivos de desconfianza. Me acuerdo muy bien, por ejemplo, de un señor Brown, de Londres: este señor ha publicado un panfleto que describe su vida, por lo cual no cometo ninguna falta cuando aludo a él. Hace muchos años fué a la India, donde tuvo el extraordinario privilegio de entrevistar en cuerpo físico a uno de los dos Maestros que iniciaron la fundación de la Sociedad Teosófica. Es muy raro que Ellos bajen de Su morada en el Tibet; pero ambos han estado en la India desde que yo ingresé a la Sociedad en los primeros años del movimiento. En "El Mundo Oculto" hay una maravillosa narración de la visita del Maestro Kuthumí a Amritsar, donde se encuentra el Templo de Oro de los Siks. Dijo el Maestro: "Vi a nuestros Siks borrachos sobre el piso de su templo... mañana mismo regreso a casa." Me parece que cuanto más estiman Ellos que pueden usar con mayor ventaja Sus energías en los planos elevados, tanto más dejan la actividad de los planos infe-

¹ Este punto se trata extensamente en el libro *Los Maestros y el Sendero*.

riores en manos de aquellos que se están agrupando a Su alrededor en el mundo.

El joven Mr. Brown había ya visto la apariencia astral del Maestro Kuthumí y sucedió que, al estar viajando él por la lejana zona del Norte de la India, como Secretario del Coronel Olcott, vino el Maestro, en cuerpo físico, a entrevistar al Coronel. El señor Brown estaba durmiendo en la misma tienda que el Coronel, sólo que en una división separada. Habló el Maestro durante algún tiempo con el Coronel, pasando luego a la otra división de la tienda. No comprendo por qué; pero el señor Brown se envolvió la cabeza con una de las sábanas, temeroso de ver al Maestro. Natural es, en tales casos, que el hombre se sienta cohibido por sus defectos; pero no creo que sea una actitud provechosa la de imitar al avestruz metiendo la cabeza entre las ropas de la cama, las que, claro está, son transparentes a la visión superior. El Maestro, no obstante, habló con paciencia. "Saqué usted la cabeza de la ropa, le dije, quiero que vea usted si soy la misma persona que ya vió en cuerpo astral". Luego el Maestro se retiró de la estancia, dejándole una notita y entonces fué cuando el señor Brown pudo volver de su turbación. Tuvo él entonces una oportunidad para alcanzar lo que otros hubieran deseado. La mereció, sin duda alguna, pero no supo aprovecharla. Y después de todo esto dudó él de la existencia de los Maestros. También ha habido otros que han logrado el privilegio de ver a los Maestros, sin haber aprovechado su oportunidad.

Algunas personas, debido a sus experiencias en vidas pasadas, se han formado una naturaleza escéptica; otros

son excesivamente crédulos. Ninguno de ambos extremos es conveniente para el progreso del hombre; ambos son igualmente anticientíficos. Cada hombre tiene su especial constitución mental. Si se le presentan cosas nuevas que cuadren con ella, las acepta inmediatamente sin requerir pruebas exactas. Decimos: "Sí; parece muy probable; está de acuerdo con mi manera de pensar; probablemente así es." Pero, por otra parte, la persona común y corriente rechaza del todo lo que se le dice cuando eso no encaja con su contextura mental. Cuando uno tiene ya experiencia en el estudio oculto de las cosas, abandona la actitud de rechazar una afirmación cuando no se acomoda a lo que uno ya sabe. Se aprende a posponer el juicio sin aceptar ni rechazar la afirmación, diciendo: "Por lo que hasta ahora he visto, eso no me parece muy probable; pero yo no lo niego; me limito a esperar nuevas luces." Prueba es de ligereza y exponente de ignorancia el negar que una cosa pueda ser porque no esté dentro de nuestra experiencia.

Por lo general, aquí, en el plano físico, el que menos sabe es el que afirma con seguridad. En ciencias, son los estudiantes los que dogmatizan. Los grandes hombres de ciencia suelen decir: "Yo no he tenido experiencia sobre tal o cual cosa; pero, por supuesto, no pretendo negarla." El Canciller de Inglaterra dijo en cierta ocasión: "Estoy tan seguro de ésto como el más joven de los abogados." El hombre de poca experiencia está seguro porque no sabe que hay muchas posibilidades que no permiten establecer leyes en forma definitiva, los que durante muchos años han estado estudiando son mucho más cautos para expresarse. Hay ante nosotros una vasta multi-

plicidad de realidades que aún desconocemos. La generación precedente hubiera ridiculizado y considerado absolutamente imposibles muchas cosas que en la actualidad son del dominio general. Es conveniente reconocer este hecho desde un principio y estar preparados para nuevos descubrimientos que pueden presentarse constantemente a medida que el hombre va evolucionando.

Tiene una gran utilidad para nosotros, los estudiantes de estas elevadas materias, el substraernos a esta tendencia a dejarnos influir por conceptos que tenemos formados de antemano. Debemos contar con la suficiente plasticidad para aceptar inclusive verdades revolucionarias cuando se fundan en buenas razones. Si carecen de tales bases, debemos simplemente hacerlas a un lado, indicando que no podemos saber lo que hay de cierto, sin condenar tales afirmaciones ni a las personas que las sostienen. La verdad es multiforme, y el apreciar sus diferentes aspectos a la vez, no es facultad de cualquier hombre ni de cualquier grupo de individuos; en consecuencia siempre podrá haber un fragmento de verdad en cosas que nos puedan parecer irrazonables.

Es de lamentar que haya muchas personas que, sin saber nada absolutamente sobre algún asunto, están persuadidas de saber todo lo posible sobre él; especialmente en tratándose de cuestiones religiosas, los que saben muy poco están insistiendo clamorosamente en que otros crean los errores que ocupan sus mentes. En algunos casos dicen que es su conciencia la que los dirige en tal forma. Aun en tal caso no siempre debemos confiar en nuestra conciencia, pues el Ego, cuya voz es la conciencia, no sabe todas las cosas. Narra la historia que las

gentes han quemado y torturado a otras por motivos de conciencia. Un Ego que recomendara hacer tales cosas sería perfectamente ignorante en muchos aspectos. Por supuesto, siempre debemos dar oídos a nuestra conciencia, si estamos seguros de oír su dictamen; pero teniendo presente la famosa respuesta del Obispo South a un disidente: "Sigue, de todos modos, tu conciencia; pero ten cuidado de que esa conciencia no sea la de un necio."

Si bien es cierto que es conveniente tener confianza, no puede uno hacerse creer, así como no puede uno hacerse amar. Pero del mismo modo que examinando con insistencia las buenas cualidades de una persona vamos hallando gradualmente razones para amarla, pensando en las razones que hay para una creencia, podemos ir adquiriéndola gradualmente. Estrictamente hablando nadie debe desear el tener una creencia determinada; sólo debe creerse en lo que pueda ser verdad; pero esa verdad puede ser alcanzada por nosotros después de un detenido estudio de la materia, si es que no contamos con la convicción que se origina en el pasado.

No acostumbran los grandes conductores espirituales hacernos fáciles las cosas. Yo me inicié en los estudios ocultos bajo la dirección de la señora Blavatsky, quien daba a sus educandos migajas de su conocimiento, al mismo tiempo que constantemente los sometía a pruebas muy rigurosas. Era un método drástico y sólo aquellos que realmente deseaban progresar permanecieron a su lado, pues los demás la fueron abandonando. Entre los que seguían este método había muchos que se dedicaban a investigar en los sentimientos y decían que ella hacía cosas que un gran instructor espiritual no debería hacer.

Mi actitud fué siempre la siguiente: "La señora Blavatsky tiene su conocimiento oculto y yo voy a adquirirlo de ella si es que quiere dármelo. Todo lo demás que haga es cosa suya, no estoy aquí para criticarla; a su Maestro le toca juzgarla; no a mí; puede tener ella sus razones para lo que hace; nada sé yo de esto. Ella tiene este conocimiento; ella habla de estos Maestros. Yo me propongo adquirir ese conocimiento y, si es humanamente posible, llegar a los pies de esos Maestros." Abandoné todo para seguirla y jamás me he arrepentido de la confianza que puse en la señora Blavatsky. Está en el karma de algunos el ser críticos por temperamento y los de esa condición aprenderán con mucha mayor lentitud, que los que están preparados para aceptar las cosas cuando son razonables.

Debemos recordar que nunca hay que jugar con el ocultismo. De lo contrario no obtendremos resultados benéficos y no haremos ningún bien; el ocultismo, cuando no es el interés más importante en la vida, carece de valor. No podemos dar al ocultismo el segundo o el tercero o el décimo séptimo lugar en la vida, como tratan de hacer muchas buenas personas. Debe ser en realidad la primera cosa de nuestra vida y todo lo demás debe ser secundario.

Tener confianza en el Maestro significa creer que El sabe exactamente lo que nosotros debemos hacer y que El dice precisamente lo que quiere decir; y por eso, cuando, como en este libro, establece ciertas reglas definidas, debemos hacer todo lo posible por seguirlas. Sé que es difícil y que es tarea penosa hacer que crea la gente en esa precisión. Suele decirse: "Bien; el Maestro

quiere decir tal o cual cosa de manera aproximada". Pero es que El dice exactamente lo que quiere significar y si nosotros no creemos en sus palabras y fracasamos, solamente nosotros tenemos la culpa. En ocultismo hay que pasar de la insinceridad del mundo a la luz de la verdad; del mundo nuestro, al mundo de los Maestros.

Si no hay perfecta confianza no puede producirse el perfecto influjo de amor y de fuerza.

C. W. L.—Si está uno en condiciones de duda con relación a la existencia del Maestro o con respecto al poder de uno mismo para llegar a El o para progresar, esa misma duda hace que todas las vibraciones tengan lugar en sentido opuesto; y que la persona que la tenga no sea un canal adecuado para su uso. Por lo tanto el discípulo debe tener confianza en el Maestro y amor hacia El, sintiendo al mismo tiempo amor impersonal hacia la humanidad. La única idea del Maestro, constantemente, es hacer todo lo que deba hacerse con el menor gasto posible de fuerza espiritual, para poder reservar el máximo para otros trabajos. Quien esté en cualesquiera de las condiciones ya tratadas no es un buen canal y es por lo tanto inútil para el Maestro. Sería verdaderamente triste no poder serle útil cuando necesite de El nuestro servicio; tener en nuestros diversos vehículos vibraciones que repelan Su influencia en lugar de transmitirla.

Recuerdo el caso de una persona que aspiraba ardientemente a llegar a ser discípulo de cierto Maestro. Le había servido ya en diversas formas y era su deseo único

el llegar a verlo. Estaba yo en la casa de dicha persona cuando el Maestro vino en cuerpo físico a visitar la ciudad donde esa persona residía; pero no vino El a su casa. Encontré al Maestro fuera de ella y estuve hablando con El durante mucho tiempo; pero no pudo El visitar a la persona que ansiaba ser Su discípulo, porque, precisamente en aquel tiempo, el cuerpo astral de dicha persona se hallaba violentamente afectado —deformado por innobles pasiones de cierta clase. Y así, perdió la oportunidad de toda una vida y quizá también la de muchas vidas. Si esa persona hubiera podido saber cuán cerca estaba el Maestro, tengo la seguridad de que todas sus pasiones se hubieran extinguido en un momento. Pero para el Maestro hubiera implicado un desperdicio de Su fuerza utilizar Su poder para despejar aquello a fin de poder mostrarse.

No se debe pensar que el Maestro se muestre resentido por nuestra falta de confianza o por alguna actitud semejante de nuestra parte, ni tampoco hay que considerar que el hecho de que El no emplee Su fuerza en corregir determinado estado pasional del aspirante sea a consecuencia de Su aspereza de carácter. El hace siempre lo que mejor conviene al trabajo, sin dejarse influir por razones sentimentales de ninguna clase. Cuando hay que efectuar un trabajo determinado nos es indispensable elegir al más capacitado para ello, sea o no nuestro amigo, pues valernos de persona menos eficiente, por motivos de amistad, equivaldría a no dar satisfacción a nuestros deberes. En casos de guerra, por ejemplo, hay que designar para el mando de las fuerzas al hombre más capacitado; poner al frente del Ministerio al hom-

bre más útil; encomendar tales y cuales trabajos a los que mejor puedan desempeñarlos. No hay que incurrir en nepotismo, designando a nuestros sobrinos para cubrir tales o cuales puestos; hay que valerse de los que mejor puedan hacer el trabajo; pues es importante sobre todas las cosas y para todos, que el trabajo se haga bien.

De tal naturaleza es el trabajo oculto: debe hacerse y aquellos que lo dirigen se valen siempre de los más aptos. El contar con varios años de servicio no constituye el derecho de merecer empleos, ni siquiera la atención del Maestro. El deber del Maestro es utilizar al hombre que pueda desempeñar bien el trabajo, independientemente de que lleve ya muchos años en Su servicio o de que principie a servirlo.

Cualquiera que considere el trabajo como lo más importante, no podrá menos de celebrar que surja otro que lo desempeñe mejor que él. Hace años dijo Ruskin, aludiendo a cierto trabajo literario: "Sea mío o sea de ustedes, o de quien sea, todo está bien: está bien hecho." No debéis vacilar en decir que una cosa está bien hecha aunque vosotros la hayáis hecho, ni tampoco debéis dejar de reconocer que está mejor hecha porque no la hicisteis vosotros. Ruskin tiene pasajes maravillosos. Hasta donde puedo darme cuenta no sabía él una sola palabra de ocultismo; ni yo tampoco cuando lo conocí; sin embargo de lo cual, entre lo que escribió hay muchas cosas que llevan el verdadero sello del ocultismo.

Debes tener confianza en ti mismo. ¿Dices que te conoces demasiado bien? Si lo sientes

así, de hecho no te conoces; te es conocida solamente la débil cáscara externa, que con frecuencia ha caído en el fango. Pero tú, el verdadero tú eres una chispa de la propia Divina Flama, y Dios, que es omnipotente, mora en ti y por esta razón nada existe que tú no puedas hacer si quieres lograrlo. Di a ti mismo: "Lo que el hombre ha hecho, el hombre puede hacer, Yo soy un hombre y a la vez Dios en el hombre; puedo hacer tal cosa y resuelvo hacerla". Porque tu voluntad deberá ser cual templado acero si hubieres de hollar el Sendero.

A. B.—Cuando las instrucciones de conducta que estamos considerando son sometidas a algunas personas y se les recomienda que dejen de hacer tonterías y de cometer errores, suelen decir: "Yo no puedo evitarlo; está en mi naturaleza". Muchos tratan de escudarse con tales disculpas. Los que tal cosa dicen no están verdaderamente deseosos de progreso; no podéis permitirlos jugar con cosas tan serias. Podéis hacer todo aquello que os propongáis, aun cuando quizá no inmediatamente.

Por supuesto, cuando decís, "no puedo evitarlo" realmente no podréis, pues os paralizáis con vuestro pensamiento. Este es un error fatal que impide todo progreso haciendo que el hombre se estacione por meses o por años. Equivale a atarse las piernas con una cuerda y decir que no se puede caminar. Ciertamente mientras uno permanezca atado no podrá andar; pero rompamos las ataduras si no queremos permanecer estacionados y entonces quedaremos en libertad de movernos. Podéis ha-

cer lo que os propongáis. Libertaos de la falsa idea que permitís que os incapacite. Guardad en vuestra mente la idea de que podéis y de que queréis y os quedaréis sorprendidos de vuestros progresos. Si no lo hacéis es porque no tenéis deseos reales de progresar, o al menos porque tales deseos carecen de la intensidad que el Maestro requiere; estáis simplemente jugando a que queréis progresar. No diré yo que no os estáis esforzando; pero os esforzáis en una forma muy poco eficaz.

Comprended lo que os quiero decir, aplicando mis palabras a vuestras actividades mundanas, al negocio por cuyo medio alimentáis a vuestra esposa y a vuestros hijos. Sabéis muy bien que, al tropezar con alguna dificultad, inmediatamente buscáis los medios de solucionarla y hacéis toda clase de esfuerzos para ello. No os sentáis a lamentaros de que es infranqueable. Usad en este caso igual resolución; esa resolución que ponéis en juego en las cosas no importantes. Parecería que en aquello que es de verdadera importancia es en donde menos resolución y entereza ponéis en juego.

No tiene objeto implorar la ayuda del Maestro, si al mismo tiempo no os esforzáis en ayudaros a vosotros mismos. Esto semejaría la actitud del que, sosteniendo en una mano una copa y tapándola con la otra, implorase que se le diese agua; al serle concedida resbalaría sobre la mano y sobre la copa sin que nada del líquido quedase en ella. Cuando el hombre pone en sus actos toda la fuerza de que es capaz es cuando actúa como ocultista. Podrán los resultados de sus esfuerzos no aparecer inmediatamente en el mundo externo; pero siem-

pre irán haciendo que la fuerza se vaya acumulando hasta que al final cristalicen en acción fructífera.

Las cosas que tenéis que hacer han sido ya hechas y pueden hacerse; pero mientras penséis que no lo podéis hacer, seréis incapaces de ello. Pero si os decís a vosotros mismos: "Tengo que hacer esto y lo haré", podéis seguramente hacerlo. Hacedlo así y vuestro pensamiento será un ángel de la guarda, cercano siempre a vosotros, capacitándoos para el éxito. De otra manera tendréis a vuestro lado —como dicen los cristianos— un diablo, creado por vuestro mismo pensamiento. No forméis diablos de esos; haced, por el contrario, un ángel, un gran pensamiento-forma: "*Puedo y quiero*".

C. W. L.—Es perfectamente cierto que no hay nada que no pueda hacer un hombre; pero esto no significa que lo pueda hacer inmediatamente. Aquí es donde en ocasiones se cae en errores. Bien sé esto porque recibo docenas de cartas de personas que tienen serias dificultades; que son víctimas del vicio de la embriaguez; de las drogas o de alguna obsesión y que suelen decir: "Ya no tenemos voluntad; la hemos perdido; no podemos dominar nuestro vicio, ¿qué vamos a hacer?". Los que no han padecido estos vicios no pueden darse cuenta de lo terrible que es encontrarse en sus garras; verse desposeído completamente de la voluntad y sentir que nada se puede hacer.

Hay quienes llegan a pensar en el suicidio, solución verdaderamente desastrosa. Aun en el caso de mutilaciones irremediables, el hombre debe buscar la mejor oportunidad para corregir su situación, sacar fuerzas de flaqueza y continuar luchando con entereza. Que el que

sufre compruebe que en él está la voluntad, por muy escondida que se encuentre. El suicidio significaría el retorno a condiciones similares a aquellas de las que se pretende escapar, con el aumento del mal karma del acto. Si él tuviera que crear la voluntad, su caso sería desesperado; pero que tenga presente que en él está la voluntad, la voluntad de Dios que se manifiesta en todos los hombres. Es necesario reducirla y desarrollarla, lo que se puede hacer gradualmente. En algunas ocasiones la devoción de un familiar o amigo dotado de gran amor y paciencia, viene a constituir un verdadero don de Dios.

¿Qué ha hecho el hombre para hallarse en tal condición? Posiblemente durante toda esta encarnación, quizá durante una o dos de sus vidas previas, ha estado dejándose dominar deliberadamente por el elemental del deseo, cediendo a las tentaciones de su naturaleza inferior; dejándose esclavizar por ella deliberadamente. Al principio pudo haber luchado, pero, no habiendo hecho esfuerzos por resistirla, ha ido acumulando muchas fuerzas nocivas; tantas que no puede ya, inmediatamente, oponerse a ellas. Pero sí puede comenzar a hacerlo. Nos valdremos del ejemplo del hombre que tiene que empujar un carro de ferrocarril. En las pequeñas estaciones ferroviarias, donde los trabajadores tienen tiempo sobrado para sus faenas, habréis quizá observado la forma en que procede un hombre para cambiar un carro de una vía a otra. Observad su trabajo: se trata de un objeto que pesa varias toneladas; comienza por empujarlo con fuerza sin lograr al principio ningún resultado, hasta que poco a poco el carro comienza a moverse con

lentitud. Continúa el hombre empujando y el carro comienza a caminar más y más aprisa. Y viene luego el trabajo de pararlo, lo que no se puede hacer inmediatamente. Si nuestro hombre se quedara fijo en el camino rehusándose a moverse, el carro se lanzaría sobre él triturándolo; tiene pues, que oponerse a su marcha firmemente, pero cediendo terreno a la vez que resiste el impulso, hasta que paulatinamente logra detener la marcha y parar el carro. Ha puesto él en el carro una determinada fuerza, la que no puede retirar, pero sí puede neutralizar con determinada energía similar.

El hombre que ha cedido al elemental del deseo está colocado en una posición semejante. Ha puesto en él una gran fuerza y tiene que hacerle frente. Podríamos decir: "pero es que se trata de mucha fuerza". Ciertamente, pero de cualquier manera, de una fuerza limitada. Bastaría hacer frente a las cosas no de una manera sentimental, sino en una forma abstracta, como si se tratara de un problema matemático, para que el hombre no se creyera un desgraciado gusano que tiene que oponerse a una fuerza demasiado grande para él, y comenzara su esfuerzo para contrarrestarla. Puede contar con la seguridad absoluta de que la fuerza que él ha puesto es limitada. Ahora bien: él tiene a su disposición una fuerza ilimitada. Precisamente por el hecho de que nosotros somos chispas del fuego divino, tenemos en nuestro apoyo todo el poder de Dios. Solamente un poco de ese poder puede descender a través de nosotros en un tiempo dado; pero está descendiendo sin interrupción.

Deberá considerarse todo esto desde el punto de vista

del ego; puede hacer él todas estas cosas y es su voluntad hacerlas. En la labor del desarrollo oculto jamás podrá uno hacer instantáneamente algo digno de llevarse a cabo; de igual manera que no sería suficiente sentir la música en nuestro interior, siéndonos necesario desarrollar el oído y la habilidad de las manos para ser canales apropiados para la expresión de la música. El ego tiene que entrenar sus vehículos pacientemente en forma similar.

Hay algunos que dicen con frecuencia: "No puedo dominar ahora este mal hábito; dejadme esperar hasta poseer otro nuevo cuerpo". Quienes así se expresan olvidan que su próximo cuerpo tendrá las mismas cualidades y carácter del presente si no hacen nada para modificarlas y que su situación desesperada continuará en su próxima vida. Pero si en esta encarnación se hace un esfuerzo definido contra esas malas costumbres, aun cuando el hombre se vea dominado por ellas hasta el último momento de su vida, comenzará su nueva encarnación con un cuerpo mucho mejor. Lo mismo acontece en niveles más elevados. Un hombre, por la acción de una vida de libertinaje, puede dañar en tal forma su cuerpo mental, que en esta vida no pueda ya volver a su condición original. Sin embargo, si hace definidos esfuerzos para domar sus pasiones, logrará obtener un buen cuerpo mental en su próxima vida, en vez de uno que reproduzca sus actuales defectos. En éste como en otros casos, lo difícil de la lucha está en el principio; nace la confianza y se va vigorizando en adelante.

En la misma forma en que se pretende introducir

el sentimentalismo en las relaciones entre un hombre y su maestro, se quiere también gozar de excepciones en cuanto a la actuación de las leyes naturales; el hombre desearía quedar libre repentinamente de todos sus pecados y de todos sus dolores. El cristiano de tipo emocional profesa la creencia de que la sangre de Jesús salva al hombre aquí y ahora mismo; de que puede quedar libre de penalidades como si nada hubiera sucedido. Esto sería muy atractivo; pero no es cierto. Lo que sí es verdad es que cuando el hombre cambia su vida y camina acorde con la voluntad de Dios, queda inmediatamente libre de todas las penas y dificultades que hay en su interior, que han surgido por haber actuado en contra de esa voluntad; pero eso no quiere decir que las consecuencias externas puedan anularse. El hombre ha cambiado ya; se ha convertido y camina ahora en la debida dirección; pero tiene que soportar los resultados de haberse conducido en forma indebida.

Podéis cambiar vuestra actitud en un momento y, por supuesto, seréis perdonados; nada habrá contra vosotros espiritualmente; seréis absueltos. Pero aun el más ortodoxo de los sacerdotes os dirá sin vacilar: "Yo no pretendo corregir los resultados de vuestras acciones. Si habéis llevado una vida licenciosa, si habéis lesionado vuestra constitución, no puedo corregirla esos resultados os sobrevendrán y será una parte de vuestra penitencia el tratar de corregirlos. Lo que corrijo —para usar el término eclesiástico— es el pecado. Os habéis predispuesto con Dios; puedo reconciliaros de nuevo con El. En este punto la absolución os dará un

auxilio; es el poder de la Voluntad Suprema; os dará aliento contra las tentaciones; os ayudará a seguir por el buen camino; pero los resultados en el orden físico no pueden extinguirse". Vosotros mismos podéis cambiar de actitud; el sacerdote puede ponerlos en buen camino cuando carezcáis de poder. No quiero decir que una persona no pueda hacer esto por sí sola; pero lo hará con grandes esfuerzos; sin precisión; de una manera anticientífica. Tal es el poder que subyace en la absolución; pero no el de borrar el resultado de los pecados; las leyes naturales no actúan así.

Queda aún algo que añadir: hasta que una persona haya desarrollado su voluntad y se controle a sí misma, no puede, en realidad, ofrendarse al Maestro. Hay quien dice: "Me doy enteramente al Maestro"; pero ¿no es bien notorio que no podemos hacer la ofrenda de nosotros mismos, mientras algo nuestro quede aún bajo la acción de diversas influencias de mal carácter? Por tal razón también debemos desarrollar nuestra voluntad. Dice el Maestro que ésta debe ser como acero templado. Recuerdo muy bien estas palabras porque Alcione no entendió lo que significaba acero templado y fué necesario una pequeña materialización para mostrárselo. No basta una voluntad de fierro; se necesita una de acero templado que no pueda descaminarse. Existe la voluntad; en nosotros mora el poder divino; tan sólo necesitamos desarrollarlo, para convertirnos así en dueños de nosotros mismos; para poder hacer la gloriosa ofrenda de nuestra voluntad a los pies del Maestro,

PARTE V

AMOR

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

CAPITULO XXIV

LIBERACION, NIRVANA Y MOKSHA

De todas las cualidades requeridas, la más importante es el amor, porque si el amor está suficientemente desarrollado en un ser, le obliga a adquirir todas las demás; y todas ellas sin amor, jamás serían suficientes. Con frecuencia se la interpreta como un intenso deseo por la liberación de la rueda de nacimientos y muertes, y por la unión con Dios. Pero tal interpretación da cabida al egoísmo y expresa sólo parte de su significado.

C. W. L.—Hemos dicho ya que en este libro hay varias interpretaciones de las traducciones usuales de estas cualidades. De todas estas interpretaciones la más atrevida es la de mumukshatwa, que ha sido vertida a las lenguas europeas con el término amor. La palabra mumukshatwa deriva de la raíz *much*, "libertar o poner en libertad". Esta raíz se duplica, sufriendo luego otros cambios, hasta llegar a la palabra

mumuksh "deseo de libertar". La terminación *twa* que se añade posteriormente y que tiene cierta aproximada equivalencia a la terminación *ness* —del inglés— como "eagerness"¹ convierte finalmente a la palabra mumuksh, "deseo de libertar", en mumukshtwa, esto es 'el estado de deseo o ansia de libertar, "la ansiedad de libertad o liberación". De la misma raíz procede también la palabra moksha, "rescate", "descargo" o "liberación".

Con frecuencia se interroga si moksha es lo mismo que nirvana. Aunque estas dos palabras tienen diferente significado, pueden usarse para expresar el mismo estado de ser, o mejor dicho, el mismo estado de algo que trasciende la idea (que nosotros tenemos de ser. Nirvana viene de la raíz *va* con el prefijo *nis*, "soplar", "apagar a soplos" y de ahí que se traduzca como extinción". Moksha es la liberación de la rueda de nacimientos y muertes y nirvana es la extinción de aquella parte del hombre que lo ata a esa rueda y a ese ciclo, esto es, de lo que los hombres creen que constituye el ser humano. Algunos indúes consideran moksha como una condición negativa y se esfuerzan por destruir todos los deseos personales y los intereses humanos, en forma tal que ni las cosas ni las personas puedan atraerlos a reencarnar de nuevo; pudiendo así liberarse de la cadena de nacimientos y muertes por largos periodos de tiempo; pero el concepto de la mayoría de ellos es la de un inefable estado de felicidad, fuera de la ilusión de separatividad, a lo que

¹ En español esta terminación tiene su equivalencia en la sílaba *dad*, aplicada así: ansia-ansiedad. (N. del T.).

dan el nombre de kaivalya, independencia, unidad absoluta. Algunos budistas conciben nirvana como la completa extinción del hombre; pero otros dicen que es la obtención de la sabiduría y la felicidad que extingue todos los previos conceptos del yo y de la experiencia, porque es superinenarrable. Y así es como podemos ver que aun en la misma religión, los hombres tienen opiniones diferentes.

Nosotros, los teósofos, usamos el término nirvana para expresar la conciencia en el plano átomico o espiritual; pero también designamos con él la condición de aquellos superhombres o adeptos que, habiendo alcanzado la quinta iniciación, eligen uno de los siete senderos que se presentan ante ellos; aquel que corresponde al verdadero nirvana budista; no la "extinción" de la iglesia budista del sur, sino el inefable descanso y felicidad de la iglesia del norte.

Es el Arhat —el que ha pasado la cuarta iniciación— el que puede elevar su conciencia hasta el plano nirvánico y experimentar en él el flujo de vida que he tratado de describir en "La Vida Interna" y en "Los Maestros y el Sendero". Esta conciencia es de tal manera superior en amplitud a todo lo que nosotros conocemos aquí, que hay que dudar en llamarla conciencia. El que la adquiere se ha unificado con una conciencia mucho mayor; ha perdido el sentido de encontrarse separado. Todos los esfuerzos para poner estas ideas en palabras no nos evitan el fracaso, porque no existen palabras para hacerlo.

Es sumamente difícil al traducir libros sánscritos dar a las palabras su precisa tonalidad y sólo aquel

que ha alcanzado un contacto aun cuando sea ligero, con la conciencia nirvánica, puede saber lo que quieren expresar con el término nirvana los antiguos escritores; no podemos esperar que un lexicógrafo pueda transcribir el significado exacto de estos términos. Supongamos que una persona que no sabe nada de religión cristiana trate de comprender el significado de la palabra "gracia". Al buscar este término en el diccionario se verá confundido con palabras como "gracioso", "agraciado", etc., y quedará siempre sin encontrar el significado de "gracia" en religión. Lo mismo sucede con la palabra "dispensa" en lenguaje eclesiástico; es cosa completamente diferente al sentido ordinario de la palabra. Todas las religiones tienen cierto número de términos que al correr del tiempo han ido adquiriendo su especial significado religioso, y, a menos de haber nacido en esa religión, para poderlas considerar desde su aspecto interno, no es tarea fácil el captar el preciso significado religioso. Ninguno de nosotros sabía sánscrito al dar comienzo el movimiento teosófico. La señora Blavatsky entendía algo de las religiones de la India; pero no sabía ni Pali ni Sánscrito. Su método consistía en describir lo que veía en la mejor forma posible y en preguntar luego a cualquier amigo indú que pudiera hallarse presente "¿Cómo llamáis vosotros a eso, en vuestro sistema?" Con frecuencia la persona interrogada no entendía plenamente lo que la señora quería expresar; pero le daba el término más aproximado. A la segunda vez que necesitaba ella usar una palabra, solía preguntar a alguno otro, sin prestar nunca atención a que

el primero pudiera ser indú y el segundo budista; o a que ambos fueran indúes pertenecientes a diferentes escuelas filosóficas.

A más de esto la señora Blavatsky no estaba en el caso de un profesor de ciencias que expone una teoría en apoyo de la cual hace apropiados experimentos que sirvan de prueba a sus afirmaciones. No contaba con un plan o esquema en el cual ir colocando las nuevas porciones de conocimiento. Ella solía hacer diferentes afirmaciones que no siempre concordaban por lo que a las palabras concierne y si alguien demandaba explicaciones solía decir: "No hagáis caso de las contradicciones; pensad en lo que expongo". Sus ideas eran de maravillosa claridad y sus conocimientos definidos.

Su método era diametralmente opuesto al de nuestros días que consiste en definir primero las palabras con mucho cuidado para darles un significado fijo. Con frecuencia —así puede temerse— el resultado de todo esto es que la ciencia y la filosofía se conviertan en una especie de juego, como el ajedrez, en el que las jugadas que una pieza pueda hacer quedan estrictamente escritas. Con ella, las palabras eran cosas vivientes —pensamientos— formas en el plano físico, podríamos decir, de cuyo medio se valía para despertar en la mente de sus oyentes, un conocimiento que ella ya poseía.

Si quisiéramos nosotros entender todas las complicadas relaciones entre el ego y la personalidad, deberíamos antes de nada tener en nuestra mente una idea clara de lo que esas cosas son respectivamente. Esta

materia se ha tratado ya extensamente en la literatura teosófica, tanto en las enseñanzas primitivas de la Sociedad, como en tiempos recientes. He dicho algo sobre esto en "Los Maestros y el Sendero". Usando palabras breves y concretas, diremos que se puede considerar al hombre como un ser que vive en las tres divisiones a que aludió San Pablo: cuerpo, alma y espíritu. Los términos teosóficos correspondientes son la personalidad, la individualidad y la mónada. La mónada es definitivamente divina —una chispa de la eterna llama— parte del mismo Dios en toda su actividad y propósitos. Es cierto, por supuesto, en el más elevado sentido, que todas las cosas son parte de Dios; que nada existe que no sea en El; y esto es tan cierto de la materia como del espíritu. Sin embargo, hay un sentido especial en que puede considerarse la mónada como un fragmento de la Deidad que desciende al plano de manifestación. Perfectamente comprendo que no es filosófico, ni científico, ni exacto el hablar de un fragmento de lo que es indivisible; pero es que no hay palabras para expresar las condiciones de los planos superiores y por tanto cualquier cosa que podamos decir tiene por necesidad que ser completamente inadecuada y, por ende, origen de cierta confusión. Algunos escritores que han tratado de expresar estas relaciones hablan de la mónada como una reflexión del Logos; del ego, a su vez, como una reflexión de la mónada, y de la personalidad como de un representante del ego en forma similar. Esta forma de expresar tales relaciones tiene, desde cierto punto de vista, algunas ventajas; pero me parece que da una idea

menos verdadera de ellas que la otra forma, esto es, que la mónada puede considerarse como un fragmento de la Deidad; el ego como un fragmento de la mónada y la personalidad, a su vez, como un fragmento del ego.

Como parte del eterno plan de desenvolvimiento, es voluntad del Logos de nuestro sistema, emanar de sí mismo una numerosa hueste de esas mónadas. Si se nos permite usar un símil con toda reverencia, diremos que esas mónadas son lanzadas por El como chispas, a fin de que, después de su paso a través de los diferentes planos materiales, puedan retornar a El como grandes y gloriosos Soles, capaces, cada uno de ellos, de dar vida y luz a un magnífico sistema, a través y por medio del cual, millones de otras mónadas puedan desarrollarse cuando llegue su turno.

La estupenda cumbre desde la cual esa divina manifestación que llamamos mónada procede originalmente no puede expresarse en los términos de los planos que conocemos; pero el punto más bajo que la Mónada parece que puede alcanzar en su descenso es aquel que por tal razón denominamos plano monádico. Hay que tener presente que, de acuerdo con la nomenclatura de nuestra gran Presidenta, el más elevado de los planos de que se nos dan enseñanzas, es el llamado divino; el segundo —de arriba a abajo— es el monádico; el tercero el espiritual y el cuarto el intuicional. Para que los propósitos del Logos puedan entrar en ejecución, es aún necesario un nuevo descenso en la materia. La mónada, como tal, parece no estar en condiciones de nuevos descensos; pero sí pue-

de, y así lo hace, impulsar lo que pudiéramos llamar un fragmento o parte de sí misma capaz de descender a la parte superior del plano mental. Este fragmento, al descender, se manifiesta a sí mismo en el plano espiritual o nirvánico, como el triple átma. De este triple espíritu la primera manifestación permanece en ese plano, mientras que la segunda desciende al plano intuicional y se reviste de materia búdica. El tercer aspecto o manifestación desciende un plano más todavía y reside en la parte más elevada del plano mental, donde recibe el nombre de manas superior. Y así el ego —que es el nombre de ese fragmento emanado de la mónada— consiste en átma, buddhi y manas, que representamos en español, de manera un tanto inadecuada, con los términos voluntad espiritual, sabiduría intuicional e inteligencia activa.

El ego, a su vez, hace descender un fragmento de sí mismo a los planos mental inferior y astral, y finalmente se manifiesta a sí mismo en un cuerpo físico. Cada uno de estos sucesivos descendimientos es una limitación imposible de describir, en tal forma que el hombre que conocemos aquí abajo en el plano físico es, cuando mucho, un fragmento de un fragmento y solamente una pálida representación del hombre real, que ni de la manera más remota nos permite concebir lo que el hombre habrá de ser al final de su evolución.

Los egos con quienes estamos en contacto en la vida diaria se hallan en diferentes grados de esa evolución increíblemente prolongada. En todos los casos el ego existe primariamente en su propio plano que, como

queda dicho, es la parte superior de nuestro plano mental. En tal nivel, del todo fuera de su manifestación como personalidad, puede encontrarse ya plenamente despierto, consciente de lo que le rodea y viviendo vida activa; por otra parte, puede encontrarse soñoliento, casi completamente inconsciente de lo que le rodea e incapacitado por ello mismo para adquirir experiencias de vida activa, a menos de que use para ello de su personalidad que actúa en niveles mucho más inferiores. Al ir el hombre elevando su conciencia a través de los diferentes planos, va encontrando que las vibraciones de cada uno de ellos son mucho más rápidas que las del inmediato inferior. Cuando decimos que el ego se halla desarrollado en su propio plano, queremos significar que está en condiciones de responder plenamente a todas las vibraciones de ese plano; si aún no es consciente, entonces esas vibraciones pasan por él sin afectarlo y para poder alcanzar conciencia le es necesario descender aún y formarse un vehículo de materia de un plano más grosero a cuyas vibraciones pueda él ya responder. Por medio de una larga práctica en ese plano inferior, se irá haciendo sensible a sus más elevadas vibraciones y de ahí en adelante, lentamente, poco a poco, a las vibraciones del plano superior inmediato; la conciencia, pues, tiene que ir ascendiendo gradualmente paso a paso.

La conciencia del hombre en la personalidad tiene que ir ascendiendo incesantemente hacia el ego; y cuando la conciencia de este ha llegado así a desenvolverse plenamente, comienza a su vez a ascender hacia

la monada. El proceso completo del descenso a la materia se llama en la India pravritti marga, o sea, el sendero de partida. Cuando se ha llegado al punto necesariamente más bajo, el hombre inicia el nivritti marga, o sea el sendero de retorno. Regresa de su diaria tarea acarreado los frutos de su cosecha que no son sino una conciencia plenamente despierta que lo capacita para ser más útil en los planos superiores de lo que hubiera sido si no hubiese descendido a la materia. En este camino la parte inferior del ego sufre constantemente la tentación de olvidar su conexión con la parte superior y de identificarse completamente con la manifestación inferior que es mucho más vívida y, como si dijéramos, de aislarse por completo de la superior, dedicándose a actuar en el mundo por su propia cuenta y riesgo. Es de creerse que el ego, como parte de la mónada, sufra una tentación semejante en su plano más elevado; pero por de pronto estamos ahora tratando solamente de la relación que hay entre el ego y su personalidad; más aún: estamos considerando la cuestión desde el punto de vista de la personalidad que eleva su mirada al ego y trata de unificarse con él.

El ego se ha asociado con la personalidad porque siente hambre o sed de experiencias vívidas. No estando aún desarrollado en su propio plano, es incapaz de responder a las elevadas vibraciones de esa región; las vibraciones más lentas de los planos inferiores, tienen para él un mayor significado, motivo por el cual él vuelve una y otra vez a recibirlas. Al irse desarrollando el ego, el hambre de experiencias

se va extinguiendo en él poco a poco y en algunos casos, cuando se trata de un ego avanzado, sensitivo ya a las delicias y actividades de su propio plano, va hasta el extremo opuesto de descuidar a su personalidad —presa en las garras de karma, hundida en el dolor y en el fastidio— condiciones que el ego siente que ha dejado ya atrás. Esta disminución de su sed por las experiencias de los planos inferiores, va ocurriendo a medida que el hombre desarrolla su personalidad. Cuando adquirió plena conciencia astral, la vida física empezó a parecerle opaca por comparación; cuando alcanzó el plano mental inferior, encontró la vida astral lóbrega y oscura y todos estos tres planos inferiores perdieron para él su atracción cuando comenzó a estar en condiciones de gozar la vida, mucho más vívida y luminosa, del cuerpo causal. Muchos son los que han llegado al grado de evolución que les permite viajar y trabajar útilmente en el plano astral durante el período del sueño. Todos los estudiantes de ocultismo tienen sus cuerpos astrales bien desarrollados y listos para usarlos, aun cuando muchos de ellos no han adquirido todavía el hábito de usarlos. La parte inferior del vehículo mental está también en orden y lista para entrar en actividad; la meditación regularizada desarrolla esta parte y la somete a control. En esa etapa de desarrollo el hombre puede ser instruido sobre la forma de usar ese cuerpo y puede dejar el cuerpo astral con el físico durante el sueño. Cuando esto se ha podido hacer, el proceso se repite nuevamente en el plano causal y el ego está ya despierto y activo en su propio plano.

Todos los vehículos inferiores son vestiduras temporales que usamos para aprender la forma de manejar las fuerzas de esos planos y cuando lo hayamos conseguido y ya el ego trabaje perfectamente en su cuerpo causal —lo que tiene lugar en la cuarta iniciación— no hay ya necesidad de encarnar nuevamente en esos niveles. Habiendo ya triunfado sobre ellos, el hombre puede en cualquier momento materializar un cuerpo astral y mental de índole temporal, mostrarse en esos planos y proceder en la forma que desee. El que ha alcanzado ese estado no necesita ya someterse a la tediosa cadena de nacimientos y muertes que es tan desagradable. Quizá nosotros no la juzguemos así, porque la vida nos proporciona algunas satisfacciones; cierto: pero si pudiéramos considerar la vida desde el punto de mira del ego, advertiríamos cuan inexpresablemente fastidioso es para el espíritu eterno, el hallarse encarcelado y preso en un cuerpo que no puede hacer esto y no quiere hacer aquello. Mientras estamos presos en él, hacemos el mejor uso posible; pero no es más que un vehículo temporal que usamos con el propósito de aprender una lección; consumado esto, nos alegramos mucho de libertarnos por completo del cuerpo.

El hombre que ha obtenido alguna experiencia del plano causal, advierte profundamente la opresiva limitación de los tres mundos inferiores. Echa de menos toda la gloriosa libertad y amor y verdad de la región propia del ego. Comprende a qué causa se debe su descendimiento a esta región de oscuridad y puede entonces decirse a sí mismo: "Me libtaré de este deseo

que es la causa primaria de mi encarnación y nivelaré mi karma, actuando en tal forma, que esta ley no me ligue ya". El hombre capaz de alcanzar este pensamiento es ya un hombre desarrollado que ha pensado mucho en todas estas cosas; es un metafísico y un filósofo. Dice ya deliberadamente: "Pondré lejos de mí de este deseo; nivelaré mi karma con exactitud y no habrá ya nada que me haga volver a encarnar". Tal cosa puede hacerse. Cuando el hombre lo logra —y ha habido muchos en la India, a través de toda su historia que lo han logrado— el hombre escapa de la rueda de nacimientos y muertes. Vive en el mundo celeste o puede quizás llegar hasta el plano causal; pero por lo común no pasa más allá del primero. Ha obtenido lo que se conoce con el nombre de moksha.

El que ha conseguido tal estado se ha colocado ya por encima de todas las pasiones inferiores y de todos los deseos, pues de otra manera no le hubiera sido posible; pero al mismo tiempo, ha dejado de tomar en cuenta el otro aspecto de la evolución. Habiendo entendido perfectamente la acción de la ley kármica, ha podido, por ello mismo, liberarse de ella. Pero no ha comprendido plenamente la ley de evolución y de ella no se ha liberado aún. Está en el caso de un muchacho inteligente que en la escuela ha aventajado a sus discípulos y pasado varios exámenes antes que ellos; pero que luego ha dejado tres o cuatro años sin estudiar, mientras sus compañeros han logrado colocarse a su mismo nivel. Tal es lo que sucede al hombre que obtiene moksha; no ha alcanzado la meta designa-

da para la humanidad, pues la evolución humana termina en el adeptado.

Ahora bien: un adepto no es solamente un hombre que ha logrado librarse de la cadena de nacimientos y muertes, sino también un poder viviente: se ha vuelto uno con la mónada, que es, a su vez, una chispa de la Deidad. La Deidad actúa descendiendo a la materia; derramándose a sí misma para integrar el plano evolutivo en pleno auto-sacrificio. Por tanto, el hombre que se ha identificado con la Deidad, debe estar pleno de este espíritu de auto-sacrificio. El adepto realiza muchos mayores beneficios que el más grande de los filántropos y lo está realizando constantemente en los planos superiores, a favor de la humanidad de la que El es una parte. El karma de tales acciones, por lo tanto, actúa sobre la humanidad y no sobre él, por lo cual no hay ya nada que lo ligue a una nueva encarnación; pero la humanidad, en su conjunto, recibe un impulso de elevación; esta porción de karma distribuida entre todos los humanos no es gran cantidad para un individuo aislado; pero con seguridad es un impulso constante de elevación considerable para el conjunto. Por lo que, en cierto sentido, podría parecer que cada quien recibirá un poco más de lo que en realidad merece. No hay ninguna injusticia en esto, sin embargo, pues es un caso semejante al de la lluvia que cae igualmente sobre el justo que sobre el pecador.

Por lo tanto, después de un lapso de millares o aun de millones de años, el hombre que ha obtenido moksha, advierte que la marea evolutiva alcanza ya su nivel y lo envuelve de nuevo teniendo entonces que vol-

ver a nacer, para continuar su progreso. El hombre que aspira a lograr moksha sabe por lo general que su liberación no es para siempre; está al tanto de que en un futuro remoto será llamado de nuevo; pero estima que para entonces el mundo a que descienda será un mundo mejor. Dice: "Me puedo permitir el goce de millares de años de libertad y estar todo ese tiempo en el mundo celestial deleitándome de gozo".

Nuestro ideal es lograr una perfecta conciencia en el plano más elevado que nos sea dable alcanzar. No es nuestra mira el gozar de un satisfactorio descanso en ningún nivel. Pero, por otra parte, renunciamos a abandonar nuestra conciencia y a caer en trance, como hacen algunos con el propósito de alcanzar niveles que se encuentran fuera del radio de nuestra conciencia. Con frecuencia se alude a "entrar en samadhi" y algunos aficionados a usar la terminología sánscrita, hablan de entrar en samadhi durante la meditación. Samadhi, para cualquier persona, es el punto que está más allá de aquel en que se puede tener una conciencia clara. Para el que posee la conciencia astral, pero no la mental, samadhi será precisamente la conciencia en el nivel más próximo, esto es, en el mental. Es precisamente situarse en aquel punto que está inmediatamente más allá del que puede alcanzarse de manera consciente; entrar en una especie de trance del cual se sale con toda clase de sentimientos de gloria y hermosura; pero, por lo general, sin una conciencia clara. No es conveniente entrar en samadhi durante la meditación; es preciso retener la conciencia para poder recordar la experiencia obtenida. Sé de muchos que

han entrado en samadhi y han experimentado sentimientos de gran felicidad y beatitud. Esto, sin embargo, no constituye progreso, por haberse perdido la conciencia y no tener una idea clara de lo acontecido. Hay en esto, siempre, un gran peligro: no se sabe si es posible regresar. La doctora Besant y yo en cierta ocasión, estábamos observando ciertas tremendas emanaciones de vida procedentes de los planos superiores, grandes ondas emitidas por la Deidad solar. Sugirió la Doctora que nos lanzásemos dentro de esas ondas para ver adónde nos llevaban. Así lo hubiéramos hecho a no ser por su Maestro que intervino para indicarnos que nos abstuviéramos de ello. Poco después la Doctora le preguntó: "¿Si nos hubiéramos arrojado dentro de aquella onda, dónde nos encontraríamos?", a lo que el Maestro contestó: "Podríais haber sido arrastrados por cerca de un millón de años, ya fuese en Sirio o en alguno otro sistema solar". Queda de manifiesto que no es conveniente arrojarse en oleadas semejantes, cuando no se sabe lo que está aconteciendo. No es buen sistema perder la conciencia: mucho mejor es esforzarse por conservar el dominio de los vehículos y tratar de observar el camino que se sigue; de otra manera existe el peligro de perder el cuerpo físico y, por ende, nuestra utilidad temporal. Nuestro método consiste en conservar plena conciencia en cualquier plano que podamos alcanzar y tratar de ser útiles en ese plano. Nuestros Maestros jamás hablan de simple contemplación pasiva. Nuestro propósito no es sentarnos para gozar de descanso, sino ser activos en el trabajo del Maestro sin interrupción.

La paráfrasis que el Maestro da de la cuarta cualidad —Amor— es característicamente suya en forma eminente. El va más allá de la palabra para buscar la razón. "¿Qué razón tenéis para desear la liberación?" —dice—. Para poder ser libres para dar mayor servicio, tratáis de unificaros con Dios. ¿Qué es Dios? Dios es Amor. Si queréis ser uno con El, debéis desarrollar el Amor. Esta cualidad, por tanto, es Amor. Los que hayan leído la obra "El hombre, de dónde viene, cómo y adónde va", recordarán la explicación que ahí se da de diferentes grupos de personas venidos de otras cadenas a ésta y cómo a algunos de esos grupos se les denominaba cargamentos de servidores. Prácticamente hablando, todos los miembros de la Sociedad Teosófica pertenecen a algunos de esos grupos; por lo cual esa idea de servicio es factor determinante de nuestra disposición. Sabéis cuán difícil es desasirnos de determinada tendencia con la que hayamos nacido. Nuestra nacionalidad, por ejemplo, lleva consigo muchos pequeños puntos de vista, que es muy difícil abandonar. Esta es la nacionalidad de la personalidad; pero esta idea de servicio podría llamarse la nacionalidad del ego, o, mejor aún, la de la Mónada. Ha nacido con esa tendencia, la que ha venido cultivando desde entonces.

Es difícil comprender que haya otros tipos justamente tan buenos como el que estamos considerando. La Deidad Solar se manifiesta a Sí Misma en tres aspectos: voluntad, sabiduría y amor. Tal es la forma en que se expone en este libro. La humanidad se aproxima a El a lo largo de estas tres líneas. El camino que cada hombre sigue es el mejor para él; pero hay que comprender que

el que otro hombre sigue es también el mejor para él y que, a la larga, todos esos caminos convergen. Debemos adquirir la capacidad de mirar simultáneamente todos esos aspectos y de comprender que, en verdad, todos ellos son uno. Se nos dice, en el Credo de Atanasio, que debemos comprender la doctrina de la Trinidad sin confundir las personas ni dividir la substancia; debemos aprender que en toda la eternidad sólo hay un Dios, aun cuando Sus manifestaciones son a través de Tres Personas.

Se dijo al principio que si el amor es suficientemente fuerte en un hombre, lo hará adquirir todas las otras cualidades. El amor hace al hombre actuar de acuerdo con su poder. Tomaremos uno de los mejores y más hermosos ejemplos: el amor maternal. Veamos cómo actúa en una raza de salvajes. No sabe mucho la mujer salvaje; pero sí está preparada para defender a su hijo y, si es necesario, sacrificar su vida por él. La madre civilizada hará la misma cosa en las mismas circunstancias. De vez en cuando sabemos de una madre que pierde la vida por salvar a su hijo de un incendio o, más frecuentemente, como resultado del contagio de alguna enfermedad infecciosa. En la vida ordinaria en que nos movemos, el fuerte amor hace que la madre piense. El amor que siente por su hijo la induce a estudiar higiene, regímenes dietéticos y cosas semejantes. Y así es como el amor conduce a la actividad mental y física.

Para que un hombre pueda alcanzar al Maestro debe sentir tal amor que sea un intenso deseo de servicio. Dijo San Juan: "Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. Aquel

que no ama a su hermano, mora en la muerte"² y "Aquel que no ama no conoce a Dios".³ Todo esto es perfectamente cierto. Es cosa muy buena conocer los términos técnicos de la Teosofía, comprender su filosofía y su ciencia; estar en condiciones de distinguir y emplear los dos mil cuatrocientos un tipos de esencia elemental; todo esto es muy útil para fines prácticos; pero lo que hace al verdadero teósofo es el amor.

Recuerdo muy bien que cuando —hace ya mucho tiempo— vino a Londres Babu Mohini Mohun Chatterji, que a la sazón era un discípulo, a instruirnos, nos habló por primera vez de esos requisitos que no aparecían expuestos en los libros del Sr. Sinnet, ni en "Isis sin Velo", que eran por entonces los únicos libros que teníamos. Nos dijo con toda claridad que sin esta cuarta cualidad, sin ese intenso deseo de liberación (así fué como lo expuso), de unión con Dios, los seis puntos de buena conducta valían tanto "como regar en un desierto"; esos seis puntos serían estériles y sin valor para nosotros, a menos de que tuviéramos ese intenso deseo de unificarnos con Dios y de obrar como El lo hace. No comprendimos tan claramente como ahora que esto no significaba sino servicio, a pesar de que los Maestros habían hecho mucho hincapié en Su amor hacia los innumerables seres humanos, hacia los humildes y los despreciados". Estábamos por entonces tratando de aprender Teosofía. Era este tema tan nuevo, tan interesante, tan atractivo, que dedicábamos a su estudio la mayor parte de

² Juan, 13-14.

³ Ibid, 4-8.

nuestro tiempo; mas de lo debido, tal vez, a no ser por la circunstancia de que, para poder servir a los demás, es indispensable saber algo.

No es tanto deseo como voluntad, resolución, determinación.

C. W. L.—La voluntad es preeminentemente la cualidad del primer rayo, al cual pertenece el Maestro Morya. El Maestro Kuthumí pertenece al segundo rayo, el rayo de la sabiduría y el amor; pero en esta ocasión se expresa El como si fuera del primer rayo. Recuerdo una vez en que Alcione aludió a su deseo de adquirir una cierta cualidad. El Maestro dijo: "No desees una cosa; el deseo es débil. Ten voluntad, porque eres Dios. Si quieres adquirir una cualidad, ten voluntad de ello y ve a hacerlo". Tal es, enfáticamente expuesto, el punto de vista de la Jerarquía. Es realmente importante para nosotros comprender la actitud de los Maestros y Su modo de mirar las cosas, que los ha hecho llegar a donde están y que puede hacer lo mismo tratándose de nosotros.

Para que produzca su resultado, esta resolución deberá compenetrar tu naturaleza entera de modo que no quede lugar para cualquier otro sentimiento. Efectivamente, es la voluntad de ser uno con Dios, no para escapar del cansancio y sufrimiento, sino a fin de poder actuar con El y como El, a causa de tu profundo amor.

por El. Puesto que Dios es Amor, tú que anhelas llegar a ser uno con El, debes estar lleno de perfecto desinterés y también de amor.

El discípulo del Maestro tiene solamente un deseo: el de servir. En aras de ese servicio estará él dispuesto a abandonar todos sus placeres personales y todas sus ambiciones, para poder convertirse en una ruedecilla de la gran maquinaria. El hombre común y corriente no ha comenzado a pensar con seriedad en cosas elevadas. Toma la vida tal como la encuentra y son sus deseos no salir de esta clase de vida para emprender una más elevada y más noble, sino más bien el alcanzar lo que él llama el éxito. Si alguien le sugiriese que abandonase todo aquello que por nuestra parte recibe el nombre de yo inferior, tal hombre preguntaría: "Si yo hiciese tal cosa, ¿qué quedaría de mí?" Ciertamente, hasta donde él puede ver, no quedaría, en realidad, mucho, aun cuando todo aquello que es realidad sí permanecería.

Muy difícil es explicar a un hombre de tal condición lo que se entiende por "sumergirse en la Vida Divina". Conozco a uno muy bueno y muy inteligente que estaba haciendo un profundo estudio del Budismo del Norte. Vino un día a verme y me dijo: "No puedo desentrañar esto; no me parece que valga la pena continuar este estudio de arqueología; pero el único fin que presentan al hombre es volverse uno con el Buda. No me parece que pudiera ser de valor para el Buda y sí sería en verdad el fin mío." Tal es el punto de vista que toma el hombre de tipo medio cuando se trata de estas cosas. Y sin embargo, en todo ello hay un significado real,

brillante, luminoso; si uno puede captarlo, todos sus conceptos sufren una verdadera revolución. Esta ampliación de conciencia no nos despoja de la menor libertad; no destruye la individualidad en el menor grado. No es que yo sea absorbido por el universo: es que el universo se vuelve yo. Cuando se dice "Ese Ser soy yo", aplicando esto al yo inferior, la idea es ilusoria; pero cuando se comprueba "Yo soy Dios", entonces, el sentido de que "Dios es Dios", de ninguna manera es ilusión; y el sentido de que lo que yo creía que era Yo, es en realidad una expresión de Dios, no es una ilusión. La idea de que algo pueda existir fuera de El o de que algo pueda estar separado del Espíritu Uno, eso sí que es verdaderamente una ilusión.

La vida cotidiana puede proporcionarnos un ejemplo de esta inclusión de lo más pequeño en lo más grande. En una gran casa de comercio ingresa un muchacho con el carácter de dependiente. Al principio el joven considera a la casa como a un capataz y se le hace pesado el presentarse en ella todos los días y dar fin a su trabajo. Pero pasados algunos años, cuando ha sido ascendido a algún puesto de cierta responsabilidad, comienza ya a decir: "Hacemos esto", "hacemos aquello", o sea a identificar sus intereses personales con los de la firma. Sigue adelante y llega a ser gerente y por fin asociado de la firma. Desde entonces ya habla él siempre de la casa y cuando estudia algún negocio es siempre "la firma" la que tiene en la mente. El es tan libre y está tan capacitado como antes para ejercer su iniciativa como mejor le parezca; pero tiene ya la seguridad de usar su voluntad en la forma debida. La firma no lo obliga a tal acti-

tud; él es quien la asume voluntariamente. Esto no es más que un pequeño ejemplo para dar idea de la forma en que un hombre puede identificarse con un poder superior, quedando su voluntad tan suya como siempre.

Llegará un tiempo en que nos habremos convertido en el Sendero mismo; en que no flaquearemos en ninguna de las cualidades porque ellas habrán crecido en nosotros y formado parte de nuestra íntima naturaleza. Estamos todo el tiempo cerca del Dios vivo porque El está en nosotros y a nuestro derredor y siempre con nosotros; pero a nosotros toca realizarlo, elevar nuestra conciencia gradualmente, poniendo en juego todos los medios que nos sean posibles, hasta que podamos captar realmente esa idea. Habremos de unificarnos con Dios en su más elevada manifestación; en las manifestaciones internas; no simplemente en la forma material. La materia que forma nuestros cuerpos y la que nos rodea es Su vestidura externa; pero no es con la vestidura; es con El con quien deseamos unificarnos. Cuando seamos uno con El, El a su vez, al reconocerlo, nos empleará como canales vivientes, a través de los cuales pueda El hacer fluir Su fuerza. Somos canales de la fuerza divina en estos planos inferiores; pero sólo seremos canales efectivos cuando lleguemos al punto de no tener ya personalidad separada en oposición a El. Actúa siempre por tales medios y Sus ministros, la Gran Jerarquía Oculta, procede en la misma forma. No hay duda de que Ellos podrían operar milagros por su acción directa sobre la gente; pero esto sería usar innecesariamente una gran cantidad de Su fuerza y por ese motivo Ellos tra-

bajan por conducto de los medios que Ellos han arreglado.

Hay una gran cantidad de seres que nunca tratan de comprender los principios de la vida. Creen que la naturaleza debe someterse a sus caprichos y no aceptan el orden en que las cosas están establecidas. Son como algunos concurrentes a las sesiones espíritas, que pretenden prescribir las condiciones bajo las cuales deben verificarse tales o cuales manifestaciones. Esta actitud mental es absurda, porque no hay en el mundo ninguna línea de investigación en que se puedan prescribir las condiciones en que actúen las leyes naturales. Algunos salvajes, ante los que se exhibieron fenómenos de electricidad, declararon que todo ello era pura superchería. El jefe de la tribu hizo patente su incredulidad diciendo que todo aquello se conseguía por medio de alambres; que cortaran los alambres y que entonces él sí creería en la electricidad. El electricista replicó sonriendo: "Es que vosotros no entendéis la ley; son los alambres los que conducen la electricidad; sin ellos la fuerza no puede ser conducida." A lo que el salvaje replicó: "Ya le probé que eso es una trampa". Lo mismo hace la gente en las sesiones espíritas. No aceptan el orden trazado por la naturaleza; quieren que las cosas se ajusten a sus deseos. Pretender que Dios haga las cosas en la forma que a nosotros nos parece mejor, es idea que aceptan determinadas mentalidades; pero por lo que hace a mí, mi razón la repudia, lo mismo que el hacer peticiones a Dios en las plegarias, pidiéndole que haga o deje de hacer tal o cual cosa. Tengo siempre la profunda certidumbre de que El sabe las cosas infinitamen-

te mejor que yo y estimo que, si por inexplicables razones cambiara de intención como resultado de mis plegarias, quedaría yo en condiciones infinitamente peores que aquellas que son resultado de su voluntad.

La idea de la unificación con Dios puede no haberse ocurrido a muchos de nosotros; pero es muy común entre nuestros hermanos los habitantes de la India. El Maestro, al hablar de Dios en este libro, usa muchas frases alusivas a esta idea. En una de sus vidas precedentes, fué un prominente instructor Budista, llamado Nagarjuna y en esa encarnación predicó y escribió mucho. En sus libros que han sido conservados se opone vigorosamente a la idea de una Deidad personal. Hace objeción aun al uso de esa palabra o nombre y penetra en profundas cuestiones metafísicas conectadas con él. Los hindúes, que conocen toda la filosofía de Nagarjuna, suelen decir: "Es cosa muy curiosa que en este librito nuestro Maestro que combate vigorosamente la personalidad en la Deidad, emplee ahora la palabra Dios. El Señor Buda atacó fuertemente todo aquello que pudiera aparecer como personalidad en la Deidad." Esta objeción se resuelve al tomar en consideración que en este libro el Maestro no trata del Absoluto; no habla de Aquél; del Supremo; del Eterno: trata, dirigiéndose a un muchacho hindú, de Ishwara; esto es, del Logos Solar, la Deidad Solar y es sin duda alguna en tal sentido en el que el Maestro emplea aquí la palabra Dios. El Maestro habla como Nagarjuna hablaba a los estudiantes, muchos de los cuales conocían los sistemas filosóficos de la India y por eso atacó vigorosamente todo intento de degradar la concepción de la Deidad, haciéndolo

la personal, en la forma en que lo hacen muchos de nuestros hermanos los cristianos.

Dice luego que nosotros debemos hacernos como El. Y ante esto surge la pregunta: "¿Qué es lo que nosotros sabemos de El?" Sabemos que se manifiesta en tres aspectos. Algunos se acercan a El a través de uno de ellos y otros a través de los otros. El nuestro es el camino del amor activo, porque tal es el camino de nuestros Maestros. Hay siete grandes rayos de la Vida Divina y por tanto, siete tipos de hombres. Uno es la línea de la devoción; otro, la de la voluntad y otro la línea de la sabiduría. Los hombres buscan a Dios en diversas formas; pero como nuestros Maestros se hallan en la línea del amor activo, todos los que deseen seguirlos deben usar los poderes correspondientes a su tipo especial en servicio activo por amor a Dios y a los hombres. Tomemos, por ejemplo, el caso de la devoción, de la que hay tres clases o tipos. Una persona se postra ante el objeto de su devoción y ansía volverse uno con él. Entiendo que en nuestro mundo occidental este tipo sólo puede encontrarse entre algunos pocos monjes y monjas, cuyo deseo consiste simplemente en consumirse en perpetua adoración a la Deidad. Esta forma de adoración es espléndida, pero de cualquier manera, mientras el hombre la practica no piensa en los demás, sino solamente en unificarse con la Deidad. Si se le pregunta sobre los demás dirá: "Que hagan lo que estoy haciendo yo." Conozco un hombre en la India cuya idea era esa precisamente: sentarse en adoración ante la imagen de su Deidad y esforzarse por unificarse con Ella. Tal es el fin que se ha propuesto y tal lo que logrará en el futuro. Pasará toda

su vida celeste —muy larga posiblemente; millares de años quizá— en una especie de éxtasis de adoración. Una adoración tan pura significa el desarrollo de sus diversos vehículos y cierto adelanto para él.

Hay una segunda clase de devoción que apenas merece tal nombre: es la devoción inferior que requiere un "quid pro quo" de la Deidad, pidiéndole determinada cantidad de riqueza, de dignidades, de ayuda, a cambio de tanta o cuanta devoción.

El devoto de la tercera clase es el que dice: "Amo al Gran Uno, o a tal Maestro con tanto amor, que por ello debo hacer algo para ayudar a los demás a conocerlo y comprenderlo como yo. Debo hacer obras buenas en Su nombre." Esta es una devoción práctica y noble. Nosotros, que pertenecemos al rayo devocional, no debemos contar con la devoción solamente; debemos poseer también la variante de la actividad que nos impulsa a actuar en aras de nuestra devoción. En la misma forma, si alguno de nosotros pertenece al rayo del conocimiento, debe también poseer la actividad como característica de su naturaleza. Hay algunos que desean ser sabios únicamente para saber y para comprender. Esta es una espléndida cualidad en el hombre, y muchos son los que hacen grandes progresos en esta forma. Pero entre éstos, los que sean servidores, encontrarán en sí mismos este resultante complejo: "Yo deseo conocimiento; pero lo deseo solamente para poder ser útil a los demás." Tales personas podrán ver con claridad los errores que cometen aquellos que, ansiosos de todo corazón de poder servir, hacen, a causa de su torpeza,

mayor mal que bien. "Adquiera yo perfecto conocimiento para poder servir verdaderamente bien", tal es la actitud del que efectivamente quiera practicar el servicio.

Deseamos unificarnos con Dios no simplemente para ser Uno con El y gozar de Su gloria y alegría, sino para poder actuar como El, cuya acción más grande fué la de descender en pleno sacrificio a la materia para que nosotros pudiéramos llegar a ser; así pues, el que quiera unificarse con Dios debe irradiar el pleno olvido de sí mismo en aras del trabajo que hay que hacer por el Dios que es todo Amor. "Tú, si es que quieres ser uno con Dios, debes llenarte de perfecto altruismo y amor". Tales palabras son la síntesis del Sendero. Voluntad, sabiduría y amor, cada una de estas cualidades llevada a la perfección y empleada en el servicio, reclama a todas las demás y es por ello perfectamente cierto que "el amor es el cumplimiento de la ley".⁴

⁴ Romanos, 13-10.

CAPITULO XXV

EL AMOR EN LA VIDA DIARIA

En la vida cotidiana, esto implica dos cosas: primero, que cuides de no dañar a ningún ser viviente; segundo, que siempre estés al pendiente de cualquier oportunidad de prestar ayuda.

C. W. L.—Estos son dos aspectos de una misma cosa: el pasivo que no debéis hacer el mal y el activo, que debéis hacer el bien. Se dice que las religiones Orientales son negativas: que la idea de servicio que en ellas hacemos aparecer, es en realidad una idea cristiana. Esto no es así. Si bien es cierto que el cristiano contemporáneo ha relegado la idea de servicio a segundo lugar, también lo es que la Cristiandad original ponía gran énfasis en ella. "Pero el mayor entre vosotros será vuestro servidor".¹ Igual idea encontramos también en las religiones antiguas.

El Budismo —que siempre ha sido considerado como el sistema religioso más negativo— da, ciertamente, di-

¹ San Mateo, 23-4.

recciones sobre las cosas que hay que abstenerse de hacer. Pero sus cinco preceptos no son más negativos que los diez mandamientos judíos. La religión Budista no ordena "No harás esto", aun cuando sí exige la promesa de abstenerse de ciertas cosas. Sus preceptos están expresados en los siguientes términos: "Yo observo el precepto de abstenerme de matar; de abstenerme de tomar lo que no me pertenece; de abstenerme de decir lo que no es verdad; de abstenerme de ingerir bebidas tóxicas o drogas estupefacientes; de abstenerme de relaciones sexuales ilegales". Tal es la forma; no es una orden; es una promesa.

En el sumario de la religión, en un sólo sutta o verso, expuesto por el Mismo Buda, podemos ver su aspecto positivo:

"Cesa de hacer el mal;
Aprende a hacer el bien;
Purifica tu corazón:
Esta es la religión del Buda."

Exactamente lo mismo se expone con claridad en el Noble Octuple Sendero, donde encontramos: "Recto criterio; rectos propósitos; rectas palabras; recta conducta; rectos medios de ganar la vida; rectos esfuerzos; recta memoria y recta meditación." Todo esto es en verdad muy positivo.

En el "Bhagavad-Gitá", que es, prácticamente, el evangelio de millones de hindúes, se enseña la actividad más positiva. En él se describe a Dios como a un gran Actor y se dice que quien no siga Su ejemplo, trabajando por

el bienestar del mundo vive en vano. La inacción puede ser en verdad pecaminosa. Advierte, como con mucha frecuencia solía hacerlo la señora Blavatsky, que los pecados de omisión son tan graves como los de comisión. Y, en cuanto al sanyasi —el hombre que ha renunciado a la vida material— dice que debe practicar constantemente la caridad, el sacrificio y la austeridad. Las grandes escrituras históricas de los hindúes están llenas de narraciones de hombres que se dedicaron a la prosperidad pública y de instructores, muchos de ellos considerados como encarnaciones divinas que enseñaron el servicio al prójimo.

No es posible poner más énfasis en el servicio de los demás que el que ponen esas religiones, aun cuando todas tengan su lado contemplativo como lo tuvo el Cristianismo de la Edad Media. Es solamente en años recientes, a causa de la intensa actividad de la quinta subraza raíz, cuando nos hemos inclinado secretamente a sentir desprecio por el ermitaño y la monja y a rendir homenaje al hombre de acción, al gran guerrero, al gran legislador o al estadista. La idea esencial de las órdenes contemplativas, no obstante, es verdaderamente hermosa. Consistía en que las órdenes de monjes y frailes predicaran al pueblo e hicieran actos de caridad, dejando que las órdenes contemplativas, retiradas de la vida mundana, se dedicaran por completo a la meditación y a la súplica. Traducido todo esto a otros términos, significa la creación de buenos y elevados pensamientos para difundirlos con el bien establecido propósito de dar ayuda a los hombres. Esas órdenes contemplativas se dedicaban a la plegaria y a la meditación a favor de sus her-

manos quienes, por diversas razones, no podían ejercerlas tan bien y de manera tan completa a favor de ellos mismos. La teoría de esas órdenes era que ellos formaban una parte de la humanidad dedicada a llenar una necesidad de la misma; no eran simplemente monjes holgazanes que se substraían al trabajo activo. A ellos les correspondía un trabajo más arduo que los demás no estaban en condiciones de desempeñar; un trabajo en los planos elevados, practicado por lo general en circunstancias de abnegación y ascetismo, que hubiera desalentado al hombre ordinario.

Que la vida del convento, cuando no se ajustaba a tan rígido ascetismo, atrajo a muchos que buscaban una holgada y cómoda manera de vivir, es igualmente cierto. Substraíanse tales personas a las penalidades del trabajo físico, sin ejercer su actividad en los planos superiores. Entre los monjes Budistas hay algunos de esta clase, que son calificados despectivamente como "monjes de arroz"; individuos que ingresan en el convento para asegurarse una subsistencia que, aun cuando no de lujo, les garantiza que comerán mientras quede en la región alguien que tenga alimento. Esto es también verdad, quizá en un grado mayor, por lo que toca a las órdenes monásticas medioevales de Europa. Muchos individuos se agremiaban a ellas con la idea de adquirir poder y sin hacer mucho caso, en ocasiones, de la carencia de propiedades personales. Aun cuando el monje no las poseía individualmente, el monasterio como tal adquiría muchísimas y éstas estaban en gran medida, a la disposición de los individuos.

*Primeramente: no dañar en modo alguno.
Tres son los pecados que en el mundo producen más daños que todo lo demás: la murmuración, la crueldad y la superstición, porque son pecados contra el amor.*

C. W. L.—Cuando se oye hablar de pecados que causan mayor daño que los demás, se inclina uno a creer que se trata del asesinato, del robo y de crímenes semejantes y se tiene la sorpresa de notar a la cabeza de la lista, faltas que se juzgan de ordinario como leves, tales como la murmuración, la crueldad y la superstición. El Maestro toma en consideración la cantidad de estos pecados y la trascendencia de sus efectos. El asesinato y el robo son universalmente reputados como pecados graves, y como consecuencia de ello las personas respetables no incurren en ellos, salvo en los casos en que han quedado dignificados con el nombre de guerra. Pero no así la murmuración que es universal y si tomamos en cuenta el daño que causa cada caso individual, la gran cantidad de sufrimientos mentales que origina, la depreciación de los ideales que con frecuencia trae consigo y si multiplicamos todo esto por los millones de casos que están ocurriendo constantemente, fácil es comprender que esta falta es más perniciosa que el robo y que el asesinato. Es una perversidad el destruir el ideal de una persona, degradarlo, ultrajarlo y hacerle creer a esa persona que, después de todo, no es ni tan bueno ni tan elevado, ni tan noble como lo había imaginado. Se suele elogiar la destrucción de ídolos. Destruir el ídolo de una persona puede constituir la mayor ofensa que se le pue-

da inferir. Si ella idealiza algo que para nosotros sea bajo y mezquino, podremos, quizá, despertar en ella un ideal más elevado; pero es cosa perversa y cruel el despojarla de su ideal sin proporcionarle otro mejor y más elevado que pueda substituir al primero. No nos corresponde descubrir los defectos ni tratar de empequeñecer a nadie en ninguna circunstancia. Muchos de nosotros sabemos, tal vez por experiencia personal, cuán maravillosa es la labor benéfica que ha desarrollado la doctora Besant. Decenas de millares han visto la luz a través de sus conferencias y de sus escritos; pero las murmuraciones de que ha sido víctima han impedido que otros muchos millares hayan escuchado su palabra o leído sus libros. "He oído decir tales y cuales cosas de la señora Besant; ¿para qué leer un libro escrito por personas de tal índole?" Esa murmuración ha desviado a muchos de lo que hubiera podido ser su salvación en esta encarnación. También se cuentan por millares los que le han escrito solicitando su consejo para resolver ciertas dificultades. Muchos son los que se han abstenido de solicitar sus consejos a consecuencia de los rumores completamente falsos que sobre ella han circulado.

Creo que no conozco a nadie que haya sido atacado con tanta frecuencia y con tanta maldad como nuestra gran Presidenta. Mucho antes de haberse hecho teósofa, propagaba en público el libre pensamiento. Sufrió asaltos y ultrajes; primeramente por haber reeditado lo que se conoce como el panfleto Knowlton que trata de que los problemas sexuales deben someterse a examen y estudio y no quedar escondidos por hipócrita mojigatería. Dicho panfleto había salido a luz antes de que ella

naciera; pero su publicación quedó suspendida bajo amenaza de persecución. Nuestra Presidenta acometió esta empresa, en parte porque estimaba que estas cuestiones debían ser sacadas a luz para que las clases pobres pudieran adquirir la información proporcionada por el panfleto; pero más bien como una protesta contra las restricciones a la prensa y como una vindicación de la libertad de palabra y publicidad en relación con todo lo concerniente a la salud pública y al bien público en general. Reeditó ella el panfleto con la plena intención de lanzar un reto a lo que consideraba una mala ley; anunció de antemano a la policía sus intenciones de poner ese trabajo a la venta y los invitó a presentarse a una hora determinada a comprar un ejemplar, actuando con carácter oficial. Aceptaron ellos la invitación y con su carácter de funcionarios públicos compraron uno de los ejemplares, procediendo inmediatamente a perseguirla; pero este asunto terminó en un *nolle prosequi*. Escribió luego ella un trabajo mejor redactado sobre el mismo asunto. La recompensa que tuvo —en el plano físico, claro está— fué el ser víctima de los ataques más abominables. Más tarde, habiendo llegado a la conclusión de que no era esa la manera indicada para resolver esta dificultad social, retiró del mercado el referido panfleto; pero tengo la seguridad plena de que ella nunca habrá lamentado el haber combatido en este caso en la mejor forma que le fué posible y según su manera de entender las cosas. Esta actitud altruista y esta prueba de entereza son raras en el mundo.

También la señora Blavatsky fué víctima de las

murmuraciones de los envidiosos. Se lanzaron contra ella acusaciones perversas y enconadas, obviamente ridículas para todos aquellos que la conocimos personalmente; pero que, sin embargo, tuvieron el efecto de que muchas personas se abstuvieran de hacer un cuidadoso examen de las verdades teosóficas. Murió en el año de 1891, sin embargo no deja de ser frecuente encontrar personas que al oír hablar de la Sociedad Teosófica, lancen este cargo a su fundadora: "Oh, sí: eso fué fundado por la señora Blavatsky de quien está probado que fué una charlatana; nosotros no gastamos nuestro tiempo y energía en estudiar supercherías; no es creíble que haya en todo eso algo de verdad". Quienes así hablan han perdido la ocasión de adquirir el conocimiento teosófico, que hubiera podido cambiar sus vidas.

Estos ejemplos nos hacen ver el daño incalculable que puede acarrear la maligna y torpe murmuración. Esta forma de egoísmo hiere también cruelmente a la persona contra quien va dirigido. Si la persona se siente herida deja ver una debilidad en su carácter; pero no es excusa que ponga al murmurador a cubierto del mal karma que ha engendrado. Nuestra Presidenta es invulnerable a los ataques de la maledicencia, aunque si éstos se prolongan más de lo usual sobre un mismo tema, suele decir en ocasiones: "Esto se va haciendo ya muy monótono; quisiera que hallaran alguna otra cosa de qué tratar." También a mí me ha tocado una buena parte; pero esto nunca me ha hecho perder una hora de sueño. Es así como el mal karma resbala sobre nosotros. Pero el daño que la murmuración causa a los demás trae su karma a los que la originaron y a los que

la propagaron. Es muy difícil el no prestar ninguna consideración a lo que se dice de otra persona y debo confesar que aún me cuesta trabajo no sentir disgusto cuando alguien se expresa mal de nuestra Presidenta, por ejemplo, o cuando alguien externa pensamientos indignos contra nuestros Maestros. Para nosotros, los que los conocemos, esos pensamientos no son más que blasfemias.

La murmuración no es crítica en realidad. Es cosa deplorable que la palabra crítica haya venido a entenderse como chisme, como murmuración. Crítica procede del griego *krinein*, juzgar, y debe significar una actitud de examen tendiente a formarse un juicio; pero no es así. La justicia es una de las manifestaciones de Dios; juzgar, pues, las palabras o acciones de un hombre, sin examinarlas perfectamente, es cosa indebida y constituye una mala acción. Entiendo que no hay Escritura en el mundo, por hermosa y sagrada que sea, que no pueda ser ridiculizada con sólo quitarle algunas palabras o ponerlas en colocación diferente. Tal es lo que hacemos constantemente con los pensamientos de los demás. Tropezamos con un hombre irascible que se expresa áspera y bruscamente y en seguida asentamos que sus palabras son el exponente de su carácter. Pero no nos paramos a examinar las razones de su irritabilidad. Puede ser que haya tenido que pasarse la noche cuidando a un niño enfermo; quizá alguien le causó graves molestias y contrariedades y a nosotros vino a dar la acción refleja, aunque él no está realmente disgustado con nosotros. Si hubiera él sido un gran Adepto

no se hubiera molestado; pero no todos somos grandes Adeptos y, por tanto, estas cosas son inevitables.

Siendo muy pequeño aprendí esta lección de un viejo cochero. Estaba yo un día cerca de él en momentos en que alguien se le aproximó y le habló rudamente. Contestó el viejo cochero como si no hubiera prestado la menor atención al tono grosero del individuo. Cuando éste se hubo retirado, le pregunté: "Oye, Juan, ¿qué has hecho a ese hombre para que esté tan disgustado contigo?" "Nada, señor, replicó el viejo criado; no le he dado ningún motivo de disgusto; probablemente haya sido su mujer o alguna otra persona". Y luego me explicó cómo es que cuando un hombre sufre un fuerte disgusto, se desahoga con el primero que encuentra.

La tenacidad con que se clava en la mente del hombre esta predisposición a juzgar mal; la virulencia de este veneno mental, serían increíbles, si no se contara con la evidencia constante de ello. El hombre adquiere una idea errónea, la que colorea todo su cerebro. Hemos visto eso aun en relación con el presente libro. La primera vez que oí esta enseñanza sobre la murmuración, dada a Alcione, mucho antes de que el libro se publicara, quedé muy impresionado de su importancia, lo que me hizo repetirla en diversas ocasiones. Cuando este libro salió a luz, hubo algunos que inmediatamente advirtieron la circunstancia de que tal enseñanza había sido expuesta algunos meses antes de publicarse el libro y afirmaron por esto que parte del libro era necesariamente trabajo mío.

He mencionado ya que hubo dos períodos en el desarrollo de la memoria de Alcione en las experiencias en

el plano astral; uno mientras él no podía recordar perfectamente y necesitaba que yo le recordara el precepto especial que le había dado el Maestro para que lo pusiera en práctica al día siguiente; el otro, en el que él podía recordar perfectamente. Descubrí que en Bombay corría ya el cuento de que todo el libro le había sido repetido por mí en tal forma. Pero lo cierto es que el libro fué escrito por él en el segundo período, esto es, cuando ya podía él recordar todo lo que el Maestro le había dicho y, lo escribió él mismo. Cuando la gente se desvía un poco, como en este caso, acaba por confundirlo todo. A consecuencias de esta deformación de los hechos, he sido víctima de toda clase de falsedades e injusticias. Esto no tiene para mí la menor importancia; pero sí me permite ver con toda claridad con cuánta facilidad cae la gente en confusiones cuando al principio tienen una idea equivocada. Me ha tocado observar casos hasta chuscos en los cuales todo cuanto sucedía para apoyar una idea sin fundamento era simple imaginación desde el principio hasta el fin.

Uno de los experimentos que debemos hacer en el curso de nuestro entrenamiento de ocultismo consiste en identificarnos con la conciencia de algunos animales. Es únicamente cuestión de práctica; se somete al estudiante a este entrenamiento con el fin de que quede capacitado para aprender posteriormente a hacer lo mismo con formas de conciencia más elevadas. Nos consideramos muy por encima de cualquier animal, lo que está justificado, ya que pertenecemos a un reino superior. Debería ser por lo mismo muy sencillo para nosotros comprender la mente de ciertos animales; pero la

experiencia que tengo me hace imaginar que casi todo aquel que presta alguna atención a los animales, debe estar mal interpretando todo el tiempo las ideas y los motivos de ellos. Cuando verdaderamente podáis penetrar en lo que piensa un animal, os daréis perfecta cuenta de que las razones que tiene para hacer lo que hace nunca se os han ocurrido. Si somos, pues, incapaces de comprender a un animal, cuya capacidad de pensamiento es poca y sencilla, menos capaces debemos ser para entender a nuestros prójimos. Estamos más cerca del ser humano, por supuesto; pero me cabe la duda de que haya alguien que pueda entender completamente a otro ser humano. Por extraño que parezca, los hombres vivimos aislados; cada quien en su mundo aparte. Desde otro punto de vista es perfectamente cierto que nosotros formamos una íntima fraternidad; pero en lo que a las mentes concierne, cada quien vive en su torre de marfil. La circunferencia de la mente de un hombre sólo tiene contacto con la de otro en un punto nada más y aún de manera incierta y dudosa.

El hombre que desee llenar su corazón con el amor de Dios deberá estar continuamente en guardia contra estos tres.

C. W. L.—Se pensaría que es cosa fácil no caer en esas tres faltas mencionadas. No es así, pues son de tal manera comunes y en tal forma son cuestión de hábito, que muchos ni siquiera advierten su existencia. Por el lugar de evolución en que nos hallamos son nuestras dificultades especiales, lo que hace que nos sea muy di-

fícil dominar estas tendencias. Hemos estado desarrollando nuestra mente inferior, que lo primero que busca son puntos de diferencia. Es por eso que lo primero que se advierte en cualquier cosa son los puntos desagradables; vienen luego los comentarios y la crítica surge inevitablemente. El que emplea sus energías en censurar las faltas ajenas se ha ido quedando atrás; es un deplorable anacronismo. Debemos esforzarnos por alcanzar la síntesis; por encontrar en todas las cosas lo bueno y lo divino, pues es ya tiempo de comenzar a desarrollar buddhi. Tratemos de vivir para el mañana; no para el ayer; no nos dejemos arrastrar por la marea de este ignorante obscurantismo; vigilémonos constantemente para no ser derribados; de otro modo la corriente nos arrastrará y nos hará resbalar.

CAPITULO XXVI

MURMURACION

Observa lo que hace la murmuración. Comienza con un mal pensamiento, lo cual es ya de por sí un crimen. Porque en cada uno y en todas las cosas hay algo bueno; en cada uno y en todas las cosas hay algo malo. Lo uno y lo otro pueden ser reforzados con el pensamiento y de esta manera podemos ayudar o estorbar la evolución; podremos hacer la voluntad del Logos u oponerle resistencia. Si piensas en el mal que hubiere en otros, estarás haciendo al mismo tiempo tres cosas perniciosas.

C. W. L.—El Maestro califica a un mal pensamiento como un crimen. Si tomamos en cuenta lo excesivamente cuidadoso y equilibrado de las palabras del Maestro, debemos comprender que aquello que condena con tal energía debe ser verdaderamente malo.

Todo intento de entender los motivos de otro; de seguir la línea de sus razonamientos, es sumamente

probable que sea incorrecto; de aquí que lo mejor que podemos hacer es concederle el beneficio de la duda. Muchas personas son, cuando se les juzga en general, verdaderamente respetables y bien intencionadas y por tanto les debemos conceder el crédito de sus buenas intenciones. Si estamos equivocados, nuestro pensamiento ligeramente benévolo actuará sobre ellas y les hará bien. Cuando escuchemos algo desfavorable de otra persona, preguntémonos si daríamos curso a esta murmuración y la ampliaríamos si se tratara de nuestro hijo o de nuestro hermano. No; seguramente que no. De seguro que la combatiríamos en primer lugar y en cualquier caso no la haríamos circular. ¿Por qué proceder en forma diferente cuando se trata del hijo o del hermano de otra persona?

1.—Estás llenando los confines de tu medio ambiente con malos pensamientos en vez de buenos y por tanto estás aumentando la pesadumbre del mundo.

C. W. L.—El mundo para nosotros, es según lo hagamos y según lo tomemos. Si un hombre es pesimista, propenso a hallar el mal y la obscuridad en todo; si está siempre buscando la oportunidad de sentirse herido u ofendido, eso es lo que habrá de encontrar. Hay en el mundo mucho mal y mucha tristeza en estos planos inferiores, como dijo el Señor Buda. Nosotros podemos incrementar este mal hasta que llegue a convertirse en serias dificultades; pero podemos también enfrentarnos a la vida en actitud optimista, con un alegre espíritu de

determinación de hallar lo mejor en todo. En último caso, encontraremos muchas cosas luminosas y estaremos haciendo que haya en el mundo más alegría, tanto por nuestra vida externa como por nuestro poder mental. Muchas personas hay que durante varios años han venido practicando una meditación metódica. Necesariamente han aprendido a pensar de una manera algo más definida que aquellos que ni siquiera lo han intentado; sus pensamientos, por tanto, son más poderosos. Cuando tales personas piensan mal de los demás, el daño que ocasionan es mucho mayor, en muchos aspectos, que el que hacen las personas que carecen de tal entrenamiento. Primeramente, porque tienen más conocimientos; porque están, según expresión de la Iglesia, "pecando contra la luz". En segundo lugar porque sus pensamientos producen formas más definidas, relativamente permanentes, que con frecuencia ejercen considerable influencia en los planos astral y mental. Usad, pues, vuestro poder para hacer al mundo más hermoso y más feliz. No tenéis idea de cuánto es lo que puede hacerse por el simple hecho de alejar la tristeza y los pensamientos egoístas, llenándoos de amor que irradiará todo a vuestro alrededor.

2.—Si en aquel hombre existiere el mal en que piensas, lo estarás fortaleciendo y alimentando; y por tanto estarás volviendo peor a tu hermano en vez de hacerlo mejor. Pero generalmente el mal no se encuentra ahí y solamente lo has imaginado; entonces tu mal pensamiento sirve a tu hermano de tentación para

que obre mal, porque si él no es aún perfecto, podrás inducirlo a que sea lo que de él piensas.

C. W. L.—El clarividente puede ver los pensamientos de una persona cuando asedian a otra zumbando a su alrededor como una nube de mosquitos. Esos pensamientos no pueden penetrar en la mente de esa otra persona mientras esté ocupada con algún asunto; pero cuando sus pensamientos se diluyen, cuando está meditando, cansada o cuando tiene algún momento de distracción, la nube de mosquitos aprovecha la oportunidad. El pensamiento-forma penetra como un barreno en su aura mental y vibrando gradualmente acaba por colorear la zona de su penetración, desde la cual ejerce toda su influencia. En tal forma sugiere la buena o mala idea y si hay en la persona asaltada, algo de similar condición, como es muy frecuente, logra ponerla en actividad.

Un pequeño impulso recibido por una persona puede en ciertos casos no tener gran trascendencia, pero hay ocasiones en que determina una acción definitiva. Los muchachos de la escuela suelen jugar a empujarse unos a otros y casos ha habido en que un muchacho, de manera no intencional, ha empujado a otro al borde de un precipicio. No puede saberse cuándo está el pensamiento de un hombre en el preciso límite de cometer una mala acción, y un mal pensamiento sobre él puede hacerlo que se precipite en el despeñadero. El caso contrario puede ocurrir también; puede el hombre estar bien equilibrado en el preciso punto de caer hacia el lado

del bien o hacia el lado del mal y un pensamiento fuerte, un buen pensamiento de ayuda, puede inclinarlo hacia la buena acción y colocarlo en un camino que signifique para él un rápido progreso.

He podido observar casos en los que un mal pensamiento sobre un hombre condujo a éste a cometer una serie de malas acciones, cuyo resultado habrá de pesar sobre él durante muchas vidas; su mal proceder estaba ya latente en él; pero no había cristalizado aun en acción; un mal pensamiento de alguna otra persona vino a ser el necesario y justo impulso para que actuara en la dirección indebida; para que resbalara por la pendiente del crimen. Mientras no podáis ver esto de manera clarividente, no podréis tener de ello una idea cabal; pero os será suficiente con verlo una sola vez. De ahí en adelante y para siempre seréis sumamente cuidadosos con vuestros pensamientos, con una cautela, hija del horror. Tendréis un nuevo sentido de responsabilidad; un sentido de responsabilidad que en ocasiones encontraréis agobiador. Recordad las palabras que el poeta Schiller escribió sobre la clarividencia cuando ansiaba volver a la ceguedad de sus sentidos: "quitadme esta dádiva cruel; quitadme esta dádiva horrorosa".

3.—Llenas tu propia mente de malos pensamientos en vez de buenos y así obstruyes tu propio crecimiento y te conviertes, para los ojos capaces de ver, en un objeto repulsivo y apenante en vez de bello y amable.

C. W. L.—Muchas personas se preocupan de su apa-

riencia física; de la gracia y elegancia de sus maneras, no solamente porque les agrada tener la mejor apariencia para ser bien recibidos, sino porque es una obligación social. Antiguamente se estimaba que el hombre tenía el deber de presentarse en la mejor forma posible en todos sentidos: su vestido, su apariencia, sus palabras, sus modales. Debía conducirse en forma elegante y apropiada en todo. No solamente en cuanto a la persona; el mobiliario debía de ser no sólo útil, sino a la vez elegante. Al construir una casa era un deber que se tenía para con los vecinos el hacerla bella y agradable aun cuando no precisamente de costo elevado; sus vajillas, sus estatuas, sus pinturas, deberían ser de calidad. Actualmente sólo se piensa en construir al menor costo posible, sin tomar en cuenta la mala apariencia de la construcción. Se edifican casas horribles, o fábricas de enormes dimensiones que hieren el sentimiento de las personas de buen gusto y que deprimen a todo aquel que las mira. La persona que planeó y dispuso tales construcciones genera mal karma, aun cuando se piensa que estas cosas carezcan de importancia. También las cosas que nos rodean revisten un carácter importante. Ciertamente es que los seres de espíritu fuerte están por encima de estos detalles, pero ¿no es preferible tener cosas que nos eleven en lugar de las que nos deprimen? Todo aquel que construye un edificio hermoso, merece la gratitud de sus conciudadanos, por haber creado algo bello, la vista de lo cual beneficiará a todos. El agrado que se experimenta al contemplar una cosa hermosa no carece de importancia. Estimo siempre que

todo aquel que usa prendas de hermosos colores merece gratitud, por el efecto que el color produce en esta civilización opaca y gris de nuestro tiempo.

Todo lo que es cierto tratándose de belleza física, es más cierto en cuanto a los otros planos. El hombre que se forma un cuerpo astral hermoso y radiante, pleno de amor y devoción que fluye sobre todos los seres que lo rodean, merece la gratitud de sus prójimos. Los habitantes astrales son mucho más numerosos que los físicos. Si nos permitimos una mala apariencia en el mundo astral, mucho mayor es el número de personas a quienes escandaliza nuestra presencia o se molestan con ella, más de lo que sería en el mundo físico. No solamente ven la belleza de nuestro cuerpo astral los habitantes de ese plano, sino que todos, aun aquellos que no la vean sienten su influencia. Estas vibraciones actúan sobre ellos y su influencia los mejora. El hombre que se deja dominar por pensamientos repugnantes, egoístas o malos, propaga la fealdad a su alrededor, a más de convertirse en una cosa horrible y repulsiva. En el plano físico las enfermedades asquerosas pueden ocultarse; en el plano astral el leproso está siempre exhibiendo sus llagas.

No contento con haber causado todo este mal a sí mismo y a su víctima, el murmurador hace cuanto puede por asociar a otros a su delito. Les narra con ardor su maligna historia con la esperanza de que la crean; y aquellos se unen a él para acumular malos pensamientos sobre la desgraciada víctima. Y

esto se repite día tras día y es hecho no por una sola persona sino por millares. ¿Comienzas ahora a comprender cuan bajo, cuan terrible es este pecado? Debes evitarlo por completo. Nunca hables mal de nadie y rehusa escuchar a quien se exprese mal de otro haciéndole observar con dulzura: "Quizás no sea verdad y si lo fuese, es más caritativo no hablar de ello".

C. W. L.—Para decir esto hace falta valor; pero hay que hacerlo tanto en beneficio del murmurador como de su víctima. Para decirlo en forma afable puede hablarse en plural: "Quizás sea mejor que no digamos nada de esto". Así evitaremos el hacernos aparecer como superiores, cosa que siempre causa mala impresión y quizás consigamos que el murmurador deje la cosa por la paz.

CAPITULO XXVII

CRUELDAD

Por lo que respecta a la crueldad, la hay de dos especies: intencional e involuntaria. La crueldad intencional consiste en hacer sufrir deliberadamente a otro ser viviente; éste es el mayor de todos los pecados: Obra más bien de un demonio que de criatura humana. Tal vez dirás que ningún hombre sería capaz de tanto; pero los hombres lo han hecho a menudo y todavía lo hacen diariamente. Lo hicieron los inquisidores: lo hicieron muchas personas religiosas en nombre de su religión.

C. W. L.—La crueldad es obra de un demonio; no de un hombre. Así es como lo juzga el maestro. Muy frecuente es en la vida diaria que el hombre diga o haga algo para causar dolor a otro. El que tal hace es merecedor de esa condenación: actúa más bien como demonio que como hombre. Parecerá increíble; pero hay quienes lo hacen así.

En nombre de la religión se han cometido cosas horribles. En los Vedas, los libros más viejos que se conocen, hallamos narraciones de matanzas terribles. Vemos que los arios, bajando a las llanuras de la India, pasan a cuchillo a sus habitantes. No hay crueldad que sea demasiada para esas gentes; deben ser borrados de la faz de la tierra. ¿Por qué? Una sola razón es suficiente: ¡porque practican ritos diferentes! Los mahometanos invaden una gran parte del mundo ofreciendo a los pueblos conquistados el Corán o la espada. Los cristianos no se han portado mejor. Iguales razones inspiraron a los inquisidores en sus persecuciones, los atroces procedimientos contra los indios de Sudamérica y las demás cosas semejantes. Nos creemos más civilizados en la actualidad y sin embargo, aún en nuestros días hay lugares en los que los sentimientos religiosos llegan a grandes extremos. Solemos decir que, si la ley sancionara tales persecuciones, sería suficiente nuestro grado de civilización para impedirnos el cometer las atrocidades del pasado; pero no estoy bien seguro de ello. Conozco algunos lugares de Inglaterra donde se considera a personas de religión no ortodoxa como excludas de las funciones sociales y de quienes se sospecha toda clase de malas acciones. Ya no quemamos a los herejes en la parrilla, ni les arrancamos los dientes como lo hacían nuestros antepasados. *Autres temps, autres moeurs!* No quisiera ver poderes absolutos en manos de los dirigentes de alguna secta dogmática.

Los vivisectores lo hacen.

C. W. L.—Nada hay que excuse la crueldad deliberada infligida a los animales. Son nuestros hermanos menores y aun cuando aún no llegan a hombres, habrán de serlo después de muchas o pocas encarnaciones. La práctica de cruel experimentación en animales es horrenda y nunca podrá beneficiar realmente a los hombres, porque la ley de karma no puede modificarse y lo que el hombre siembra es lo que tiene que cosechar. He oído decir a la doctora Besant que no es lícito salvar vidas por medios semejantes. Sabemos que el instinto de conservación se halla arraigado en cada hombre y cada animal; que el cuerpo que se ha formado a costa de tan considerable esfuerzo y trabajo debe dar servicio a la vida inmanente por tan largo tiempo como sea posible y que, por tanto, la vida humana debe salvarse cuando para ello sea posible emplear procedimientos lícitos. Pero los fines no pueden justificar todos los medios posibles. Sentimos justificada admiración por aquel que afronta la muerte antes que la deshonor; y cabe hacer notar que es una gran deshonor para el ser humano el salvar vidas por medio de tan diabólicos proceder. Nuestra Presidenta afirmó que para ella era preferible morir a salvar su vida en esta forma.

Sobre este punto hay gran variedad de opiniones entre los miembros de la Sociedad Teosófica, en la que cada quien es libre de sustentar tales o cuales creencias; pero la opinión del maestro —antes citada— es perfectamente definida. Sea cual fuere el ho-

rror que nos inspira la crueldad de la vivisección, no obstante, debemos tener cierta tolerancia para algunos doctores y para otras personas que, aun cuando partidarios de su conveniencia, hacen estos experimentos lamentando su implícito dolor; no por el placer de la crueldad —aun cuando la existencia de tales cosas entre los humanos sí da oportunidad a algunos espíritus en forma humana para ejercerla—, sino por que estiman que es el único medio de salvar cuerpos humanos del dolor y de la muerte y creen sinceramente que en tales casos, los medios que se emplean quedan justificados por el fin que se persigue. Por tanto, por más opuestas que sean nuestras opiniones con las de esas personas, condenemos el pecado, pero no al pecador. Queda fuera de toda duda que el karma tiene que acarrear grandes dolores a los que practican la vivisección. Los que miran a tales personas con una indignación que casi llega al odio, cambiarían su actitud al darse cuenta de tal circunstancia.

No todos los viviseccionistas son crueles en el mismo grado. Conozco, por ejemplo, a un miembro de nuestra Sociedad, a un cirujano que va a la cabeza de esta profesión, que hace vivisecciones de cierta clase. Hay determinados conductos en el cuerpo humano que se cortan en ocasiones. Son de diámetro tan corto que, cuando se trata de coser los extremos donde se ha producido la ruptura, la inevitable cicatriz obstruye el conducto. Durante mucho tiempo fué cosa imposible salvar a las personas que se hallaban en tales condiciones, hasta que se le ocurrió a ese doctor que si se hacía una incisión más larga, sería posible lograr que

la herida cicatrizara sin que el canal quedase obstruido. Lo hizo practicando un corte transversal en el tubo cerca del extremo de una pieza; y uno longitudinal sobre el lado de la otra, haciendo descansar el primer extremo dentro del segundo para que soldaran así. Para ver si su idea daba resultado en la práctica hizo experimentos en perros. Me confió que había hecho pruebas en cosa de una docena de perros vagabundos, a los que alimentó perfectamente bien hasta ponerlos en condiciones de salud, procediendo luego a anestesiarlos; tras de la operación fueron atendidos cuidadosamente y la experiencia tuvo éxito satisfactorio. De aquí resultó que lo que hasta entonces había sido imposible, pasó a ser una posibilidad reconocida. La operación, que se practica hoy en todo el mundo, lleva el nombre de su inventor. El principio es incorrecto; pero prácticamente los animales no sufrieron ninguna crueldad, habiendo salido de la prueba mejor que como estaban antes de ella. Este experimento fué por tanto muy diferente de los demás que se practican y estimo completamente impropio el atacar a este doctor en la forma en que los anti-viviseccionistas atacan constantemente a todos los vivisectores,

Algunos de los experimentos que se relatan son atrozmente crueles, como el determinar a qué grado de temperatura puede cocerse un animal antes de que tales o cuales de sus funciones desaparezcan y otros horrores semejantes y obviamente inútiles. Hay millares de prácticas que se ejecutan sin ninguna necesidad para dar instrucción general a los estudiantes y para poner a prueba toda clase de efectos, la mayoría de los

cuales son perfectamente inútiles porque la constitución humana difiere en gran manera de la de los animales en muchísimos aspectos. Un chivo, por ejemplo, entre sus diversos alimentos, puede comer, sin daño notable, algunos beleños que, ingeridos por un hombre, lo conducirían indefectiblemente, al plano astral. Además, un animal, bajo la acción del terror que le produce la práctica cruel, sufre alteraciones en sus flúidos corporales, lo que ocasiona que las observaciones que se obtienen tengan sólo un valor muy incierto.

El sustituto apropiado para todas estas crueldades no es otro que la clarividencia. Sería preferible que el doctor observara la economía interior del hombre vivo, y no establecer ciertas deducciones seccionando el cuerpo viviente de un animal que difiere mucho del humano. Los que estiman que *deben* practicar la vivisección harían bien en formar una asociación comprometiéndose a hacer las prácticas en ellos mismos; de esta manera podrían hacer observaciones que, por verificarse en cuerpos humanos, serían de mayor valor que el que puedan tener las observaciones en los animales y a la vez evitarían estas horrendas crueldades practicadas en criaturas indefensas, que en el mundo de Dios no hay derecho a torturar. Esto, por otra parte, sería innecesario, pues la décima parte del trabajo, del estudio y de las investigaciones que exigen estos experimentos, podría producir un ejército de clarividentes responsables; ciertamente la atención que se dedica al estudiante común y corriente en su largo entrenamiento, bastaría, por lo general, para desarrollar en él su clarividencia.

Existe un serio peligro de otra clase de crueldad resultante de la gran autoridad que se adjudica la fraternidad médica ortodoxa. No nos satisface convertirnos en sus esclavos como nuestros abuelos lo fueron de la Iglesia. Ciertamente es que ella ha hecho mucho bien en ciertas formas; pero eso no la autoriza a establecer una "inquisición científica" dotada del poder de imponer penas a los herejes que no quieran someterse a sus transitorios credos. Ciertamente que sólo el poder civil es el facultado para imponer la pena; pero esto es lo que tenía lugar en el caso de la Iglesia: aquellos que no se sometían a creer quedaban en manos de las autoridades civiles, con la hipócrita súplica de que la pena que se impusiera no podía consistir en derramamiento de sangre, lo que impedía al poder civil el cortar cabezas; pero les dejaba el camino de quemar a las víctimas. Ha habido muchas opiniones con respecto a la obligación legal de la vacuna, la que es aún forzosa en ciertos países, aun cuando todavía está por verse si este remedio no causa mayores males que la enfermedad que se trata de prevenir. Los cambios en las opiniones médicas son sumamente frecuentes, lo que no impide que tal o cual procedimiento o medicina se apoye fanáticamente mientras no pasa de moda. Los elementos de ciertos grupos que se hallan investidos del poder han dado con frecuencia, en el curso de la historia, motivo a grandes opresiones y han ocasionado muchas miserias. No aceptamos "inquisiciones científicas".

Hay quienes tratan de buscar excusa a las crueldades cometidas con los animales echando mano de la

vieja teoría hebrea de que los animales han sido creados para el hombre. Los animales existen para el Logos; son estados evolutivos; formas en las que subyace su vida. Está justificado el usar los animales cuando con ello estimulamos su evolución. Progresan ellos por su contacto con los hombres. Ciertamente es que al capturar un caballo bruto interferimos en su vida; pero de aquí se deriva un gran beneficio para él, especialmente por lo que toca a su desarrollo mental.

Hay quienes hacen extensiva la idea antigua a los niños. Padres hay que creen que sus hijos existen para que les sirvan como criados; para que les proporcionen motivos de orgullo; y también para que los sostengan en la vejez, etc. Y en esto fundan la inhumana actitud de que sus hijos deben ser obligados a llegar a ser lo que los padres quieren, sin tomar en cuenta los intereses y las aptitudes que los niños puedan tener como consecuencia de sus vidas pasadas. Esto provoca excesiva crueldad.

Para muchos maestros de escuela eso es habitual. Todas esas personas tratan de excusar su brutalidad diciendo que tal es la costumbre; pero un crimen no deja de ser crimen porque muchos lo cometan.

C. W. L.—Azotar a los niños es una vieja costumbre muy difundida, pero esto no sirve de excusa. No es, sin embargo, una costumbre universal; siento placer en afirmar que unos cuantos países, en lo que a esto concierne, han obtenido la civilización. Uno de

ellos es el Japón. Por mi propia experiencia sé que otro de ellos es Italia. Viví por mucho tiempo en una de las ciudades italianas; en una casa situada frente a una gran escuela y pude observar con muchísimo interés, las relaciones entre niños y maestros. Debido a la naturaleza más expresiva y sensible de los discípulos, no los trataban como lo hacemos nosotros. Cuando tocaba a los muchachos formarse en fila, era frecuente ver que alguno de ellos, abandonando la fila, se lanzaba hacia el maestro, lo tomaba por un brazo y le decía algunas palabras con toda naturalidad. El profesor sonreía, acariciaba al chico como prueba de gratitud por sus palabras o le decía algo en respuesta a ellas. Reinaba entre profesores y alumnos la más franca amistad. Pude también advertir que cuando los muchachos encontraban en la calle a su profesor iban hacia él y lo tomaban del brazo. Fuera de las horas de escuela eran los mejores amigos. Buen signo, porque el hombre a quien quieren los niños es siempre bueno en el fondo; la niñez tiene un instinto infalible. En Italia no puede existir la crueldad que prevalece en Inglaterra, porque las costumbres son diferentes. Poner la mano en un hombre es agravio que no puede olvidarse en ese país; es causa de puñaladas y duelos y cosas por el estilo y es por ello que los niños gozan de plena seguridad.

El castigo ha venido constituyendo durante mucho tiempo una costumbre; pero esto no impide que sea tan cruel como infructuoso. Primeramente no somos los llamados a imponer castigos. La ley de karma, que no puede sufrir errores, como a nosotros nos pasa, es

la que desempeña esa tarea. Repetidas veces se han cometido horrendas injusticias legales en personas absolutamente inocentes. El criminal se hace más daño a sí mismo que el que causa a su víctima y la venganza debe dejarse al curso de la naturaleza.

A más de esto el castigo se impone para inspirar temor: al que ha infringido la ley, con la idea de que ya no reincida; a todos los que no la han infringido aún, para que se abstengan de hacerlo. La idea de azotar a un niño es la misma que la de castigar al criminal por medios legales; ambos procedimientos llevan implícita la idea de venganza. "Cometiste tal falta, sufre tal o cual pena". Con frecuencia el maestro se deja llevar por la ira y el castigo que impone es el resultado de sus sentimientos; no el juicio sereno de lo que sería más conveniente para el muchacho. Se dice que el castigo legal tiene por mira evitar que la gente cometa crímenes; pero no da tales resultados. Hace un siglo los castigos de la ley inglesa eran severísimos. Una persona, por ejemplo, podía ser condenada a la horca por el robo de cualquier cosa que valiese un chelín y seis peniques. Recuerdo haber visto una inscripción exponiendo tal cosa, en la puerta de la prisión de Newgate —cosas semejantes ocurrían en otros pueblos— y otras advertencias iguales, por ejemplo que tal o cual persona iba a ser ahorcada por haber robado un par de guantes valuados en dos o tres chelines. Cuando eran impuestas penas tan severas, la proporción de los crímenes cometidos era mayor que ahora. La criminalidad no tiene nada que ver

con los castigos que se imponen; es principalmente una cuestión de educación y civilización generales.

Los castigos legales o escolares no tienen por lo general ninguna relación con el crimen cometido. A un hombre que ha robado algo se le encierra en la prisión durante cierto tiempo. ¿Cuál es la relación entre ambas cosas? Sería lo razonable obligar al hombre a trabajar para retribuir por tal medio el valor de lo robado. El castigo debe corresponder al crimen en alguna forma. Encarcelar a un hombre por haber robado algo es una incongruencia obvia. Lo mismo sucede cuando se azota a un niño por no haber aprendido la lección. ¿Qué conexión hay entre una y otra cosa? Sería razonable decirle: "No has aprendido la lección; debes estudiarla hasta que la aprendas mientras los demás están jugando". No hay sentido de justicia en todo esto que es radicalmente erróneo. La idea intencionada de causar dolor es siempre torpe y nunca será correcta por grande que sea la costumbre en que se quiera fundar. Infinidad de cosas indebidas; infinidad de torpezas han sido siempre una costumbre: el calzado que oprime el pie, que se usa en China, por ejemplo, y muchas de nuestras diversas modas en diferentes épocas. No debemos aceptar la idea de que porque una cosa ha sido costumbre, aun cuando lo haya sido por cientos de años, debe ser necesariamente cosa buena, porque a menudo no lo es.

Con muchísima justificación una comunidad podría decir a los criminales habituales —tal como se hacía en el antiguo Perú: "Somos una raza civilizada. Con grandes trabajos hemos establecido nuestro Estado que

se rige de acuerdo con tales y cuales normas y exigimos que la gente dé cumplimiento a nuestras leyes. Si tú no puedes acatar esas leyes, vete y vive con quien te parezca". El exilio era entonces el único castigo y ser expulsado de la sociedad para vivir con tribus bárbaras era la mayor de las desgracias, a la vez que la mayor de las penalidades. La sociedad tiene el derecho de expulsar de la comunidad a las personas peligrosas. Cuando tropezamos con un malayo que, corriendo frenético, trata de cometer crímenes, debemos detenerlo aun cuando sea necesario quitarle la vida. Pero excepto en emergencias semejantes —cuando sea inevitable— no tenemos derecho de matar; nadie tiene tampoco el derecho de torturar; esto es absolutamente cierto.

La pena capital, si es una venganza, nos hace tan brutales como el mismo criminal que ha despertado en nosotros lo que con verdadero eufemismo calificamos de justa indignación. Si se tiene la mira de ponernos a salvo de futuras depredaciones del criminal, es incorrecto en principio, pues el Estado tiene deberes para con todos los ciudadanos, no sólo para con los que somos normales y debe también tomar en cuenta al hombre real, no simplemente al cuerpo físico. Buscar la solución más fácil, matando al hombre, es, por tanto, una cosa positivamente criminal, que nunca puede generar bien, porque despierta muchas malas pasiones y porque el hombre habrá de reencarnar en pésimas condiciones kármicas con nosotros en el futuro. El criminal nato —caso rarísimo porque la mayoría de los criminales son producto de un medio deplo-

table— es realmente un caso patológico. Lo que requiere no es tormento ni brutalización, que acentúan sus tendencias antisociales, sino un tratamiento adecuado; un entrenamiento que lo capacite, física y emocionalmente, para colocarse entre las filas del ciudadano normal. El Estado debe amparar a los deficientes físicos y mentales; igual debe ser su actitud para con el criminal que por lo general no es otra cosa que un ser emocional o mentalmente deficiente. Tal es la actitud de amor; tal es el punto de vista del maestro.

Estos ideales son reales, claros y prácticos. Tanto el criminal como el niño deben ser corregidos por la educación, no por medio del temor. El sistema de atemorizar a los niños da resultados desastrosos. Introduce en sus vidas el temor, el dolor y el engaño, y es deplorable por lo que toca al carácter y a la ciudadanía. Es otra forma de la antigua idea eclesiástica del infierno; sólo que en este caso el infierno está aquí y podemos evadirlo usando la suficiente astucia. Se cree que se puede hacer buenos a los demás, inspirándoles miedo. Es difícil explicarse cómo puede aún perdurar tal idea. Uno de nuestros principales novelistas contemporáneos me escribió hace algún tiempo indicándome que estando en cierta playa se encontró con un muchacho a quien expuso algunas ideas teosóficas, y le hizo ver que la teoría del infierno no era otra cosa que una majadería. Algo más tarde la madre de ese joven, encolerizada, hizo una visita al novelista y se expresó con él en esta forma: "Es esa la única manera en que he podido hacer que ese muchacho se porte bien; atemorizándolo con el infierno;

amenazándole con él día y noche. Ahora que usted lo ha persuadido de que no hay infierno, ¿qué voy a hacer?" Es probable que si esa señora hubiera sabido algo más y le hubiera dado a su hijo las explicaciones debidas desde un principio, no hubiera tenido necesidad de recurrir a una forma de terrorismo tan desagradable.

La libertad y el amor son dos grandes factores en el desarrollo del alma humana. Hay muchas personas ansiosas de dar la libertad a los demás; a condición de que hagan exactamente lo que les prescriben. Pero la verdadera libertad es el derecho que cada quien tiene de actuar a su modo. Por lo general es mucho lo que se interviene en cuestiones ajenas; una excesiva dirección externa coarta la libre actividad que trata de ayudar o asistir. Esto se observa en la vida escolar, donde se implantan multitud de reglas innecesarias, siendo así que la libertad daría al individuo mayores oportunidades de desarrollo. Tal es una de las diferencias entre el sistema inglés y el de otros países. En Inglaterra se busca ante todo el dejar al hombre en la mayor libertad posible. En otros países se trata de prevenir desórdenes y peligros y de dar garantías al ciudadano promulgando infinidad de leyes. Recuerdo que un personaje extranjero me dijo en cierta ocasión: "Bien, señor: en un país verdaderamente bien gobernado todo debería estar prohibido". En mis viajes por el mundo me han extrañado mucho las formas en que estaban concebidas las leyes. En un país, prohibiciones rígidas; en otro, solicitudes. Algunos países adoptan un plan militar, bueno sólo para los espíritus jóvenes; en

otros se hace un llamado a la buena voluntad y al buen sentido del hombre. Recuerdo, por ejemplo, un cartelón que, prohibiendo ciertas prácticas indebidas, decía: "Los caballeros no lo harán: los no caballeros, no deberán hacerlo". Esto lo vi en América, uno de los países más jóvenes. Me pareció una cosa muy bien hecha.

Hay casos en que se hace necesario ejercer coacción para guardar los intereses del público; pero es preferible, siempre que se pueda, ganarse la voluntad de la gente, a tener que conducirla por la fuerza. Me temo que, en lo que a la educación concierne, no se entienda sino de manera superficial. Siempre se emplean mandatos definitivos: "Haced esto; no hagáis aquello". Hasta cuando se trata de enseñar a los niños, se hace caso omiso de su interés y se les ordena. "Esta es la lección y hay que aprenderla".

Los nuevos métodos, como el de la señora Montessori, hacen interesantes las lecciones, de modo que la mente del niño se abre como una flor. Sólo hay una forma de poder enseñar realmente y con utilidad y consiste en que antes de otra cosa sienta amor por quien le enseña. Se ejerce así sobre él una cierta persuasión moral, porque en tal estado de ánimo, siente el niño temor de molestarnos o causarnos disgusto si no procede bien. Esto es completamente legítimo porque realmente sentís disgusto. Si comenzáis imponiéndolos por el amor, haréis despertar el amor del discípulo y algo conseguiréis. Para poder enseñar al niño hay que tener claridad en la mente y contar con un corazón lleno de amor y con una paciencia tan grande como el mar;

hay que comprender los disparates que el niño comete y estar en condiciones de mostrarle cómo se hacen las cosas en la forma debida; pero de acuerdo con su manera de hacerlas. Si se empieza haciendo uso de la brutalidad y de la fuerza no se logra sino hostilidad y nada que valga la pena puede conseguirse.

Lo mismo sucede en todas las cosas de la vida ordinaria. Un hombre de negocios, cuando quiere hacer con otro una operación provechosa, le habla afablemente, tratando de convencerlo de que el negocio que le propone es mutuamente ventajoso. Jamás se le ocurriría tratar de forzarlo, pues esto no daría otro resultado que provocar un antagonismo que haría imposible todo trato amistoso. Los niños y las niñas son seres humanos y más se puede obtener de ellos por medio de la persuasión que por medio de la fuerza. Ningún maestro, por inteligente e instruido que sea es digno de ese título, altamente honorable, si no puede despertar el interés de los niños y ganarse su buena disposición. Es este un requisito indispensable. Tal es la forma en que proceden los Maestros, quienes jamás piensan en usar la fuerza ni en dar mandatos directos, sino que proceden mostrándonos el camino debido y dándonos ánimo para imitarlos.

Karma no toma en consideración la costumbre, y el Karma de la crueldad es el más terrible de todos. En la India, al menos, no puede haber excusa respecto de tales costumbres, porque el deber de no hacer sufrir es bien conocido de todos.

C. W. L.—El hombre que sigue la profesión de maestro de escuela lo hace para ganarse la vida y ejerce esa profesión como otra cualquiera. Los señores del Karma no consideran esto desde tal punto de vista. Ponen al hombre en tal posición con la idea de proporcionarle una magnífica oportunidad. Si él la desempeña con cuidado, con tacto y amorosamente, podrá llegar a ser en su próxima vida, posiblemente, un instructor religioso. Después de ella le quedará abierto el camino para convertirse en un gran santo, en un gran benefactor de la humanidad. La profesión de la enseñanza va derechamente hacia alguno de los más altos premios de la vida, desde el punto de vista de los señores del Karma.

El maestro debe comprender que cada niño es un ego y darle toda la ayuda posible para el desarrollo de su carácter. Como es natural, la oportunidad del maestro es muy grande, pues tiene a su cuidado niños a quienes enseñar y puede hacer de ellos mucho de lo que se proponga. Con relación a lo fuerte que es la influencia de un maestro, un conocido jesuita dijo en cierta ocasión: "Poned a mi cuidado a un niño hasta los once años de edad; después que vaya él por donde quiera". La influencia de un maestro sobre el carácter de un niño es tan poderosa por lo que el maestro es y por su forma de actuar, como por sus enseñanzas verbales. El maestro que llena su cometido irradia una poderosa influencia de amor. Su posición, a la vez, es de gran responsabilidad, ya que, si en vez de despertar amor y estimular las buenas cualidades en sus discípulos, despierta en ellos el temor y el engaño, obs-

trucciona el progreso de esos egos, siendo así causa de un daño positivo.

Desperdiciar esa oportunidad significa para el hombre una seria caída. La crueldad en tales casos produce horribles resultados: en algunas ocasiones hemos podido observar cómo el karma hace pagar esas faltas cobrando en la misma moneda; pero con mucha frecuencia el resultado se manifiesta en forma de locura y, en proporción menor, en histerismo y neurastenia. En ocasiones estos resultados se manifiestan en un notorio y catastrófico descenso en la escala social. Una persona que ha sido cruel, al ocupar una posición regularmente satisfactoria, suele descender hasta lo más bajo de la hez de la sociedad, como resultado de su cruel actitud. He visto algunos casos de brahmanes, por ejemplo, que han renacido como parias, a consecuencias de su crueldad para con los niños. Y es por esto evidente que los señores del Karma, que son quienes regulan las grandes leyes del universo, las consideran desde el mismo punto de vista que el Maestro.

Una oportunidad algo semejante a la de un maestro de escuela es la que tiene un hombre que desempeña el puesto de gerente de una fábrica o es jefe de un gran negocio. El hombre estima que una posición de esa clase es muy atractiva porque le da la oportunidad de obtener un buen salario, de ganar mucho dinero y de adquirir cierta influencia. Pero los señores del Karma consideran ese empleo, como en el caso anterior, como una oportunidad para ayudar a todos los que quedan bajo las órdenes del gerente o jefe del negocio. Es frecuente que el patrón considere a sus

obreros con cierta hostilidad casi no disimulada; estima que tienen el propósito de obtener de él lo más que puedan y de abusar en todas las formas posibles. Los operarios, por su parte, consideran que el jefe quiere explotarlos, exprimirlos hasta donde sea posible; pagarles lo menos que se pueda. Ciertamente es, por desgracia, que hay casos en que ambas partes piensan así con toda justificación. Hay muchos patronos que se colocan en esa posición y hay muchos obreros que asumen tal actitud con respecto a sus patronos; pero el hombre que tenga conocimiento no estimará las cosas para nada desde tal punto de vista. El único aspecto del asunto, por lo que toca a los señores del Karma, es que el hombre que está colocado en la posición de patrono tiene una valiosa oportunidad para influir benéficamente en la vida de los obreros que están a sus órdenes. Los señores del Karma, por lo general, nunca miran las cosas desde nuestro punto de vista. La humanidad en general, pongamos por caso, considera la muerte como una cosa terrible; como un castigo severo; pero con frecuencia no es sino una recompensa; una liberación que nos conduce a condiciones más halagadoras.

La suerte reservada al cruel debe caer también sobre todos aquellos que intencionalmente se dedican a matar las criaturas de Dios y llaman a ello "deporte".

C. W. L.—La sátira de Punch, "Este es un día hermoso; salgamos a ver qué podemos matar", alude con

agudeza a esta costumbre de la cacería. Cuando fui clérigo en una parroquia campestre de Inglaterra tuve contacto con un grupo típico de esa gente que se dedica al tiro, a la caza y a la pesca. Hacían de estas cosas su ocupación cotidiana y el principal tema de su conversación. Sin embargo, por difícil que pueda parecer, todas esas personas eran bondadosas y amables para con sus prójimos; eran buenos padres y maridos; jueces clementes y amigos leales, que no advertían la mala índole de su diversión. Uno de ellos, que cazaba venados y mataba faisanes hasta donde podía y con todo ahinco, era capaz, sin embargo, de pasarse la noche en vela cuidando a un perro enfermo, mostrando así su bondadoso corazón y dejando ver que tenía una especie de fraternidad hacia los animales. La crueldad es siempre el resultado de una ceguera mental. No es que no haya intelecto: es más bien que nunca se han puesto a pensar en el asunto y dan por seguro que todas las criaturas fueron hechas para que ellos sintieran el placer que deriva de su habilidad para matarlas. Se come carne con la misma falta de reflexión. Siendo joven yo comía carne y nunca me pasó la idea de que procedía mal, hasta que cayó en mis manos un libro sobre este asunto, lo que sucedió mucho antes de la fundación de la Sociedad Teosófica.

Cuando por primera vez nos damos cuenta de que ese "deporte" no es sino una cosa horrible y que al practicarlo hacemos una carnicería en las criaturas de Dios, nos extraña no haber advertido eso hasta entonces. Millares de personas aún no han visto este mal. Deslumbradas como están por la costumbre, nunca

han pensado en el espantoso daño que ocasionan. Lo mismo es verdad en lo que toca a algunos artículos de vestir. Cierta clase de plumas, por ejemplo, sólo pueden obtenerse a un costo terrible para la vida animal; no solo por lo que toca al animal sacrificado, sino también a las crías del mismo. Los que usan esas cosas no son, en verdad, sino criminales inconscientes. No son crueles propiamente hablando; no; se limitan a seguir la costumbre. Pero el karma tiene que actuar. Un hombre puede caminar en la obscuridad con dirección a un precipicio; el hecho de que ignore a dónde va, no hace variar el resultado.

Bien sé que nada de esto harás tú y que por razón del amor a Dios abiertamente protestarás en contra de ello cuando la oportunidad se presentare.

C. W. L.—Hay que fijarse bien en las palabras "cuando la oportunidad se presentare". No debemos exponer nuestras ideas a los demás sin ton ni son; pero sí, dar nuestra opinión cuando se nos pida o cuando el asunto venga a cuento en forma natural. Manifestar nuestras ideas sin el debido tacto, por excelentes que puedan ser, acarrea por lo general más mal que bien. Las personas agresivas que proceden así provocan resentimientos por lo general. Un hombre que nos para en la calle para inquirir intempestivamente si ya hemos hallado a Jesús o si ya hemos salvado nuestra alma, no logra impresionarnos favorablemente y por lo general nos hace pensar que, siendo él tan falto de tacto, su religión carece de

valor práctico. Si surge una oportunidad favorable, puede prestarse un libro, o un folleto, o conversar amable y tranquilamente sobre el asunto. Pero si nos encontramos entre un grupo de deportistas, no es de aconsejar que atacemos la caza como una cosa perversa, aunque sí lo es. Si alguien me pidiese mi opinión, podría expresarla como sigue: "Para mí toda vida es sagrada; estos animales son en realidad nuestros hermanos menores y no tenemos mayor derecho para matarlos por placer, que el que tendríamos para matar a un hombre con el fin de divertirnos." Sin duda alguna que los circunstancias mostrarían extrañeza; quizá se burlarían de mí con disimulo; pero no se opondrían a mi idea en forma tan ruda como si se sintiesen atacados.

Los vegetarianos tenemos que sufrir con frecuencia el disgusto de sentarnos a la mesa con personas que comen carne; pero esto es inevitable, sobre todo, cuando se viaja. No es tampoco conveniente exteriorizar nuestras ideas sobre este punto; no sería en verdad, el medio de convertir a los demás; pero si se nos pidiera nuestra opinión, podríamos exponerla con firmeza, con moderación y con calma. En tal forma, sería probable que, al pensar alguien sobre este punto, se pusiese de acuerdo con nosotros.

Pero existe la crueldad en el lenguaje tanto como en la acción; y el hombre que dice una palabra con el intento de herir a otro, es reo del mismo delito. Esto tampoco lo harías tú; pero a veces una palabra descuidada daña

tanto como una maligna. Por tanto, debes estar en guardia contra la crueldad involuntaria.

C. W. L.—Hay quienes toman a gala decir lo que piensan, aun cuando ofendan a los demás y consideran esto como virtud. El maestro, que nunca usa palabras ociosas, dice que tal proceder puede ser un crimen, cuando las palabras son crueles. En un debate, en una discusión no es necesario abstenerse de exponer nuestro punto de vista; pero debemos hacerlo con cuidado y cortesía. El Apóstol dijo: "Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente".¹ Esto no significa que debamos esforzarnos por persuadir a los demás, sino que debemos comprender por qué tenemos nuestras creencias. En tales casos estaremos en condiciones de exponer nuestros puntos de vista cuando sea necesario, de manera cortés y ponderada.

Es curioso que muchas personas no puedan diferir en sus opiniones con los demás, sin sentirse más o menos iracundas, aun cuando sepan que hay millares y millares de problemas en el mundo de tal manera debatibles que un punto de vista es tan sostenible como el otro. Una discusión entre un católico y un irlandés protestante, es casi seguro que termine a puñetazos, forma de argüir que no puede servir de base a ninguna convicción. Cuando a alguna persona se le expone una opinión que no esté de acuerdo con la suya, se siente víctima de un menosprecio; tan segura estaba de que su idea es correcta, que a cualquiera que difiera de su opinión le atribuye una malicia premeditada para re-

¹ Romanos, XIV. 5.

chazar sus opiniones. Debemos ser, pues, muy cuidadosos para exponer lo que pensamos.

El teósofo está siempre sufriendo una tentación especial, pues estando nuestras creencias basadas en la razón, espera solamente hacerla ver a los demás; pero lo frecuente es que la otra persona no la pueda ver. La razón, por perfecta que sea, por lógica que sea, no siempre impresiona al hombre común y corriente; no vive éste en su razón; vive en sus sentimientos, los que al ser algo excitados por lo que decimos, no existe suficiente razón para convencerlo y mientras más hablemos más se dejará dominar por la ira.

Esta deriva frecuentemente, de una falta de reflexión. Podrá un hombre estar tan lleno de codicia y de avaricia, que ni se le ocurra pensar en los sufrimientos que ocasiona a los demás, pagándoles demasiado poco o dejando que pasen hambre su mujer y sus hijos. Otro pensará solamente en su propia lujuria sin importarle el número de almas y cuerpos que arruina al satisfacerla. Por evitarse algunos minutos de molestia, otro hombre descuida el pago oportuno a sus operarios, sin pensar en las dificultades que eso les acarrea. Son muchos los sufrimientos causados precisamente por descuido; por el olvido de pensar en cómo una acción afectará a los demás. Pero Karma no olvida jamás, ni toma en cuenta el hecho de que los hombres olviden. Si quieres entrar en el Sendero, debes reflexionar en las conse-

cuencias de aquello que haces, para no ser culpable de crueldad inconsciente.

C. W. L.—El que paga a sus obreros un poco menos de lo que vale el trabajo, puede ocasionar muchos sufrimientos tanto a ellos como a sus esposas y a sus niños. Reducir el jornal unos cuantos centavos, puede traducirse en poca alimentación para la familia. El negocio es negocio; lo sé; pero *en caso necesario* es preferible ganar menos que caer en el pecado de explotar al pobre. Los patronos se están dando cuenta de que les conviene pagar “buenos salarios”, como lo ha demostrado Henry Ford, de quien se dice que es el hombre más rico del mundo. Siendo yo sacerdote, solía mezclarme con los pobres para poder ver las cosas desde su punto de vista y era muy frecuente encontrarme con personas que se aprovechaban de su desamparo. Tal cosa sucedía también en la India, donde en algunas ocasiones los niños “intocables” en las escuelas se desmayaban de hambre, hasta que estuvimos en condiciones de darles alimento.

CAPITULO XXVIII

SUPERSTICION

La superstición es otro mal muy poderoso que ha sido causa de muchas y terribles crueldades. El hombre que es esclavo de ella desprecia a otros que son más sabios y trata de forzarlos a que procedan como él.

C. W. L.—El supersticioso nunca toma en consideración los diferentes temperamentos de las personas. Tiene una cierta creencia que desea imponer sobre todo el mundo, sin advertir que es cosa imposible el imponer una creencia, a menos que se trate de un hecho científico de carácter concreto, pues en el mundo hay tantas actitudes con respecto a la vida, como personas. Aun conociendo muchas gentes es muy raro encontrar dos, semejantes en la forma en que son afectadas por las circunstancias. Es posible predecir ciertas posibilidades generales con respecto a la mayoría de los humanos; pero no es posible juzgar con exactitud sobre la forma en que reaccionen a ciertos impactos, a menos de cono-

cerlas muy bien. Y por eso la superstición implica, entre otras cosas, una falta muy grande de simpatía. El hombre dominado por la superstición no admite que haya otras formas de mirar las cosas que no sea la suya propia.

La superstición no es solamente mala para quien la sufre; cuando la persona es prominente, intenta ejercer coerción sobre los demás. En la historia, encontramos que la superstición religiosa ha sido el origen de males horribles. Impulsados por ella, los musulmanes hicieron carnicerías y causaron derramamientos de sangre en grandes zonas de Asia, Europa y Africa, dando a elegir "entre el Corán y la espada". La superstición que dió vida a la Inquisición ha sido ya expuesta anteriormente. Las matanzas de San Bartolomé y las Vísperas Sicilianas, durante las cuales los Protestantes y los Católicos se acuchillaron unos a otros, fueron también resultados de la superstición. La última de ellas fué política en parte; pero la primera fué exclusivamente de carácter religioso. El odio entre las diferentes sectas cristianas fué grandemente responsable de esta carnicería, aun cuando seguramente intervino en ellas el asunto político, como sucedió con Constantino cuando adoptó el cristianismo, creyendo que era una buena medida para la situación en que se hallaba el Imperio Bizantino.

Las Cruzadas fueron otra gran superstición. Una narración que en realidad carecía de base, sobre la vida y muerte de Jesús, ocasionó la muerte de veinte millones de seres en esas Cruzadas, al tratar los cristianos de conquistar el país donde, según esa narración, había transcurrido Su vida. Si hubiera sido posible hacer en-

tender a esa gente que la vida de Jesús fué la misma de todos los Iniciados y que esa vida ha sucedido en todos los países del mundo en uno u otro tiempo, se hubiera evitado ese derramamiento de sangre. Quizá no todo haya sido pérdida, sin embargo, porque en su lucha con los sarracenos, más civilizados que ellos, los cristianos trajeron a Europa mucha información útil y porque su disposición a morir en aras de un ideal atestigua su amor a la justicia. Algo bello y caballeresco había, sin duda alguna, en la idea de que los lugares sagrados de una religión, deberían pertenecer a las gentes de esa religión. El tiempo, sin embargo, ha venido a demostrar que en este caso fué conveniente que los cristianos no tuvieran éxito. En esa tierra santa los soldados musulmanes han tenido que conservar en paz a las sectas cristianas rivales (la griega y la latina), que siempre están peleando por sus derechos sobre el fuego sagrado y el sepulcro.

Actualmente tenemos en la India un problema semejante, aunque nadie haya soñado siquiera en darle solución por el procedimiento de las Cruzadas. Los lugares sagrados de los budistas: el sitio donde nació el Señor Buda, donde obtuvo el Budado, y donde murió, todos están en manos de creyentes hindúes, religión que difiere del budismo, en la misma forma en que el cristianismo puede diferir de la religión mahometana. Los budistas desean ardientemente poseer esos lugares sagrados; pero jamás han pensado los creyentes budistas en desencadenar una guerra de conquista. Podemos felicitarnos de ello porque los budistas suman cerca de quinientos millones de seres. Su religión les

prohibe cometer actos de tal manera irracionales. Algunos budistas han tratado de comprar esos lugares, y estuvo a punto de lograrse. La Sociedad Teosófica prestó su colaboración; pero desgraciadamente una gran parte del dinero se perdió en un litigio y el proyecto no pudo consumarse.

No hay ninguna religión —excepción hecha del budismo— que nunca haya hecho persecuciones. El budismo no ha podido hacer tal cosa por sus principios inherentes; la obligación de la tolerancia queda bien expresada en las palabras de su Fundador: ¿Quién es budista? El hombre que sigue las enseñanzas del Señor Buda; no el hombre que cree tal o cual cosa, sino aquel que vive como el Señor Buda dijo que debería vivir. Preguntad a un misionero cuál será el destino de un budista verdaderamente bueno y casi siempre os responderá: "Si no cree en Cristo no hay ninguna esperanza para él" o cuando mucho, si se trata de un hombre muy bueno, lo dejará caer en manos de la infinita misericordia de Dios. Si haces la misma pregunta a un budista con relación a un buen cristiano, os dirá: "Este hombre es un buen budista; se llama cristiano; pero pone en práctica las enseñanzas del Señor Buda; todo será bueno para él". Tal es la tolerancia del budismo como ya he explicado con anterioridad. Por supuesto, todas las religiones condenan realmente la intolerancia y la violencia; pero la ignorancia y el fanatismo de algunas de ellas, ciegan a sus prosélitos ante este hecho.

La forma de superstición que se llama odio racial; el que una raza tenga instintivamente repulsión por otra *en bloc*, no es más que simple tontería, porque hay bue-

nos y hay malos en todas las razas. Recuerdo que en algunas remotas aldeas de Inglaterra, la actitud de los campesinos para con los extranjeros era casi siempre de sospecha y de ridículo. El hecho de que un hombre hablase una lengua diferente, era, para esa gente ignorante, un motivo de burla. Hay algunos labriegos que, en este particular, son menos descorteses que la generalidad de nuestro pueblo. Estimo siempre que, cuando un extranjero visita nuestro país, debemos considerarlo como nuestro invitado y tenemos el deber de hacerle agradable su estancia y de que reciba la mejor impresión posible de nuestro pueblo y país.

Durante la era napoleónica había en Inglaterra la superstición de que todos los franceses eran verdaderos demonios que luchaban contra nosotros con pleno conocimiento de que procedían con injusticia y contra toda razón. En la actualidad se observan casos de que grandes multitudes sufran una obsesión dominante, que alcanza las proporciones de una monomanía nacional. Bajo la influencia de tal monomanía temporal se cometen atrocidades horribles que el pueblo ni siquiera soñaría en cometer en otros tiempos. En estos casos, los individuos son responsables solamente hasta el grado en que se han dejado arrastrar por esa idea; las cosas que suceden son más bien hechas por la monomanía que por los individuos. Esto es muy semejante a lo que sucede al que, dominado por la ira, profiere palabras ofensivas; es la ira la que habla, no el hombre. Se le puede reprochar el haberse dejado llevar por la ira; pero debemos de tomar en consideración que es probable que pasados algunos momentos lamente sus palabras.

Piensa en la horrible carnicería producida por la superstición de que los animales deben ser sacrificados.

C. W. L.—Los sacrificios de animales y de otros, en lo que a la religión concierne, son un aspecto de las relaciones entre el hombre y Dios. No hay más que tres aspectos posibles en este asunto: Primero: Dios formó Su plan, dejando que éste se desarrollara por sí sólo y permaneciendo El indiferente sobre su resultado; segundo: Dios conserva un malévolo interés en él, sediento de sangre y de otros sacrificios; tercero: Dios es siempre el padre amoroso de Su creación.

La primera de estas tres teorías es prácticamente el materialismo moderno, con la adición de un creador original. La segunda nos presenta a Dios como un monstruo sediento de sangre. Muchas de las escrituras antiguas deforman a Dios de esa manera. En un pasaje del Antiguo Testamento hacen los judíos alarde de sacrificar ciento veintidós mil bueyes de una sola vez. Posible es que sea una exageración propia de los tiempos. Jehová exigía sacrificios y nada le importaba el sufrimiento causado con tal de satisfacer sus deseos. Estaba siempre pidiendo a gritos, sacrificios que debían ser hechos a él y no a ninguna otra deidad. Los judíos contemporáneos se horrorizarían de ello, pero es evidente que las practicaban en los tiempos de David y Salomón. De aquí se infiere que el Jehová que ellos adoraban no era lo que nosotros llamamos Dios —concepto hasta el cual ellos no podían elevarse— sino una de las grandes deidades elementales, restos de los días de la Atlántida. Anterior-

mente los judíos habían estado en contacto con la civilización de Egipto; pero esas grandes ideas sólo habían causado en ellos una ligera impresión; posteriormente, durante su cautividad en Babilonia, alcanzaron la idea de un Dios supremo. Inmediatamente Lo identificaron característicamente con su Jehová, posteriormente sus profetas escribieron acerca de El en forma magnífica; pero contaminándose a veces de sus viejas ideas. Los sacrificios de sangre corresponden tan sólo a los primitivos estados de la evolución humana. Están relacionados con la primitiva magia y tienen siempre conexión con los elementales que viven de las emanaciones de la sangre. El elemental busca los sacrificios porque absorbe el aroma de la sangre y obtiene por tal medio el poder de materializarse. Algunas tribus salvajes dicen que si no practican sacrificios les sobrevienen muchas calamidades; que pierden sus cosechas y que se incendian sus casas; los dioses de las colinas de la India son, posiblemente, por tanto, grandes deidades elementales de la Atlántida.

Podemos estar bien seguros de que los Grandes Seres nunca sancionan tales sacrificios. En la India, por ejemplo, la revelación original de los Vedas ciertamente no habla de ellos, sino que proceden de las tradiciones aborígenes que aún existen en cierto grado. El Señor Buda habló contra los sacrificios de animales e indujo al Rey Bimbisara a que en su reino promulgara su abolición.

Claro está que ninguna deidad acreedora a nuestra adoración se complace con las ofrendas de sangre, aun cuando sí hay elementales y espíritus de la naturaleza

a los que sí les agradan. Debemos, pues, considerar esos pasajes de las Escrituras como pertenecientes a un período de la evolución trascendido ya hace mucho tiempo. Algunos se resisten a expresarlo con claridad por la reverencia que sienten hacia tales Escrituras; pero no es otra cosa que superstición el considerar un grupo de palabras como sagrado y sacrosanto para todo el tiempo. Debemos ser eclécticos con respecto a las Escrituras como con respecto a todo lo demás. Al leer un libro estimamos y recordamos aquellos de sus pasajes que son para nosotros especialmente hermosos y útiles. En la misma forma, debemos tomar de cualquier escritura aquello que sea noble y bello y grande todo el tiempo, desechando todo aquello que no satisfaga nuestros ideales. Aun cuando en los Salmos y en otras partes de la Biblia se hace mención de los sacrificios sangrientos, debemos aceptar el hecho de que nunca pudieron ser agradables para Dios; que pertenecen invariablemente a un tipo de religión que considera a la Deidad como un ser malo, susceptible de cohecho.

Entremezclar las enseñanzas puras del Cristo de que Dios es un padre amoroso, con las ideas antes expuestas, constituye la gran tragedia del cristianismo. Ciertamente es que la ofrenda a la Deidad, de sacrificios animales no es idea que haya degradado al cristianismo; pero la concepción de Dios como una entidad deseosa de hacer el mal, a menos de ser cohechada por nosotros, aun es enseñanza de las grandes organizaciones cristianas. Inventaron la desconcertante teoría de que Dios sacrificó a Su propio hijo en beneficio de otros seres que, sin este sacrificio no hubieran podido escapar del infierno.

Yo creo que la mayoría de las personas no se han detenido a pensar qué clase de dios tendría que haber sido para exigir o para permitir tal sacrificio. Podéis imaginaros lo que se diría de un rey que, habiendo condenado caprichosamente a determinadas personas a sufrir torturas horribles, las libertara luego porque su propio hijo viniera a decirle: "Si tienes que matarlos, mátame a mí; yo nada malo he hecho; pero mátame sin embargo, y pon a esas gentes en libertad." Esta teoría no es cristiana.

Muy en lo justo estuvo el Coronel Ingersoll cuando dijo que un Dios honrado era la mejor obra del hombre. Es cierto que para que una nación pueda elevarse hasta el concepto de una Deidad realmente grande y gloriosa, debe haber alcanzado un grado muy alto de evolución. Ciertamente es que nuestros remotos antepasados, que vagaban en las selvas y las planicies, pintados de azul; y los antiguos y belicosos judíos tenían tales rudas concepciones de la Deidad; pero no hay absolutamente ninguna razón para que sigamos con ellas en los días actuales.

La tercera teoría —que es la que la Teosofía sustenta— consiste en afirmar que Dios es un ser benéfico, que ha dado forma a un esquema evolutivo con una finalidad que persigue incesantemente y, por tanto, que todo aquello que acontece es una parte de Su trabajo. Otorga a sus criaturas una cierta libertad y hacen algunas cosas que no armonizan plenamente con Su plan; pero como la voluntad de los humanos es parte del plan Divino, todo, en último análisis, es Su trabajo.

Cuando decimos que Dios concede cierta independen-

cia o libertad a los hombres, debemos aclarar que la libertad es limitada y creciente. Al que emplee bien la libertad y los poderes que tiene, se le concede más. Es una forma semeiante a la que se emplea para enseñar a andar a un niño. El maestro le permite hacer un esfuerzo y caer y esforzarse nuevamente; si al niño se le llevase siempre en brazos, para evitar que tropezara, acabaría por ser un paralítico. Lo que el maestro no permite es que el niño, para aprender a dar sus primeros pasos, se quede solo en un piso de mármol, en la parte superior de una escalera, o en cualquier otro lugar peligroso. Más tarde, cuando haya crecido, puede caminar al borde de un precipicio para admirar el paisaje, si así lo desea. En una manera semejante el Logos nos protege mientras nos va entrenando, para que no suframos un percance irremediable y destrocemos nuestras vidas.

Esta tercera teoría va ganando terreno constantemente. Hace ya mucho tiempo la Cristiandad ha sido mejor que sus creencias y muchos son los cristianos que tienen criterio más amplio que el que la Iglesia autoriza de manera oficial. La Iglesia de Inglaterra, por ejemplo, formula lo que podríamos llamar su teoría de las cosas en una cierta predicación que llama "Los Artículos de Religión". El clero tiene que dar su asentimiento a esos artículos, pero si un sacerdote pregunta: "¿Cómo puedo aceptar estos artículos, siendo, como son, obviamente contradictorios?", se le replica que al tiempo de darles forma había dos partidos irreconciliables y que algo hubo que hacer para dejarlos complacidos a los dos; que el Obispo y el resto de los miembros de la Iglesia

los han autorizado con su firma, habiéndolos interpretado con actitud filosófica y que, puesto que ellos lo han hecho así, bien puedes tú hacerlo también. "Bien —podría ser la réplica del sacerdote joven— si esto no tiene significado alguno, puedo muy bien aceptarlo." Una actitud que, por cierto, no es muy digna.

Nada objeto a los Credos Cristianos; hay en ellos un sentido mucho más profundo del que el cristianismo en general sospecha.¹ Pero si formulo mis objeciones contra los Treinta y Nueve Artículos y la Confesión de Fe, porque con las más hermosas ideas se ingenian para entremezclar otras que son absolutamente imposibles. Si el Catecismo se hubiese detenido precisamente al final de la primera pregunta y respondido: "¿Cuál es el principal fin del hombre?" "Glorificar a Dios para siempre", todo hubiera sido magnífico.

La Cristiandad ha ido mucho más adelante de sus enseñanzas y creencias autorizadas. Encontré recientemente un pasaje que pone esto de manifiesto con toda claridad. Hay un libro, escrito por el Dean de Ripon, que dice: "El desenvolvimiento de Cristo en el hombre es el objeto del Cristianismo". Y explica luego qué es el Cristo en el hombre, diciendo: "Es la sabiduría del hombre de ciencia; la elocuencia del legislador; la rectitud del juez; el amor a la belleza en el artista; el amor al hombre, en el filántropo", etc. Ese cristianismo todos lo aceptamos. Tal idea es muy semejante a la del *Güá*. "De los reyes —dice Shri Krishna— Yo soy el cetro; de los que buscan la victoria, Yo soy el estadista; y de

¹ Véase "El Credo Cristiano" de C. W. Leadbeater.

los secretos Yo soy el silencio; el conocimiento de los que conocen, soy Yo." "Todo aquello que es glorioso, bueno, hermoso y fuerte, entiende tú que procede de un fragmento de mi esplendor."² El moderno Dean Cristiano está muy cerca de ponerse de acuerdo con el autor del *Bhagavad Gita*, escritura de inmensa antigüedad, mucho más antigua, que el Mahabharata, del cual llegó a formar parte. Muchas de las gloriosas enseñanzas incorporadas en el *Gita* existían entre los Atlantes que residían en las planicies de la India, mucho antes de que los arios invadiesen ese país. Bien sé que esta idea no goza de aceptación general; pero representa hechos ciertos que nosotros hemos visto.

Es evidente que debemos tener confianza ilimitada en Dios, porque El sabe y nosotros no sabemos. Sabemos, sí, de una manera general, lo que se espera de nosotros como colaboradores de Su esquema de evolución; pero no conocemos los detalles. Aunque sí sabemos que esos detalles están en manos competentes. No sabemos lo que será nuestro karma; pero los grandes Poderes que lo regulan lo saben del todo y Ellos son los que habrán de decidir sabiamente qué proporción de él nos será asignada ahora y qué parte se nos reservará para el futuro. Si fuera posible para los Grandes Seres escucharnos y cambiar nuestro destino de acuerdo con lo que estimamos que nos convendría, seguramente que sería mucho peor para nosotros. No quiero decir que sean inútiles todas nuestras aspiraciones; por el contrario, si tenemos aspiraciones elevadas, son éstas

² Bhagavad-Gita, X, 38-41.

factores nuevos que introducimos en el caso y que pueden capacitar a los Grandes Señores para modificar la acción de nuestro karma, quizá para que éste descienda poco antes sobre nosotros, para libertarnos más pronto; quizá para alterar su acción y que venga en otra forma. Pero lo que suceda es lo mejor que puede sobrevenir a cada quien y no sólo para unos cuantos así que nunca debemos pretender alterar la voluntad de Dios; debemos aceptar con gratitud cualquier cosa que nos venga, tomando siempre de ello lo mejor que sea posible; no lo peor. Debemos considerar nuestras dificultades como algo que hay que dominar; permaneciendo siempre alegres, porque sabemos que Dios está en el fondo de todo y que es El absolutamente benéfico.

Y también por aquella superstición más cruel aún de que los hombres necesitan nutrirse de carne.

C. W. L.—Eso es una superstición porque hay muchos millones de personas que viven en perfecta salud sin comer carne. Probablemente haya algunas cuantas personas que, por una mala herencia, o por su propio karma son realmente incapaces de hacer que sus cuerpos digieran alimentos de clase más pura; pero éstos son poquísimos; muy pocos en verdad. He conocido unos cuantos casos, entre muchos cientos de teósofos, de personas que, después de haber hecho esfuerzos durante mucho tiempo por adoptar una dieta vegetariana, hallaron que les era imposible; pero con todo, después de algunas dificultades iniciales, pudieron mantenerse y

con frecuencia, mejorar su salud con la dieta vegetariana.

Ha quedado probado de manera incuestionable que la mayoría de las personas pueden estar perfectamente fuertes sin echarse encima la carga de participar en la matanza de animales. Apenas un pequeño porcentaje de cuerpos físicos son los que no pueden adaptarse a la alimentación vegetariana. Es esta una condición deplorable para tales personas; pero el que de una manera inteligente se ha esforzado en realidad por modificar su dieta y la encuentra imposible, debe aceptar tal cosa como su karma. En casos semejantes no siempre es debido ni será sensato obligar al cuerpo a someterse a la voluntad, limitándolo a ingerir únicamente alimentos puros a riesgo de hacerlo morir. Es posible que haya deberes para con los demás que no puedan cumplirse sino gozando de cabal salud. Bien sé, por supuesto, que un consejo de esta clase se presta a ser usado como excusa por aquellos a quienes no les agrada la alimentación vegetariana, cosa muy superior a la dieta carnívora y que se resisten a someterse a las molestias que implica el adaptar el cuerpo a una nueva alimentación; pero hay que darlo, pues hay personas que se encuentran en la deplorable situación de verse en la necesidad de continuar sus viejos hábitos alimenticios.

Es indebido comer carne porque es una crueldad matar animales y también porque la carne introduce en nuestros cuerpos partículas nocivas que los embotan y que provocan deseos animales, en los elementales de nuestros cuerpos. Hay también otras razones expuestas por mí en una conferencia que forma parte de mi libro

"Vislumbres de Ocultismo". Es éste uno de los pocos asuntos en los que prácticamente todos los argumentos están de un solo lado, pues nada se puede argüir en pro de la dieta de carne, como no sea que muchos la comen porque les agrada. Creo que puede demostrarse con absoluta claridad a cualquier persona que la abstención de carne es una cosa conveniente. No es una simple cuestión de moral —lo que sería suficiente para nosotros— sino también una cuestión de higiene, pues la dieta vegetariana se traduce en mejor salud y evita horribles enfermedades. Hechos definidos ponen de manifiesto que el vegetariano goza de mayor resistencia.

Esta idea se objeta diciendo que en cualquier caso nos es necesario destruir la vida para poder vivir; que los vegetarianos también destruyen la vida. Esto es cierto solamente de manera muy limitada. Se nos puede imputar la destrucción de la vida vegetal; pero esta forma de vida es mucho más primitiva y no es tan consciente como la animal.

La objeción fundamental al hecho de matar, es que interfiere con el curso de la evolución. Al matar a un hombre no causamos en realidad ningún daño al individuo, por lo que a sus placeres y felicidad concierne; pasa a un plano donde habrá de ser mucho más feliz de lo que ha podido ser en el físico y la mera destrucción de su cuerpo no es necesariamente cruel, porque un hombre a quien se mata repentinamente no siente nada. El daño que se le causa es el quitarle la oportunidad de evolución que ese cuerpo le proporciona. Tendrá él una nueva oportunidad en otro cuerpo, pero le causamos una dilación y damos a los Señores del Kar-

ma la dificultad de buscar otro lugar para la evolución de ese hombre y de conducirlo nuevamente a través de su niñez antes de que pueda aprovechar su nueva oportunidad, que sólo encontrará hasta que llegue a la madurez. Por esto es mucho más grave matar a un hombre que a un animal; el hombre tiene que desarrollar una personalidad totalmente nueva, mientras que el animal solamente pasa al alma-grupo, desde la cual la nueva encarnación es relativamente fácil. No obstante, en el caso de animales muy evolucionados, que son manifestaciones más complicadas de vida, el matarlos es causa de —permítasenos decirlo con mucha reverencia— muchas molestias para los poderes de la evolución. El matar a un mosquito, por ejemplo, es una falta infinitamente menor, pues éste pasa a su alma-grupo y vuelve a renacer en muy corto tiempo. El daño que se causa destruyendo aun a cientos de millares de insectos es nada, en comparación con el que se comete al matar un caballo, una vaca, un perro o un gato. No puede concebirse ningún caso en que sea lícito el matar a un hombre en provecho propio, excepto en casos de emergencia en defensa de la vida propia o de la vida de otro. El yogui no se defiende ni siquiera en tales casos; deja todo en manos de su karma. Creo, sin embargo, que es cosa justificada la defensa de nuestras vidas cuando son atacadas y tengo la completa seguridad de que está en nuestro derecho el defender la vida de un amigo o de un niño, aun a costa de la vida del agresor. Lo mismo puede afirmarse con respecto al derecho de matar animales. Si un animal nos ataca, con peligro de perder nuestra vida, o nuestra seguridad, nos asiste

el derecho de matarlo en caso necesario. Toda la dificultad estriba en determinar cuál es el daño mayor. Si, por ejemplo, sufrís el ataque de mosquitos que, haciendo a un lado su alimento natural, os atacan y envenenan vuestra sangre y quizá causen perjuicios a un trabajo importante, muy bien puede ser el mal menor el matar a los mosquitos. Si os es posible protegeros tras una tela de alambre o desalojarlos de vuestra habitación, mucho mejor. El mosquito es vegetariano por naturaleza y por instinto. Hay millones y millones que no conocen el sabor de la sangre. Ponedlos en contacto con seres humanos, dándoles así la oportunidad de probar el nauseabundo sabor de la sangre y ya veréis lo que sucede. Pasa cosa semejante con una gran variedad de pequeñas alimañas. Son buenas cuando habitan en el lugar que les corresponde; pero dejan de serlo al ponerse en contacto con los hombres. No solamente somos nosotros los que sufrimos cuando nos vemos infectados por esas plagas, sino que también se propaga la infección entre otras personas que no la hubieren sufrido de no haber estado ahí nosotros.

Aun cuando, no obstante nuestro imperfecto conocimiento, no tenemos justificación especial para exterminar a ninguna criatura que nos perjudique, es un hecho cierto que hay algunas formas destinadas a desaparecer, ya sea porque han terminado su cometido, ya porque constituyen formas de experimentación que han sido mejoradas y que ya no son necesarias. No es irreverente decir que los Poderes de la evolución están, hasta cierto punto, haciendo algunas experiencias. El Señor Maitreya, cuando sucedió al Señor Buda en su cargo de Ins-

structor del Mundo, hizo pruebas con algunos métodos de religión, que es concebible que puedan haber fracasado. La Señora Blavatsky solía hablar en ocasiones con cierta reserva de determinadas plantas y animales que consideraba fracasos, formas de manifestaciones de vida destinadas a desaparecer gradualmente y que mientras tanto tendrían la función de servir de morada a entidades inferiores a aquellas para las que originalmente se habían proyectado y en algunas ocasiones hasta para dar forma de expresión a criaturas de vida involucionante. Habló de ciertas formas asquerosas de la vida, de ciertos insectos y reptiles, a los que llamó sub-productos, considerando que la destrucción de tales formas, no era semejante a la destrucción de formas de vida en evolución.

La teoría de la no-destrucción de vida se lleva hasta el extremo en algunas partes, por ejemplo, en los casos en que la gente se abstiene de matar sabandijas, permitiendo ser devoradas por ellas. Esto no puede aceptarlo ninguna persona civilizada. Hay algunos casos en que el dueño de una biblioteca ve acosados libros muy valiosos por la barrena, animalillo que perfora las hojas de papel. Lo mejor sería desalojar a tales animalillos; pero seguramente que es preferible el destruirlos que permitir que perjudiquen libros que pueden ser útiles para los demás y para nosotros. Hay muchas otras formas inferiores de vida que, si les permitiéramos, harían prácticamente imposible la vida. El yogui, que nunca destruye la vida siempre puede proveerse de alimentos; pero el agricultor, que los produce, necesita protegerse contra el gorgojo y contra los gusanos. En

Australia se tiene que enfrentar especialmente con el problema de los conejos que, habiendo sido importados a aquel país, han aumentado hasta alcanzar tal número de millones, que, de no combatirlos, acabarían por destruir todo vestigio de cultivo.

No sólo para la obtención de alimentos podemos destruir ciertas clases de insectos, sino también como medida de protección, pues el que cultiva plantas o árboles o legumbres, tiene cierta responsabilidad por lo que toca a la vida que anima esas formas. Es cuestión de poner en ejercicio, en todos esos casos, al sentido común. Como quiera que sea, es bien notorio que no es lo mismo matar un animal en defensa propia que el quitar la vida a criaturas de elevada evolución, como las vacas y las ovejas, por ejemplo, para dar satisfacción a una forma viciada del gusto, cuando no es absolutamente necesario.

Piensa en el tratamiento que la superstición impone a las clases despreciadas en nuestra bien amada India, y observa cómo esa mala cualidad puede alimentar despiadada crueldad aun en aquellos que conocen el deber de la Fraternidad.

C. W. L.—Las clases oprimidas de la India, llamadas algunas veces las panchamas o seres de la quinta casta, las clases proscritas, los parias, son los descendientes de los primitivos pobladores de la India, a quienes los arios encontraron allí cuando bajaron de los Himalayas. Las leyes de casta, prescritas por el Manú —leyes

eugénicas convenientes en los tiempos en que fueron promulgadas— prohibían a los nuevos pobladores casarse con los nativos y mezclarse y comer con ellos. El abuso de estas leyes fué causa de grandes crueldades infligidas a los nativos. Por ejemplo, al paria no le está permitido acercarse a un pozo, a sacar agua, porque puede contaminarla y perjudicar a los seres de casta; de aquí que se vea obligado a procurarse agua de los pequeños pozos que pueda hacer o hallar, lo que le origina serias penalidades, debido especialmente a que en algunas regiones del país las aldeas de parias sólo pueden establecerse en terrenos malsanos, de los que con frecuencia son lanzados a otros. Hasta hace poco tiempo era difícilísimo para un paria colocarse en una buena posición, a menos de recurrir al poco satisfactorio recurso de hacerse cristiano o musulmán, con lo que lograba mejorar algunas de sus más serias desventajas sociales.

Este, y otros peores aún, ha sido el tratamiento que la superstición ha hecho padecer a esas clases oprimidas, aun entre personas que han hecho una especialidad de la práctica de la fraternidad. En estos casos han olvidado lo que la fraternidad significa, a consecuencia de sus supersticiones. Confiamos en que con el tiempo irán formando comunidades limpias y respetables. Las condiciones de la época moderna, tales como el contacto que entre las diferentes clases tiene lugar en los trenes y en los tranvías, tienden a facilitar este proceso.

Es un deber de las clases privilegiadas de la India y una obligación kármica que pesa sobre ellas elevar a esas clases oprimidas que fueron conquistadas por los

antepasados de las castas de privilegio. Su misma nobleza, su innata calidad aria debe impulsarlas a llevar a cabo esta necesaria labor. Ante la presencia de un niño sucio no debemos retirarnos con repugnancia; debemos hacer que se lave; de igual manera, no debemos sentir horror ante el paria, sino proporcionarle las condiciones en que pueda adquirir salud, limpieza y conocimiento. No se trata, necesariamente, de comer juntos; pero sí debemos ser amables y compasivos para con nuestros hermanos menores.

Es cierto que el nacer en determinada casta o comunidad ofrece siempre al hombre determinadas oportunidades definidas; pero de esto no se sigue que haga él siempre el mejor uso de ellas. Nacer en la familia de un hombre bueno, de baja casta, puede ofrecer mejores oportunidades en cierto sentido, que pertenecer a la familia de un indigno Brahman. Es frecuente que el hombre se esfuerce por llegar a cierta meta y que cuando lo logra haga mal uso de las oportunidades que esto le proporciona; de aquí que un mal Brahman pueda ser uno que esté en su primera encarnación como tal o que haya hecho mal uso de sus oportunidades en nacimiento anterior. Es cierto, sólo en casos raros que:

"Quien sufrió como esclavo puede renacer como príncipe
Por valiosos méritos dócilmente adquiridos;

Quien mandó como rey puede vagar como andrajoso
Por actos efectuados y por los omitidos."³

³ La Luz del Asia, Libro viii.

Por regla general los que pertenecen a las grandes masas de la clase trabajadora irán subiendo gradualmente hasta la clase burguesa y más arriba. La mayor parte del karma de un hombre se genera con personas de la clase en que él se encuentra y necesita condiciones semejantes para agotar su karma en vidas futuras. El proceso evolutivo es gradual también, por lo que toca a la cultura y al refinamiento y por eso una transición brusca hasta una clase definitivamente más baja o más elevada es en cierto modo semejante a una operación quirúrgica que sólo tiene lugar en casos kármicos excepcionales. Como quiera que sea, la humanidad es una sola familia y el deber de la fraternidad corresponde a todos sin excepción.

Muchos crímenes han cometido los hombres en nombre del Dios de Amor, movidos por esta pesadilla de la superstición.

C. W. L.—Otro aspecto de la superstición consiste en que el que mayores daños causa es precisamente aquel que tiene mejores intenciones; aquel que se apegafielmente a la letra de su ley. Un hombre verdaderamente malo y egoísta —hay tales hombres aun cuando no muchos quizá— tiene por norma invariable la satisfacción de sus propios deseos. No trata de meterse con los demás, a menos que le obstruyan su camino; y así es como, después de todo, no hace mucho daño en el mundo. Un necio bien intencionado es mucho más peligroso, porque siempre está tratando de intervenir en los asuntos de los demás. Los misioneros, por ejemplo,

suelen estar en ese caso. No dudo que los misioneros enviados de Europa y América al Africa Central hayan hecho mucho bien entre los salvajes; pero en la India, donde cualquier trabajador de las clases inferiores sabe más que el misionero sobre la filosofía de la religión, sobre las grandes y elevadas ideas, el misionero está colocado en situación ridícula y fuera de su lugar. Sus intenciones son buenas; pero causa muchísimo daño. Muchas guerras han sido ocasionadas por los métodos irracionales de los misioneros; sus gobiernos se han visto precisados a intervenir para salvarlos cuando están en peligro de recibir lo que llaman el martirio. Se ha establecido ya una costumbre: primero los misioneros; luego los vendedores de brandy y de ginebra y por último, los ejércitos conquistadores. Damas inglesas y norteamericanas pobres, han llegado a prescindir de cosas indispensables para su vida, por dar ayuda pecuniaria a esos misioneros, creyendo que al proceder así lo hacen por la causa del Cristo. No tienen ni la menor idea de que millares de años antes de Cristo, la India tenía ya religión y filosofía profundas y de que su dinero podría mejor emplearse en convertir a los infieles de la misma Inglaterra.

Sé, pues, muy cauto para que de ella no quede en ti ni el menor vestigio.

C. W. L.—El énfasis con que se combate la superstición expone con claridad que existe el peligro de que seamos supersticiosos sin darnos cuenta de ello y es por eso que debemos vigilarnos con gran cuidado. Todo

problema tiene siempre, por lo menos, dos aspectos y no hay nadie —ni el teósofo siquiera, que pueda percibirlo en total. Cuando nos hayamos unificado conscientemente con el Logos en Su propio plano, veremos todas las cosas ampliamente y diremos que nuestro criterio es correcto; pero cuando esto llegue a ocurrir nuestra visión de las cosas incluirá probablemente todas las demás, porque siempre hay un germen de verdad en todas.

Debes evitar estos tres grandes crímenes pues son fatales a todo progreso, porque son pecados contra el amor.

C. W. L.—Que el amor debe gobernar nuestras vidas y vivificar todos nuestros poderes es la enseñanza especial de la línea a que pertenece el Maestro Khutumí. Es difícil para algunos comprender cómo los Maestros, que tienen en Sí mismos todas las más altas y nobles cualidades que nosotros podamos imaginar, pueden, no obstante, tener más de una cualidad que de otras. El Maestro Morya, que representa el Primer Rayo, tiene como su mayor característica la voluntad y el poder y, sin embargo, sería un error suponer que El tiene menos amor y sabiduría que cualquiera de los otros Maestros. En la misma forma sería erróneo suponer que el Maestro Kuthumí tiene menos poder que los Maestros del Primer Rayo. Estas diferencias quedan más allá del simple conocimiento humano.

En la misma forma hay diferencias de nivel entre los Grandes Seres; El Bodhisattva está mucho más ele-

vado que nuestros Maestros. Para nosotros, todos aparecen tan grandes que no nos es posible establecer ninguna distinción entre Ellos. Todos son soles de luz resplandecientes, y para nosotros no parece haber diferencia entre un gran Angel y un Devaraja; sin embargo, en uno está todo un reino, toda una evolución por encima del otro. Es cosa necesaria que el Logos Solar tenga mayor poder que todos aquellos que forman parte de El, aun cuando parecería que no puede haber ningún ser que tenga más poder que Ellos. El conocimiento y el poder del Maestro son de tal manera mayores que el nuestro, que para nosotros todo esto es una deslumbrante gloria; pero sí existe la diferencia.

CAPITULO XXIX

SERVICIO

Pero no solo debes abstenerte así del mal; también deberás ser activo en el bien obrar. A tal punto habrás de estar lleno del intenso deseo de ser servicial, que continuamente aproveches la ocasión de ser útil a todo aquello que te rodea; no solamente a los hombres, sino también a los animales y a las plantas. Es preciso servir en las pequeñas circunstancias de la vida diaria para adquirir el hábito y no dejar escapar, cuando se presenten, las raras oportunidades de hacer alguna cosa grande.

C. W. L.—Nos exponemos a desperdiciar una oportunidad si no nos hemos formado el hábito de vigilancia; pero si ya nos hemos formado ese hábito, no es probable que dejemos pasar muchas oportunidades, porque el actuará automáticamente en las más extrañas circunstancias o en las mayores emergencias. Tal es la razón del prolongado y penoso entrenamiento a que se somete al soldado: no sólo para que sepa qué hacer

al recibir tales o cuales órdenes, sino para que adquiera ciertos hábitos que se hagan instintivos en él. En la batalla, por lo menos antiguamente, si no también en la actualidad, el soldado se encontraba colocado en situaciones absolutamente imprevisibles y de tal condición que podrían hacerle perder el ánimo por valiente que fuese; circunstancias tales que excusarían que el hombre perdiera la cabeza. Pero aun en tales emergencias el hábito se impondría en el soldado y el hombre podría obedecer las órdenes en la forma necesaria.

Este mandato de ser activo en el bien no va dirigido a aquellos que ejercen su actividad en otros planos. Podría equivocadamente interpretarse como un reproche contra las órdenes contemplativas de monjes o monjas; o contra la casta Bramánica de la India. Antiguamente se entendía que el Brájman era el guía espiritual del país, que dedicaba todo su tiempo a la práctica de ceremonias y ritos y al estudio, enseñanza y consejo en beneficio de la comunidad. Los demás, que se dedicaban a los trabajos ordinarios, y a hacer dinero los proveían de sustento, porque les hacían el trabajo espiritual. Una idea muy semejante en los países católicos apoya a las órdenes de monjes y monjas que emplean su tiempo en rogar por los muertos. En los tiempos en que prevalecían tales ideas, se reconocía que los muertos y los vivos formaban una sola comunidad y que el servicio que esas órdenes prestaban era mucho más valioso para la comunidad que el cosechar maíz; por eso los miembros de esas órdenes recibían caridad para su subsistencia sin sentirse en

modo alguno avergonzados por ello, y los que impartían la caridad se sentían altamente honrados. Todos estos conceptos eran totalmente opuestos a los de nuestros tiempos modernos; el pedir limosna para vivir no implicaba la menor vergüenza, por el contrario, los que pedían limosna formaban la parte más espiritual del pueblo, que había hecho votos de pobreza, castidad y obediencia. Condenar a los que vivían por tales medios es incurrir en el mismo error que el que se cometió durante la Revolución Francesa, cuando se estimaba que el escritor y el filósofo llevaban una vida holgazana e inútil y que debían dedicarse a empedrar caminos.

Porque si tú anhelas ser uno con Dios, no sea en consideración a tu provecho, sino para que puedas convertirte en un canal por donde ha de fluir. Su amor hasta llegar a tus semejantes. Quien ya se halla en el Sendero no existe para sí mismo, sino para los demás; se ha olvidado de sí para poder servirles.

C. W. L.—Toda la idea de este libro es llevar a la gente a cierta actitud. Su mira no es ni con mucho la de saber, sino la de ser: esto es, vivir la vida teosófica: llenarse de amor hacia todo y de intenso deseo de colaborar en el plan evolutivo; olvidarse de uno mismo en el servicio de los demás. Si habéis visto a un cirujano mientras practica una operación difícil, habréis visto a un hombre en plena e intensa actividad, poniendo en uso el máximum de su cerebro y de sus

manos, y sin embargo puede estar absolutamente abstraído en el trabajo que ejecuta, como si toda su vida estuviera en las puntas de sus dedos. En la guerra también, el hombre se olvida en ocasiones por entero de sí mismo, en sus esfuerzos por salvar a un compañero herido, o por llevar a cabo una acción necesaria pero peligrosa.

El Logos es omnipotente en Su sistema; derrama Sus fuerzas en todos los niveles de ese sistema. No podemos sino suponer que El puede inundar todo el sistema con esa fuerza a cualquier nivel y en cualquier extensión que elija. Pero es un hecho que El no procede así; la fuerza que en cada nivel derrama, parece ser una cantidad definida y de una clase definida solamente, de donde resulta que nosotros —chispas de Su fuego— podemos hacer ciertas cosas que la Gran Llama de la cual formamos parte no hace, a no ser por nuestro conducto como que somos partes de El. No queremos decir que no pueda El hacerlo; pero sí que no lo hace, aparentemente. Está en nuestro poder armonizar nuestra voluntad con la Suya por medio de intensa devoción para hacer descender mayores fuerzas de los planos superiores, transmutarlas y derramarlas a nuestro alrededor. Este trabajo permanecería sin hacerse, hasta donde podemos discernir, a menos que lo hagamos; parece que El cuenta con nuestra cooperación. Cooperación que también es Suya, porque no hay fuerza que no pertenezca a El.

En varias ocasiones me he valido del símil de un canal o tubo para describir la forma en que la fuerza del Maestro se distribuye en los planos inferiores, por

un discípulo. Podríamos también usar el símil de un transformador de electricidad: desde la estación generadora, distante tal vez cientos de millas, se envían a la estación transformadora de una ciudad, grandes cantidades de energía eléctrica; donde los transformadores que la reciben con una alta tensión la convierten en enormes volúmenes de corriente a baja tensión, adaptable al alumbrado y a otros usos. En igual forma un discípulo residente en Sidney, por ejemplo, puede recibir del Maestro, desde los Himalayas, fuerzas procedentes de los planos superiores para transformarlas en fuerzas de los planos inferiores que puedan ser distribuidas a su alrededor o enviadas para quienes se destinan.

Es así como todos los Iniciados son transformadores de fuerzas espirituales; por su conducto pueden ser derramadas en determinados niveles de acuerdo con su estado o grado. La fuerza divina nos está siempre circundando, lo mismo que el sol que brilla constantemente. Cuando la luz solar no llega a la tierra es por causa de esta última, salvo cuando tiene lugar un eclipse solar, que provoca nubes que se interponen entre ella y el sol; de igual manera el hombre da lugar a nubes de ignorancia y egoísmo entre él y el Logos, que está irradiando una gran variedad de sus fuerzas en todos los planos. El iniciado toma una línea definida de conducta que lo posibilita para ser un mejor canal para estas fuerzas. No es que las fuerzas sean afectadas en lo más mínimo; ellas están siempre ahí, pero pasan sin afectarnos cuando no estamos listos para recibirlas.

Tomemos la analogía de prana en el plano físico.

Todos absorben prana; pero en ocasiones, cuando un hombre cae enfermo, no está en condiciones de especializarla para su uso y pronto comienza a notar una gran falta de vitalidad. Aun cuando tal hombre esté en esas condiciones, incapacitado para especializar el prana para su uso, puede, sin embargo, utilizar el que haya sido preparado por otro; otro hombre, abundante en vitalidad, puede verterla sobre él y proporcionarle la fuerza requerida para que recobre su condición normal. En forma semejante, el iniciado recibe muchas de las fuerzas elevadas y las transforma de manera que puedan ser fácilmente asimiladas por otros. Mientras mayor sea el número de humanos que vayan alcanzando el desarrollo que permite esta clase de trabajo, mayor será la rapidez de la evolución del hombre en general. En la misma forma en que una planta no puede absorber más que una determinada cantidad de luz solar, es imposible derramar sobre cualquier hombre una cantidad mayor de luz espiritual que la que está capacitado para recibir.

Sin embargo, no hay que considerar estos canales como meramente pasivos. Ellos son canales vivientes.

El discípulo no permanece quieto para hacer las veces de un tubo. Hay ciertas fuerzas que sí descienden por su conducto, en tal forma, y el discípulo del Maestro es consciente, con frecuencia, de la naturaleza de las fuerzas que fluyen por él y sabe para quién están destinadas. Pero hay también una gran cantidad de fuerzas que puede él usar en cualquier tiempo a su voluntad, que puede enviar de uno a otro lado, según estime que sea conveniente. Su adaptabilidad y su tacto

deben, así, entrar en juego, y su vida estará llena de actividad positiva de esta índole. No lleva él, por tanto, una vida de ciega obediencia; por el contrario, está siempre ocupado mientras otros se dedican indolentemente a pensar en sí mismos.

El hombre común y corriente no puede ser empleado así, porque no está lo suficientemente desarrollado en los planos superiores y porque, aun cuando el ego esté desarrollado hasta cierto punto, el hilo de conexión con la personalidad es muy estrecho. El Maestro puede usar al discípulo porque el canal está abierto; así también el Iniciador Uno usa a los Iniciados para la fuerza de la Jerarquía. En tales casos el hombre es ya el ego superior y aun cuando esté dedicado a las obligaciones del plano físico, hay siempre en el fondo de su mente al sentimiento: "Yo soy Yo; una chispa de lo Divino; no puedo hacer algo indigno de Aquello; *noblesse oblige*".¹

La importancia del trabajo exige que las relaciones entre el Maestro y el discípulo nunca estén basadas en el sentimiento, aun cuando estén plenas del más profundo afecto que pueda conocerse en el mundo. El Maestro no acepta a un hombre como discípulo porque lo sea ya algún miembro de su familia, o porque lo haya conocido en otras vidas. Tanto el Maestro como el discípulo tienen solo en la mente lo que en Egipto se llamaba "el trabajo oculto"; la reconstrucción del cuerpo mutilado de Osiris, la reunión de los fragmentos esparcidos. Conocen la "oculta luz" que existe en

¹ Nobleza obliga.

todos los hombres, "la joya en el loto" por cuyo conducto pueden recibir ayuda, cuando la súplica se haga en la forma debida. Tal fué el trabajo de los Iniciados en el antiguo Egipto y tales el de los Iniciados de hoy. Usan el poder que hizo los mundos, el amor de Dios, que no es personal. A nadie se le obliga a ingresar en el ocultismo; pero el que tal haga debe adoptar la divisa y la actitud de la Fraternidad, que es no vivir para sí, sino para los demás; no para el adelanto o satisfacción personales sino para el trabajo.

Es como una pluma en manos de Dios, a través de la cual pueda fluir el pensamiento Divino y encontrar aquí en la tierra una expresión que sin tal intermedio no podría tener.

C. W. L.—Podría parecernos que Dios debió haber calculado que al llegar la evolución a cierta etapa, dispondría El de muchas de tales plumas a través de las cuales El podría escribir; podría interpretarse que Dios Mismo —como dijo un poeta— "os necesita y me necesita". Nuestra colaboración forma parte del plan. Idea grandiosa y muy lógica; inmediatamente comprendemos que si hemos llegado a alcanzar un nivel de conocimiento, de amor y de poder, más elevado que el de los demás, lo hemos hecho para estar en condiciones de poderlo distribuir entre todos los hombres.

Pero al mismo tiempo es un viviente penacho de fuego irradiando sobre el mundo el divino Amor que inunda su corazón.

C. W. L.—Según una narración dos monjes alejandrinos tuvieron el deseo de conservarse perfectamente puros; uno de ellos se escudó con una coraza de pensamientos protectores; pero el otro estaba tan lleno del amor de Dios que lo irradiaba de sí continuamente y lo mantenía en pureza. Hay siempre dos senderos: el del ocultista que progresa trabajando en el mundo y el del místico que consiste en recluirse en sí mismo; en muchos casos la finalidad del místico es simplemente la de unificarse con Dios; pero no es correcto calificarlo de egoísta, ya que por el mero acto de su unificación esparce una influencia poderosa. Nuestra finalidad —la del ocultista— consiste en elevarnos paso a paso a través de todos los diferentes estados, hasta que, alcanzados ciertos niveles elevados de Iniciación, podamos unificar nuestra conciencia con el Tercer Aspecto de la Deidad; luego con el Segundo y, finalmente con el primero. El místico se arroja en la Vida Divina, en el estado de evolución en que se encuentra; pero sólo alcanza una manifestación inferior de la Vida Divina; de aquí en adelante tendrá que ir ascendiendo para poder sentirse uno también en niveles más elevados.

La sabiduría que capacita para ayudar; la voluntad que dirige a la sabiduría; el amor que inspira la voluntad: he ahí las cualidades por adquirir. Voluntad, Sabiduría y Amor, son los tres aspectos del Logos; y vosotros, los que deseáis enrolos a Su servicio, debéis manifestar estos aspectos en el mundo

C. W. L.—He aquí, hermanos míos, una hermosa terminación. Como Alcione tuvo éxito, vosotros también podéis triunfar.

INDICE

SECCION I

A LOS PIES DEL MAESTRO

PARTE I

INTRODUCCIÓN

	Pág.
Al lector.	7
CAPÍTULO I.—El Sendero oculto y los intereses mundanos.	11
CAPÍTULO II.—La Iniciación y cómo llegar a ella.	23
CAPÍTULO III.—De cómo fué escrito este Libro.	37
CAPÍTULO IV.—La Oración preliminar.	41
CAPÍTULO V.—El Espíritu del discípulo.	49
CAPÍTULO VI.—Las cuatro vías de acercamiento.	59
CAPÍTULO VII.—Los cuatro requisitos.	65

PARTE II

DISCERNIMIENTO

CAPÍTULO VIII.—Fines verdaderos y fines falsos.	Pág. 73
CAPÍTULO IX.—La vida de los cuerpos.	95
CAPÍTULO X.—El BIEN y el MAL.	131
CAPÍTULO XI.—Se veraz en absoluto.	149
CAPÍTULO XII.—El Altruismo y la Ley Divina.	179

PARTE III

CAPÍTULO XIII.—Eliminación del deseo.	191
CAPÍTULO XIV.—El buen deseo único.	201
CAPÍTULO XV.—Poderes psíquicos.	217
CAPÍTULO XVI.—Pequeños deseos.	237
CAPÍTULO XVII.—Ocúpate de tus asuntos.	247

PARTE IV

BUENA CONDUCTA

CAPÍTULO XVIII.—Control de la mente.	263
CAPÍTULO XIX.—Dominio de sí en la acción.	311
CAPÍTULO XX.—Tolerancia.	329
CAPÍTULO XXI.—Contentamiento y alegría.	361
CAPÍTULO XXII.—Finalidad única.	381
CAPÍTULO XXIII.—Confianza.	389

PARTE V

AMOR

CAPÍTULO XXIV.—Liberación. Nirvana y Moksha.	Pág. 411
CAPÍTULO XXV.—El amor en la vida diaria.	439
CAPÍTULO XXVI.—Murmuración.	453
CAPÍTULO XXVII.—Superstición.	478
CAPÍTULO XXVIII.—Servicio.	513
CAPÍTULO XXIX.—Servicio.	513

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

